Gabriel Foigny: *La Tierra Austral descubierta*

José Manuel Morales Cañadas: Traducción y comentarios

Introducción de la encargada de la edición

La „utopia“, según el Diccionario de la real Academia Española , significa:

Del lat. mod. Utopia, *isla imaginaria con un sistema político, social y legal perfecto, descrita por Tomás Moro en 1516, y este del gr. οὐ* (ou) *'no', τόπος* (tópos) *'lugar' y el lat. -*ia *('-ia').*

1. *f. Plan, proyecto, doctrina o sistema ideales que parecen de muy difícil realización.*

2. *f. Representación imaginativa de una sociedad futura de características favorecedoras del bien humano.*

Las utopías, tomadas de la antigüedad y consideradas como un entretenimiento en la edad moderna, fueron coloreándose de realidad en el transcurso de la historia llegando a convertirse en sinónimo de esperanzas, sobre todo, en épocas en las que una sociedad o un individuo se encuentra en circunstancias desoladoras o de pocas perspectivas y busca la ilusión de la mejoría.

José Manuel Morales Cañadas, traductor y analítico de la utopía *La Tierra Austral descubierta* de Gabriel Foigny, se afanó en la traducción de mundos imaginarios descritos por autores franceses del siglo XVII y XVIII en los últimos años de su vida. Tal vez encontrara en esos mundos inexistentes, en esos “no -lugares”, que la sociedad podría ser más amable que la que él mismo habitaba.

Polimielítico desde su infancia y con una esclerosis múltiple desde los treinta años, su vida no fue sencilla, lo que no le mermó las fuerzas por luchar por los otros minusválidos creando una asociación, Hefaistos, y luchando porque se les facilitara la movilidad en la sociedad.

Las traducciones sobre esas islas ignotas plasmadas en las diferentes utopías de autores, sobre todo, franceses, fueron publicadas digitalmente en la página : https://philo-music.la-folia.de

No obstante, comenzó a hacer un exhaustivo análisis de la obra de Foigny “La Tierra Austral descubierta” con el fin de publicarla en papel. Desgraciadamente, antes de llegar a su fin, lo sorprendió la muerte el 27 de marzo de 2023, justo una semana después de haber cumplido los 65 años de edad.

Como hermana y portadora de toda su obra literaria, he decidido corregir sus documentos, rellenar lo que falta en cuanto a referencias, completar su unmensa bibliografía y, en fin, dejarla a punto para que se pueda publicar. Me es casi imposible poder competir con la sapiencia de su pensamiento y de su traslación al género escrito, pero me parece de suma importancia que estos documentos se publiquen para todo aquel interesado en las utopías, especialmente, porque el análisis que el traductor hace está completado con documentos filosóficos e históricos de gran importancia que nos dan luz a otros temas diversos sobre la religión, la existencia, los monstruos, la sexualidad y tantos aspectos más que preocupaban a las personas de la época ilustrada.

El material guardado por el autor con fines de utilizarlo para esta investigación ha sido inmenso y, de utilizarlo todo, llenaría incontables páginas. Por eso he preferido reducirme a lo que ya estaba analizado y escrito, completando algunas referencias y retocando lo más mínimo el estilo literario. Puede suceder que algún lector eche de menos alguna cita o que alguna de estas se encuentre incompleta, pero he preferido no ultrajar este legado añadiendo análisis de mi mano, entre otras cosas, porque creo también que, ayudados por la bibliografía que les añado, pueden encontrar más fuentes en caso de haber despertado su interés por las utopías o por los temas que estas proponen.

Dra. Esther Morales-Cañadas

SOBRE LAS UTOPÍAS

Al hablar de utopías solemos pensar en modelos habitualmente positivos, demasiado perfectos como para poder actualizarse o "realizarse", es decir, pasar del pensamiento a la realidad, convertirse en hecho. En sentido más restringido, limitado al género literario que les dio nombre, se trata de modelos de organización social meramente descritos y que nunca lo fueron por parte de quienes lo idearon como proyectos llamados a hacerse efectivos. Históricamente, el nacimiento y la proliferación del género utópico moderno- si es que cabe hacerlo extensivo a otras producciones similares de épocas y culturas diversas- coinciden con esa etapa que Hazard llamó "la crisis, otra más de la conciencia europea".[1]

Hasta qué extremo se ha desgastado la palabra utopía en su uso común, que se ha convertido en un elemento común del lenguaje populista para definir, en realidad, lo "políticamente corrupto" y diferenciarlo de cualquier "política honrada", ya que esta la consideramos como algo inevitablemente utópico.

En cualquier caso, cabe preguntarse de dónde procede esa antítesis entre perfección y realidad. Indudablemente es una herencia platónica para el que la utopía es siempre una *idea.* Pero se invierte el sentido que Platón le daba a su criterio de realidad: las ideas son tanto más reales cuanto más perfectas; dicho de otro modo, son perfectas porque son reales, y viceversa. A ello tenemos que añadirle, especialmente para la mentalidad de la época de la que nos vamos a ocupar, la carga cristiana del "hombre caído". Al mismo tiempo, ya desde la *Utopía* de More, la sociedad utópica se ofrece como contra-modelo de la supuesta perfección y, sobre todo, del carácter único posible de la sociedad "realmente existente" cuyos cimientos y supuestos ideológicos intenta socavar. Si esos "supuestos" son buenos, su prolongación hacia lo absoluto, hacia lo óptimo, choca con lo que, para los escépticos, son los añadidos prescindibles que, como las malas posturas o los malos hábitos, acaban por deformarlos. Estos añadidos (costumbres, convenciones, opiniones, etc.) poseen menos realidad/enjundia de lo que pretenden sus defensores y, por ello, son fáciles de descubrir o desvelar: de eliminar.

Es obvio que para una naturaleza caída no puede haber buenos fundamentos: lo óptimo para el hombre caído en el pecado se convierte inmediatamente en su opuesto: el mejor de los mundos posibles (no en el sentido de Leibniz, sino entendido como "ideal") no puede (ni debe) ponerse en práctica ya que daría lugar, inevitablemente, al peor de los mundos reales. Lo real es siempre peor que lo posible porque lo posible-deseado lo es por un sujeto envenenado por el mal hasta la raíz. Antes y a la vez que el dilema axiológico aparece, con la misma complexidad, la alternativa epistemológica sobre la "realidad" de las utopías, diferenciando estas desde dos puntos de vista:

1) Desde el punto de vista del autor (como puede ser el Quijote, entre otras)

[1] Paul Hazard (1878—1944), fue un historiador y ensayista francés. Su principal obra es *La Crisis de la conciencia europea (1680-1715),* de 1935. Esta obra alcanzó gran repercusión en la historiografía y ha influido en la historia de la filosofía, de la ciencia y de la literatura por acertar a definir un periodo clave.

2) A partir de la recepción por parte de los lectores. (Aquí cabe la creencia en el *Continente Austral* que era real porque era pensado como necesariamente existente, según el razonamiento aristotélico).

Ocupémonos ahora del origen de las utopías.

Según algunos autores de la Antigüedad[2], fue un pitagórico tardío y de la rama herética de los *Matemáticos*, Filolao de Crotona, quien postuló la existencia de una "anti-Tierra" o *Antíctona* (ἀντίχθων), que, sumada a los restantes cuerpos celestes, daba como resultado el venerado número diez de los filósofos itálicos[3]. El término *kthŏn* (χθών) designa toda la masa terráquea, incluida la atmósfera y los abismos subterráneos (morada de los muertos y dominio de Hades), así como la *tierra* entendida como elemento, el cuarto y menos valioso de ellos y al que le siguen, en una escala ascendiente de nobleza[4], el aire, el agua y el fuego; este último su antítesis. Por su parte, la divina Gea (Γῆ) nombra la superficie, el "manto" de la tierra con sus accidentes orográficos como montañas (incluidos volcanes y espeluncas) y valles, junto a sus partes líquidas (ríos, lagos y el propio Océano) y la totalidad de seres vivos que la pueblan. Justamente, la mezcla desordenada de los cuatro elementos, consecuencia de la impureza de los mismos en el mundo sublunar, hace que todos los individuos/seres que la componen se encuentren en estado de guerra perpetua, los unos con los otros y cada uno de ellos por separado y contra sí mismos.

El prefijo *anti-* posee aquí un matiz puramente espacial: la *Antíctona* se opone o se enfrenta, localmente, a la Tierra. Pero resulta fácil inducir que los individuos que la ocupan, entre ellos los hombres, deben de ser también, en cierto sentido, opuestos o *antitéticos* a nuestros coterráneos, como les ocurrirá también a los habitantes de las disputadas antípodas.

Según esta doctrina, la *Antíctōn* y la Tierra, ambas del mismo tamaño, se oponían a la vez que se ocultaban la una a la otra, proyectándose entre sí el cono de sombra que impedía la llegada de la luz solar y girando a la vez en torno al Sol, que lo hacía por su parte alrededor de Hestia[5], el fuego central del universo, del cual el primero constituía tan sólo un reflejo. Los habitantes de los dos cuerpos gemelos estaban para siempre condenados a ignorarse; de semejante modo a lo que nos ocurre hoy en día con los posibles pobladores de esos planetas extrasolares cuya existencia hasta hace poco se había demostrado sólo indirectamente y que nunca llegaremos a visitar, prohibido esta vez el intercambio por un axioma fundamental de la Física contemporánea, tal es la constante irrebasable de la velocidad de la luz.

---

[2] Entre otros, encontramos la referencia a la *Antíctōn* en Aristóteles, *Metafísica*, I, v, y *De Caelo*, 293b15 y 293a17. La atribución de la hipótesis a Filolao se halla en Aecio, DK 44A16, y en Pseudo-Plutarco, *De placitis philosophorum*, III, x. Sobre la cosmología pitagórica, cfr. Cfr. Guthrie, [1 W. K. C. Guthrie--History of greek philosophy.pdf], [306 ss.] I, p. 333: remite la opinión al pitagorismo en general: pp. 282-287, 327.

[3] La llamada "divina Tetractis", en cuyo nombre juraban los discípulos de Pitágoras era el resultado de la suma de los cuatro primeros números naturales, los cuales, identificados con los puntos geométricos y los átomos físicos, posibilitaban la existencia del primer volumen, la pirámide triangular, que resultaba así ser el principio (origen temporal a la vez que fundamento racional y estructura permanente) de toda la cosmogonía.

[4] Dejamos aparte al Éter (αἰθήρ), la quintaesencia, el más noble y puro de todos los elementos, y del que se componen las estrellas fijas, los cuerpos celestes del mundo supralunar.

[5] La Vesta latina, el fuego del hogar ubicado en el centro de las casas romanas.

Sea o no Filolao su autor, lo que es seguro es que la extravagante hipótesis fue formulada por algún pitagórico de la segunda generación, contemporánea ya del propio Sócrates, y que era responsable del cisma que la secta o comunidad pitagórica había sufrido a finales del s. V y que tuvo como consecuencia su división en dos ramas: los *Matemáticos* y los *Acusmáticos.*

Posiblemente, fue otro pitagórico, discípulo de Filolao, quien suprimió la Antíctona de un plumazo, quizás tras comprobarse, especialmente tras las conquistas de Alejandro Magno, que no resultaba visible en ninguno de los extremos, ni oriental ni occidental, de la Ecumene o Tierra habitada. Conviene recordar de paso que, para Estrabón, las Antípodas por antonomasia eran Iberia en el extremo occidental y la India en el oriental, pero siempre en el hemisferio Norte. Mucho antes, Heródoto había sugerido, tras explayarse sobre los hiperbóreos, que debían de existir los que él llamaba "hipernotos"[6].

Fue una exigencia del pensamiento, no una experiencia sensible, la que convirtió en real ese mundo al revés. Como les ocurre a todos los delirios de la razón, esta exigencia se fue haciendo cuanto más inalcanzable, más real, hasta tal punto que el muy razonable y empírico Aristóteles se rindió a su peso, literalmente, otorgándole un lugar en su asequible mundo. En cualquier caso, desaparecido el cuerpo extraterrestre, su valor simbólico persistió, trasladándolo unos a la Luna, y otros al todavía hipotético hemisferio Sur de este y ya único globo terráqueo. En ambos casos, la barrera que nos separaba de ese extraño territorio, espejo invertido del propio, seguía siendo infranqueable. La Luna, un cuerpo celeste empíricamente contrastable, aunque inalcanzable, sirvió para albergar una nación tanto o más compleja y cultivada que todas las por entonces conocidas de la Tierra: el pueblo que se asentaba en nuestro satélite, del que tuvimos noticia gracias al viaje de descubrimiento de Luciano, contaba con todos los elementos de una auténtica civilización. Siglos después, y haciendo de nuevo uso de la socorrida antonomasia, volvió a encontrarse con esos habitantes exógenos, bien provistos de todas las instituciones y estructuras sociales y culturales de que se han dotado las naciones terrestres, orgullosas éstas de ese aparataje artificial, añadido a su mera existencia natural, y al que llamamos Cultura. Eso sí, bien que separados por el tiempo, esos viajeros y descubridores de países imaginarios coincidieron en tomarse a broma sus propias relaciones. Unos se burlaban, de manera declarada, expresamente sólo de otras obras literarias, las novelas de viajes helenísticas; mientras que Cyrano de Bergerac consiguió, con sus fingidas aventuras, arañar todo un sistema de supuestas verdades que, aunque sin duda nacidas de las palabras y las letras humanas, habladas o escritas/pronunciadas y contadas por otros o directamente leídas, habían conseguido fingirse enraizadas profundamente en otra realidad, de una magnitud ontológica tal que pretendía trascender y aniquilar enconadamente incluso aquella simple naturaleza terrenal y mundana que dijimos antes: el chiste se convirtió en humor negro y en blasfemia y se volvió peligroso.

Además de tener como escenarios, en ambos casos, el Sol y la Luna, la *H.V* y los *Imperios...* coinciden en dos rasgos fundamentales que nos interesan para continuar con nuestras patrañas sobre los imperios imaginarios del inexistente Continente austral: la

[6]*Historia*, Libro IV (*Melpómene*), xxxvi. De *Νότος*, el viento cálido y seco del Sur, el Austro latino. Por contraposición al Bóreas, el viento Norte o Aquilón de los romanos.

comicidad y la mentira. Por un lado, y cualquiera que sea el objeto de sus burlas, estas narraciones están contadas intencionadamente para provocar la risa; y, por otro, nadie está llamado, ni así lo pretendieron sus autores, a tomárselas *en serio*, es decir, a creérselas. Pero, sólo con enunciar esa descarada paradoja, la de que su historia verdadera es falsa, las palabras de Luciano expresan todo esto mucho mejor, encubriendo o encerrando mucha más enjundia de la que aparentan:

> *Puesto que no se encontrará en mi libro verdad alguna, salvo el reconocimiento de mi mentira, creo que escaparé al reproche dirigido por mí a otros narradores, al convenir en que no digo ninguna palabra verdadera. Voy, por lo tanto, a contar hechos que no he visto, aventuras por las que no he pasado y que no he conocido de nadie, añadiendo cosas que no existen en absoluto ni pueden existir. De modo que es necesario que los lectores no se crean absolutamente nada.*[7]

Pospongamos de momento la compleja y desventurada biografía de esa infravalorada segundona de la verdad para poner rumbo a la única Antíctona que quedó, aunque tuviera que integrarse en su contraria, la Tierra, que tardaría aún mucho tiempo en convertirse *definitivamente*, valga la paradoja, en *planeta*. [A pesar de que la risa, sin tener que hurgar en el inconsciente, supone siempre un metalenguaje del relato serio, a primera vista sólo nos deja eso, una broma...]

En cambio, las tierras antípodas, aunque meramente inducidas, conservarán durante siglos, junto a la certeza de su existencia y por el hecho de ubicarse en la misma Tierra, el privilegio de albergar un sin fin de seres vivos, animales, pueblos, y aun civilizaciones, que servirán para relativizar e incluso subvertir nuestro mundo conocido, acogiendo, para bien o para mal, todos los desvaríos de una imaginación eternamente insatisfecha con la experiencia real y cotidiana[8]. No sólo los usos y costumbres, añadidos artificiales a la naturaleza humana según lo advirtió ya el pirronismo clásico: la Naturaleza toda puede venirse abajo, junto a sus leyes y categorías, para ofrecernos un mundo, otro y boca abajo... [otro mundo habitado: lugar de utopías...].

La pregnancia racional y estética que ofrecía el globo terráqueo diseñado por Crates de Malos[9] (*ca.* 180 a.C.- 150 a.C.), el primero según la tradición, y que incluía la Tierra Austral impuesta por Aristóteles[10] y confirmada más tarde por Copérnico, favorecía a cambio la imaginación de una tierra y de unos habitantes *invertidos* física y moralmente. Sólo las zonas

---

[7] *Historia Verdadera*, Libro I, cap. 4.

[8] Al menos en nuestra cultura occidental. Los salvajes, como los ilegales actuales, conservarán siempre su naturaleza antitética

[9] Crates de Malos 180 a. C.-145 a. C.) fue un cartógrafo, gramático y filósofo estoico griego, director de la biblioteca de Pérgamo. Como cartógrafo fue el primero en construir el primer Orbe terráqueo esférico, añadiendo nuevos continentes al Ecúmene conocido, demasiado pequeño respecto al tamaño de la Tierra determinado por los cálculos de Eratóstenes. Este desequilibrio aparente, inaceptable por la cultura griega, que daba gran importancia a cuestiones como la armonía y el balance del universo, fue resuelto por Crates incorporando otros "continentes", origen de lugares míticos como las Antípodas y el gran continente austral conocido como Terra Australis. (Crates de Malos - Wikipedia, la enciclopedia libre/ 15.6.2023).

[10] ARISTÓTELES, *Metereologica*, Libro II, 5.

templadas, que se sitúan entre el ecuador ardiente y los dos polos congelados pueden albergar seres vivos y, por extensión, seres humanos. Pero Cicerón, uno de los autores con más prestigio desde la Antigüedad que confirma esta hipótesis, sostiene a la vez que los habitantes de la zona templada antípoda pertenecen a otra raza que no tiene ninguna relación con los hombres septentrionales[11]. En cualquier caso, las tierras del extremo sur producen algo más que la (de)gradación escalonada de los pueblos semihumanos que nos describe Pomponio Mela (¿- *ca.* 45 d.C.), cada vez más alejados de la naturaleza humana a medida que se separaban de la Ecumene civilizada y se adentran, aún en el hemisferio norte, en los territorios ardientes:

> *‹‹ Más lejos [del desierto libio] se encuentra un vasto desierto completamente inhabitable, más allá del cual se sitúan, de oriente a occidente, los Garamantes en primer lugar; después los Augiles y los Trogloditas, y, en fin, los Atlantes. Más adelante aún, suponiendo que lo demos por creíble, África esconde a los Egipanes, los Blemios, los Ganfasantes y los Sátiros, especies de poblaciones errantes a la ventura, sin techo, sin residencia fija, y que, presentando apenas algunos rasgos humanos en su conformación, tienen más relación con los animales que con los hombres. ››*[12]

Refiriéndonos a la "Tierra Australis incógnita", será en la Europa a partir del siglo XV y hasta el XVIII cuando comienza a aparecer el interés en esta utopía o mundo imaginario, posiblemente, por la perfección y exactitud con que los cartógrafos de la época la delineaban en sus mapas y por el afán de descubrimiento que surge en esos tiempos.

Desde Magallanes con la isla Grande de Tierra del Fuego, pasando por otros descubridores españoles, holandeses e ingleses, será Cook quien le dé un lugar determinado en 1769, aunque no real del todo, pero que impulsó a los escritores a escribir sobre esa tierra idealizada, como la búsqueda de una sociedad feliz.

En cuanto al término "utopía", al margen del uso (y abuso) que se le dé en la actualidad tanto como género literario como acepción de sistema político perfecto, si lo tomamos en su acepción literal (según el neologismo forjado por More de "no-lugar", aunque ya incluía los otros sentidos) y, aunque ni los autores ni su público los interpretaran de ese modo ya que seguían creyendo en la existencia del continente austral, no podía haberse pensado mejor para designar el lugar sin lugar que resultó ser la Tierra Austral: un espacio no imaginado, sino pensado como real.

Obviamente había en estas novelas mucha fantasía, pero no solamente en ellas. Ya la Biblia (que solo la leían algunos curas en el mundo católico) como las múltiples hagiografías y martirologios que, como los libros de caballería para don Quijote, todos llenos de fantasías, se leían y se siguen leyendo como si fueran relatos verídicos. E igualmente en los Libros sagrados se situó el Jardín del Edén como un lugar real en un lugar determinado, al igual que se hizo con el Olimpo en la mitología griega.

Este afán de utopías como mundos reales deseados son siempre la consecuencia del descontento de una sociedad. En ellos se conciben seres perfectos, dioses o casi dieses que conviven con armonía entre ellos…Pero los dioses, como les ocurrirá a algunos de nuestros

---

[11] *República*, Libro VI, xx.

[12] POMPONIO MELA, *De situ orbis*; I, §IV. La autoridad de las fuentes tenía el mismo peso que la evidencia empírica: la existencia de todos estos pueblos se mantuvo como probada hasta la modernidad, incluso en los informes de viajeros reales, que los sitúan invariablemente junto a otros de los que tenían conocimiento directo. Un ejemplo cercano lo encontramos en la obra del misionero jesuita Alonso DE SANDOVAL (1576-1652) *Naturaleza, policia sagrada i profana... de todos etíopes*, Sevilla, Francisco de Lira, 1627, p. 8. [Naturaleza_policia_sagrada_i_profana_[...]Sandoval_Alonso_bpt6k73763z], [20 ss.?]

viajeros, se aburren de tanta perfección y acaban mezclándose en los asuntos humanos, mientras que los otros crearán las utopías… y si no les funciona como esperaban, surgirá la antítesis de esta, es decir, las que llamamos “distopías”.

Gabriel Foigny: *La Tierra Austral descubierta*

José Manuel Morales Cañadas: Traducción y comentarios

Resumen: Esta única novela de Gabriel Foigny (1630-1692), obra de segunda fila si la situamos en el *Grand Siècle* de la literatura francesa, ha sido ubicada, tras haber caído en el olvido durante mucho tiempo, en diversas categorías, según los diversos especialistas que se han referido a ella. Como crónica de viajes típica de la era de los descubrimientos, representa la incertidumbre entre realidad y ficción característica del pensamiento moderno. Su núcleo narrativo lo ocupa la descripción de una sociedad utópica localizada en el inmenso continente austral ignoto, que los cosmógrafos dibujaron sin sombra de sospecha hasta el s. XIX. Por otro lado, su inclusión en la magna colección de reediciones de obras libertinas francesas realizada por Frédéric Lachèvre, la sitúa dentro de la difusa denominación de literatura libertina, lo cual la inserta a su vez en la lista de textos literarios y filosóficos derivados de la corriente heterodoxa de pensamiento sometida a la influencia spinozista. En fin, sobre todo si nos detenemos en los debates centrales entre sus dos protagonistas, el relato nos ofrece una incursión en la polémica teológica característica del siglo XVII, posible eco de la biografía de su autor, un monje franciscano renegado y refugiado en la Ginebra calvinista.

Abstract: This unique novel by Gabriel Foigny (1630-1692), a second-rate work if we place it in the Grand Siècle of French literature, has been placed, after having fallen into oblivion for a long time, in various categories, according to the various specialists who have referred to her. As a typical travel chronicle of the Age of Discovery, it represents the uncertainty between fact and fiction characteristic of modern thought. Its narrative core is occupied by the description of an utopian society located in the immense, unknown southern continent, which the cosmographers drew without a shadow of suspicion until the nineteenth century. On the other hand, its inclusion in the great collection of reissues of french libertine works by Frédéric Lachèvre, places it within the diffuse denomination of libertine literature, which in turn inserts it in the list of literary and philosophical texts derived from the heterodox current of thought subjected to Spinozist influence. In short, especially if we stop at the central debates between its two protagonists, the story offers us a foray into the theological controversy characteristic of the seventeenth century, a possible echo of the biography of its author, a renegade Franciscan monk who took refuge in calvinistic Geneva.

Palabras claves: Foigny, Sadeur, Andrógino, Utopía, Terra Australis Incognita, Monstruo, Hugonotes

Keywords: Foigny, Sadeur, Androgyne, Utopia, Terra Australis Incognita, Monster, Huguenots

Índice :

Al lector

Capítulo I. Sobre el nacimiento y la educación de Sadeur

Capítulo II. El viaje de Sadeur al Reino del Congo

Capítulo III. Los accidentes que condujeron a Sadeur a la Tierra Austral

Capítulo IV. Descripción y carta geográfica de la Tierra Austral

Capítulo V. De la complexión de los australianos y sus costumbres

Capítulo VI. Sobre la religión de los australianos

Capítulo VII. Se refieren las opiniones de los australianos sobre esta vida

Capítulo VIII. Sobre las actividades de los australianos

Capítulo IX. Sobre la lengua y los conocimientos de los australianos

Capítulo X. Los animales de la Tierra Austral

Capítulo XI. Las rarezas útiles a Europa que se encuentran en la Tierra Austral

Capítulo XII. Sobre las guerras frecuentes entre los australianos

Capítulo XIII. Sobre el retorno de Sadeur a la Isla de Madagascar

Capítulo XIV. De la estancia de Sadeur en la Isla de Madagascar

Al lector

Nada caracteriza mejor la naturaleza del hombre que su deseo de penetrar en todo aquello que considera difícil y de comprender lo que a muchos les resulta inaccesible. Nace con esta pasión y da tantas pruebas de ella, que no deja nunca de proponerse nuevas metas. Quiere incluso escalar los cielos y, no contento con razonar y discurrir sobre las cualidades de las estrellas, se esfuerza por profundizar en los secretos de la Divinidad. Teniendo en cuenta estas consideraciones, habrá muchos que se asombren de que, si bien no se ha dejado de hablar, desde hace ya cuatrocientos o quinientos años, sobre la existencia de una Tierra Austral desconocida, no haya habido nadie hasta ahora que haya demostrado el coraje ni el esfuerzo requeridos para encontrarla.

Verdad es que Magallanes ha conservado algún tiempo la gloria de haberla descubierto, en el año de 1520, con el nombre de Tierra del Fuego. Pero los holandeses lo han despojado de esta honra, al asegurarnos que no había contemplado más que algunas islas dependientes más bien del Continente americano que de la Tierra Austral. Muchos creen que el Señor François de Gonneville podría con justicia atribuirse esta hazaña, ya que, con una nave equipada en Honfleur y tras levar anclas el 12 de Junio de 1603, arribó felizmente al Cabo de Buena Esperanza, donde, tras perder el rumbo a causa de una furiosa tempestad, se vio lanzado a un mar desconocido y, más adelante, se topó con las costas australes. Tras permanecer allí durante seis meses, decidió volver a Francia, llevándose con él a un joven que, según afirmó, se trataba del hijo de un rey de esos parajes. Esas son sus palabras, pero, ya que no nos aporta

ningún detalle sobre su estancia ni sobre la extensión de esas tierras, no podemos emitir ningún juicio sólido sobre su informe. Más hizo el veneciano Marco Polo mucho tiempo antes si nos atenemos a su relación, ya que descubrió, frente a la Gran Java, la provincia de Barach, que nos dice estar llena de riquezas; el Reino de Malatar, abundante en especias; la Isla de Pesán, poblada de árboles aromáticos; y aún otra isla, que él llamó Pequeña Java. Pero los holandeses, que mantienen un comercio regular en la Gran Java, nos aseguran que todo este descubrimiento se reduce a un gran número de islas, y no al Continente de la Tierra Austral. Esto es aún más admisible cuanto que Fernández Gallego escribe que, habiendo recorrido todo este vasto mar desde el Estrecho de Magallanes hasta las Molucas, encontró tal cantidad de islas, que él mismo las contó hasta en mil y setenta.

Todas estas disputas y contradicciones entre gentes empero muy célebres dan bastante solidez a lo que nos propone el Señor de Renty en su obra El introductor a la Cosmografía*, cuando afirma que "nadie hasta ahora ha sabido decirnos qué era la Tierra Austral, ni tampoco si estaba habitada."*

Es cierto que al comparar la relación del portugués Fernandes de Queirós con la descripción que sigue, nos vemos obligados a reconocer que, si alguien ha estado cerca de ella, es a él a quien le corresponde exclusivamente este honor, más que a todos sus predecesores. Encontramos en su Octavo Informe a Su Majestad Católica que, en los descubrimientos que realizó el año 1610, vio países en la tierra Austral que superan a España en fertilidad, con un gran número de habitantes de humor alegre, afable y cordial, de natural muy agradecido, porte grave, un cuerpo mayor y más alto que el nuestro, de salud firme y larga vida y dotados de una admirable destreza para todo tipo de obras, en especial parterres, barcos y paños. Luis Váez de Torres, Almirante de la misma flota, confirma al Consejo de España la relación de Queirós, añadiendo que estos parajes disfrutan de un aire tan sano y conforme a la complexión del hombre, que los nativos se acuestan directamente sobre la tierra sin ninguna incomodidad, y que él mismo y sus soldados dormían con placer indistintamente al Sol y a la Luna; que los frutos son allí tan nutritivos y excelentes, que bastan solos para alimentarse; que acostumbran beber un licor más sabroso que nuestros vinos; que no se sabe lo que es el uso de vestidos, y que las ciencias naturales son tenidas allí en alta estima. He aquí en resumen los informes de estos personajes, cuya memoria ha de resultar gloriosa; y lo que viene a continuación nos hará ver que, si acaso no hayan recorrido esos vastos parajes, han estado muy cerca de ellos. Sin embargo, se trata sólo de un pequeño esbozo que altera más que satisface, ya que no entra en ninguna particularidad.

El amanecer de estas sombras estaba reservado a Louis el Temible y Triunfante, con el fin de que, por si no bastasen dos tierras firmes a sus conquistas, obtuviera el beneficio de conocer una tercera, mejor situada e incomparablemente mejor conformada que las otras. Tal vez se disputará sobre el país al que debemos sentirnos reconocidos por estos felices descubrimientos, y España pretenderá atribuírselos porque nuestro autor debe su educación a Portugal. Pero, ya que el fruto pertenece al árbol que lo ha cargado, en siendo franceses su padre y su madre, podemos asegurar que este privilegio corresponde a Francia.

Y ciertamente, los conocimientos tan singulares y asombrosos que nos aporta no han de tener otro origen que una nación que deslumbra más que ninguna otra lo ha hecho jamás sobre la tierra. He de reconocer que, de no encontrarme yo en Livorgne el año 1661, sus memorias

habrían caído en manos extranjeras, que le habrían arrebatado sin duda esta gloria. Pero la dicha que siempre la acompaña, unida a la generosidad, no pudiendo sufrir semejante injusticia, me condujeron de una manera muy singular a impedir tal inconveniente.

Estaba yo en el puerto cuando echó anclas la nave que había traído al viajero desde Madagascar. Desembarcaron con alguna precipitación, algo común tras tan largo viaje, y ello hizo que nuestro autor, debilitado sin duda por las incomodidades causadas tras una ruta de tres o cuatro mil leguas, cuando iba por la pasarela, se resbaló y cayó al agua, junto con una pequeña valija que llevaba consigo. El buen hombre se hundía en el puerto, sin que se hiciera ninguna diligencia para salvarlo. Movido a compasión, corrí y me las arreglé para tenderle una pértiga, gracias a la cual evitó ahogarse. Una vez fuera del agua y tras testimoniarme su agradecimiento, más mediante gestos que con palabras, me dio a entender que se encontraba en este mundo desprovisto de cualquier tipo de sustento, y que le gustaría disponer del tiempo necesario para ofrecerme el relato de su fortuna.

La dulzura de su rostro y sus maneras agraciadas me hicieron sentir ternura hacia él y, aunque yo fuera extranjero, lo conduje a mi alojamiento, haciendo lo que debe hacer un buen cristiano en una ocasión como ésta. Apenas se hubo cambiado de ropa y tomado algún alimento, cuando me abordaron dos marineros y me pidieron doce doblones, tanto por su traslado como por su manutención desde Madagascar. Yo quise satisfacerlos con palabras, pero, al ver que no avanzaba nada, fui en busca del Capitán de la nave, que me recibió con cierta cortesía, ya que se trataba de un francés, y que sintió piedad por este pobre viajero, asegurándome que, durante el viaje, le había aportado mucha información sobre la Tierra Austral. De vuelta a mi alojamiento, me encontré al desdichado inundado en lágrimas e hice todo lo posible por consolarlo. Él me repitió muchas veces que me consideraba como a su ángel protector, y que Dios me había enviado para socorrerlo. Le rogué enseguida que cumpliera su promesa, así que él comenzó con el relato de sus aventuras, con una franqueza que me resultó admirable. Habló durante casi dos horas enteras en latín, obteniendo yo tanta satisfacción al escucharle, que el tiempo se me fue volando. Sin embargo, me di cuenta de que él comenzaba a fatigarse, así que, anteponiendo su salud a mi propio deleite, le rogué que interrumpiera su historia. «Preferiría =añadió él= poder concluir ahora lo que deseo comunicaros. No creo que podamos encontrar otra ocasión. Bien siento que mis fuegos de artificio, que en verdad han sido largos y desgraciados, están a punto de apagarse.» Le tomé el pulso advirtiéndoselo muy alterado, lo cual me obligó a insistir en que dejara de hablar, rogándole que se entregara al reposo. Al día siguiente, me di cuenta de que estaba realmente enfermo. Mandé llamar al médico, y éste le mandó hacerse una sangría que él no quiso aceptar, afirmando que se trataba de un remedio inútil y que se encontraba al final de su vida. Al doblársele la fiebre esa tarde, hizo lo que debe hacer un cristiano cuando ha de prepararse para el gran viaje a la eternidad. Al día siguiente, que era el 25 de marzo, día de la encarnación del Hijo de Dios, me llamó hacia las tres de la madrugada y me dijo que estaba a punto de abandonar este mundo. Agradeció afectuosamente mis esmeros, pidiéndome que abriera su valija, en la que encontré una especie de libro compuesto de hojas de medio pie de ancho por seis dedos de altura y dos de grosor: se trataba de una recopilación de sus aventuras redactada en latín; una parte había sido escrita con muy mala letra en la Tierra Austral, siéndolo la otra en Madagascar. Había también cuatro pequeños rollos, cada uno de dos varas de largo y un pie de anchura, de una factura muy delicada y que habrían resultado de mucho valor si el agua no los hubiese empapado.

Esto es cuanto me ofreció resueltamente, en presencia de nuestro hospedero, y rogándome a cambio que me tomara el trabajo de satisfacerle ocupándome de los gastos de su sepultura. Apenas dichas estas palabras, me extendió la mano, apretándome con fuerza la mía, y me di cuenta de que daba los últimos suspiros. Enseguida se hizo saber al Gobernador que acababa de morir un extranjero, dejando piezas raras y preciosas al expirar. Me vi obligado a llevárselas y, ya que amenazaba con confiscarlas para entregárselas a Su Alteza, las tuve que dejar, reservándome para mí el libro, en pago por los gastos del difunto. Lo he leído, bien que con mucho esfuerzo, a causa de las manchas producidas por el agua de mar, y lo he guardado durante quince años como un inestimable tesoro. En fin, me he determinado a hacerlo público, ya que, a la vez que descubrimos en él muchas pruebas de la sabiduría divina, obligándonos a reconocer su voluntad, produce confusión a los que, al mismo tiempo que se dicen cristianos y asistidos por la Gracia, viven en cambio peor que las bestias; mientras que unos paganos, basándose únicamente en sus luces naturales, muestran más virtudes de las que aun los más reformados hacen profesión de cumplir. Bien sé que aquéllos que pretenden medir la Omnipotencia con los límites de su imaginación no verán en esta obra más que una ficción, hecha por puro deleite: pero no es justo premiar su vanidad, ahorrándoles verdades que deberían edificar a toda Europa. No hace falta tener más que una ligera huella de razón para persuadirse de que, no hallándose nada de imposible en esta obra, nos vemos al menos obligados a suspender el juicio sobre lo que trata en efecto. Por lo demás, me he atenido a la marcha del discurso de nuestro autor, en la medida en que sus frases así lo han permitido. Solamente he borrado la mayor parte de las materias puramente filosóficas, para así hacer su historia más simple y agradable. No es que yo pretenda negárselas al público; pero he pensado para mí que, si hiciera con ellas un tratado particular, se juzgarían mejor las grandes luces de que gozan los Australianos, en comparación con las tinieblas que envuelven nuestro espíritu.

Capítulo I. Sobre el nacimiento y la educación de Sadeur

Como me es imposible reflexionar sobre todas las aventuras de mi vida sin admirar a la vez la divina Voluntad que dirige a sus criaturas, he considerado que debía hacer un resumen, señalando en él las particularidades más importantes. Y si bien no conozco medio alguno para poder edificar con ellas a mi país, ya que no veo posible regresar a él, creo a propósito resumirlas por escrito para mi propia y privada satisfacción, a fin de repasarlas más a menudo con la memoria, para bendecir a mi adorado Guía y rendirle continua acción de gracias. Me encontraba yo en Villafranca, Portugal, cuando recibí unas memorias de un Padre jesuita de Lisboa que referían mi nacimiento y la continuación de mi vida, tal como voy a describirlos. Mi padre se llamaba Jacques Sadeur y mi madre Guillemette Ottin, ambos de Châtillon sur Bar, de la jurisdicción de Champagne, provincia de Francia. Mi padre era muy versado en numerosos secretos de las Matemáticas, que debía más a su propio natural que a los estudios o a la frecuentación de maestro alguno. Sobresalía particularmente en las invenciones para transportar grandes y pesadas cargas. Entabló conocimiento con un tal Señor De Vanre, quien poseía por aquel entonces una intendencia en la Marina, y que se lo llevó con él a Burdeos, y de Burdeos a las Indias Occidentales, mediante promesas que resultaron hasta tal punto efectivas que consideró oportuno tomarlo a su servicio.

Tras nueve o diez meses de estancia en Port Royal, mi madre, que lo había seguido en su viaje, lo apremió con el regreso, así que partieron el 25 de abril de 1603, y me trajo al mundo a los quince días de embarcar. El capitán del navío, Señor de Sare, quiso ser mi padrino, y se consideró a propósito llamarme Nicolás por haber yo nacido sobre las aguas, un elemento en el que este santo es especialmente invocado. De modo que fui concebido en las Américas y nací en medio del Océano, presagio demasiado certero de lo que iba a ser de mí algún día. El viaje resultó ser feliz por todas las rutas que se tienen por peligrosas, hasta que, ya a la vista de las costas de Aquitania, una tempestad imprevista sacudió con tal furia la nave, que acabó por lanzarla contra las costas de España, haciéndola encallar cerca del Cabo Finisterre, en la provincia de Galicia, y causando la muerte de mi padre y de mi madre. Las mismas memorias cuentan cómo mi madre, viendo que la nave hacía aguas por todos sitios, me sacó de la cuna y, abrazándome con extrema ternura, exclamó entre torrentes de lágrimas: «¡Ay, querido hijo mío! ¡Te he dado la vida sobre las aguas, para verte tragado por ellas! ¡Si al menos obtuviera el consuelo de morir contigo!» Apenas pronunciado este lamento, una ola más impetuosa que las otras y que inundó el navío, la lanzó bien lejos de mi padre. Es en estas situaciones extremas cuando nos damos cuenta de que nada estimamos más que la conservación de la propia vida: sólo estaban allí mis padres para anteponerme a sus personas, exponiéndose al peligro evidente de la muerte con tal de intentar salvarme. El amor de mi madre hizo que no me abandonara, llevándome agarrado y levantándome por cima de las aguas hasta que se ahogó. El coraje de mi padre resultó singular en esta ocasión, ya que, olvidándose de sí mismo, en lugar de dirigirse a los botes como los demás, acudió a nosotros a merced de las olas y, abrazando a mi madre, que aún me sostenía, nos llevó hasta la orilla y nos depositó sobre la arena. Pero, bien porque hubiese agotado todas sus fuerzas con esta acción, bien que creyera vernos a los dos sin vida, cayó extenuado teniéndome en sus brazos. Aunque todos los nativos del país estuvieran en esos momentos muy atareados, no hubo ninguno que dejase de admirarse ante tamaño espectáculo, y fueron muchos los que corrieron a socorrernos. Dado que se advirtió que yo conservaba aún un soplo de vida, me arrancaron de los brazos de mi padre y me tendieron junto a un fuego compasivo que habían encendido los lugareños. No encontraron señal de vida en mi madre, de modo que, tras exponerla algunos momentos al fuego, se vieron persuadidos de que no requería más que la tierra. Aquéllos que habían conocido más de cerca a mi padre, deploraron su muerte con gritos que provocaron las lágrimas a los naturales: «¡Hombre de eterna memoria −decían unos−, con un corazón en extremo generoso! ¡Has tenido que morir por haber querido salvar a tu familia!» «¿Se ha oído hablar jamás de tamaña tragedia? −decían los otros− ¡Una madre que expone su vida por su hijo, y un padre que se arriesga por ella, y semejante bravura termina por hacernos verlos muertos a ambos!» No sé si fueron los gritos los que hicieron que mi pobre padre recuperase algo de sensibilidad; pero lo cierto es que se comprobó que abría débilmente los ojos, y pudieron escucharle estas frágiles y lánguidas palabras: «¿Dónde estás, amada mía?» Esta frase inesperada sorprendió a los allí reunidos y, como no pudieron responderle de inmediato, el buen hombre añadió: «Muramos pues, los tres juntos.» Fueron las últimas palabras que pronunció, antes de cerrar los ojos a esta vida. Ya se había dicho de qué manera se había señalado en muchas cosas durante la travesía, pero este extremo provocó la admiración de todo el mundo. Mientras que él lanzaba sus últimos suspiros, yo daba muchas señales de vida, y me han dicho que a algunos de la compañía les costaba verme sin sentir cierta indignación: «¡Pobre retoño! −decían−¿Qué va a ser de ti? ¿Podrás alcanzar alguna felicidad en este mundo, siendo tú mismo la causa funesta de la muerte de aquéllos que te dieron la vida?» Algunos pensaron que yo no podría sobrevivir, dado que mi padre me había llamado con él al morir. Pero no eran más que palabras, sin más fundamento que una vana imaginación. No hacía yo otra cosa que dar comienzo a una tragedia, que dura ya más de cincuenta y cinco años, poblada de tantas y tan extrañas catástrofes, que resultarían difíciles de creer si alcanzara a narrarlas todas ellas. El

calor del fuego me aportó el vigor suficiente para romper a quejarme y a llorar, con un acento que dio a conocer que ya me encontraba libre del abrazo de la muerte.

Un natural del país sabía el suficiente francés como para entender lo que allí ocurría, y el recuerdo de un hijo único que le había muerto hacía poco, al que yo me parecía de alguna forma, lo llevó a pedirme en adopción. Consideró el Señor de Sare tratarse de una ocasión muy favorable, que no podía rechazar sin perturbarse a sí mismo y ponerme a mí en un peligro evidente. Así que, más que por cualquier otra consideración, consintió en cederme constreñido por la necesidad. El otro me acogió enseguida en el lugar de su hijo, y su mujer, después de oír el relato de todo lo que había sucedido, me recibió con extrema ternura. El Señor De Sare, junto a algunos de los más cualificados de la nave, sabiendo que se encontraban muy cerca de Santiago, resolvieron ir a visitarlo, con la buena fortuna de encontrar a mercaderes de confianza que los equiparon y les dieron los medios para regresar después decentemente a Oleron. Nada más allí de vuelta, no tardó en contar al detalle sus aventuras, describiendo el naufragio del que había escapado. Pero su mujer tardó en reaccionar, ya que la alegría de volver a ver a su esposo librado de los peligros de tan largo y fatigoso viaje la distrajo, antes de mostrar por mí todo el afecto que dedicó enseguida hacia mi persona. En efecto, poco después rogó a su marido que le repitiera la historia de su naufragio, y no pudo dejar de admirar el amor conyugal y paternal de mis padres, que los había reducido a una muerte voluntaria. En lugar de concebir indignación hacia mi maldita existencia, me tomó tal cariño, sobre todo cuando supo que su esposo era mi padrino, que insistió sin cesar en que diera con los medios de retenerme. Y así, se embarcó él alrededor de 22 semanas después de su regreso y llegó en quince días a Camarinas, encontrándome en muy buen estado, con una edad de unos treinta meses, querido igualmente por un padre y una madre que yo tenía por propios. Después de aclarar abiertamente las razones de su venida y el propósito que tenía de compensarles por el tiempo que me habían acogido, estas buenas gentes se sintieron en extremo ofendidas, decididas a no abandonarme. El Señor De Sare hizo valer sus derechos de padrino, pero el español insistió en la cesión y en conservarme con él. Se llevó la causa ante la Justicia de Camarinas que falló a favor de mis mantenedores, por lo cual, El Señor De Sare, que tenía más de soldado que de letrado, temiendo haber hecho un viaje en balde, resolvió huir llevándome consigo, aprovechando un viento que entonces le era favorable. Entró en la casa bruscamente, acompañado de un ayudante y, al no encontrarse más que con una sirvienta que me llevaba en sus brazos, me arrancó de ellos y ganó el barco, que estaba dispuesto a hacer velas.

El miedo, sumado a la fuerza de mis gritos, me causó un espasmo, produciéndome una fiebre que parecía ser mortal. Mi mantenedor, enterado y justamente irritado por la afrenta, corrió al puerto junto a algunos de sus amigos y, una vez allí, viendo que nos encontrábamos a salvo de su ataque, hizo soltar una descarga, que fue ocasión para que un navío portugués que se dirigía al Sur descargase otra ristra de cañonazos, con la fatalidad de que una bala hizo trizas la tabla de flotación de nuestra nave, que terminó hundiéndose, no sin pesar para los que habían causado la muerte de personas desconocidas. Los de la playa, al ser testigos del hecho, emprendieron la huida, y los portugueses enviaron dos chalupas por ver si conseguían recuperar algún náufrago. Pero, por más que lo intentaron, no consiguieron salvar más que al criado, que sabía nadar mejor que los demás. Como yo flotaba en el agua gracias a la paja que llevaba en mi cuna, pude ser también rescatado. Tiemblo al escribir sobre algo que no podrá leerse sin que se me considere como una especie de víbora, que no parece vivir si no es causando la muerte de aquéllos que más contribuyen a su conservación. Los portugueses, temiéndose un justo reproche por un crimen tan desatinado, se dirigieron rápidamente hacia alta mar. Tras de haberme encontrado con vida, aunque fuertemente alterado, se apiadaron de mí y me confiaron

al cuidado de una matrona portuguesa que viajaba con ellos en la nave. Ella manifestó un gran deseo de ayudarme, hasta que descubrió que yo poseía dos sexos; quiero decir que era hermafrodita. De forma que, una vez que lo descubrió, me tomó tal aversión que apenas podía ni mirarme. Como mi fiebre aumentaba, mi muerte habría sido inevitable si no es gracias a los cuidados especiales que me dedicó el criado del Señor de Sare. Poco provecho iba a sacar de mí, así que bien podría creerse que Dios no lo había conservado con vida más que para que se ocupara de mi persona, si es que acaso yo le iba a servir de alguna utilidad. Una vez llegados a Leiría, me fue llevando de puerta en puerta, encomendándome con tanta ternura como si yo fuera su propio hijo. Los portugueses se alegraron de librarse de nosotros por sobradas razones, así que zarparon sin su conocimiento. Él se enteró de que encontraría más asistencia en el gran Hospital de Lisboa que en Leiría, por lo que decidió llevarme allí. Fue recibido con toda la humanidad que les había demostrado el propio criado, François, quien, nada más llegar, cayó enfermo con una fiebre mortal que acabó llevándoselo en siete días, yendo a morir en brazos de un jesuita, al cual relató todos los detalles que acabo de contar y de los que supe, como ya dije arriba, por una memoria que este mismo jesuita me entregó quince años después. El pobre moribundo, en lugar de lamentarse de su enfermedad y detestarme por ser yo la causa, me encomendó a los que lo asistían con más empeño que si hubiera sido hijo suyo. He sabido que los padres jesuitas sufrieron todos también la enfermedad que yo mismo les había contagiado. Advertidos de todos los males de los que yo había sido ocasión hasta entonces, deliberaron seriamente sobre el tema de mi sexo y decidieron que tendrían que observar con cuidado mis inclinaciones, para así determinarse a dirigir mi formación. Nada más cumplidos los cinco años, ya conocían lo suficiente como para juzgar que no padecía ninguna mala inclinación y que, más bien que a mi naturaleza, había que atribuir al azar los desórdenes por los que había pasado desde mi nacimiento. Observaron en mí cierta tendencia a la devoción y pensaron que, si se cultivaba bien mi espíritu, prometía sobrepasar la medianía. Cumplidos los ocho años, me presentaron a la Condesa de Villafranca, después de haberle referido todas mis desdichadas aventuras. Esta dama, que bien podía equipararse a las más ilustres de cuantas la precedieron, me recibió con tanto afecto, que quiso que se me tratase y educase como a su hijo el Conde, que tenía entonces una edad de unos nueve años. Durante otros ocho no hice en realidad otra cosa que seguirle en sus estudios. Así que aprendí con él las lenguas latina, griega, francesa e italiana y los principios de la africana, así como Geometría, Geografía, Filosofía, Historia de España y Cronología. La Condesa, que me manifestaba el mismo cariño tal si yo fuese uno de los suyos, al darse cuenta de que yo ayudaba mucho a los progresos del Conde, quiso que dejase de seguir los pasos de su hijo, para iniciarme en Filosofía. Una vez terminados sus estudios, se vio la conveniencia de que el Conde se preparase para las tesis públicas de la Universidad de Coímbra, y yo me vi obligado a realizar una arenga en su honor, de modo que tuve que ocuparme en preparar la introducción de la disputa. Algo más de quince días antes de nuestra partida, mi espíritu estaba tan agitado que adelgacé a ojos vista. Unas veces se me helaba la sangre, y a continuación me sentía como si estuviera a las puertas del último suplicio, y el corazón me latía como si estuviese a punto de caer en un precipicio; tan pronto me veían palidecer, como enrojecer de inmediato. Lo que me resultaba más enojoso de toda esta serie de incidentes, era que todos creyeran que se debían al miedo a aparecer en público. Y no diré nada de las pesadillas, los espectros y otras miles de cosas semejantes que se me venían encima, dejándome en un estado de extrema desolación. Tan pronto como supe que el Conde había decidido ir por mar, me vinieron a la mente todas las desgracias que me habían contado haberme sucedido en ese elemento, torturando mi espíritu de una manera tan viva que llegué a pensar que embarcarme significaba necesariamente encontrar la muerte. Tuve la suerte de que se me concediera hacer el viaje por tierra, junto con un grupo del séquito. Pero, ¡de qué poco sirven las precauciones para esquivar nuestro destino! Lo que intenté con tanto empeño para evitar el mal, fue

justamente lo que me lo hizo inevitable. Me despedí tantas veces durante algunos días previos a mi partida, que acabaron por verme ridículo, y la Condesa, viéndome llorar a sus pies, me trataba de débil y afeminado. El Conde, con el que yo estaba familiarizado como si fuese mi hermano, me dijo un día: «Sadeur, ¿acaso vamos a abandonaros? Ya no sois vos mismo. ¿Qué es lo que os atormenta? Creo que dais vueltas en vuestra mente a un propósito particular; el temor de aparecer en público no es capaz de produciros tanta agitación como para perder el juicio.» «Señor,−le dije− si Dios me concede la gracia de volver, me ocuparé en reconocer la debilidad de mi espíritu; pero os ruego que suspendáis el juicio sobre mi comportamiento hasta el regreso.» Esta respuesta sorprendió tanto al joven Señor, que protestó, afirmando que no me abandonaría, o que yo no emprendería el viaje. «En cuanto al viaje,−le respondí− dado que se trata de vuestra felicidad, lo haría aunque perdiese la vida en el camino; pero acompañaros por mar... si se tratase sólo de mi propia vida, la abandonaría con placer; pero sufrir que la vuestra se exponga, me llevaría a comportarme con extrema violencia antes que obedeceros.» Este discurso, unido al afecto que sentía por mí, le hizo no decir nada más, y partimos al día siguiente.

Hay que recordar que Felipe II, Rey de Castilla, habiendo tomado posesión del Reino de Portugal en el año 1561, estableció allí a diversas familias para mantener esta conquista con más facilidad. Una de las que adquirió más poder fue la del Señorío de Villafranca, provocando los celos de otras muchas que se tenían en mucho más que ésta. Como es más fácil conquistar tierras que corazones, muchos portugueses continuaron siendo tan fieles a la familia de Braganza, que no buscaban más que el medio de librarse del yugo de los castellanos para así coronar al Duque de esta Casa. Aunque el país estaba por completo sometido a los Reyes de España, eran muy frecuentes las revueltas secretas de los paisanos, y no faltaban en el mar piratas que demostraban en todos sus encontronazos la aversión que sentían por el dominio español y que no podían tolerar a los súbditos del Rey de España. Se supo del embarco del Conde, que tuvo lugar el 15 de Mayo de 1623, y dos naves de partidarios de Braganza se hicieron a la mar con intención de atacarle. Así que embistieron con este propósito a los dos veleros que le servían de escolta y que se dirigían hacia las costas de Ternais. Pero sus tripulantes se enfrentaron al choque con tanto coraje, que no sirvió más que para confundir a los asaltantes, acrecentando la gloria del Conde. Yo lo seguía de lejos junto a su séquito, que viajaba por tierra, y no me enteré de nada de lo que estaba ocurriendo hasta que los enemigos, distinguiendo los brillantes colores de las enseñas del Conde, enviaron a tierra a una treintena de mosqueteros que lanzaron su descarga en una emboscada, matando a un paje, a un sirviente, y al caballo que yo mismo montaba.

Los demás, incapaces de defenderse, emprendieron la fuga a galope, y yo me encontré solo y abandonado a voluntad de los piratas, quienes, después de llevarme a su nave, se hicieron a alta mar.

Capítulo II. Del viaje de Saudeur al Reino de Congo

Bien cierto es eso que se dice de que el hombre propone y Dios dispone. Creía yo que evitaría los peligros del mar yendo por tierra, y se puede decir que el mar vino en mi busca, sometiéndome a todas las desdichas de las que yo me esforzaba por librarme. No llevaban mucho tiempo los piratas en alta mar, cuando ésta empezó a dejarse sentir terriblemente, volviéndose tan tormentosa que los maestres pilotos desesperaban de poder escapar. El mástil de nuestra nave no tardó en quebrarse, el gobernalle se hendió, y el barco hacía agua por doquier. Estuvimos veinticuatro horas a merced de las olas y achicando día y noche con seis grandes

bombas, hasta que, derrotados por el esfuerzo, el agua ganó la borda y la nave acabó por irse a pique. Ni yo mismo sé bien qué suerte de tropiezos me llevaron sin pensarlo frente a la puerta del camarote del Capitán, justo cuando se desprendía de sus goznes, soltándose y empezando a flotar. Como me estaba ahogando, me agarré a ella, más por un esfuerzo espontáneo y natural que por razonamiento o deliberación. No puedo saber el tiempo que pasé de esta forma, porque me hallaba aturdido y sin juicio alguno. Diré tan sólo que, gracias a la luz de la luna, atisbé una embarcación que navegaba hacia el Sur y que soltó una chalupa para averiguar qué diantre era yo. Cuando consiguieron distinguir que se trataba de un hombre a punto de ahogarse, me sacaron y me llevaron a bordo. Apenas vuelto en mí, me tuvieron por portugués, y no tardaron en saber que provenía de Lisboa y que estaba al servicio de la Casa de Villafranca. El Capitán de la nave ordenó que se cuidara de mi persona con especial atención, ya que se sentía fuertemente obligado a esta ilustre familia. No tardé mucho en recobrar la salud por completo, y enseguida imploré a la tripulación que velaran por mí al precio que fuese. Hice el relato de todas las desgracias que me habían sucedido en las aguas, no omitiendo nada que pudiese hacerles comprender hasta qué punto este elemento me resultaba fatal en extremo. Pero cuantas más razones encontraba para convencerles, más ridículo me hacían aparecer ante ellos, así que consideré que lo más oportuno era no seguir insistiendo, y abandonarme por entero a la divina providencia y a las consecuencias de su adorable disposición. El Capitán me dijo que el respeto y el gran reconocimiento que sentía por la Casa que siempre me había acogido lo obligaban a protegerme hasta que pudiese devolverme a la Condesa, añadiendo que consideraba este encuentro más feliz que toda la fortuna que pudiese hacer en el viaje. Supe en su momento que la nave en la que nos encontrábamos formaba parte de una flota de cuatro mercantes que se dirigían a las Indias Orientales. Ocurrió poco después que el primer secretario de la nave cayó gravemente enfermo y, debido a ello. se me ofreció ocupar su puesto.

El viento nos fue tan favorable, que todos decían que era yo el que les había traído la buena suerte. Alcanzamos sanos y salvos el ecuador el 15 de julio, y el 1 de septiembre llegamos al Reino del Congo, echando anclas el día 6 en Maninga. No teníamos a bordo a ningún otro enfermo salvo a nuestro secretario, cuya indisposición aumentaba día a día, por lo que el médico consideró oportuno concederle algún reposo en tierra. Todos los capitanes y pilotos estimaron que no había que arriesgarse a doblar el Cabo de Buena Esperanza durante la proximidad del equinoccio. Esto hizo que se decidiera permanecer en este puerto hasta diciembre, tanto para evitar el peligro como para que nuestro enfermo se restableciese. Encontramos en Maninga a tres portugueses que entendían la lengua del país, y que nos contaron tantas singularidades de este Reino, que no salíamos de nuestro asombro. Al escucharlos, se diría que se trataba de un verdadero Paraíso terrenal, lleno de todo lo que el hombre pudiera desear para preservar su salud, sentirse cómodo y obtener todos los placeres de la vida, sin ninguna necesidad de cultivar la tierra, que allí se comporta en ese respecto de forma bien diferente a la nuestra, la cual, después de miles de trabajos, se muestra ingrata y siempre expuesta a los rigores de los vientos y los calores excesivos.

La inclinación natural que siempre tuve por conocer las maravillas de la naturaleza, hizo que experimentase un placer especial en escuchándoles, y que me alejase algunas veces de los mercaderes para ir a comprobar sobre el terreno la veracidad de cuanto nos contaban. Y he aquí un resumen de lo que descubrí.

El país está poco poblado en comparación con Portugal, y no sé si esto procede de la poca inclinación por engendrar o de las dificultades que puedan tener para ello. Los hombres van completamente desnudos, salvo desde hace algunos años en que se pueden encontrar a algunos que comienzan a imitar la costumbre europea, cubriéndose esas partes que se dicen vergonzosas. Está claro que la abundancia de sus campos los vuelve negligentes, perezosos,

simples y estúpidos. Tras de haberlos observado un tiempo considerable, me vi forzado a reconocer que el hombre deviene naturalmente perezoso cuando no carece de nada; que la ociosidad lo hace semejante a las bestias; que resulta necesario que se ejercite, que pretenda y aspire a algo; y que, tan pronto como no precisa de nada, se vuelve indolente e insensible como una piedra. En esta zona, sobre todo entre los ríos Zaire y Cariza, la tierra, sin que haya que esforzarse en trabajarla, produce frutos en abundancia, tan sabrosos y alimenticios que sacian plenamente a los que los comen. Incluso el agua de algunas fuentes posee algo de delicioso y agradable al gusto, que satisface al beberla. Permanecimos allí una larga temporada sin gasto alguno, ya que el pueblo desdeña la ganancia y la campiña nos ofrecía en abundancia todo lo que precisábamos. Las casas son tan poco necesarias en este país, que no se entra casi nunca en ellas; y ya que las noches son tan serenas como cabría desear, se duerme mucho mejor a cielo raso que a cubierto. Además, no tienen la costumbre de utilizar lecho alguno y, salvo algunos colchones para los menos robustos, no hay nadie que no duerma sobre el suelo. Todas estas consideraciones me hicieron concebir un pueblo que, por no verse obligado a trabajar, vive con justicia en una ociosidad que lo vuelve perezoso, negligente, adormecido e indiferente, sin afán alguno de perfeccionarse, ya que todo perfeccionamiento requiere de la actividad, el trabajo y el esfuerzo. Así que, bien lejos de la beatitud, que consiste en poseer lo que se desea, aunque no deseemos nada que no sea bueno, debemos estar ciertos de que un hombre que no anhela nada más en este mundo se vuelve estúpido y no merece vivir, ya que es incapaz de actuar.

Nuestro Capitán nos propuso, a otros tres tripulantes y a mí, que remontásemos el Zaire hasta llegar al lago del mismo nombre. Y no sería digno de crédito si pudiera relatar todos los divertimentos y satisfacciones que obtuvimos con este viaje. He aquí una parte de las observaciones más señaladas que realicé durante la ocasión, en la medida en que me las pueda devolver mi memoria. Llegamos en veinticuatro horas a la embocadura del lago, lo recorrimos durante diez horas, y en otras veinte volvimos a la flotilla. El río Zaire no es rápido, y como teníamos a cuatro buenos remeros, podríamos haber alcanzado sin esfuerzo hasta quince o dieciocho leguas cada día. Me consta sin embargo que no recorrimos más de ocho río arriba, por lo cual resulta fácil de reseñar hasta qué punto se engañan los geógrafos cuando sitúan el lago Zaire a trescientas leguas del mar. Lo que nos obligaba a tan pequeños recorridos era la cantidad de curiosidades que se ofrecían a nuestra vista: todo tipo de frutos, flores, peces y animales singulares. No pudimos contemplar casi un solo rincón de estas vastas praderas, de hasta sesenta y ochenta leguas de longitud, que no se viera enriquecido por una maravillosa tapicería de flores, que pasarían por sorprendentes en los más bellos jardines de Europa. Yo no podía dejar de sentirme humillado cuando contemplaba a mis pies hasta embriagarme tantos milagros de la naturaleza, y en tal abundancia que nos obligaba a despreciar nuestros campos de margaritas silvestres. Apenas hay árbol que no cargue con algunos frutos preciosos, incomparablemente mejores que todos los que conocíamos, y la naturaleza los ha puesto tan al alcance de los habitantes, que se los puede recoger sin peligro ni esfuerzo. No vivíamos de otro alimento que no fuera éste, y no apetecíamos ningún otro. Nuestro maestre piloto, Sebastiano Dêles, hombre de larga experiencia, previendo que nos asombraríamos de todo lo que pudiéramos encontrar hasta llegar a las Indias, queriendo transportarlo como delicadezas y curiosidades que no se comparaban ni de cerca con las que pudiéramos observar en ese país, nos dijo que existían frutos como manjares, bien maduros y aliñados, que no podían conservar su gusto original más de cuatro días. Esto me movió a comprobarlo por experiencia, contemplando en efecto que no se los podía conservar mucho tiempo sin que se pudrieran. Es verdad que, al comerlos, se comprueba que están completamente maduros, resultando así muy alimenticios y bien adecuados a nuestro estómago: lejos en este aspecto de los que nos causan a diario más daño que provecho, y que producen como mínimo tanto amargor al corazón cuanta dulzura al paladar.

A esto se debe que estos últimos puedan conservarse estando crudos, ya que con ello combaten el calor natural, frente a estas frutas de Manicongo, las cuales, aun estando completamente crudas, se corrompen rápidamente. La naturaleza ha previsto así que perezcan en poco tiempo, y que los árboles estén siempre llenos de flores, botones y frutos, de los que unos están aún verdes, otros ya caducos, y otros en fin en su punto para comerse.

De la gran cantidad de peces que pude ver en el Zaire, encontré dos tipos que llamaron mi atención. Entre ellos había unos que bien podría llamarlos anfibios, parecidos a nuestros salmonetes, pero que se acercaban a poca distancia y salían con mucha facilidad del agua, saltando casi como las ranas. Con la diferencia de que sus patas son largas como las de nuestros canarios, siendo las delanteras dos o tres veces más cortas que las traseras. Tienen tanta inclinación por el hombre, que lo buscan y se le ofrecen como víctimas, ocurriendo algunas veces que se los veía saltar dentro de la embarcación hasta los pies de los marineros para que se les acariciara, lo mismo que los perros. Esto lo vi con mis propios ojos, y reproché a uno de los marineros que cogiera uno y lo pusiera a mis pies. Los nativos los llaman *Cadzeich*, y su carne recuerda a la de las nutrias europeas.

Los otros peces que me produjeron admiración son los voladores, a los que podríamos llamar pavos reales marinos, pero que son mucho más bellos, y de un color mucho más brillante que estas aves. Raramente nadan hasta el fondo de las aguas, y se los ve casi siempre entre las flores. Sus plumas resultan casi idénticas a las escamas de los peces, pero con una diversidad de verdes, azules, amarillos y rojos moteados, que llaman grandemente la atención de los que los descubren. Los que pude ver fuera del agua me parecieron como águilas, con cada una de sus dos alas de unos cinco o seis pies de longitud. Podría pensarse que gustan de hacerse ver y admirar, por lo mucho que caracoleaban alrededor del barco, parándose frente a frente de los que los observaban, girando y revolviéndose de mil maneras, y salpicándonos los ojos con sus colas. Las riberas estaban llenas de muchos tipos de animales, pero los más frecuentes y encantadores eran parecidos a nuestros corderos de Leiría, salvo que los encontramos de casi todos los colores, es decir, de un rojo, un azul, un amarillo y un verde tan brillantes, que nuestras púrpuras y sedas mejor elaboradas no pueden compararseles. Me informé del porqué no se aprovechaban esas brillantes rarezas, y me explicaron que los colores naturales se desvanecían con la muerte del animal.

Una vez llegados al lago, nos dedicamos durante diez horas a recorrerlo, comprobando que su longitud era de unas sesenta leguas, y su anchura de otras cuarenta. Vimos el nacimiento del Níger, que es hermoso y ancho, y lo bastante espacioso y profundo como para navegar. Pero se pierde enseguida entre las montañas de Benín. Nos detuvimos sobre el Nilo, que no desmerece en nada al nacimiento del Níger, y cuyo descenso, si continúa con la misma calma con la que comienza y prosigue durante unas tres leguas, no plantea ninguna dificultad hasta el Mediterráneo; así que la comunicación entre los dos mares se hace muy fácil por esta vía. Me empeñé en informarme sobre dónde se encontraban los cocodrilos, que los historiadores sitúan en gran cantidad en estos parajes. Pero ni siquiera pudieron adivinar lo que les quería decir, lo cual me hizo pensar que no se trata más que de cuentos inventados por gusto, hechos a placer para asombrar a los simples y dar lugar a los oradores para realizar comparaciones a su antojo. Si bien es cierto que se permite, a quienes han realizado grandes viajes, hacer creer a los demás que no conocen más que el lugar de su propio nacimiento, más cierto es asegurar que se valen tanto de esta licencia, que parecen no contar más que ficciones. La razón consiste en que, como ocurre muy a menudo, efectúan largos recorridos sin ver otra cosa que no sean algunos puertos, en los que se detienen sólo poco tiempo, y donde las fastidiosas incomodidades producen tanto cansancio y abandono, que no piensan más que en procurarse algún alivio. Sin embargo, por estar convencidos de que hemos de contar alguna novedad cuando venimos de lejos, cuanto

más sutiles son las mentes, tanto más inventan, y como no encontramos quien pueda contradecirnos, se reciben con placer y se despachan con éxito nuestras invenciones, como si se tratase de verdades que ninguno osaría contradecir sin pasar por temerario.

Llegamos a continuación a un islote en medio del lago, que pertenece al Rey de Jassaller, a quien se conoce también como Rey del lago. Los naturales llaman a este islote Zasta, y el Rey posee allí una fortaleza muy apreciada en el país, aunque a decir verdad resulta muy poca cosa en comparación con nuestros fuertes de Europa. Nos sentimos encantados cuando pusimos pie en tierra sobre la planicie, y no cabe pensarse nada mejor para el deleite de todos los sentidos, a no ser que el aroma de las plantas aromáticas hubiese sido un poco menos fuerte, ya que acaba por afectar fuertemente al cerebro. Los frutos son tan bellos y delicados, y los hay en tan gran cantidad, que su belleza, unida a su abundancia, acabó por aturdirnos. Pero lo que más nos sorprendió, algo de lo que yo no había oído nunca hablar y que dejó en suspenso nuestro espíritu, fue una fuente que encontramos, más dulce que nuestro hipocrás, y que alegra y fortifica más que nuestro vino de España. Razonamos durante un buen rato sobre las causas que pudieran producir este agradable licor, y concluimos que, dado que todo lo que hay en la superficie de esta campiña es como un bálsamo, también debía de serlo el interior de la tierra; y que, del mismo modo que encontramos fuentes de sabor muy desagradable, se seguía necesariamente que se las encontrara de un sabor tan dulce y suave. Bebimos con tal placer, que ni yo mismo puedo explicar, que todos habríamos querido permanecer allí, cuando un nativo acudió con urgencia a advertirnos de que esta bebida causaba la muerte de los que la tomaban en exceso. No tardamos mucho en comprobar la veracidad de lo que nos decía, ya que caímos en tal estado de sopor, que tuvimos que tumbarnos en el suelo, quedando adormecidos durante más de quince horas. Sin embargo, el sueño no nos trajo más problemas, y nos levantamos tan contentos y sanos como lo estábamos antes. Unos atribuyeron este largo sueño a la gran cantidad de olores que nos habían aturdido la cabeza. Pero otros concluyeron que la causa era esa deliciosa bebida que habíamos tragado. Desde esa isla quisimos ir a ver las fuentes del río Cuama, que comprobamos ser tan estrecho que era incapaz de dar cabida a ningún barco. Poco después encontramos las fuentes del lago, contando más de doscientos arroyos, que vienen todos a desembocar en él desde las montañas que están hacia el Mediodía, a las que los españoles llamaron Montañas de la Luna, porque Vasco de Gama, que fue el primero en doblar el Cabo de Buena Esperanza el año 1497, en su camino hacia las Indias Orientales, al observar que la Luna se encontraba del lado de estas montañas, le pareció como si tocara sus cimas, otorgándoles este nombre. Los nativos las llaman Montañas de Ors, es decir, 'de aguas', debido a la abundante agua que fluye de ellas continuamente. Los que confunden el lago Zembre con el Zaire, hablan a partir de informes muy defectuosos. Nos aseguraron que aquél se encontraba al otro lado de las montañas, a más de cincuenta leguas del Zaire.

La mayoría de los historiadores sitúan a muchos monstruos en esta zona. Pero esto no tiene más fundamento que el relato de aquéllos que los han inventado. Todas nuestras investigaciones no sirvieron sino para encontrar el origen de una nación vecina, que los europeos llaman Cafres y los nativos Tordi. Supimos que un nativo de este país había criado a una hembra de tigre, y había tomado tal familiaridad con el animal, que el hombre acabó amándola carnalmente, cometiendo un crimen infame con ella del que nació un hombre-monstruo, mitad hombre y mitad bestia, el cual dio origen a este pueblo, al que no se puede civilizar. Una prueba muy verosímil de esta historia es que la cabeza y los pies de estos seres son muy parecidos a los de los tigres, e incluso sus cuerpos tienen en algunos lugares manchas semejantes a las de estos animales.

Volvimos por la ribera del Cariza, y empleamos más de veinte días en la ruta, con los mismos entretenimientos que habíamos obtenido en el río Zaire, sólo que todo cuanto veíamos excitaba menos nuestro asombro, al resultarnos ya conocido y común.

Capítulo III. De los accidentes que condujeron a Sadeur a la Tierra Austral

Nada más regresar, largamos velas con un viento y un mar tan favorables como cabía desear, y llegamos en ocho días al Cabo de Buena Esperanza, donde no quisimos detenernos por temor a perder la ocasión del buen tiempo, algo raro en este paraje, hasta que tuvimos a la vista el puerto de Danambolo, en la isla de Madagascar. Allí nos detuvo una calma chicha que nos inmovilizó durante más de cuarenta y seis horas. Tras esta bonanza, saltó el viento del Este, algo inusual y que agitó de tal manera la mar, empujándonos con tanto ímpetu, que acabó rompiendo nuestros cordajes y nos lanzó a más de mil leguas de la costa Oeste. Algunos vieron unas islas a la derecha y hacia el Norte, tomándolas por aquéllas llamadas de Trinidad. Fue entonces cuando una roca a flor de agua partió la nave en dos, dejándonos a todos expuestos a merced del más despiadado de todos los elementos. No llegué a saber nunca qué fue de las otras naves, ni cuál fue la fortuna de mis compañeros de naufragio, ya que era noche cerrada, y yo no pensaba más que en los medios de salvarme. Mi primer naufragio me había dado experiencia y confianza, así que cogí un tablón fácil de manejar y lo estuve preparando durante los acosos de la tempestad, de manera que me facilitara escapar a ella. He de reconocer que, sin saber por qué, cuando me he sentido lejos de la amenaza de la muerte, he aparentado en gran medida indiferencia por la vida; en cambio, en los peligros evidentes no he sido capaz de pensar más que en salvarme. Gracias a mi tablón, estuve flotando durante muchas horas, tan agitado y perturbado, que no puedo pensar en ello sin echarme a temblar. Tan pronto me hundía el ímpetu de las olas, cuando de repente la gran masa de oleaje me empinaba a lo más alto de sus crestas. Mi naturaleza resistió sin embargo todo lo que pudo a semejante agitación, hasta que, habiendo ya perdido el conocimiento y el sentido, no sé de veras qué fue de mí en ese tiempo, ni cómo llegué a salvarme de la muerte. Lo único que recuerdo es que, una vez recuperada la conciencia, abrí los ojos y me encontré con la mar en calma. Divisé una isla muy cercana, y sentí mis manos tan asidas a la tabla, que apenas podía separarlas, y mis dedos tan retorcidos que me costó trabajo enderezarlos. La visión de la isla me dio suficiente fuerza y, una vez alcanzada su orilla, me arrastré hasta un árbol, con más pesar que consuelo por seguir vivo: pensé en que iba a continuar viviendo únicamente para languidecer, prolongando así inútilmente mi agonía. Encontré al pie del árbol dos frutos del tamaño y casi el color de nuestras granadas, sólo que su sabor me pareció más delicado, más sustancioso y nutritivo. Tras comerme el primero, mi corazón se fortificó y alegró, y con el segundo me encontré por completo restablecido. Pero como me sentía tan destrozado que apenas si podía mantenerme en pie, me tumbé y caí en un sueño tan profundo que tardé casi veinticuatro horas en despertar. Fue entonces cuando me sentí por completo abandonado. Pero mis ropas estaban secas, y el hermoso Sol que lucía me infundió un nuevo vigor que me llenó de esperanza. Me comí otros dos frutos que encontré, y me dediqué a observar la elevación del Sol, calculando que podía encontrarme a 33 grados de latitud austral; pero no pude determinar la altitud. Después de descansar un poco, decidí adentrarme en la isla para averiguar si estaba habitada. Observé en efecto ciertas huellas que parecían ser caminos, pero que conducían a espesos matorrales que no se podían atravesar sin agacharse, lo que me dio lugar a malos pensamientos. Me topé con un árbol más alto que los otros, y se me ocurrió que si me subía a él podría descubrir algo. Pero, una vez arriba, escuché un fuerte ruido y vi al mismo tiempo dos prodigiosas bestias voladoras que se acercaban a la copa del árbol,

obligándome a bajar mucho más deprisa de lo que lo había escalado. Que no resulte extraño al lector el nombre de 'bestias' que he utilizado para esos pájaros: me sentí horrorizado ante su desmesurado tamaño, y hablo tal como lo pensé en aquel momento. Así que me lancé a tierra a gran velocidad, sobre los arbustos cercanos, con el espíritu en suspenso y a la espera de cuanto pudiera suceder a continuación. No tardé mucho en volver a escuchar los prodigiosos y temibles chillidos de los pájaros, pensando en todo momento en que iba a ser devorado por ellos. Por fin recuperé la cordura, y al considerar la situación miserable a la que me veía reducido, me planteé que más valía morir cuanto antes, que no intentar prolongar mi agonía. "Después de todo =pensé=, es necesario que muera de una u otra forma, y no puedo evitar un peligro sin caer en otro aún mayor." Así que dirigí los ojos al cielo, con el corazón oprimido y contrito, diciendo: "Señor, os doy las gracias por haberos dignado a darme a conocer que sois el Dueño de mi vida, como sois su Autor. Bien sé también, Dios mío, que es muy justo que os glorifique de la forma que más gustéis, y que los favores que he recibido hasta ahora de vuestro divino proceder superan todo cuanto pueda pensarse. Cierto es, mi Salvador, que no puedo ni debo, sin temeridad, esperar más de Vos. Y en verdad, el estado al que me veo reducido me persuade de que el más señalado favor que puedo recibir de vuestra Bondad paternal, es no tardar en morir. Misericordia, Redentor mío, misericordia para esta pobre criatura que os habéis dignado a crear y a rescatar con vuestra preciosa sangre, y concededme que los extremos a los que estoy reducido sean el camino de la felicidad de la que habéis querido hacerme merecedor."

Terminada mi plegaria, me levanté completamente resuelto a morir, y el recuerdo de que mi padre y mi madre habían expirado en alta mar me llevó a retornar a sus aguas, acercándome al tablón. Apenas me hube apartado, cuando vi que me seguía una multitud tal de animales, que me resultó imposible distinguirlos a todos. Sin embargo, mantenía el espíritu tranquilo y el juicio lo bastante entero como cabe esperarse en semejante situación. Me parece que vi una especie de caballos, pero con la cabeza puntiaguda y las patas terminadas en garras. No puedo decir si fueron estas bestias las que se abalanzaron contra el árbol, pero creo que tenían plumas y alas. Vi también algo parecido a grandes perros, y muchos otros tipos de animales, en nada semejantes a los que vemos en Europa, con un aire alegre, por lo que me pareció, y como si estuvieran sorprendidos al ver algo que, sin duda, no habían visto nunca. Por decirlo en lengua castellana: *Dios nos guarde de los amigos*[13]. Daban al mismo tiempo gritos de gozo y alegría. Añadí para mí: "Muy agradecidos debéis estarme, ya que he venido de tan lejos para serviros de diversión y convertirme en vuestra víctima." A medida que redoblaban sus gritos, yo me resolví a vender cara mi vida, antes que entregarla con dejadez y abandono. Cogí la tabla y me puse a darle vueltas y más vueltas hacia arriba y hacia abajo, lo que los mantuvo atentos hasta que dos de las bestias más grandes se aproximaron para atraparme. Aguardé a una y le golpeé con tal rudeza que la hice volver con los otros animales. Cuando los alcanzó, cesaron sus gritos de alegría y no hubo más que alaridos. Apenas retirarse algunos pasos, yo me sentí presa de pánico al escuchar multiplicarse los espantosos gritos. Cogí rápidamente tres frutos del árbol del que hablé antes, y me lancé al agua con mi tablón. Después de haber nadado una distancia suficiente como para sentirme fuera de peligro, volví la mirada hacia la isla, y pude contemplar en la orilla toda esa masa de animales de los que intentaba escapar. No esperaron muchos de ellos para lanzarse a nado, persiguiéndome con tanto encono y rapidez que no tardaron en aproximarse, dando vuelcos mientras nadaban. Como vi que me iban a atrapar inevitablemente,

[13] En español en el original. El refrán completo dice: "De los amigos nos guarde Dios, que de los enemigos me guardo yo".

me volví contra ellos, haciéndoles frente con el extremo del tablón con bastante éxito, pues, a medida que ellos intentaban agarrarlo y darle mordidas, lo empujaban a la vez, haciéndome avanzar tanto como ellos. Continuamos de esta guisa hasta que llegué a una especie de islote casi a ras del agua y que parecía flotar sobre ella, llevándome a más velocidad y librándome así del alcance de mis enemigos. Sin embargo, continuaban persiguiéndome con empeño, e incluso con una rabia que iba en aumento a medida que me iban viendo fuera de su alcance. Por fin, mi islote dejó de moverse, dándoles el tiempo suficiente para acercarse. Yo ya no sabía dónde me encontraba, y hacía inútiles reflexiones para adivinar la causa de la inmovilidad del islote, cuyo movimiento me había sido tan favorable. Vi entonces a cuatro de esos grandes animales voladores de los que he hablado, que venían en ayuda de los otros. Cuando los vi prestos a lanzarse sobre mí, tuve la suficiente destreza para cubrirme con el tablón, evitando sus primeros ataques, que fueron tan brutales que consiguieron perforarlo de un solo picotazo. Fue en ese momento cuando, de pronto, el islote se alzó con tanto ímpetu que me sacudió hasta lanzarme a más de cincuenta pasos. Creo que se trataba de una especie de ballena, de la que algunos naturalistas hacen mención; y uno de esos pájaros monstruosos, agarrándose a su lomo, le hundió sus garras en la carne. La ballena se levantó, según calculo, más de cien codos fuera del agua, produciendo un ruido tan terrible como el de nuestros truenos.

Tanto me perturbó la sacudida, que no sé qué fue de mí en adelante. Mis dedos estaban tan crispados que me mantuvieron agarrado a la tabla sin darme cuenta. Una vez recuperado en parte el juicio, volví a ver a la bestia, que silbaba y lanzaba agua por tantas patas o cabezas, que conté más de cien, y que tenían poco más o menos el aspecto de las de nuestras arañas de Portugal. Por fin se sumergió del todo en el mar. Los pájaros que me perseguían se habían retirado, así que me encontré solo en medio de las aguas, sin poder distinguir otra cosa que los cuatro puntos cardinales del mundo, gracias a un sol que era el único espectador de esta tragedia: su visión habría sido la de un pobre hombre expuesto a merced de las olas, sin más auxilio que un trozo de madera, y sin otro pensamiento que el del tiempo que le quedaba para terminar de morir; habría visto a un hombre agotado de tantas fatigas y de toda el agua salada que se había tenido que tragar; en un estado tal que nadie pensaría jamás que un hombre pudiera sufrir; en fin, a un hombre que, pese a tantas penalidades, mantenía el espíritu sereno, a un hombre sometido a la voluntad de Dios y por completo resignado a sus órdenes. Aun abatido por todos los males, y no contemplando la menor posibilidad de escapar a ellos, no dejaba yo de esperar, ni podía convencerme a mí mismo de que tenía que perecer en medio de esa multitud de muertos que había dejado tras de mí y que me acosaban con su recuerdo. Me acordé de los frutos, y me comí dos de ellos con gran ansia y apetito, tras lo cual me venció por completo el sueño, viéndome obligado a tumbarme boca arriba sobre mi tabla, con el rostro hacia el cielo, evitando así de algún modo que el agua acabara sofocándome. En tal estado, cerré los ojos, y no sé cuánto tiempo permanecí en esta postura. Me desperté excitado por los rayos que un sol muy ardiente disparaba sobre mi rostro, y comprobé que estaba siendo empujado con mucha velocidad por un viento Noroeste, aunque el mar no se viera agitado. Sentí mi corazón tan alegre, mi espíritu en un estado tan dulce, que no pude impedirme cantar, y entoné el salmo *Dominus illuminatio mea et salus mea*[14], con un contento interior que hizo que mezclara mis lágrimas de gozo con el agua del mar. Me consideraba feliz por entregarme por entero a mi Dios, y no depender más que de su providencia. Dediqué tres horas a esta meditación, con un placer que superaba todas las recreaciones que hubiera escuchado jamás. Al poco, sin más complicaciones, me encontré

[14] "El Señor es mi luz y mi salvación" (*Salmo* 27)

con que el viento me había empujado hasta acercarme a tierra. Mis dedos encogidos estaban de tal modo pegados a la tabla, que me costó separarlos para pasar a la orilla; y mis ropas, impregnadas de agua, pesaban tanto que apenas si podía cargar con ellas. Todo el tiempo que había durado mi agitación y desconcierto, unido a toda el agua salada que había tragado, me cargaban tanto la cabeza que apenas podía sostenerme. Me sentía como un hombre aturdido y vencido por el exceso de vino o por haber girado vertiginosamente. Lo único que pude hacer fue arrastrarme a cuatro patas sobre la orilla, para después tumbarme, esperando de la voluntad de Dios todo cuanto ordenase para su pobre criatura. Me quedé dormido enseguida, y mi sueño, que duró unas dieciséis horas, en la medida en que pude calcularlas, restableció en algo mi cerebro y secó mis ropas, que sacudí para que me resultasen más llevaderas. Recordé que conservaba todavía uno de esos frutos que he mencionado. Después de comérmelo, comprobé que la falta de alimento era la causa principal de mi extrema debilidad. Me adentré pues en la isla en busca de algo para comer y, tras haber marchado alrededor de doscientos pasos, encontré muchos árboles, pero no vi fruto alguno, ya sea que en efecto carecieran de ellos, bien porque mi vista alterada me impidiese distinguirlos. Me prosterné cara a tierra, y solté estas palabras desde el fondo de mi corazón: "¡Oh Señor! ¿Me has querido conservar en medio de tantos peligros sobre las aguas, para dejarme en tierra y dejarme en ella morir de hambre? Señor, hágase tu voluntad, moriré satisfecho, ya que muero siguiendo vuestras órdenes." Apenas terminada mi plegaria, volviéndome para ver donde podría acostarme y esperar el fin de mi desdichada vida, encontré dos frutos cubiertos de algunas hojas. Los recogí como un regalo del cielo, una señal segura de que Dios no quería mi muerte. Después de comerme uno, sentí algo de fuerza que me dio coraje para avanzar camino y aclararme sobre el lugar donde podía encontrarme, que resultó ser a unos 35 grados australes. Muchas fueron las pistas que me hicieron pensar que la tierra firme no podía hallarse muy lejos: el agua era ahora bastante más dulce, el viento soplaba del Sur y muy racheado, y sentí incluso unos vapores extraordinarios que consideré que flotaban a ras de tierra. En una palabra, me convencí de que todo daba pruebas de encontrarme cerca de tierra firme. Avanzando, me topé con un árbol cargado de gruesos frutos y cuyas ramas caían hasta llegar al suelo. El lugar estaba tapizado de diversos tipos de flores muy bellas y de un olor muy agradable. Nada más comerme uno de esos frutos, me inundó un profundo sopor. Más que dormir, me quedé de tal forma abatido que percibía y distinguía todo lo que pasaba a mi alrededor, sin que nada me moviera ni afectase.

Lo primero que oí fueron muchas voces confusas, que me divirtieron de algún modo. Vi después siete bestias del tamaño y el color de nuestros grandes osos, salvo que cada una de sus patas semejaba ser tan grande como todo el animal. Me pareció que se me acercaban y se alejaban sin llegar a tocarme, repitiéndose el gesto varias veces. Finalmente, me atacaron dispuestos a devorarme, y ya estaba yo todo ensangrentado, cuando se les abalanzaron dos de esos grandes pájaros de los que hablé antes, forzándolos a escapar y esconderse en unas grutas cercanas. Los recién venidos hicieron varios intentos por atraparlos. Pero como no lo conseguían, vinieron a por mí, y, después de darme varios zarpazos, uno de ellos me atrapó con sus garras y me levantó por los aires. El cinturón de varias vueltas que yo llevaba a mitad del cuerpo me salvó la vida, ya que impidió que me atravesara hasta las entrañas. Vuelto del todo a la conciencia, sufrí dolores difíciles de expresar.

Tras un largo recorrido, los dos animales fueron a posarse sobre una roca, donde mi portador me descargó, sólo para que el otro me sujetara de la misma manera. El dolor que me causaba era insoportable y me provocó una especie de furor, que hizo que me lanzase bruscamente a su cuello, encontrando en mi desesperación fuerzas suficientes para arrancarle los ojos a dentelladas. Su ceguera lo obligó a caer al agua, prefiriendo dejarme antes que seguir agarrándome, así que me vi libre para subirme a sus espaldas.

Su compañero, que había tomado la delantera para lanzarse hacia lo alto, advertido de que el otro no lo seguía, rehízo el camino para lanzarse sobre mí con un ímpetu increíble. Se encaramó a mi espalda y me lanzó golpes que habrían sido mortales si hubiese acertado de lleno. Yo llevaba siempre conmigo un puñal a la cintura, que le clavé en el vientre a fuerza de empujar y hundírselo lo más que pude. Pero, como veremos a continuación, resulta sorprendente que estos pájaros son casi impenetrables: podríamos compararlos a nuestras tortugas, por los dos caparazones que los rodean y protegen. Mientras yo combatía contra este segundo enemigo, el primero se escurrió por debajo de mis muslos y me soltó. Esto me permitió agarrarme fuertemente a una de sus patas, y como seguía elevándome cada vez más alto, tuve que sujetarme con firmeza por miedo a caer. Él seguía desgañitándose como un animal asustado. Una vez elevado a lo más alto, se precipitó en el mar, y gracias a este elemento tuve la libertad de lanzarme a su cola, subiéndome a continuación a su espalda. El animal daba alaridos a medida que se iba desangrando, y me atormentaba con tanto empeño como podrían haberlo hecho muchos hombres de consuno, bien fuese para acabar de sumergirme, bien para forzarme al menos a que lo soltara.

Daba vueltas y se contoneaba de mil maneras para sacudirme y conseguir deshacerse de mí. Yo no pensaba en otra cosa más que en mantenerme sujeto firmemente para impedirle que tuviera éxito en su empeño, ya que, por haber perdido mi tablón, que era mi único recurso, no me esperaba sino la muerte en caso de que me soltase. Por fin se posó sobre el agua, sin más movimiento que el de un buey degollado y moribundo, y demostrando con su pasividad que se daba por vencido. Esto me concedió tiempo para respirar y sentir mis heridas, así que no pude encontrar en todo mi cuerpo parte alguna que no se viera dañada por algún golpe y cubierta de sangre. Mis ropas estaban desgarradas, sin que me quedase ninguna entera. El agua del mar, aunque bastante dulce en esta zona, tenía sin embargo la suficiente sal como para causarme un dolor tan intenso que hizo que perdiera por completo el sentido.

Supe poco tiempo después que algunos de los llamados Guardianes del Mar vieron una parte del combate, acudiendo cuatro de ellos en una chalupa para averiguar quién era yo. Creyéndome sin vida, me llevaron en su barco como a un muerto que había expirado tras su victoria. Tan pronto como comprobaron que mi corazón latía, derramaron en mi boca, mi nariz, mis orejas y mi trasero, un licor que me hizo abrir los ojos enseguida y contemplar a mis benefactores. Me dieron a beber una especie de agua que me dio nuevas fuerzas y reanimó mi corazón. Me lavaron el cuerpo con un agua odorífera, ungieron mis llagas y me las vendaron cuidadosamente, dejándome así fuera de peligro. Persiguieron a mis enemigos, y tras abatir al último sobre la barca, lo pusieron a mis pies. El otro conservaba aún algo de movimiento, y como yo les expliqué mediante gestos que le había arrancado los ojos, lo persiguieron, lo acometieron y lo tumbaron sobre el otro con pruebas de un gran regocijo difícil de expresar. Volvieron a tierra, de donde nos habíamos alejado cerca de tres horas, llevándome a bordo y colocando los dos pájaros a mis pies con una especie de letrero, escrito en su lengua, que decía: *Victoria milagrosa del vencedor.*

Capítulo IV. Descripción y carta geográfica de la Tierra Austral

Si hay algo que puede darnos a conocer y admirar la divina providencia, es la historia que acabo de describir, en la que no hay ni un solo detalle que no contribuya a sus designios de conducirme a este país. Fueron precisos mis numerosos naufragios para que me acostumbrara a sobrellevarlos. Como se verá a continuación, los dos sexos me resultaron necesarios, bajo

pena de encontrarme perdido a mi llegada. Fue también preciso que me hallara por completo desnudo, pues de otro modo habría sido descubierto y atacado. Sin ese combate, que me señaló y me otorgó reputación, me habría visto obligado a sufrir un interrogatorio que habría concluido inevitablemente con mi ruina. En fin, cuanto más se consideren todas las circunstancias de mi viaje y mis peligros, más resplandecerá la mano de Dios, que sabe disponer de sus criaturas para hacerles alcanzar infaliblemente el fin al que las ha destinado, por contrarios que puedan parecer sus caminos.

Según la costumbre de estos hombres, para tolerar a alguien en su vecindario, antes han de realizar averiguaciones sobre su nacimiento, su país de origen y su carácter. Pero el combate que tuvieron ocasión de admirar hizo que, sin necesidad de interrogatorio, fuese yo admitido en el asentamiento más próximo, y que todos acudiesen a besarme las manos y mis partes. Quisieron también empinarme sobre sus cabezas, que es la mayor de las marcas de alta estima que dedican a una persona. Pero como se dieron cuenta de que esto no podía hacerse sin hacerme daño, omitieron la ceremonia. Una vez concluida mi recepción, los que me habían llevado y ayudado me condujeron hasta la mansión del *Heb*, lo que podría verterse en nuestro idioma como Casa de Educación. Se habían preparado mi alojamiento y mi alimentación con tanta diligencia y pulcritud, que sobrepasaban en esmero los de los europeos más refinados. Nada más llegar, acudió un grupo de doscientos jóvenes australes para saludarme de una manera muy alegre y cortés. Como ya me encontraba mejor, el deseo que yo tenía de hablarles hizo que me vinieran a la mente algunas palabras que había escuchado en el Congo, y les dije entre otras aquélla de *rimlem*, que significa 'soy vuestro servidor', y que ellos entendieron como la prueba de que había recuperado el habla para decirles: "vengo del país superior". Esto hizo que exclamaran, dando grandes muestras de alegría: *le cle, le cle*, es decir, "¡nuestro hermano, nuestro hermano!". Al mismo tiempo, me ofrecieron dos frutos de color rojo mezclado de azul, y me comí uno que me animó y reconfortó. Me entregaron después una especie de bolsa amarillenta envolviendo un vaso, que yo bebí con un placer que nunca había sentido. Me encontraba en ese país y entre esos rostros como un hombre caído de las nubes, y apenas podía creerme verdaderamente lo que estaba viendo. Algunas veces me imaginaba para mis adentros que tal vez estaba muerto, o al menos con el espíritu enajenado, y cuando me convencía con buenas razones de que efectivamente estaba vivo y de que gozaba de buen sentido, no podía llegar a persuadirme de que me encontraba en la misma Tierra, ni junto a hombres de la misma naturaleza que los europeos. Me encontré completamente curado al cabo de quince días, aprendiendo en cinco meses su lengua, lo suficiente como para entenderlos y explicarme. He aquí pues los límites de la tierra Austral, tal como los pude concebir tras los muchos informes que me dieron, y que me ayudaron también a describirla, siguiendo los meridianos de Ptolomeo.

Comienza esta tierra en el meridiano 340, hacia el 62 de latitud austral, y avanza hacia la línea ecuatorial en 40 meridianos, hasta el grado 40. Toda esta tierra se denomina Huff. La tierra que continúa en esta latitud alrededor de 15 grados, se la conoce como Hub. Pasado el meridiano 15, el mar va ganando terreno y va poco a poco inundándolo todo en 25 meridianos, hasta el grado 51, y toda esta costa occidental se conoce como Hump. El mar forma allí un gran golfo, llamado Slab. La tierra se extiende después hacia el ecuador en cuatro meridianos, avanzando hasta 42 grados y medio; esta costa oriental es llamada Hued. Continúa la tierra en esta elevación, alrededor de 36 meridianos, y es llamada Huod. Tras esta gran extensión, el mar vuelve a ganar terreno y avanza hasta el grado 49 en tres meridianos; tras formar una especie de semicírculo durante cinco meridianos, vuelve la tierra hasta alcanzar una treintena de grados, abarcando seis meridianos. La costa que está a Occidente se llama Hug; la cuenca del golfo Pug, y la otra costa Pur. Continúa la tierra cerca de 34 meridianos con casi la misma elevación: se trata del país de Sub. Tras esto, la mar se agranda, hasta parecer más poderosa que lo común,

ganando por entero la tierra, que va cediendo poco a poco hasta quedar hundida hacia el Polo, en el meridiano 160. En estas costas se encuentran los países de Sug, Pulg y Mulg. A 54 grados de altitud nos encontramos con la desembocadura del río Sulm, que forma un golfo muy considerable. Es en los bordes de este río donde se asienta un pueblo parecido a los europeos y que vive sometido a la obediencia de varios reyes.

Esto es lo que he podido saber de cierto sobre las costas de la tierra Austral que miran al ecuador. En cuanto a los límites cercanos al Polo, se trata de unas montañas prodigiosas, mucho más altas e inaccesibles que los Pirineos que separan Francia de España. Se las conoce como Iuads, comienzan hacia el grado 50, y avanzan poco a poco durante 65 meridianos, hasta el grado 60; después remontan hasta el 48 y vuelven a continuación hasta el 55; tras ello, avanzan hasta el 43 y terminan en el mar.

A los pies de estas montañas se encuentran los siguientes territorios: en primer lugar, el Hurf, que se extiende desde las montañas hasta el Huff; lo sigue el Curd, después el Gurf, el Durf, el Iurf, y el Sur, que termina en el mar. A mitad del país, entre las montañas y las costas australes, se encuentran el Hum, el Sum, el Burd, el Purd, el Rurf, el Furf, el Iurf y el Pulg, que llega hasta el mar. Suman todos ellos un total de 27 territorios muy extensos, que alcanzan alrededor de tres mil leguas de largo y entre cuatrocientas y quinientas de ancho.

El valle que está allende las montañas se extiende entre los veinte grados de altitud y sólo unos diez grados de longitud. Está dividido por dos ríos muy amplios en sus desembocaduras, discurriendo uno hacia occidente, el llamado Sulms, y el otro, de nombre Sulm, hacia oriente. La extensión de esta zona es de ochocientas leguas, y su anchura de hasta seiscientas en algunos parajes, siéndolo de trescientas en su mayor parte. Toda esta vasta tierra se llama Fund, y está sometida a doce o trece Soberanos, que se hacen con frecuencia crueles guerras entre sí, y que no buscan sino los medios de establecerse en los territorios Australes.

Lo que asombra sobremanera es que en todo el país Austral no hay ninguna montaña: he sabido de buena fuente que los australianos se han encargado de allanarlo por entero. A este milagro del artificio o de la naturaleza, hemos de añadir la uniformidad admirable de sus lenguas, costumbres, construcciones, y de la cultura de las tierras que se encuentran en este gran país. Basta con conocer un asentamiento para juzgar de todos los demás. Lo cual proviene del natural de todos sus individuos, que nacen ya con esa inclinación, que consiste en no querer en absoluto más que los otros, de donde se sigue que, si alguno quisiera cualquier cosa distinta de lo que poseen en común, le sería imposible valerse de ella.

Se cuentan sesenta mil asentamientos en la prodigiosa extensión de este país. Cada asentamiento cuenta con seis barrios, aparte del Hab y los cuatro Hebs. En cada barrio hay veinticinco casas, cada una de ellas con cuatro departamentos, uno para cada cuatro personas. Hay por lo tanto cuatrocientas casas en cada asentamiento, que contienen cada uno seis mil cuatrocientas personas, multiplicadas las cuales por quince mil asentamientos, nos dará la cantidad de habitantes de la Tierra Austral: alrededor de ciento sesenta y seis millones, sin contar con los jóvenes y maestros que están en los Hebs, que cuentan cada uno de ellos con un total de unas ochocientas personas. Así que, si calculamos los sesenta mil Hebs que encontramos en otros tantos quince mil asentamientos, daremos con cuarenta y ocho millones, entre los jóvenes y los maestros que están a cargo de su enseñanza.

La gran casa del asentamiento que llaman *Hab,* es decir, Casa de Formación, está por entero construida de piedras diáfanas y transparentes, que podríamos comparar con nuestro más fino cristal de roca, pero añadiéndole unas formas naturales incomparables, de color azul, rojo, verde y amarillo dorado, que se mezclan figurando tanto seres humanos como paisajes; algunas veces soles y otras diversas representaciones, con una apariencia de vida que resultaría

imposible describir. Los cimientos están construidos sin más adorno que la talla muy pulida de esta piedra, con bancos a todo su alrededor, junto a seis grandes mesas de un rojo que supera nuestra púrpura.

Cada Hab cuenta con cuatro entradas muy amplias, que corresponden a las cuatro grandes avenidas sobre las que está situado. Todo su exterior tiene forma de graderío, construido con un ingenio superior al que aparenta a primera vista. Se puede subir hasta su cima por unas mil gradas, ganadas las cuales nos hallamos sobre una especie de plataforma capaz de contener fácilmente hasta cuarenta personas. El pavimento de esta soberbia casa no es muy diferente de nuestro jaspe, sólo que con colores mucho más vivos, con vetas de color azul muy rico y un amarillo que supera el brillo del oro. Nadie tiene en ella su residencia habitual, pero cada asentamiento, por turno, tiene que ocuparse de componer todos los días su mesa para doce personas, para que los que van de paso encuentren allí sustento sin ningún problema. Está situada en medio del asentamiento, y tiene alrededor de cien pasos de diámetro y trescientos trece pasos de circunferencia.

La casa de los cuatro asentamientos a la que llaman Heb, es decir, Casa de Educación, está por entero construida del mismo material que el pavimento del Hab, salvo la parte de arriba, que es de piedras transparentes, para así iluminarla dejando que penetre la luz del día. La solería tiene alguna semejanza con nuestro mármol blanco, pero mezclado con muchos trazos de un rojo y un verde preciosos. Esta bella construcción está dividida en cuatro partes, mediante dos muros cruzados que tienen alrededor de cuatro diámetros y medio. Está situada en el cruce de los cuatro asentamientos. Tiene cincuenta pasos de diámetro y alrededor de ciento cincuenta y tres pasos de circunferencia, siendo el paso de cinco pies y medio y conteniendo trece pulgadas reales el pie. Cada una de sus partes se destina a los jóvenes del asentamiento al que mira su fachada. Allí se educan con esmero al menos doscientos jóvenes, y también se instalan en la Casa las madres junto a sus pequeños, desde su concepción hasta que sus retoños tienen unos dos años. El conjunto de jóvenes se divide en cinco niveles. El primero posee seis maestros que se ocupan del perfeccionamiento de los príncipes. El segundo consta de aquéllos a los que se les explican los razonamientos comunes de las cosas naturales, y cuenta con cuatro maestros. El tercero, de aquéllos a los que se les permite razonar, y tiene dos maestros. El cuarto, de los que pueden discutir, con un maestro. El quinto, de los que esperan llegar a ser tenientes, es decir, ocupar el lugar de un hermano que haya abandonado este mundo, tal como habré de explicar.

La alimentación de toda esta población se saca de los particulares de cada asentamiento, los cuales, cuando acuden a la conferencia de la mañana, aportan regularmente todo lo necesario para el sustento de esta numerosa familia.

Las casas comunes que ellos llaman *Hiebs*, es decir, 'residencias de hombres', se cuentan en veinticinco para cada asentamiento, cada una de otros tantos pasos de diámetro y alrededor de seiscientos pasos de circunferencia. Están divididas como los Hebs por dos muros maestros que forman cuatro separaciones, componiendo cada una de ellas un departamento. Están todas construidas del mismo mármol blanco de la solería de los Hebs, salvo los huecos de las ventanas que son del mismo cristal de los Habs para que entre la luz del día. Cada departamento está habitado por cuatro personas, a las que llaman *cle*, que podríamos traducir en nuestra lengua como 'hermanos'. No se encuentran en estas construcciones más que cuatro lechos que sirven para su descanso, y siete u ocho tipos de asientos.

Las estancias que ellos llaman *huids* tienen alrededor de trescientos pasos de circunferencia y setenta y cinco de diámetro. Su figura es un cuadrado perfecto y doce grandes corredores rodean cada uno de los departamentos, con una plaza cuadrada en medio, de seis pasos de diámetro. Los tres primeros pisos, los más grandes, se ven adornados por árboles cada

cinco pasos, que dan unos frutos que ellos estiman menos finos. Son grandes como nuestras calabazas de Portugal, de unas siete u ocho pulgadas de diámetro. Su pulpa es roja como la de los pomelos, y de un sabor que supera a nuestros más delicados manjares, mezclado de un jugo de naranja de lo más puro y desprovisto de acidez. Un solo fruto puede saciar a cuatro hombres, aunque se tratase de grandes comilones. Los otros cinco pisos están plantados con arbolillos con unas pequeñas bolsas de un hermoso color amarillo, llenas de un jugo muy sustancioso y refrescante, relajante y delicioso. El contenido de una bolsa basta para calmar la sed, y lo común es consumir tres de ellas en cada comida.

Los cuatro últimos pisos están llenos de arbustos con un fruto del tamaño de las manzanas reinetas, de un color más brillante que la púrpura, con un olor exquisito y un sabor que no se puede ni comparar con los mejores frutos de Europa. Tienen la propiedad de producir sueño a medida que se los va comiendo, y por ello es costumbre comerlos a la caída de la tarde, y uno solo invita a dormir tres horas.

Cada avenida está cruzada por unos surcos de mediana profundidad, en los que mantienen unas raíces que producen tres tipos de frutos, uno de ellos no muy diferente de nuestros melones. Los otros son del tamaño de las peras, pero de un color azul maravilloso; y los terceros se asemejan a los cardillos de España. Pero su color y su sabor son completamente diferentes.

Hasta aquí todo lo que es común en la alimentación de los hombres en este vasto país. No tienen ni hornos ni marmitas para cocer la comida: no saben qué es una cocina ni qué significa cocinar. Sus frutos les proporcionan tan grande satisfacción, que dan contento a su paladar sin tener que perjudicar ni dañar su estómago en forma alguna, y les proporcionan todo el vigor sin provocarles pesadez ni una mala digestión. Esto se debe a que están perfectamente maduros, sin faltarles en cambio nada de frescura. En todo el cuadrado central no se ve más que un árbol más alto que los demás, con un fruto del tamaño de nuestras aceitunas, pero de color rojizo; lo llaman *Balf*, o 'árbol de la beatitud'. Con sólo comer cuatro de estos frutos se alcanza una enorme alegría, y si se comen seis puede uno dormir durante veinticuatro horas; pero si alguien se excede, puede caer en un sueño sin despertar; y este sueño se ve precedido por tanto contento y tanto gozo, que, al ver a quien lo come, lejos de pensarse que va a morir, se diría que va a disfrutar la mayor felicidad del mundo. Rara vez cantan en toda su vida, y nunca bailan: pero este fruto les hace cantar y brincar hasta la tumba. No he de omitir que todos estos árboles están siempre repletos de frutos maduros y en maduración, de flores y brotes nuevos. Tenemos algo comparable en nuestros naranjos, pero con la diferencia de que el rigor de nuestros inviernos y los ardores del estío los estropean con frecuencia, mientras que en este país no se nota prácticamente esa mudanza.

Por lo que llevo dicho, es fácil imaginarse que este gran país es llano, sin bosques ni marismas, sin desiertos, y habitado en todas partes de manera homogénea. Resulta fácil darse cuenta que pierde altura hacia el ecuador, y que se eleva imperceptiblemente hacia el Polo; pero esta elevación, en una extensión de cuatrocientas o quinientas leguas, no llega a más de trescientas leguas.

Un gran caudal de agua fluye de los montes Iuads, y los australianos han sabido encauzarlo con tanta perfección que rodea todos los barrios, asentamientos y viviendas, haciendo fluir sus aguas donde y cuando quieren, lo cual contribuye en mucho a la fertilidad de la tierra.

La poca pendiente antes descrita de esta tierra Austral, no sólo se observa en el continente, sino también en el mar, que tiene muy poco calado en un espacio de más de tres leguas, de forma que apenas si puede fondear un barco, ya que no alcanza más de un pie de

profundidad. Se sigue de ello que, con la excepción de algunos canales de sobra conocidos por las gentes del país, es imposible acercarse a sus costas por el mar. Esta misma suave inclinación hace que esta tierra prodigiosa esté expuesta continuamente al sol, recibiendo su influencia con tanta generosidad que resulta por entero casi igual de fértil. Se diría fácilmente que sus montañas, que se alzan hacia el Polo, han sido erguidas por la naturaleza para resguardarla de sus rigores y para otorgarles el agua necesaria y útil en abundancia. Además, estas grandes avenidas de agua sirven para contener los rayos de sol y reflejarlos por todos los extremos del país, algo de lo que se ven privados los países septentrionales, de forma que no sufren ni demasiado frío en invierno ni demasiado calor en verano; digamos más bien que no tienen en estas tierras ni invierno ni verano.

No dudo de que esta afirmación ha de sorprender a los geógrafos, que han dividido la tierra por la línea que llaman equinoccial, atribuyendo tanto el frío como el calor a ambos lados, basándose en el principio de que el frío se debe al alejamiento del sol y el verano a su proximidad. Hay, sin embargo, quienes han corregido este error, y que, sin conocer la tierra Austral, han observado esta otra proposición: Guinea, Abisinia y las Molucas recibirían siempre y necesariamente mucho más calor que Portugal e Italia, por no estar el sol tan alejado. Lo cual se contradice con la experiencia obtenida por todos los que han viajado y permanecido en estas zonas, quienes aseguran que el tiempo de los calores coincide exactamente con la canícula, y que los fríos son más frecuentes bajo los signos de Acuario y de Piscis que en el de Capricornio, aunque el sol se encuentre más alejado en esta época. Es pues seguro que el verano tiene lugar al mismo tiempo en toda la Tierra, y que el invierno es igualmente universal, aunque con grandes diferencias según la distintas situaciones de cada país. La cercanía del Sol contribuye tan poco que, si observamos con precaución, nos veremos obligados a concluir que, en el mismo momento en que se halla más próximo, se comprueba que hace menos calor que cuando está alejado. Sabemos que en Europa los calores de Mayo y de Junio no se asemejan a los de Julio y Agosto: los ardores de estos dos últimos meses lo prueban sin ningún tipo de discusión. Ha helado muchas veces en Junio, cuando el Sol está en su máxima elevación, y nos hemos abrasado en Julio, cuando se retira. Es preciso por tanto otra cosa que su presencia para que nos caliente. Ocurre a menudo que, aun faltando el Sol, durante la noche, hace más calor que cuando está presente. Cuando el Sol nos abrasa, es a causa de lo que lo acompaña, y lo mismo ocurre cuando hiela.

De estos principios evidentes podemos concluir cuál es la situación de esta Tierra Austral. Mientras el Sol se aproxima a Europa, las ardientes estrellas que lo acompañan hacen que produzca un excesivo calor; como es éste el tiempo en que se aleja de la Tierra Austral, su alejamiento disminuye su exceso, calentando sólo de forma moderada. Cuando se retira de Europa, se separa de sus ardientes compañeras, de lo que se sigue un riguroso invierno. Pero como es entonces cuando se aproxima a la Tierra Austral, su cercanía impide los rigores del frío; pero su alejamiento de los signos ardientes hace que el calor sea muy moderado. En verano, el Sol está demasiado lejos como para abrasarla, mientras que en invierno está lo suficientemente cerca como para calentar lo bastante la tierra y hacer madurar sus frutos. Esta disposición causa una especie de estío perpetuo en este rico país, haciendo que todo fructifique de continuo, si bien es verdad que se nota un aire más seco durante los meses de Julio y Agosto, y más fresco en Enero y Febrero, con una maduración más lenta.

No se sabe por estos pagos lo que es la lluvia del cielo, al igual que ocurre en África: nunca hay tormentas, y sólo raramente se ven algunas nubes ligeras. No se ven moscas ni orugas, ni ningún tipo de insectos, y no saben qué son las arañas ni las serpientes, ni ningún otro tipo de animales venenosos. En una palabra, es un país de bendición, que contiene todas

las maravillas y delicadezas imaginables, careciendo en cambio de todas las molestias que nos rodean a nosotros los europeos.

Capítulo V. De la complexión de los australianos y de sus costumbres.

Todos los australianos poseen ambos sexos, ocurriendo que, si alguno nace con uno solo, lo ahogan como a un monstruo. Sus cuerpos son fuertes, bien dispuestos y muy activos, de un color que tira más al rojo que al bermellón; de una altura por lo común de unos ocho pies; con un rostro medianamente alargado, con grandes ojos y una boca pequeña bordeada por labios más rojos que el coral. La barba y la cabellera siempre negras, y nunca se las cortan, ya que les crece muy poco. Tienen el mentón hundido y redondeado, un cuello delgado y las espaldas grandes y altas; los pezones redondos y llamativos, esta vez de un color más cercano al bermellón que al rojo. Sus brazos son nervudos y sus manos grandes y largas, con seis dedos. El pecho muy alto y un vientre plano que no se nota que aumente apenas durante su embarazo. Las caderas altas y los muslos largos, así como las piernas, con seis dedos en los pies. En algunos lugares se los encuentra que tienen una especie de brazo en la cadera, estrecho, pero de la misma longitud que los otros, que extienden a voluntad y con el que aprietan con más fuerza que los normales.

La desnudez de todo el cuerpo es para ellos del todo natural, hasta el punto de que no toleran que alguien hable de cubrírselo sin considerarlo enemigo de la naturaleza y contrario a la razón.

Están obligados a entregar al menos un hijo al Heb, pero lo producen de una manera tan secreta, que es para ellos un crimen hablar de la copulación de unos con otros para tales efectos, y no conseguí jamás averiguar cómo se realizaba la generación. Se quieren entre sí con un amor cordial, y este amor es igual para todos. Puedo asegurar que, durante los treinta años que permanecí junto a ellos, no observé ni una disputa ni altercado alguno. No saben lo que significa lo mío ni lo tuyo: todo es común entre ellos, con una confianza más completa y perfecta de la que podrían alcanzar nunca un hombre y su mujer en Europa. Siempre me sentí lo bastante libre como para expresar mis opiniones, pero me excedí a la hora de manifestar mi asombro a algunos de los hermanos, ya que tenía que proveerme de buenos argumentos cuando lo hacía manifiesto. Me referí a su desnudez en términos de rechazo, quise acariciar a un hermano para excitar en él lo que llamamos placer, pregunté con cierta insistencia dónde estaban los padres de los niños que venían al mundo... y me atreví en fin a decir que no me gustaba el silencio que reinaba sobre ello. Estos discursos y otros parecidos no tardaron en producir horror a los australianos, y muchos llegaron a la conclusión de que yo era un semi-hombre, diciendo en voz alta que tenían que deshacerse de mí. Y así habría ocurrido si no llega a ser por la protección y los buenos consejos de un venerable anciano llamado Suain, maestro del tercer nivel del Heb. Sólo porque había sido testigo ocular del combate que he descrito antes, me sentí honrado por él en muchas ocasiones, cuando se encargó de defender mi causa ante los reunidos del Hab. Dado que vio que yo continuaba con mis discursos que escandalizaban a los hermanos, me llevó un día aparte y me dijo en un tono muy grave: «No cabe duda de que eres un monstruo. Tu espíritu maligno y tus malas palabras te han descubierto, haciendo que los nuestros te detesten. Nunca hemos visto a un maquinador de crímenes como tú. Hace tiempo que piensan en deshacerse de ti, y si no es por la hazaña que realizaste ante nosotros, habrías sido destruido poco tiempo después de tu llegada. Dime si puedes, con franqueza, quién eres y cómo has llegado hasta aquí.» El espanto que estas palabras me causaron, unido a la obligación que sentía hacia él, hizo que le hablara con toda sinceridad acerca de mi país y de las aventuras que me habían llevado a esos parajes.

El anciano dio pruebas de sentirse compadecido de mí, y me aseguró que, siempre que me contuviera en mis discursos y en mis actos, olvidarían lo pasado. Añadió que iba a vivir todavía dos años para protegerme y que, como su teniente era joven, éste me acogería en su lugar. «Sé bien – dijo – que al haber llegado a un país en el que ves tantas cosas contrarias a las que se practican en el tuyo, tienes razones para sentirte asombrado y sorprendido. Pero, dado que es una costumbre inviolable entre nosotros el no admitir a un semi-hombre, y que los reconocemos tanto por el sexo como por sus actos, aunque tus dos sexos te salven, tu forma de actuar te condena, y es preciso que la corrijas para salvar tu vida. No es más que una condición la que te propongo para tu consuelo y para que puedas sentirte protegido y sin temor: que acudas a mí a consultarme tus dudas con toda libertad; yo te daré toda la satisfacción que puedas desear, siempre que seas discreto y que no provoques más a los hermanos hasta el punto de que se decidan a destruirte.» Yo le prometí una inviolable fidelidad, me entregué por completo a él, y le aseguré que me mantendría en guardia para no enfrentarme más a nadie. Él aceptó todas mis propuestas y dijo que sería para mí como una madre, durante todo el tiempo que pudiese tenerme a su cargo. «Para empezar con confianza nuestras conversaciones – continuó – has de saber que, tras observar tu combate, ni siquiera yo mismo pude persuadirme de que fueras un semi-hombre: primero, porque entendí que tenías un corazón fuerte; en segundo lugar, te vi sin las prendas con las que te cubres, y comprobé también que tenías las marcas de un hombre completo. Observé que tenías una frente amplia y un rostro como los nuestros. Por último, porque me di cuenta después de que razonas sobre muchas cosas. Has conseguido salvarte gracias a todos estos motivos, a pesar de haberte manifestado como alguien malicioso. Explícame: primero, cómo se vive en tu país; segundo, si todos sus hombres tienen el cuerpo y el espíritu como tú; en tercer lugar, si las cosas superfluas que hemos observado en muchos de los semi-hombres que han llegado accidentalmente a estos parajes han sido prohibidas; cuarto, si la avaricia y la ambición que hemos comprobado entre ellos se han suprimido; en fin, y por último, explícame las maneras de comportarse de los tuyos, sin ningún tapujo. Es parte de la fidelidad que te he exigido y que tú has prometido otorgarme.»

Persuadido yo del estado a que me veía reducido, y de que disimular significaba exponerme a la pérdida del amparo de este anciano y de mi propia vida, pensé que me veía obligado a responderle abiertamente, sin darle ocasión para desconfiar en ningún momento. Le describí mi país al detalle, siguiendo las reglas de la Geografía: le hice comprender el gran continente en el que vivíamos, que recibe los nombres de Europa, Asia y África. Me extendí mucho sobre las distintas especies de animales de todo tipo que pueblan nuestras tierras. Y lo que más admiraba este buen hombre era todo aquello que nosotros más despreciamos, como las moscas, los piojos o las pulgas, no pudiendo entender cómo unos seres tan pequeños disfrutaran de la vida y del movimiento espontáneo. Le detallé los diversos alimentos de los que nos servíamos, y concluyó con razonamientos algo que nuestros médicos no ignoran: que no era posible que viviéramos mucho tiempo, ya que, al no verse obligado el estómago a seguir ninguna regla ni ningún hábito en la digestión, ocurre que la sangre queda forzosamente sin sujeción alguna, no pudiendo vivir un animal de tal modo, si no es con muchas alteraciones y muchas enfermedades que acaban por conducirlo a la muerte tras padecer muchos males. Yo estuve de acuerdo, y le aseguré que una persona septentrional raramente alcanzaba la edad de ochenta años. Pero que la naturaleza parecía precaverse con la abundancia de generaciones, tal que uno solo podía producir a menudo hasta diez o doce hijos. Pasó ligeramente de este tema, impaciente como estaba por oírme hablar de otros asuntos. Le reconocí que los dos sexos en un solo individuo era algo tan raro en nuestras tierras que pasaba por monstruoso. Mediante razonamientos, lo convencí de que había mucha gente cultivada y que se ofrecían lecciones públicas sobre muchos temas. Me interrumpió diciéndome: «Avanzas demasiado en muy poco tiempo: ten cuidado y no vayas a tener que detenerte por caer en contradicciones. Nunca podrás

acordar la razón con la exclusión de los dos sexos; y eso que añades sobre que muchos de los vuestros son capaces de razonar, y que se dan lecciones de raciocinio en muchos lugares, prueba precisamente que el razonamiento está excluido entre vosotros. El primer fruto del razonamiento es conocerse a sí mismo, y este conocimiento conlleva necesariamente dos cosas: la primera, que para hacer a un hombre es necesario que éste sea entero; la otra, que él mismo razone o pueda hacerlo libremente y cuando le plazca. Faltáis a lo primero, ya que vuestros hombres son todos incompletos; y a lo segundo porque tenéis pocas personas que sean capaces de razonar. Puedes discutirme estas respuestas.» Yo le contesté que era un principio racional llamar una cosa perfecta si posee todo lo requerido para su existencia, y que pretender añadirle todo lo imaginable era producir un efecto monstruoso. Por ejemplo, no se puede decir que un hombre carezca de perfección porque no esté solo. De otro modo, se originaría una confusión en la naturaleza y no habría nada perfecto. Hay pues que conocer lo que se requiere para establecer la perfección de un hombre, y una vez de acuerdo, podremos juzgar sin género de duda quiénes son defectuosos y quiénes perfectos.

«Dices maravillas, – replicó – pues debes de saber seguramente que el hombre contiene dos cosas que lo caracterizan: un cuerpo más perfecto que el de los animales y un espíritu más alumbrado. La perfección del cuerpo nos aclara sobre todo lo que este cuerpo puede y debe contener sin caer en la deformidad; y la del espíritu abarca sus conocimientos de todo lo que puede ser efectivamente conocido, o al menos una cierta capacidad de razonar para encaminarse a conocerlo. Ahora bien, me otorgarás que es más perfecto el que posee todo lo que se requiere para considerar un cuerpo perfecto, que quien tiene que compartirlo con otro. Para que un hombre sea completo, necesita los dos sexos: ¿por qué quieres dos hombres para representarme uno solo? ¿No tenemos derecho a decir que es imperfecto aquél que no pueda mostrar más que la mitad?»

Yo le contesté que, en lo relativo a su cuerpo, debíamos considerar al hombre como a las otras especies animales y, ya que un animal no deja de pertenecer a su especie por no tener más que un sexo, del mismo modo, tampoco se puede decir razonablemente que el hombre sea imperfecto por no poseer los dos sexos. Al contrario: la mezcla de los dos sexos en una misma persona debería más bien pasar por defectuosa y monstruosa, antes que por un grado de perfección.

«Tu razonamiento – respondió – supone lo que nosotros pensamos de vosotros, es decir, que sois bestias; y si no se os puede llamar razonablemente tales sin algunos límites, ya que tenéis muchas señas de humanidad, puesto que os encontráis entre la bestia y el hombre, lo más que se os puede acordar, para no faltar a la verdad, es llamaros semihombres. Es un error eso que dices de que compartimos con las bestias el tener un cuerpo; y distinguir el espíritu del hombre de su cuerpo, como se separa una pieza de otra, es un error aún más burdo. La unión de estas dos partes es tal que la una está absorbida en la otra, y todas las operaciones imaginables no conseguirán separar una parte del hombre que no sea humana y que no lo distinga de la bestia; es decir, que pueda pertenecer lo mismo al hombre que a la bestia. En consecuencia, hay que afirmar que el hombre se distingue de la bestia en todo lo que es propio de él, y que no hay nada privativo de él que le convenga a la bestia.» Vio que yo tenía muchos deseos de conversar, ya que dio pruebas de satisfacerme. «¿Podemos negar – dije yo – que el hombre tiene en común con la bestia la carne, los huesos y los sentidos? ¿No decimos acaso de ambos que tienen carne, que ven, que oyen? ¿No se comprueba por tanto que son capaces de reflexión?» «Sí, – respondió – se puede negar formalmente, y el hombre no posee nada de humano que pueda convenir a las bestias. Todas esas concepciones quiméricas de que tratas no son más que debilidades de tu razonamiento, que junta lo que no puede unirse, y que distingue a la vez lo que no puede separarse. Por ejemplo, cuando se dice que la carne en general es común a las

bestias y al hombre, entendemos que la misma palabra 'carne' puede aplicarse a ambos, debido a una analogía que les es común. Pero sólo un cerebro débil puede concebir que la carne de uno sea la misma que la del otro, lo cual es una contradicción manifiesta, pues es imposible que una y otra cosa sean lo mismo, cualquiera que sea el sentido en que se la tome. Debemos, pues, acordar que la bestia es bestia, y que tiene semejanza con otra bestia en que en ambos casos poseen sexos separados, y en que los dos sexos tienen que unirse para producir a un semejante. En la práctica, a partir de esta división no se puede conseguir una unión tan perfecta como para que alcance a producir una identidad: es por ello tal vez por lo que su producto no puede lograrse si no es con muchos defectos, y la naturaleza, que los necesita a los dos para producirlo, los obliga a buscarse, haciendo que cada uno se encuentre apesadumbrado todo el tiempo en que el otro está ausente. Nosotros en cambio somos hombres completos, y ninguno de nosotros deja de manifestar todas las partes de su naturaleza con todas sus perfecciones. Esto hace que vivamos sin todos esos ardores animales de los unos por los otros, algo de lo que no podemos ni siquiera oír hablar. También gracias a esto podemos vivir solos, sin necesitar ninguna otra cosa. Y en fin, esto hace que nos demos por satisfechos, sin que nuestro amor tenga nada de carnal.»

No podía yo escuchar las palabras de este hombre sin pararme a pensar en lo que nuestra Teología nos enseña sobre la producción de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, así como de todos los efectos que se siguen de la Divinidad. Repasaba continuamente ese gran principio de nuestra Filosofía: *que un ser es tanto más perfecto cuanta menos necesidad tiene de actuar*. Que una criatura puede alcanzar a imitar a su Creador en la medida en que puede actuar ella sola para producir algo. Que la concurrencia de dos para actuar y hacer la misma cosa no se da si no es a cambio de grandes defectos, dado que, al necesitarse que dos acciones se unan para el mismo efecto, apenas si pueden conjuntarse de manera perfecta. Y por seguirse una de la otra, o imponerse con mayor fuerza, se precisa un combate, un enfrentamiento, así como un lazo de unión para alcanzarse; lo cual es causa de las muchas debilidades de lo que se produce. Él se dio cuenta, por la suspensión de mi espíritu, de que empezaban a satisfacerme sus razonamientos. Y es por ello por lo que, cambiando sus pruebas, o más bien dejándolas de lado, me preguntó: «Suponiendo la concurrencia de dos en la producción de un hijo, ¿a cuál de ellos pertenecería por derecho?» Le contesté que correspondía a los dos a la vez, de forma indivisa, alegando el ejemplo de muchos animales, que nos dan a conocer, por sus cuidados recíprocos, que sus frutos les pertenecen indivisiblemente. Pero rechazó, no sin indignación, el ejemplo de los animales, y no quiso que volviera a emplearlo, a no ser que yo desease detener la disputa; ya que con ello confirmaba lo que él mismo quería demostrar: que nuestros procedimientos tenían más de animal que de humano, siendo por esto justo que nos considerasen semi-hombres. Añadió que ese nuevo individuo tendría que pasar por grandes dificultades, porque las voluntades de dos no podían ordenarse hasta el punto de que una no quisiera una cosa y la otra una distinta, de todo lo cual surgían muchas disputas. Yo le contesté que había gran parte de subordinación en este tipo de posesión, y que la madre y el hijo estaban sometidos al padre. Pero, ya que la palabra 'padre' es desconocida para los australianos, y que yo mismo tuve que fabricarla de alguna forma para explicarme, me la hizo repetir hasta tres veces, por temor a equivocarse, y me explicó lo que había entendido por ella. Tras lo cual se confirmó por entero en la opinión común de todos los Australianos: que no podíamos ser hombres. «¡Vaya! ¿Dónde está el entendimiento?, ¿dónde la razón? ¿Dónde está el hombre, el hombre?», me repitió hasta tres veces. Le dije que las leyes del país así lo contemplaban, y que no era sin fundamento: ya que debía anteponerse la causa primera, y que de esta forma debía de considerarse al padre, por tratarse del primer principio de la generación.

«Hablemos ordenadamente sobre este tema», me dijo. «Has convenido en que actúan juntos para engendrar. Me has dado a entender que la acción se realiza en la madre. ¿De dónde puedes sacar que el padre actúa antes que la madre? Si actúan juntos, ¿dónde está el primero? Si hay alguna primacía, ¿con qué fundamento se le atribuye al padre? Si todo se efectúa en la madre, ¿por qué se la excluye de ser la primera? ¿No sería más razonable que se considerase al pretendido padre como una condición extraña, en tanto que la madre, que es en la que todo se realiza, y sin la cual todo sería imposible, se considerarse como la verdadera causa? Pero dime, por favor, ¿tan sujeta está esta madre a ese padre como para que no pueda unirse a cualquier otro?» Yo le objeté cándidamente que no había que dudar de ello, y que era algo por lo que muchos tenían que pasar, no teniendo para ello más libertad que la que la madre quisiera acordarles. «Otra razón más del extremo absurdo en el que caéis» −replicó él. «¿Con qué certeza se puede sostener el fundamento de este supuesto primer principio en el que queréis confiar? Es necesario remitirse al segundo, así que éste se convierte en el primero, y no podríamos negarle esta categoría sin cometer mucha injusticia.»

Podéis imaginaros lo sorprendido que me sentía ante el discurso de este anciano. Aunque no podía aceptar sus razones, que subvertían todas nuestras leyes, no podía dejar de hacerme miles de reflexiones, llegando a pensar que se trataba con excesiva severidad a ese sexo al que toda la naturaleza tanto le debe. Mi pensamiento me colmaba ahora de razones en apoyo del anciano filósofo, viéndome forzado a creer que ese gran imperio que el macho tenía sobre la hembra consistía más bien en una especie de tiranía, y no en una conducta justa.

Una vez desmontada la primera parte de mi planteamiento, pasamos a la segunda, la que se refería a la capacidad de razonar de los hombres septentrionales. Pero él daba por sentado que, por haberme llevado al extremo de la primera, nosotros no podíamos considerarnos seres humanos. «Lo que me había hecho dudar de lo que podrías ser ya se ha aclarado.» − me dijo. «Sin embargo, ya que no se puede negar que posees en apariencia algo de extraordinario, es preciso que sepa de dónde puede provenir eso, bien nos refiramos a tu valentía, a tus razonamientos, o a tu propio nacimiento.» Yo le aseguré que lo que había visto en mis recientes acciones era mucho más el efecto de la desesperación que de una valentía habitual. Que no tenemos que luchar con pájaros en nuestras tierras, y que los combates son entre iguales, con esfuerzos, destrezas y carnicerías muy crueles. «Exactamente como ocurre con los Fondinos», añadió. Y como estuve de acuerdo, continuó: «Ya hace bastante tiempo que te encuentras entre nosotros como para que nos conozcas y estés convencido de nuestra conducta. Esa palabra, 'hombre', que trae consigo necesariamente la razón y la humanidad, nos obliga a tal unión que resulta imposible la división y la discordia entre nosotros. Es necesario que te convenzas de que no somos más que hombres, o bien de que vosotros sois menos que hombres, dado que estáis tan lejos de nuestras perfecciones.» Dije que no me podía negar que la diversidad de los territorios contribuyeran en mucho a las diferentes inclinaciones de sus habitantes, de lo cual resultaba que unos fueran menos biliosos y los otros más activos, los unos más pesados y los otros más ligeros; siendo ésta la causa principal de las divisiones, discordias, guerras, y de todos los males que se siguen de ello. Pero él rechazó con fuerza esta afirmación, al sostener que el hombre seguía siendo hombre, era siempre hombre, es decir, humano, razonable, bondadoso, desapasionado, porque en todo esto consiste la naturaleza del hombre. «Al igual que el Sol no puede ser Sol si no ilumina, o que el agua no puede serlo si no es húmeda, del mismo modo el hombre no puede ser hombre si no difiere de las bestias en lo que éstas tienen de pasiones y defectos, de los que el hombre ha de estar exento. La prueba infalible de que en caso contrario no se trata de un hombre, sino sólo de su imagen vana y engañosa, se reconoce en que se ve empujado a convertirse en pendenciero, glotón, lujurioso o defectuoso de cualquier otro modo. Ya que el ser humano consiste en la privación de todos estos defectos que son naturales en las

bestias, las cuales se acercan más o menos a los hombres en la medida en que son más o menos viciosas.»

Reconozco que no podía escuchar yo este discurso sin sentirme admirado. Así hubiera leído un libro muy espiritual, o hubiese escuchado a un imponente predicador, no me habría sentido más edificado de lo que lo estaba entonces. Me acordé de ese hermoso pasaje del *Eclesiastés* que nos da a entender que *todo en el hombre consiste en el cumplimiento de los Mandamientos de Dios*[15], faltando el cual el hombre deja de serlo, para convertirse en una falsa imagen del ser humano.

Me interrogó sobre el razonamiento que yo parecía estar haciendo y le respondí que, efectivamente, yo me había cultivado con el estudio, y que no había prescindido de nada que me iluminase el espíritu. Me preguntó si estos esfuerzos eran iguales para todos. Y al saber que eran bastante desiguales, llegó fácilmente a la conclusión de que esta desigualdad era necesariamente la causa de muchas divisiones, de las que se seguían desgracias, desórdenes, conflictos y opresión, ya que el que menos sabe, viéndose por debajo de los que más saben, se considera tanto más desdichado cuanto que su nacimiento los ha hecho a todos semejantes. «En lo que se refiere a nosotros, – añadió – hacemos profesión de ser iguales en todo: nuestra gloria consiste en parecernos en todo a nosotros mismos y en cultivarnos todos hasta el mismo grado. Siempre que buscamos diferencias entre nosotros, lo hacemos en el ejercicio común, para así encontrar alguna sutileza o algún secreto útil para la comunidad.» De aquí pasó a mi nacimiento, sobre el cual me extendí bien poco, puesto que ya le había dicho que, más que otorgarme alguna ventaja sobre los demás, era más bien el efecto de una naturaleza debilitada, antes que una virtud particular.

Entendí que se refería a las ropas con las que se cubren los europeos como a cosas del todo superfluas, y yo admití que causaba tal horror el ver a una persona sin vestido en nuestras tierras, como el que produce verla vestida entre los Australianos. Aduje por razones la costumbre, el clima del país, y el pudor. No tuvo dificultad en reconocer que la costumbre tenía tal fuerza en nuestros espíritus que se consideraba como algo obligatorio lo que se practicaba desde el nacimiento, y que no se la podía cambiar sin ejercer una violencia tan grande como para cambiarse uno a sí mismo. Añadí yo que los países europeos padecían un frío insoportable para unos cuerpos que eran mucho más delicados que los de los Australianos, llevándoles incluso a la muerte, por lo que era imposible sobrevivir sin algún tapado. Y en fin, le dije que la debilidad natural de uno y otro sexo hacía que no pudiesen ir desnudos sin provocar turbación y emociones que el pudor exigía mantener en silencio.

«Es consecuente con todo lo que acabas de decir, – me respondió – pero ¿de dónde puede provenir esta costumbre? ¿Cómo se puede conseguir que todo el mundo adopte algo que es contrario a la naturaleza? Nacemos como somos, y no se nos puede cubrir sin hacernos creer que somos indignos de ser vistos. En cuanto a darle fe al rigor del clima de que me hablas, es algo que no puedo ni debo consentir. Si el país es tan insoportable, nada impide a los que pueden razonar el abandonarlo, y hay que ser peor que una bestia para establecerse en un lugar que sólo nos procura males, sobre todo si éstos son mortales. La propia naturaleza, cuando produce un animal, le da libertad de movimiento, tanto para ir en busca de su bienestar como para huir de sus males. Cuando se obceca en permanecer en un lugar donde se ve amenazado por todos lados, o donde tiene que estar prevenido continuamente para sobrevivir, entonces no entiendo en absoluto que permanezca allí ni un segundo. En lo que se refiere a la debilidad de que me has hablado, no tengo nada que decir, ya que tú mismo reconoces con tanta sinceridad lo que yo pretendo hacerte entender a fuerza de razones. Hace falta sufrir una debilidad que os rebaja

[15] *Eclesiastés* 12:13.

incluso frente a las mismas bestias, para que no podáis miraros unos a otros sin caer en esos ardores de los

---

que me has hablado. Las bestias se miran entre sí, y esta visión no las altera en absoluto. ¿Cómo es posible que vosotros, que os creéis más que ellas, seáis más frágiles que las más débiles? ¿O es que acaso tenéis tan poca vista que no podéis ver a través de un agujero lo que se oculta detrás? Las bestias tienen mejores sentidos, y un frágil velo no les impide nunca fijar su mirada. Por lo que me dices, conociendo a los tuyos, parece que tienen algunas luces racionales, pero que se apagan tan pronto como aparentan encenderse. Si es cierto que su país resulta inhabitable, es evidente que sólo se ocupan de razonar para encontrar miles de lenitivos. Y si es verdad que los ropajes los pueden conservar en un estado razonable y sin ardores, son como un niño pequeño que no reconoce ya un objeto cuando está cubierto. La razón funciona de mejor manera: penetra en las profundidades y no hay obstáculo que la detenga. El razonamiento no está sujeto a las circunstancias más que cuando no puede ya evitar algo que se le impone. Cuando la naturaleza de este algo es mortal, no se dedica a investigar paliativos sino los medios de escapar. Y si está persuadido de ello como para emprender la fuga, una sombra o un velo no lo detienen: solamente lo imposible es el origen y la única causa de sus barreras. Creo que es la deformidad la causa de los ropajes en vuestra tierra, la que los ha conservado y autorizado. No hay nada más hermoso para el hombre que el propio hombre, y él mismo no es bello más que por la belleza de sus partes. Tan pronto como se las oculta, está declarando que no son dignas de ser miradas. En fin, no seré nunca capaz de entender que se pueda ocultar con justicia algo que se juzga como bello y agradable.»

Más que como a un filósofo, yo escuchaba a este hombre como a un oráculo. Todas las afirmaciones que hacía me llenaban de razonamientos que consideraba invencibles. ¡Dios mío!, me dije, ¡qué cerca están las luces de este hombre de las creencias de nuestra fe! ¡Y qué fácilmente se las puede relacionar! Hemos venido desnudos al mundo y, durante todo el tiempo en que somos inocentes, nuestra desnudez nos resulta agradable. No es más que el pecado el que nos ha hecho sentir horror por nosotros mismos; el pecado es el que, habiendo ensuciado nuestra alma ante Dios, nos ha hecho insoportables a nuestros propios ojos. Al ver a esta gente, se diría que Adán no ha pecado para ellos, y que son lo que nosotros habríamos sido sin nuestra fatal caída. Lejos de sentir pudor ni vergüenza por mostrarse desnudos, hacen de ello su principal gloria. No pueden ni siquiera concebir cómo es posible soportar el menor tapado sin reconocer alguna deformidad. La ropa equivale para ellos, referida a todo el cuerpo, a lo que hacemos nosotros para disimular alguna fealdad del rostro. Los que la padecen, ocultan esa parte con esmero, porque se sienten avergonzados de parecer deformes. Los Australianos no ocultan nada, por temor a que se considere que poseen algo sucio y bajuno que quieren esconder. Para excusar nuestra forma de proceder, alegamos el pudor y los ardores que provocan la desnudez. Pero no me cabe duda, reflexionando correctamente, de que esta razón resulta bien débil. Es algo propio de nuestra naturaleza el comportarnos con ardor ante lo que no podemos ver, a la vez que despreciar aquello de lo que disfrutaríamos libremente siguiendo nuestra naturaleza. Un hombre casado puede mirar a su mujer desnuda y acostarse con ella sin conmoverse, sólo porque la ve a menudo; mientras que cuando ve a alguna otra, sentirá una conmoción que no podrá resistir si no es violentándose a sí mismo. Es algo proverbial que aquello a lo que estamos habituados no nos emociona, mientras que aquello que no es habitual, lo sorprendente, nos excita y nos conmueve. Desde el momento en que me vi desnudo en esas tierras me sentí avergonzado, y estuve algún tiempo sin poder mirar a los otros inocentemente. Pero finalmente me acostumbré, y me volví tan indiferente que no dejé de reflexionar en ello. Ahora el solo pensamiento del ropaje me turba, y no lo podría soportar sin horrorizarme. Ya que

Dios nos hizo desnudos, esto es una prueba infalible de que no nos cubriríamos si no fuera por algún defecto. Y ya que nos dio la ropa como marca de nuestra desobediencia, no la podemos usar si no es declarándonos criminales, ni disfrutar de ella si no es ensalzando la marca de nuestra servidumbre y nuestro pecado, que es su causa.

Pasamos a continuación al capítulo de la avaricia, y comprobé muy bien que no la conocía sino de nombre, ya que, al rogarle que me explicara lo que quería decir con ella, me dio a entender que se trataba de una debilidad del espíritu, consistente en acumular cosas singulares y sin provecho. Todos los Australianos poseen en abundancia cuanto precisan para su mantenimiento: no saben lo que significa acumular, ni siquiera lo que significa guardar algo para el día siguiente. De aquí que su vida pueda considerarse como una imagen verdadera de la felicidad natural, ya que, en realidad, la visión anticipada del futuro es la que nos hace desdichados.

En cuanto a la ambición, no poseían más que un concepto burdo de ella, que se detenía al considerar que pudiera haber hombres por encima de los demás. Yo le dije que, en nuestro país, estábamos convencidos de que una multitud tiene que estar ordenada si no quiere caer en tumulto. Y que este orden suponía necesariamente que existiera un primero, al que los demás estaban obligados a someterse. El anciano, sin adentrarse en las diversas formas de superioridad que existen en nuestro país, puso su empeño en explicarme una doctrina cuyo sentido he llegado a comprender, pero que no sabría explicar con la fuerza con la que él la despachó. Me hizo entender que era algo propio de la naturaleza humana el nacer libre; que no se podía someter al hombre sin hacerle renunciar a sí mismo; que al someterse a otro se convertía en algo peor que una bestia, ya que, para las bestias, por no existir más que para el servicio del hombre, la cautividad era de algún modo natural. Pero el hombre no puede nacer para ponerse al servicio de otro hombre, ya que el fin ha de ser siempre algo más noble que sus efectos. Se extendió en enunciados dignos de admiración, para hacerme entender que someter un hombre a otro hombre era como someterlo a su propia naturaleza, haciéndolo de alguna manera esclavo de sí mismo, lo que resulta una contradicción y una extrema violencia. Me explicó que la esencia del hombre consiste en su libertad, y que pretender arrebatársela sin destruirlo era como querer que subsistiera sin su esencia. Que si ocurre que se lo sujeta y esclaviza, pierde del todo el movimiento exterior de su libertad, pero en su interior no disminuye en absoluto, al igual que la piedra no pierde su gravedad aunque se la levante o se la impida caer, ya que sigue pesando y conserva todo su peso, puesto que cae nada más dejamos de violentarla. Del mismo modo, el hombre no tolera la cautividad si no es sometido a tormento. Tan pronto como cesa la fuerza, vuelve a aparecer tal cual es, y su gloria consiste en morir antes que dejarse oprimir. No es que no haga a veces lo que los otros quieren; pero no actúa porque otros se lo dicten o lo obliguen. La mera palabra de mandato le resulta odiosa. El hombre sólo hace lo que su razón le dicta: la razón es su ley, su regla, su única guía. En esto radica la diferencia entre los verdaderos hombres y los semihombres: en que los pensamientos y la voluntad de los primeros van siempre unidos, son lo mismo, sin diferencia. Basta con explicarles algo para que lo acepten sin oponerse. Así es como las personas razonables siguen de grado el buen camino tan pronto como se les ha señalado. Pero, dado que los semi-hombres no poseen más que indicios de conocimiento y luces muy débiles, sucede necesariamente que uno piense una cosa y el otro otra contraria, y que a uno le plazca una vía mientras que otro huya de ella, oponiéndose entre sí con repugnancia y rechazo casi continuos. La prueba de todo esto es bien clara, ya que aquél que no alcanza más que a entrever no puede evitar el peligro de engañarse, tomando una cosa por otra.

La plática había durado ya más de cuatro horas, y sólo tuvimos que interrumpirla por ser la hora de una asamblea pública, ya que en otro caso habríamos estado dispuestos a prolongarla mucho más tiempo. Entré en el Hab con la mente llena de los razonamientos que acababa de

escuchar, admirándome de los conocimientos y las grandes luces de que está dotado este pueblo. La fuerza de las razones de este hombre suspendió mis sentidos, y estuve durante todo el tiempo que duró la congregación en un estado de estupor. Me parecía que se me habían desprendido muchas escamas de los ojos, y veía las cosas de una forma distinta a como las veía antes. Me sentí forzado durante más de ocho días a hacer comparaciones entre nosotros y lo que veía a mi alrededor. Me era imposible no admirar su conducta frente a nuestros errores, y me avergonzaba por sentirme forzado a reconocer por mí mismo hasta qué punto estábamos lejos de sus perfecciones. ¡Vaya!, me dije, ¿será verdad que no somos hombres más que a medias? Y cuando rechazaba este pensamiento por los principios de nuestra fe, continuaba pensando: "Sus máximas son superiores, no sólo a nuestros actos, sino incluso a toda nuestra moral natural. No se puede concebir nada más razonable ni correcto que lo que ellos ponen en práctica sin fallo alguno." Esta unión inviolable entre todos ellos, tal que no pueden ni concebir qué significa la división; esa indiferencia ante todos los bienes, sin que entiendan siquiera cómo se los puede desear; esa pureza inquebrantable entre ellos, sin que se pueda saber cómo se hacen los niños; y en fin, ese apego tan estrecho a la razón, que los une a todos, que los conduce a todo lo que es bueno y necesario, todo ello es el fruto de personas consumadas en todo lo que podemos concebir naturalmente de perfecto. Si Dios se dignase además a iluminarlos con su gracia, este pueblo constituiría un Paraíso en la tierra.

Pero cuando empezaba a dar paso a todas nuestras imperfecciones frente a sus virtudes; cuando ponía ante mis ojos nuestras continuas disputas, nuestros enfrentamientos y espantosas matanzas entre hermanos; cuando me representaba ese afán de poseer a toda costa y arriesgándolo todo; cuando me sentía confundido por los vergonzosos desórdenes de nuestra lascivia; cuando me veía en fin obligado a reconocer que la pasión era lo que nos guiaba, mucho más que la razón... lo admito, admiraba entonces a ese pueblo, y anhelaba que el ejemplo de uno solo de esos hombres pudiera servir para confundir la vanidad de muchos que, enorgulleciéndose por creerse alumbrados por luces sobrenaturales, viven como las bestias; mientras que éstos, que se conducen solamente por su propia humanidad, acaban apareciendo como ejemplos de virtud.

Capítulo VI. Sobre la Religión de los Australianos.

No hay un tema más delicado y reservado para los Australianos que el que se refiere a la religión. Es un crimen inaudito hablar de ella, bien sea para disputar, bien para explicarla. Las madres son las encargadas de instruirlos en las primeras nociones e inspirarles el *Haab*, es decir, 'lo incomprensible'. Se lo supone y se lo honra con todos los respetos imaginables, pero se enseña a la juventud a adorarlo sin hablar de él, convenciéndola de que no se puede discurrir sobre sus perfecciones sin ofenderlo. De aquí que podamos decir que su gran Religión consiste en no poder hablar de religión.

Ya que siempre he conservado un gran respeto por la religión, me sentí durante mucho tiempo inquieto por no observar ninguna ceremonia y no escuchar que se hablara en ningún momento de Dios. Compartí mis cuitas con el anciano filósofo, quien, tras escucharme, me tomó de la mano y me llevó a una avenida diciéndome en buen tono: «¿Será posible que os comportéis de modo más humano en lo que se refiere al conocimiento del Haab que en el resto de vuestros actos? Ábreme tu corazón y yo no te ocultaré nada de mis pensamientos.» Me sentí excitado al encontrar una ocasión tan propicia para aclarar mis creencias, vanagloriándome de que Dios podía haberme enviado a ese país para servirse de mí con el objetivo de iluminar a ese pueblo, que no carece de nada en el mundo salvo de su conocimiento más perfecto.

Le dije lo mejor que pude que en nuestras tierras existían dos tipos de conocimiento de Dios: uno natural, y el otro que sobrepasaba la naturaleza. La naturaleza nos enseña que hay un Ser Soberano, que es el autor y el conservador de todas las cosas. Esta verdad salta a mi vista, tanto cuando considero lo que es la Tierra o elevo los ojos al cielo, como cuando reflexiono sobre mí mismo. Tan pronto como reconozco las obras que no han podido ser hechas más que por una causa superior, me veo obligado a reconocer y a adorar a un Ser que no ha podido ser creado, siendo Él mismo el que ha creado todo lo demás. Y cuando pienso en mí mismo, ya que estoy seguro de que no puedo existir sin haber tenido un comienzo, se sigue de ahí que ninguna otra persona semejante a mí haya podido existir sin tener algún comienzo. En consecuencia, hay que llegar a un primer ser que, no habiendo tenido principio, sea el origen de todos los demás. Una vez que mi razón me ha llevado a este ser primero, concluyo sin dificultad que no puede ser limitado, ya que todo límite conlleva necesariamente una producción y una dependencia.

El anciano no aguantó que yo siguiera adelante con mi discurso, interrumpiéndolo y dando muchas señas de satisfacción, diciéndome que, si mi nación podía formar este razonamiento, es porque no estaba privada de los más sólidos conocimientos. «Yo he meditado siempre – añadió – del mismo modo que tú me acabas de explicar; y aunque el camino que hay que hacer para sostener esta meditación sea extremadamente largo, estoy persuadido de que se puede realizar. Reconozco sin embargo que las grandes revoluciones, operadas durante muchos miles de siglos, pueden haber causado numerosos cambios en todo lo que vemos. Pero mi mente no me permite concebir una eternidad, ni comprender una producción total, sin la acción de un Soberano, que sea a la vez el gran Arquitecto y el supremo Moderador.«

«Cuando dejamos vagar nuestra imaginación por todas estas miríadas de revoluciones, y tenemos en cuenta todos los casos fortuitos que observamos, que no tienen más principio que un simple movimiento local y el encuentro de muchos corpúsculos, corremos el peligro de hacerla incurrir en una blasfemia execrable: consiste en conceder a la criatura lo que sólo pertenece al Creador, pagando en consecuencia con una insufrible ingratitud a Aquél a quien debemos todo lo que somos, al negar que sea el principio de todos los seres, y queriéndolo negar aunque sea bien visible en todos sus efectos. Aun acordando que fuera posible la eternidad de todos esos cuerpos minúsculos, dado que esta otra opinión es, como mínimo, tan probable, e incluso mucho más que la otra, admitirla es empero exponernos a un crimen voluntario, favoreciendo a cuerpos insensibles e indignos de cualquier tipo de reconocimiento. Quiero decir que, cuando disputamos para destruir al Ser de los seres, nos merecemos su disgusto y no debemos escapar a su justa venganza. Al contrario, poniéndonos de su lado, no hacemos sino ser dignos de su deber para con nosotros: no podemos arrepentirnos de ello y, de este modo, nos ganamos el reconocimiento de este Infinito. En definitiva, esta proposición es muy probable, y hacemos bien en seguirla, mientras que la otra resulta peligrosa y no podemos estar de acuerdo con ella sin declararnos culpables. Esta consideración fue la que nos hizo adoptar, hace alrededor de cuarenta y cinco revoluciones, el supuesto de este primer Ser de todos los seres, y enseñarlo como fundamento de todos nuestros principios, sin que se tolere ninguna opinión contraria.»

Yo escuchaba los oráculos de este hombre con una atención especial. La dulzura con la que hablaba, junto a las bases en las que apoyaba sus palabras, atraían tanto mi corazón como mis oídos. En cuanto vi que estaba a punto de hacerme otra pregunta, añadí que, incluso en el caso de que estuviéramos de acuerdo con que la existencia de esos corpúsculos fuera eterna, no conseguiríamos probar nunca con eso que hubieran podido separar y diversificar este mundo tal como lo conocemos en la actualidad. Siguiendo ese principio incuestionable, según el cual las mismas cosas no pueden producir sino lo mismo, al no poseer esos átomos ninguna diferencia

entre sí más que el número y la pluralidad, no habrían podido producir más que masas cualitativamente idénticas. «Lo que causa una gran dificultad a ciertos espíritus – replicó él – es la gran abstracción de ese Ser de seres, que no se manifiesta más que como si no existiera. Pero yo considero que este razonamiento tiene poca fuerza, ya que podemos plantearnos muchos otros que nos obligan a creer que hay muchas otras cosas por encima de nosotros que no pueden hacerse manifiestas más que por sus efectos. Si su manera de comportarse fuera particular, me resultaría difícil considerar que fuese la suya, ya que un Ser universal no puede actuar más que universalmente, y no de forma particular.»

«Pero, – contesté yo – siendo así que no ponéis en duda la existencia de ese gran Soberano, ¿cómo es que no establecéis ninguna religión para honrarlo? Nosotros, que así lo reconocemos, tenemos señaladas las horas para adorarlo, nuestras oraciones para invocarlo, las alabanzas para glorificarlo y sus mandamientos para obedecerlo.»

«¿Habláis pues libremente del Haab?» −me dijo. «Sí, por supuesto, y ésos son nuestros discursos más bellos y justos−le contesté. Los más bellos, porque no debemos tener nada más hermoso que Aquél del que depende nuestra vida y nuestra muerte. Y los más justos porque esta conversación ha de preferirse a todas las demás, por movernos al respeto y al reconocimiento.» «Nada mejor−respondió. Pero vuestras opiniones sobre este Ser Incomprensible, ¿son todas idénticas?» «Pocos hay – le contesté – que no le reconozcan sus soberanas perfecciones de la misma forma. «Háblame con más concreción y con sinceridad−me dijo presionando. ¿Pensáis todos por igual cuando razonáis sobre este Primer Principio?» Tuve que reconocerle que, efectivamente, los espíritus estaban muy divididos en sus conclusiones, lo que era causa de muchos desprecios y odios. De aquí se seguían guerras, muertes y otras consecuencias desastrosas.

El viejo anciano replicó con mucha ingenuidad que, si yo hubiera contestado de otro modo, habría dado por terminado mi discurso, y habría sentido desprecio por mí; ya que es una consecuencia necesaria que, al hablar de algo incomprensible, se haga con mucha diversidad de opiniones. «Resulta peligroso pretender ignorar este primer principio: pero habría que ser infinito como lo es Él para hablar del mismo modo, ya que damos por supuesto que es incomprensible. De lo cual se sigue que, desde el momento en que nos atrevemos a plantear el tema, y dado que no podemos hablar de ello si no es mediante conjeturas, lo más que alcanzamos es a dar satisfacción a nuestro espíritu, sin acercarnos más a la verdad. Y ya que no somos más que ciegos en estas consideraciones, es excusable que uno piense de una manera y otro de otra. Es la propia razón la que nos obliga a no hablar, ya que estamos convencidos de que no podríamos hablar de este tema sin equivocarnos. Las asambleas que celebramos en el Hab son para rendirle reconocimiento y adorarlo, pero algo que se cumple de forma inviolable en estas ocasiones es el no pronunciar ni una sola palabra, dejando que cada cual piense libremente lo que le sugiera su espíritu. Esta forma de proceder es la causa de que estemos siempre unidos y en actitud respetuosa cuando pronunciamos su nombre, todo lo cual resultaría imposible si nos tomáramos la libertad de discutir, lo mismo que aquél que se dirige a un precipicio se expone necesariamente a la muerte.»

«Subrayo –añadió– lo que me has avanzado sobre las disensiones y las funestas consecuencias que se siguen de vuestras diversas doctrinas, y habrás de concluir necesariamente que el nuestro es un procedimiento inexcusable. La doctrina común sobre esta primera causa debe ser el principio de nuestra unión, como lo es de todo lo que hacemos. Y hay que admitir que no se podría hablar de ella mucho tiempo sin caer en divergencias, por lo que se debe concluir que, cuando éstas dan lugar a disputas y guerras, estamos abusando de nuestro Padre común, precisamente en aquello que debería unirnos. ¿Cómo cabe pensar que sea de su agrado que nos destruyamos los unos a los otros con el pretexto de agradarle? No se lo puede concebir

correctamente más que como una causa universal, a la que pertenece todo de la misma forma; que da el impulso y la cadencia a todos los seres particulares y dispone de todo únicamente según su voluntad. ¿No es por lo tanto abusar de su bondad el destrozarnos los unos a los otros, sólo porque unos imaginan que lo conocen mejor que los demás?»

Yo le respondí que se podía excusar esa conducta por el celo con que cada partido defiende su manera de entender la religión, que cada uno considera tan correcta que la apoya con revelaciones particulares y la confirma mediante milagros de los que toma a Dios por autor. Este discurso lo sorprendió más allá de lo imaginable y, dado que ya que no podía ponerlo de acuerdo con el aparente razonamiento que había observado antes en mí, me dijo con acento grave: «No puede ser que, para complacerme, intentes embaucarme con lo que tú atribuyes a tu nación, ¿Cómo pueden concordar esas revelaciones con la lucidez que tú mismo has manifestado aparentemente?» Yo protesté de mi sinceridad y de que, por muy movido que estuviera por complacerle, no sería a costa de la verdad. Añadí que no era el mismo pueblo el que mantenía opiniones diferentes, sino que ocurría como ocurre con las banderías, cuando unas piensan de una manera y otras de otra; de aquí se sigue que se desprecien entre sí, disputen, se odien y acaben por enfrentarse muy a menudo.

«¿Pero no son capaces – dijo él – de reflexionar sobre su procedimiento y, siguiendo el conocimiento que poseen, según tú afirmas, de la infinita bondad y sabiduría de este Ser divino, pensar que no hay lugar para contradicciones? ¿No deben temer que, al creer que sus hermanos piensan lo que no piensan ellos, estén ambos equivocados? ¿Qué seguridad tienen para sentirse exentos de este justo temor?» Le contesté que estaban fuertemente persuadidos de que Dios se había mostrado a sí mismo a algunos individuos de los suyos, y que había ordenado que se les otorgara fe como a Él mismo, no forzando en cambio a ninguno, sino aguardando la muerte de todos para obtener la recompensa los que habían creído correctamente, así como el castigo para todos los que se habían mostrado incrédulos.

«¿Cómo es posible creer que el Haab haya hablado más a unos que a otros? ¿De dónde puede nadie sacar que prefiera a unos antes que a otros para iluminarlos?»

Le respondí que las maravillas que habían operado los primeros eran pruebas seguras de ello, de que Dios era dueño de sus voluntades para realizar lo que le placía, y que correspondía a las demás criaturas sometérseles y adorarlos.

Me preguntó que cómo se explicaba que hubieran realizado esas maravillas, dado que los que tenían una creencia opuesta no las admitían. Le dije que era algo que pasaba de padres a hijos. «Si es así, – replicó – la religión que observan no está fundada ni en la palabra de Dios, ya que disputan entre ellos si lo es verdaderamente o no; ni en ninguna maravilla autorizada por Él, ya que ninguno de los que creen en ellas puede vanagloriarse de haber sido testigo, mientras que los que no las creen las rechazan como supuestas. En consecuencia, no tiene más fundamento que la credulidad de aquéllos que se dejan convencer más fácilmente.»

Respondí que había muy pocos que no creyeran en las mismas revelaciones, y que la diversidad de religiones provenía de las distintas explicaciones que se les daban. «Dejemos el tema – dijo – ya que te enredas y caes de un error en otro por querer explicarte demasiado. Si todo lo que planteas pudiera sostenerse, harías parecer a tu nación como a una gente sin más luces que para enfrentarse a precipicios inevitables y hacerse necesariamente desdichados. Lo que cuentas prueba que son capaces de algo más que sospechar la existencia de un primer Ser; pero este conocimiento no les sirve más que para dividirse, atormentarse, aceptar miles de prejuicios sobre este Soberano, convirtiéndolo en un ser parcial, tomando sus revelaciones como algo oscuro que necesita explicarse, considerándolo indiferente a todas las disputas que surgen para glorificarlo y tratándolo así de cruel, ya que se dedica a perder a aquéllos que con más

ardor trabajan para agradarle, caso de que no hayan entendido bien su voluntad. Todos esos procederes no son más que burlas, indignas de plantearse cuando se trata de un Ser supremo, que no puede actuar si no es con la mayor prudencia y la mayor sabiduría. En cambio, nosotros reconocemos la primacía y la alta soberanía de esta primera Causa. Admitimos mediante razonamientos que, por ser todas las criaturas igualmente suyas, las contempla a todas por igual y con el mismo afecto. Y en fin, estamos persuadidos de que somos tan poca cosa a su mirada, que no merecemos que nos señale en ningún aspecto, ni que nos distinga en nada. Lo que has añadido sobre el fin de todos y cada uno de nosotros es una prueba de algo oscuro por otra cosa aún más oscura. Nos queda preguntarnos si hay alguna diferencia entre un hombre muerto y cualquier otro animal, ya que lo que se sigue en ambos casos es lo mismo, sin diferencia alguna. Al no poder basarnos en ninguna diferencia, no podemos hablar más que mediante conjeturas muy débiles. Es verdad que observamos que un hombre vivo parece tener más lucidez que un bruto, pero esto es demasiado poco para persuadirnos de que quede algo más de él tras su muerte. Ya que los brutos, que poseen diversos grados de perfección entre ellos, son todos iguales en este extremo, no me es posible formarme ningún juicio positivo sobre la preeminencia del hombre tras su muerte, sólo a partir de su superioridad durante la vida. Hay sin embargo entre nosotros quienes consideran demasiado opuestos al hombre y a los brutos, no pudiendo tolerar que el primero muera por completo como los segundos. Pero cuando intentamos forzarlos a explicarnos esa diferencia, comienzan a dudar y se extravían en sus pensamientos, sin darnos ninguna satisfacción. Pues afirmar que ese algo de más se queda junto al cuerpo en la tierra es considerarlo algo del todo superfluo; si se dice que se retira, no podemos asignarle un lugar para ello, a no ser que entre en otro cuerpo. Pero todos estos pensamientos están envueltos en tales dificultades que no podemos aspirar a resolverlas.»

La hora del Hab nos obigó a marcharnos, y yo la ocupé por completo en repasar con la memoria todo lo que se me había explicado; y dado que me encontré ante problemas que sobrepasaban el alcance de mi espíritu, tuve que adorar a la divina Providencia por haberme dotado de otras luces más claras y seguras, y haberme hecho entender que, por tratarse de mi Salvador del mismo modo que era mi Creador, me había dotado de un alma inmortal que debía gozar de su gloria. Dudé a continuación si debía decidirme a descubrirle al anciano la fe que tenemos nosotros en un Dios muerto y resucitado por nuestra salvación; tras debatirme de mil maneras, llegué a la conclusión de que plantearle ese discurso era como mostrarle piedras preciosas a un ciego. Conociendo su talante y su genio, estaba seguro de que me plantearía cientos de dificultades y que acabaría por tratarnos de ridículos según su costumbre. Me acordé de las palabras del Apóstol, *que la doctrina del Evangelio era opuesta a la vana sabiduría mundana; que es una locura para los mortales y que Dios no se da a conocer a los orgullosos de este mundo*[16]. Y ciertamente, todo lo que conocía de esta nación me aseguraba que era tanto más incapaz de conocimientos sobrenaturales, cuanto que consideraba como imposible o inconcebible todo aquello que no podía comprender. Es verdad que están muy capacitados, y que la razón que los guía los haría incomparables si Dios se dignara a iluminarla; pero esta misma razón, que los sitúa por encima de los demás en lo que se refiere a los conocimientos naturales, los sitúa por debajo al no poder concebir su salvación. Podemos pues afirmar que la ciencia no les sirve más que para engañarlos, y que la destreza de su espíritu, unida a su docilidad natural para obedecer con gusto a la razón hasta el punto de convertirla en un milagro en la tierra, será la causa de su desdicha en la eternidad.

Que los sabios juzguen sobre su proceder de no hablar de Dios de manera alguna, y se ocupen de encontrar trazas de ello en la Antigüedad. Lo que yo puedo decir es que esta conducta

[16] Pablo de Tarso, *I Corintios* 3:19.

los mantiene en una actitud de respeto y una admirable cohesión con respecto a las cosas divinas.

Me sorprendieron muchas veces arrodillado en el suelo, las manos juntadas y los ojos puestos en lo alto hacia el cielo, y ya que se asombraban de esta postura, el anciano me preguntó un día qué es lo que yo pretendía con ello. Tras responderle que estaba rezando a Dios, añadió que no se le podía rogar sin ofenderlo, y éste es más o menos el razonamiento que me ofreció: «Para rezar e invocar al Haab es necesario que se le atribuya una ignorancia de lo que nosotros precisamos, o bien que, aun sabiéndolo, no lo desea; o, por último, que pretendamos doblegarlo con nuestras impertinencias, a menos que sea indiferente y queramos atraerlo a favor nuestro. Creer lo primero es blasfemar; pretender lo segundo es una impiedad; y lo tercero es un sacrilegio. Es una blasfemia creer que el que todo lo sabe ignora algo; no podemos, sin incurrir en impiedad, imaginar que podamos forzarlo a querer lo que antes no quería, ya que equivale a creer que se lo puede mudar, moviéndolo a querer algo que no sea lo mejor. Nosotros concebimos a ese Ser soberano como incapaz de cambio y queriendo siempre lo más perfecto. Y no podemos pensar de otro modo sin faltar al primer principio del razonamiento, que nos enseña que el Haab no puede equivocarse, ni querer otra cosa que no sea lo mejor. Esta verdad nos resulta tan clara, que la tenemos como una de las primeras reglas de nuestra razón. Y digo más: no se podría pedir nada al Haab si no es por temeridad o ignorancia. La temeridad es evidente, ya que nos atribuiríamos mejores sentimientos que los suyos, queriendo reformar el curso ordinario de su conducta al forzarlo a conceder aquello que no tenía previsto otorgarnos. Pues, o bien pedimos lo mejor, o aquello que, aun no siendo lo mejor, nos resulta más conveniente. Si lo primero, pedírselo resulta una temeridad y un esfuerzo inútil, ya que esta Causa no puede obrar sino lo mejor. Si sabemos que lo que le pedimos no es lo mejor, atrevernos a pedírselo se trata también de una temeridad. Y, en fin, es una ignorancia insostenible rogar sin reflexionar previamente si lo que se pide es o no lo mejor. Estas consideraciones nos fuerzan a esperarlo todo sin rogar nada, así como a aceptar todo lo que nos acaece sin ningún tipo de rechazo, estando plenamente convencidos de que es así como debe suceder, aunque nos resulte contrario y perjudicial.»

Yo le contesté que nosotros creíamos que Él nos mandaba rogarle, y que, al menos a la hora de la muerte y de abandonar el mundo, debíamos implorar su misericordia. Se lo expresé intencionadamente para conocer sus opiniones. Con su proceder ordinario, me contestó de inmediato que mi respuesta planteaba tantas dificultades, que no alcanzaba a entenderla, así que me pidió explicaciones. Le hice saber que al morir cambiamos de mundo, y que nos vemos situados en el otro según la voluntad de Dios.

«Cambiar de mundo – me dijo – supone que hay dos mundos, y realizar ese traslado significa necesariamente emprender un gran viaje. Tú planteas que morimos, es decir, que dejamos de poder movernos, y a la vez pretendes que realizamos este viaje, es decir, que nos trasladamos más deprisa de lo que vinimos. Pretendes dos cosas por completo opuestas: un ser vivo que no puede viajar al otro mundo y uno muerto que puede realizar ese viaje. Otorgas más movilidad a los muertos que a los vivos. Reflexiona al menos sobre lo que estás diciendo.» Le repliqué que no había hecho uso de esa forma de hablar, 'cambiar de mundo', para referirme a una estancia en un lugar alejado de este universo, sino para dar a entender una forma de encontrarse completamente diferente de la actual. Que cuando decía que cambiábamos de mundo no había supuesto nunca que se interpretara mi proposición como referida a nosotros mismos por entero, ni como un viaje material. Añadí que estábamos acostumbrados a servirnos de esta manera de hablar para dar a conocer la separación de nuestra parte principal que llamamos nuestra alma, que nos hace razonables distinguiéndonos de las bestias. Que había que ser peor que estúpidos para imaginarse que el cuerpo no se transformaba en tierra, y que de lo

que estábamos persuadidos era de que aquello que nos hace razonables, al librarse de los lazos que lo unen al cuerpo, se vuelve libre y se transporta en un instante al lugar que Dios le tiene destinado, según el valor de sus actos.

«Así que crees – me dijo – que nos convertimos en *Habis*, es decir, en ángeles, después de la muerte; y que al dejar de ser somos más perfectos de lo que somos mientras estamos vivos, y por eso te confundes tanto a la hora de explicarlo. Dado que nuestra vida no es más que una consecuencia del movimiento, se sigue de ello que el cese de nuestra vida no es más que el cese del movimiento. Y así, lejos de poder actuar más perfectamente estando muertos, somos incapaces de actuar, puesto que ya no somos susceptibles de movimiento.»

Le rogué que se adaptara a mi forma de pensar para así responderme de una manera más positiva, ya que lo que yo pretendía era establecer una diferencia considerable entre nosotros mismos y nuestra alma, que no es más que una parte de nosotros. «Pero cuando afirmas que esa parte se mueve y actúa, ya sea feliz o desgraciada, o bien es la misma o bien no es la misma de antes ─contestó. Si es la misma, no puedes condenar mi razonamiento. Si no lo es, entonces has hablado mal al afirmar que cuando muere es situada según sus obras.» Yo le dije que era en parte la misma. «Muy bien, – continuó – esa parte que es la más noble y que tomas por el todo.» «De acuerdo», le contesté. «Así que tengo razón – dijo – al haber presupuesto lo que tú querías afirmar. Pretendes que mueres y, al mismo tiempo, crees que, en lugar de morir, vivirás mucho más perfectamente que antes de la muerte. Los pensamientos que has querido explicar te representan como una pieza muy valiosa encerrada en una materia basta, y a la que la muerte, en lugar de dañar, le sirve maravillosamente, ya que no hace sino separaros de ella y libraros de la corrupción. De aquí se sigue que llamáis muerte a vuestra perfección, y no a vuestra destrucción. O más bien, morir, según tu forma de hablar, no es morir, sino dejar de morir, algo que no puede acordarse, ya que se trata a la vez de morir y no morir: dejar de ser y ser más perfectamente; ser destruido y subsistir de una manera más perfecta que antes.»

Me di cuenta de que no podía seguir avanzando con los fallos de nuestra creencia, que escandalizaban a este hombre y le producían aversión. Así que le rogué que excusara mis debilidades y que me explicara sus opiniones, lo cual cumplió de una manera tan elevada, que no pude retener todo lo que me dijo, aunque comprendí en cierto modo todas sus proposiciones. Por lo que puedo recordar, pasó a la doctrina de un genio universal que se comunica por partes a cada ser particular, y que posee la virtud, cuando muere un animal, de conservarse hasta que se le comunica a otro, como habré de explicar más ampliamente en su filosofía. De tal modo, ese genio se extingue con la muerte, sin destruirse sin embargo. Después, sólo aguarda la ocasión de una nueva disposición para volver a encenderse, alumbrándose según la cualidad del fuego que le es comunicado.

Capítulo VII. De las opiniones de los australianos sobre esta vida.

He de subrayar tres cuestiones relativas a las opiniones de los australianos sobre la vida: la manera de darla, la de conservarla y, en tercer lugar, la de acabarla.

Ya he hablado de la forma en que los niños vienen al mundo. Pero como se trata de una de las cuestiones principales de esta historia y es sobremanera digna de admiración, creo muy a propósito insistir en el tema, si acaso con mi descripción podemos alcanzar algo de verdad sobre el mismo. Sienten tal aversión al oír hablar de estos comienzos, que alrededor de un año después de mi llegada, al haber yo empezado a discurrir sobre esta materia en compañía de dos hermanos, se apartaron de mí mostrando tales señas de horror como si hubiera cometido un

crimen. Un día se lo referí a mi anciano quien, tras censurarme por lo que había hecho, me dedicó un largo discurso y me ofreció diversas pruebas que me hicieron sospechar que los niños proceden de sus entrañas como los frutos de los árboles. Pero como vio que sus razones no me impresionaban y que no podía evitar que yo reaccionase con una sonrisa, me dejó sin terminar, declarándome que mi incredulidad provenía de la debilidad de mi espíritu. Durante los seis primeros meses de mi estancia allí, ocurrió que las excesivas caricias de mis hermanos me provocaron cierto movimiento de rechazo que fue advertido por algunos, que se sintieron tan escandalizados que se retiraron. Ello me acarreó el odio de todos, y me habría perdido con toda seguridad sin la especial asistencia del anciano. He de decir que, durante los treinta años que permanecí entre ellos, no pude conocer ni cuándo ni dónde se realizaba la generación. Sus partes son muy pequeñas, y no se percibe ni una de las descargas naturales que son comunes en las mujeres que no están encintas. Sus hijos desconocen la tiña, la rubeola, la viruela y otras tantas afecciones a las que se ven sometidos los niños europeos.

En cuanto un australiano concibe, deja su apartamento y se traslada al Heb, donde es recibido con especiales felicitaciones, y allí recibe su sustento sin trabajar. Tienen un lugar elevado para dar a luz a su fruto, y allí extienden las piernas, y el niño cae sobre las hojas del Balf; la madre lo recoge, lo frota con las hojas y lo amamanta, sin derramar sangre ni dar señas de haber sufrido ningún dolor. No hacen uso de sábanas, ni de pañales ni cunas. La leche de la madre es tan sustanciosa que al niño le basta con ella durante dos años, y la cantidad de deposiciones del recién nacido son tan pocas que casi se diría que no las producen. Empiezan a hablar por lo común a los ocho meses, al año ya caminan, y los destetan a los dos años. A los tres empiezan a razonar, con una destreza inexplicable. Nada más dejarlos la madre, el Maestro del primer nivel les enseña las cosas elementales y permanecen tres años bajo su tutela. Pasan a continuación bajo la disciplina del segundo Maestro, quien les enseña a escribir y se encarga de ellos durante cuatro años. Y así gradualmente con los demás y hasta la edad de treinta y cinco años, cuando ya todos son expertos conocedores de las ciencias naturales, no distinguiéndose entre ellos ninguna diferencia de capacidad. Una vez terminada su formación, quedan a la espera para convertirse en tenientes, es decir, para ocupar el puesto de aquéllos que deciden abandonar la vida.

Ya he hablado de su constitución física en el Capítulo V; en cuanto a su carácter, a decir verdad, manifiestan una dulzura mezclada de gravedad que no tiene comparación en Europa. Poseen una salud inquebrantable y no conocen siquiera lo que significa una enfermedad. Creo que la bondad de su naturaleza proviene de su nacimiento y de la alimentación, que los nutre sin caer en excesos. Nuestros males tienen un origen opuesto, a saber, haber sido concebidos por unos padres sometidos a las pasiones y una alimentación nada saludable y tomada a menudo sin medida. Nuestros padres nos transmiten con frecuencia tantos defectos cuantos han contraído por sus vidas desordenadas. Cuando la glotonería ha colmado sus humores, nos transmiten tantas necesidades superfluas, que hemos de purgarnos si no queremos morir. Si exceden en ardor, se siguen de ello ebulliciones de la sangre junto a infecciones que afectan necesariamente a nuestros cuerpos. En una palabra: nos hacen tal cual son ellos mismos, ya que no pueden darnos más que lo que poseen. Su ardor hace que seamos como perros concupiscentes y su bilis nos inflama de cólera.

Los australianos están exentos de estas pasiones, ya que, al no tenerlas sus padres, no se las pueden transmitir. Dado que no sufren ningún principio de alteración, viven en una especie de estado de indiferencia, sin otro movimiento que el que la razón les imprime. Lo mismo podemos decir de la alimentación, pues si bien los europeos son a veces muy miserables y tienen que ingerir malos alimentos, les ocurre también a menudo que devoran el doble o el triple de lo que necesitan para su sustento. De esto se siguen fiebres, catarros y debilidades estomacales, y

otras muchas afecciones semejantes, desconocidas entre los australianos. Lo sustancioso de sus frutos, así como su templanza a la hora de comerlos, que los lleva a no tomar más que lo que la naturaleza precisa para subsistir, los libra de todos nuestros males. Lejos de vanagloriarse con los manjares y de organizar suntuosos festines, comen más bien en secreto y como a escondidas. No tienen una hora fija para sus comidas, ya que consideran que es una acción animal, de la que el hombre debería abstenerse si pudiese. De aquí les viene el que apenas manifiesten esas necesidades que nosotros llamamos comunes: apenas producen excrementos en menos de ocho horas.

Están todos de acuerdo en que la vida no es más que una agitación, una turbación y un tormento. Están persuadidos de que lo que nosotros llamamos muerte no es más que un descanso, y de que el mayor bien para una criatura es retornar a él cuanto antes. Este pensamiento no sólo les hace sentir una gran indiferencia por la vida, sino incluso poseer un gran deseo de morir. En cuanto se dieron cuenta de que yo manifestaba cierta aprensión ante la muerte, se confirmaron en la idea de que no podía ser un hombre, ya que no respetaba los verdaderos principios del razonamiento. Mi anciano me habló de ello en muchas ocasiones, y he aquí más o menos las razones que me ofreció: «Somos diferentes de las bestias en la medida en que ellas, por no penetrar con el conocimiento en el fondo de las cosas, no extraen consecuencias más que de lo más aparente. De aquí se sigue el que huyan de su destrucción como de la mayor de las desgracias, y que se esfuercen por su conservación como si se tratara del mayor de los bienes, no considerando que se trata de un esfuerzo vano y que, por ser algo necesario que mueran, el temor a morir no es más que un agravamiento de sus males. Si razonamos a fondo =continuó=, tenemos que considerar nuestro estado como algo miserable. Dado que nuestras acciones están sujetas a un cuerpo pesado, tanto más sufrimos cuanto más actuamos, y no dejamos de sufrir más que cuando dejamos de actuar. De tal forma que, hablando con sinceridad, desear vivir es querer seguir sufriendo, mientras que anhelar la muerte es aspirar al reposo y al cese de los sufrimientos. Esto es tanto más cierto cuanto que es algo necesario que muramos, y que retardar la muerte no sirve más que para aumentar nuestros males. Esa creencia de que no poseemos nada más valioso que nosotros mismos hace que, al no podernos considerar sino como objetos mortales, más que vivir, acabemos por languidecer; y al conocer que bien pronto no seremos nada, admitimos que mejor valdría no ser que ser. Los esfuerzos por conservarnos son inútiles, ya que en fin hemos de perecer, y el retraso no sirve más que para aumentar nuestras desdichas. La visión de nuestras perfecciones se convierte en otro tormento, ya que no podemos considerarlas más que como bienes pasajeros, que nos cuesta mucho conseguir para perderlos enseguida. Y en fin, todo lo que consideramos dentro o fuera de nosotros mismos no sirve sino a acarrearnos desdicha e indignación.»

Le dije que estos razonamientos me resultaban excesivos, y que para otorgarles toda su fuerza tendría que sentir tristeza por conocer cualquier cosa que me sobrepasase. Lo cual resulta tanto más deplorable en la medida en que la bondad de un juicio consiste en su capacidad para rendirnos satisfechos con nuestra condición, y en alejar todas las reflexiones que sólo nos llevan a afligirnos, sobre todo si no podemos encontrarles remedio.

«Hay algo sólido en tu respuesta =replicó=, pero tiene dos puntos débiles: en primer lugar, que podamos suspender el juicio; el segundo, que uno pueda quererse a sí mismo sin detestar su disolución. Alcanzar lo primero es como tener una buena vista y sin embargo poder estar sin ver lo que pasa ante nuestros ojos. Lo segundo consistiría en quererse a uno a sí mismo sin odiar en cambio su propia destrucción.«

»Es un gran error pensar que podemos vivir sin vernos continuamente agobiados por nuestra destrucción. Y lo es aún mayor temer que ocurra lo que tendrá que llegarnos infaliblemente. Pero el mayor de todos consiste en buscarnos paliativos para evitar algo que

concebimos como inevitable. Poder existir sin conocer la muerte no es sino vivir sin conocerse a sí mismo. Ya que la muerte es inseparable de nosotros, y cuando pensamos en todas nuestras partes no vemos nada que no sea mortal. Temer la muerte es admitir dos cosas contradictorias, ya que el temor supone una duda sobre lo que va a ocurrir, y sabemos que la muerte nos va a llegar sin dudarlo. Y aún peor es buscarse medios para detenerla, ya que sabemos con seguridad que eso es imposible.»

Le contesté que podíamos en justicia temer, no la muerte, sino su cercanía, y que las precauciones eran útiles, al menos para alejarla de nosotros durante algún tiempo.

«De acuerdo =continuó=, pero admitirás que, por ser un hecho que tenemos que morir, retardarlo es causa de toda una serie de penas, tristezas y desdichas, y no consiste más que en sufrir para aumentar el propio sufrimiento.» Yo añadí que esas razones tendrían mucho mayor fundamento entre los europeos que en su propia tierra, en la que se desconoce el sufrimiento, mientras que la vida de los europeos no es más que una cadena de miserias. «¡Cómo! =me dijo= ¿Tenéis otras debilidades aparte de la de ser y saberos mortales?» Le aseguré que moríamos a menudo muchas veces aun antes de acabar de morir, y que la muerte no les llegaba a los europeos más que a fuerza de enfermedades que los abatían primero hasta conseguir por fin aniquilarlos. Esta respuesta constituyó para él un misterio, y la malinterpretó al creer que se refería a los combates de unos contra otros de los que habíamos hablado antes. Cuando me esforcé por hacerle comprender lo que eran la gota, nuestras migrañas y cólicos, me di cuenta de que no entendía lo que yo le quería decir. Para que comprendiera mi afirmación fue necesario que le explicara en detalle algunos de los males que sufríamos. Y cuando por fin lo entendió, me dijo: «¿Y es posible que se pueda amar semejante vida?»

Le contesté que, no sólo amábamos la vida, sino que no había medio que no nos procurásemos para prolongarla. De esto sacó un nuevo motivo para acusarnos, o bien de insensibilidad, o de un desvarío insoportable, ya que, toda vez que estamos seguros de la muerte, ir muriendo a golpes de sufrimiento, no poder prolongar la vida si no es a costa de desdichas continuas e intentar, así y todo, no terminar de morir cuanto antes, son conductas impensables para un ser dotado de razón. «Nuestros planteamientos están bien lejos de esa manera de proceder =añadió. Desde el momento en que somos capaces de conocernos, nos sentimos obligados a querernos a nosotros mismos, y a consideramos víctimas de una causa superior que se place en destruirnos, por lo que contemplamos con extremo desprecio nuestra vida, no entendiéndola más que como un bien ajeno, que no podemos poseer si no es huyendo de él. Todo el tiempo que la conservamos lo sentimos como una carga, ya que no nos sirve más que para hacernos rechazar un bien que se nos arrebata más fácilmente que se nos concede. Y en fin, nos lamentamos de vivir porque no nos atrevemos a atarnos a todos los bienes que podríamos tener. Es como aquél que posee algún objeto muy valioso solamente durante un tiempo: temería entregarle todo su aprecio por el miedo a sufrir demasiado cuando tuviera que perderlo.»

Yo le dije que la naturaleza nos enseñaba que el ser era preferible a la nada, y que era mejor vivir, aunque sólo fuera un día, que no vivir. Pero él me contestó con la misma fuerza que voy a explicar. «Hemos de distinguir dos sentidos en ese ser: uno es la existencia en general, que no cesa; el otro es esta existencia particular, que deja de ser. La primera es mejor que su privación, y esto es lo que debemos entender en absoluto cuando decimos que el ser es mejor que el no-ser. La segunda es a menudo peor que su privación, sobre todo si conlleva un conocimiento que nos hace sentirnos aún más desgraciados.» Yo le objeté que si el ser en general era mejor que el no-ser, se seguía de ello que el ser en particular valía más que su negación. Pero él dio satisfacción a mi planteamiento, proponiéndome como ejemplo la situación en la que yo mismo me había encontrado: «Dime, por favor =me replicó=, cuando te sentías solo, en

esos lugares de los que me has hablado, rodeado por todos lados de la muerte, ¿podías pensar en esos momentos que tu vida era un bien, y la estimabas más que su privación? ¿No es cierto que tus pensamientos te hacían sentir aún más miserable, y que habrías preferido ser insensible al conocimiento que tú mismo tenías de tu propia miseria? No sirve pues de nada el empeñarse en que el saber es un bien: dado que el conocimiento me aflige, no sólo no es un bien, sino que incluso se trata de un mal que debo evitar. De este principio es del que se sigue nuestra verdadera miseria en este mundo, así como el gran disgusto que sentimos por permanecer en él. Nos consideramos tal que somos y como deberíamos ser; sabemos que somos algo noble, perfecto y digno de toda una eternidad. Vemos sin embargo que, a pesar de todas esas excelencias, estamos obligados a depender de miles de elementos que están fuera de nuestro alcance, y que estamos sometidos al arbitrio de un Soberano que no nos ha hecho sino para cambiarnos cuando y como le place, y cuya omnipotencia consiste en destruirnos, a la vez que nos hace destacar sobre las demás criaturas. Esto es lo que nos entristece y nos causa dolor, haciendo que tendamos más bien al no-ser que al ser, aunque éste lo tengamos en tan alto grado: el vernos tan maltratados como las criaturas más viles y abyectas, o incluso más aún que ellas. Nos sentimos como personas a las que se educa sólo para volverlas más desgraciadas, por lo que se nos trata peor que a las bestias, y tendría uno que ser más insensible que las bestias para no estar convencido de ello.«

»Tan convencidos estaban nuestros ancestros de esta verdad, que intentaban morir por todos los medios y cuanto antes. Y tanto es así, que nuestro país comenzó a estar desierto, por lo que se buscaron razones para convencer a los que aún sobrevivían de que permanecieran con vida durante algún tiempo. Los convencieron de que una tierra tan hermosa y grande no debía convertirse en algo inútil. Que constituíamos un ornato de este universo y que debíamos complacer al primer Soberano de todas las maneras posibles. Poco después, para reemplazar todos los huecos vacantes, los individuos se obligaron a entregar al menos tres hijos a los Hebs. Una vez repoblado el país, hace unos ciento cincuenta años, se volvió más estricta la obligación, decidiéndose que no se permitiría el descanso eterno a ninguno que no hubiera entregado al menos un teniente al país. Quien no tiene ningún hijo natural, está obligado a sustituirlo por el hijo de otro. Hace sólo veintinueve años que se decidió en la asamblea del Hab que no se podía solicitar el permiso para dejar de existir si no se contaba con cien años como mínimo, a menos que se probase sufrir alguna herida que debilitara o dañase el cuerpo de forma notable.»

Se nos unieron entonces otros dos hermanos, con gran pena por mi parte, ya que hasta ahora nunca se había mostrado el filósofo tan dispuesto a satisfacer mi interés. Reflexioné mucho sobre el discurso que me había dirigido, encontrando motivos que me sirvieron de mucho consuelo. Consideré que si esta nación gozara de las luces que nuestra fe nos enseña, sería mucho más feliz que a falta de ella. Su desdicha por verse obligados a dejar de existir se cambiaría en un gozo inaudito si estuvieran iluminados como nosotros sobre nuestra muerte, que no tiene como fin nuestra destrucción, sino más bien librarnos de morir, elevándonos a una plena y eterna beatitud. Si la desdicha de morir pronto los fuerza a anhelar dejar de existir, o incluso a desear no haber existido nunca, la certeza que obtendrían de ser para siempre, o de que su deceso no era sino el medio de llevarlos a la gloria, colmaría su felicidad.

Para expresar mi opinión sobre esa manera de proceder de los australianos con respecto a la vida, no sé si hay que atribuirla a un desdén por la existencia por vivir tan poco tiempo, unido al gran apego que tienen por sí mismos, o más bien a esa rectitud espiritual que pretenden demostrar continuamente. He observado que ponen tanto ardor en que se valore su capacidad de razonamiento, que se esfuerzan por todos los medios en sobresalir en ello. De aquí el que se molesten cuando tienen que admitir todo lo que se les proponga como más acorde con la razón. Toda vez que han oído tal vez que el más alto grado de un espíritu generoso está en despreciar

la vida y enfrentar la muerte con un valor inquebrantable, acogen y abrazan esta razón como un principio.

Apenas hay asamblea del Hab en la que veinte o treinta no soliciten permiso para retornar al reposo; y apenas hay una en que no se les otorgue a algunos, una vez que se han aprobado sus razones. Una vez otorgado el permiso, el solicitante presenta a su teniente, que ha de tener como mínimo treintaicinco años. El grupo lo recibe con alegría y se le otorga el mismo nombre del anciano que quiere perecer. Hecho esto, se le describen las buenas acciones de aquél cuyo lugar va a ocupar, y le dicen al que lo sustituye que están seguros de que no va a corromperse. Terminada la ceremonia, el anciano acude alegremente a la mesa de los frutos del reposo, y allí se come hasta ocho frutos, con semblante sereno y alegre. Tras haberse comido los cuatro primeros, su corazón se dilata más de lo común y comete muchas extravagancias, tales como saltar, bailar y decir todo tipo de tonterías, a las que los hermanos no hacen ningún caso, por provenir de un espíritu que está perdiendo la razón. Le ofrecen dos frutos más, y esto altera ya por completo su cerebro. A continuación, su teniente, acompañado por otro hermano, lo conduce al lugar que él hubiera elegido y acondicionado para ello previamente. Una vez allí, le dan a comer los otros dos frutos y se adormece profundamente. Después de cerrar adecuadamente el lugar, vuelven testimoniando que desean ardientemente disfrutar de su misma felicidad. Y así es como viven y mueren los australianos.

Capítulo VIII. De las actividades de los australianos

Los australianos cuentan los años partiendo del cénit del solsticio de Capricornio, hasta su revolución completa al mismo lugar. Lo calculan con exactitud mediante una punta fijada en un muro y opuesta directamente a mediodía. Una vez alcanzado el punto más bajo, que está marcado en todas sus dependencias, dan el año por concluido y comienza el nuevo año. Desde este solsticio hasta el equinoccio de Marzo cuentan un mes o *Sueb*; desde el equinoccio hasta el solsticio de Cáncer cuentan otro mes; y desde este momento hasta el otro equinoccio, un tercer mes. El cuarto mes transcurre a partir de este último hasta el solsticio de Capricornio. No cuentan por lo tanto más que cuatro meses al año. Llaman *Suem* a lo que nosotros llamamos semanas, contándolas por ciclos lunares y ni una más: la semana termina cuando termina el ciclo lunar. Dividen el día, llamado *Suec*, en tres partes: *Sluec*, el comienzo del día; *Suecz,* el día ya avanzado; y *Spuec*, el declinar del día. No dedican más que un término para toda la noche, ya que la pasan en un profundo sueño, gracias a los frutos que comen para ello. No se mantienen más que los guardias de las avenidas, que velan hasta que vienen otros hermanos a ocupar su puesto; esto lo hacen cuando se despiertan, y se despiertan según la cantidad de frutos que se hayan comido.

Comienzan el Sluec a las cinco de la mañana, y dura hasta las diez. Le sigue el Suecz, que se extiende hasta las tres de la tarde, tras el cual viene el Spuec, que termina a las ocho. La primera parte de la jornada la dedican al Hab y a las ciencias; la segunda al trabajo y la tercera a los ejercicios públicos. Acuden al Hab cada cinco días, siguiendo este orden: el primer asentamiento acude allí durante el Sluec, el segundo asentamiento el Suecz, y el tercero el Spuec. En el segundo día, el cuarto asentamiento acude durante el Sluec, el quinto para el Suecz, y el sexto en el Spuec. El tercer día acude el séptimo asentamiento, después lo hacen el octavo y el noveno, y así en adelante. De forma que al sexto día el primer asentamiento vuelve a comenzar, no durante el Sluec, por la mañana, sino en el Suecz. Así que se encuentran continuamente en el Hab al menos cuatrocientas personas, sin contar los de los Hebs que acompañan a los de su asentamiento. Pasan por tanto la tercera parte del día en el Hab, sin

pronunciar palabra, alejados un paso unos de otros, y tan atentos a sus pensamientos que nada puede distraerlos. He sabido que, en tiempos pasados, realizaban algunos signos exteriores, acompañados de gesticulaciones y contorsiones de miembros. Pero se consideró conveniente suprimirlos por completo, ya que eran indignos del espíritu humano. Los días que no van al Hab tienen que reunirse en el Heb para tratar de ciencias. Y esto lo hacen siguiendo un orden tan escrupuloso que yo mismo me quedaba extasiado al comprobar el empeño que ponen en emplear provechosamente el tiempo. Se proponen unos a otros sus problemas, que apoyan con fuertes razones, y responden a continuación a todas las cuestiones que se les plantean. Terminada la disputa, si ha surgido algún punto importante, se escribe en el libro público y todos lo consideran en particular con gran empeño. Si alguno sabe de algo que le disguste, o que juzgue necesario para el bien común, lo propone a sus hermanos. Y se concluye con lo que se considera más razonable, sin tener en cuenta más que lo que aprovecha al interés del país.

La otra tercera parte del día la emplean en sus parterres, que cultivan con una dedicación desconocida en Europa. Saben cómo dotar a sus frutos de una dulzura tan agradable, gracias a unas ciertas mixturas que aportan a las raíces, que pasarían por milagrosas en nuestras tierras. No hay cámara ni salón real tan correcta y ricamente dispuestos de lo que lo están sus avenidas. El arte va de la mano de la naturaleza, para representar en ellas un gran número de retratos tan vivos que sobrepasan las habilidades de nuestros mejores pintores. Lo que resulta más que admirable es que todo parece homogéneo, pero cuanto más fijamos la vista, más detalles diferentes comprobamos. Podríamos describirlo aproximadamente como una semejanza de continuas diferencias, y si una obra resulta hermosa, la siguiente nos deja extasiados. Lo que llega al culmen de toda perfección imaginable, es que estas imágenes no son efímeras, o para durar sólo dos o tres días, como observamos algunas veces en Europa, sino que permanecen años enteros y, lejos de deteriorarse tras un largo tiempo, se vuelven más vivas, más ricas, y con texturas más firmes y considerables.

El último tercio del día se dedica a tres tipos de actividades muy amenas. La primera consiste en simular que han inventado algo nuevo, o en repetir lo que ya se había hecho antes. Pero es raro que transcurra sin que se presente alguna rareza inaudita hasta el momento. Los que lo consiguen, se ganan el honor de verse inscritos junto a su invento en el libro de curiosidades públicas, lo cual equivale para ellos a la alta estima que significa, entre los europeos, alcanzar una alta dignidad. En los treintaidós años que he permanecido en el país, he sido testigo de más de cinco mil, que pasarían por prodigios ante nuestros mejores intelectos. He aquí algunas de las más recientes de las que tengo memoria.

1. Llegó un hermano con un trozo de madera muy dura en las manos, comunicó el secreto de ablandarla como si fuera cera caliente y licuarla a continuación. Una vez líquida, la mezcló con agua de mar de un peso de una onza, y pudimos ver cómo se transformaba, pasadas tres horas, en un tronco cargado con una hermosa flor encarnada. Petrificada la flor y mezclada con una especie de vitriolo, vimos cómo surgía de ella, tres horas después, un animal del tamaño de un gato.

2. A partir de una porción de tierra cogida al azar, tras regarla y añadirle sal de vitriolo, mezclándola con una cocción del fruto del reposo, soplándola con una determinada inclinación y exponiéndola al Sol cubierta de algunas hojas, surgió en dos horas un bello pájaro, como un ángel. Pero me di cuenta de que no sobrevivió mucho tiempo.

3. Otro cogió un gusano de agua marina, lo mezcló con unas seis onzas de tierra aproximadamente, derramando en ella fruto del reposo a medio madurar, y lo introdujo todo, cubierto de follaje, en la dicha sal durante dos horas. De allí salió una especie de perro pequeño y maravilloso.

4. Otro recogió media onza de rocío, la mezcló con el jugo de una flor que ellos poseen de un rojo fuerte, y la dejó cocerse al Sol un día entero. Justo al amanecer brotó una hermosa flor encarnada sin igual.
5. Recogiendo una onza de rocío y añadiéndole dos gotas de agua de mar, se sopla bajo el sol con un pequeño tubo y se forma una pequeña botella de un cristal inestimable.
6. Una hoja de un árbol cualquiera, lavada por la mañana con el jugo del fruto del árbol del reposo, se vuelve firme y mucho más dura que nuestro hierro. Vuelta a lavar con la misma agua, se blanquea y ablanda como nuestro papel más fino. Es de esto de lo que me he servido para escribir estas líneas.
7. En un fruto grande como nuestras calabazas, cortado por la mitad y vaciado de su corazón, se introduce un vaso de agua de mar con media onza de agua de vitriolo y unas gotas del fruto del árbol del reposo. Se vuelven a juntar sus mitades y se lo expone al Sol dos veces seguidas, un total de veinticuatro horas. Sale de allí un animal con la apariencia de nuestros galgos, corriendo asombrado y con las orejas estiradas. Pero no vive más de tres horas, por no ser capaz de desarrollarse del todo.
8. Un cierto aceite, obtenido de las hojas de las raíces de los parterres, mezclado con agua de mar y removido por el movimiento de una ruedecilla, se ilumina como una potente llama, pero sin producir calor. Se utiliza habitualmente para alumbrar los asentamientos.
9. Una caña redonda, frotada con una hierba igual que nuestro perifollo, impide que el agua caiga a tierra; o más bien, el agua se le pega, como le ocurre al hierro con el imán en Europa.
10. Una rueda con cuatro dientes y cuatro bolas que se contraen y se extienden, producen un movimiento perpetuo. He podido observar que ello depende de un madero colgado que mueve la bola hacia la derecha y la lanza a la izquierda.
11. Unas hojas cosidas entre sí y frotadas dos veces con el jugo del fruto del reposo, mezcladas con algunas gotas exprimidas de las hojas del mismo árbol, forman una tela más brillante y fina que nuestros tejidos de púrpura.
12. Tras frotarse uno con agua de mar mezclada con jugo de los frutos de los parterres, se vuelve de un rojo como escarlata, y frotándose después con la misma agua se vuelve invisible durante dos horas.

El libro de semejantes maravillas es tan grueso como un Santoral, y está casi lleno.

La segunda actividad consiste en ejercitarse con dos tipos de armas, de las cuales, unas son muy semejantes a nuestras alabardas, y las otras a los tubos de nuestros órganos. Las manejan con mucha habilidad, aunque no con toda la destreza que he observado en Europa. Sus alabardas son tan grandes y fuertes, que pueden atravesar fácilmente hasta seis hombres de una vez. Se trata de piezas de madera modeladas y templadas unas cuantas horas con agua de mar mezclada con jugo del árbol del reposo, que las endurece y las hace muy ligeras a la vez.

Llamaré órganos a unos diez, doce o quince tubos, que llevan un resorte en sus extremos, el cual, una vez soltado, impulsa las balas con tal ímpetu que atraviesan a cinco o seis hombres de un solo tiro. La agilidad con la que las disparan hace casi imposible salvarse, y no da tiempo a pensar ni en replegarse ni en protegerse cuando ya se ve uno alcanzado por ellas. Tiran con sus alabardas a una distancia de treinta o cuarenta pasos, con tanta destreza, que aciertan diez o quince veces en el mismo punto de una sola tirada. Pero su fuerza es aún más considerable, ya que cargan sin dificultad hasta seis y siete quintales, y arrancan fácilmente árboles que nosotros

no podríamos ni remover. Recuerdo haber visto a uno que, después de haber atravesado con su alabarda a cuatro mediohombres, como ellos nos llaman, se los cargó a la espalda, suspendidos de la misma alabarda, dos delante y los otros dos detrás.

El tercer ejercicio consiste en lanzar con la mano unas bolas de tres o cuatro grosores. Lanzan unas al aire, otras contra un objetivo, y a veces una contra otra. Cuando las lanzan al aire, tiran cuatro, cinco y hasta seis seguidas, que van a chocar en un punto marcado si están bien lanzadas. Los que las lanzan hacia una meta, tienen que hacerlas pasar por un agujero perforado en ella, y consiguen acertar dos y tres veces seguidas.

Lo más digno de destacar es que realizan estos ejercicios manteniendo un aire alegre a la vez que grave y majestuoso, ordenado y sin alterarse en absoluto. Las bolas que se lanzan unas contra otras son algo parecido a nuestro juego de pelota, si bien el ejercicio es más dulce y menos peligroso. La destreza del lanzador consiste en alcanzar a su adversario, quien pone a prueba su agilidad esquivando los golpes. Resulta tan divertido verlos jugar, que se deja de lado cualquier asunto, por importante que sea. Unas veces saltan haciendo cabriolas para dejar pasar la pelota; otras se curvan y contorsionan con tantas posturas que no hay comediante en nuestras tierras que pueda comparárseles en elegancia. Cuando el adversario lanza las dos, tres o cuatro pelotas, una tras otra y acometiendo al contrario, provoca un inmenso regocijo. Se retuerce con la primera, se dobla ante la segunda, y alcanza y rechaza con las manos la tercera y la cuarta, a veces usando los pies, y todo ello casi al mismo tiempo. Dado que el agresor efectúa sus lanzamientos de una manera completamente directa, es preciso que, o bien los golpes alcancen a su oponente, o bien que éste demuestre una extrema destreza para esquivarlos y devolverlos. Yo era estimado como muy diestro y hábil en Portugal; pero es cierto que parecía torpe entre los australianos, y si no hubiera disimulado mi torpeza ante los fallos, causada por el gran número de heridas que había recibido, habría dejado a mi nación y a mí mismo por torpes y estúpidos.

Capítulo IX. De la lengua australiana y de los estudios de este país

Se sirven de tres medios para expresar su pensamiento, que son de uso también en Europa: las señas, la voz y las letras escritas. Están muy familiarizados con las señas, y pude observar que pasan juntos muchas horas sin hablarse de otro modo, ya que siguen este principio: *es inútil valerse de varios medios para actuar cuando se puede actuar con pocos.*

Así que no hablan a menos que tengan que ligar un discurso o realizar una larga serie de enunciados. Todas sus palabras son monosílabas, y sus conjugaciones siguen siempre el mismo método. Por ejemplo, *af* significa 'amar', y su Presente es *la, pa, ma*: 'amo', 'amas', 'ama'; *lla, ppa, mma*: 'amamos', 'amáis', 'aman'. No poseen más que el Pretérito que nosotros llamamos perfecto; en este caso, *lga, pga, mga*: 'he amado', etcétera; *llga, ppga, mmga*: 'hemos amado', etcétera. El Futuro es *lda, pda, mda*, 'amaré', etcétera; *llda, ppda, mmda*: 'amaremos', etcétera. 'Trabajar', en lengua australiana, es *uf*: *lu, pu, mu*: 'trabajo', etcétera; *lgu, pgu, mgu*: 'he trabajado', etcétera.

No poseen ninguna declinación ni artículos, y muy pocos nombres. Expresan las cosas no compuestas con una sola vocal, y las compuestas mediante las vocales que significan las principales cosas simples que las componen. No reconocen más que cinco cuerpos simples, de los cuales el primero y más noble es el fuego, que llaman *a*. El siguiente es el aire, significado por la *e*. El tercero la sal, expresado por la *i*. El cuarto es el agua, a la que llaman *o*. Y el quinto la tierra, que ellos llaman *u*.

Para hacer las distinciones individuales aplican las consonantes, que poseen en mucho mayor número que los europeos. Cada consonante significa un atributo que se añade a las cosas significadas por las vocales. Así, *b* significa 'claro'; *ç*, 'caliente'; *c*, desagradable; *f*, 'seco'; etcétera. Mediante estas determinaciones forman los nombres de una manera tan completa, que al escucharlos se entienden de inmediato tanto la explicación como la definición de lo que están nombrando. Llaman a las estrellas *aeb*, palabra que explica su composición de fuego y de aire, unida a la claridad. Al Sol lo llaman *aab*; a los pájaros *oef*, signo a la vez de su materia sólida, aérea y húmeda. El hombre es *uel*, lo cual se refiere a su sustancia, en parte aérea y en parte terrestre, unidas a la humedad. Y así todas las demás. La ventaja de esta forma de hablar es que los convierte en filósofos sólo con conocer los elementos primeros, y que no se puede nombrar ninguna cosa en este país sin explicar a la vez su naturaleza, todo lo cual pasaría por milagroso ante los que no estén advertidos del secreto del que se valen para tal efecto.

Si ya su manera de hablar resulta admirable, más aún lo es su escritura. No utilizan más que puntos para escribir las vocales, y no se distinguen entre ellos más que por su posición. Tienen cinco posiciones: la superior significa la *a*, la siguiente la *e*, etcétera. De este modo: *a* •

e • *i* • *o* •

u •

Aunque nos parezca que el distinguirlos entre sí puede resultar complicado, el hábito que poseen lo hace muy fácil. Poseen treintaiséis consonantes, de las cuales hay veinticuatro muy dignas de señalarse. Se trata de pequeños trazos que rodean los puntos, y cuyo significado depende del lugar que ocupan. Por ejemplo: *eb* ¡ 'aire claro'; *oc* •— 'agua caliente'; *ix*—• 'agua fría; *ul* ¡ 'tierra húmeda'; *af* ! 'fuego seco'; *es* ; 'aire blanco'; *n* !; *t* ¡; *d* !; *p* ∟; *q* ┐; *r* └; *m* ┐•; *g* ┘•; *v* └• ; *j* <; *l* ∟.ת.

Hay todavía dieciocho o diecinueve más, pero no tenemos ninguna consonante en Europa que pueda representarlas. Cuanto más consideramos esta forma de escribir, tantos más secretos nos ofrece dignos de admiración. La *b* significa 'claro'; la *c*, 'caliente'; la *x*, 'frío'; *l*, 'húmedo'; *f*, 'seco'; *s*, 'blanco; *n*, 'negro'; *t*, 'verde'; *d*, 'desagradable'; *p*, 'dulce'; *q*, 'placentero'; *r*, 'amargo'; *m*, 'amable'; *g*, 'malo'; *z*, 'alto'; *h*, 'bajo'; *i* consonántica, 'rojo'; *ai*, 'pacífico'. Nada más pronunciar una palabra, reconocen la naturaleza de su significado. Así, para expresar una manzana dulce y apetitosa utilizan *ipm*; mientras que para significar una fruta mala y desagradable dicen *ird*. No puedo explicar todos los otros secretos que contienen y explican sus letras.

Los verbos son incluso más misteriosos que los nombres. Por ejemplo, escriben y pronuncian *af* para 'amar': *a* significa el fuego y *f* significa la sequedad que causa el amor. Dicen *la* para significar 'amo', signo de la humedad presente en el amor; *pa*, 'amas', señal de la dulzura del amante. *Lla*, 'amamos', representando la doble *l* un número de personas. *Oz* significa 'hablar': la letra *o* es la marca del gusto con que debemos sazonar nuestros discursos; la *z*, la elevación y compresión de los pulmones que se requieren para formar palabras.

Cuando se enseña a hablar a un niño, se le explica a la vez el significado de todos los elementos, de modo que, al unirlos, aprende al mismo tiempo la esencia y la naturaleza de las cosas que expresa. Todo ello supone una magnífica ventaja, tanto para los individuos como para la población en general, ya que, tan pronto como aprenden a leer, algo que alcanzan aproximadamente a los tres años de edad, comprenden a la vez todo cuanto es atribuible a todos

y cada uno de los seres. Saben ya leer correctamente a los diez años, y conocen todas las sutilezas del lenguaje escrito con catorce años de edad, alcanzando todas las dificultades de la Filosofía con veinte años. A partir de esa edad, hasta llegar a los veinticinco, se dedican a la contemplación de los astros, dividiendo este estudio en tres partes: la primera se refiere a las revoluciones de los astros que dan lugar a sus años; la segunda, a la forma de distinguirlos; la tercera se ocupa de sus cualidades, con unos razonamientos que son del todo diferentes de los que empleamos nosotros en Europa sobre esta materia. Pero como se trata de un tema puramente filosófico, no es el momento ni el lugar para entrar en detalles sobre él.

A partir de los veinticinco y hasta los veintiocho se entregan al estudio de los volúmenes de su historia. Pero creo que es éste su punto más débil y en el que más extravagancias demuestran. Cuentan alrededor de doce mil revoluciones del solsticio. Dicen tener su origen en el Haab o en otra divinidad, que insufló otras tres a las que llaman por su nombre, y de las cuales proceden todas las demás. Poseen antiguos documentos de cortezas de árbol que estiman en ocho mil revoluciones. Y distinguen año tras año en estos anales a partir de muchos detalles que resultan del todo increíbles. Hace falta tener un ingenio especial y sutil para poder leer y explicar las primeras cinco mil de las revoluciones, y nunca conseguí entender nada de ellas. Componen cuarenta y ocho volúmenes de enorme grosor, que conservan en el Hab como si se tratara de algo sagrado, que hay que contemplar con respeto. La única razón que dan para autorizar la veracidad de cuanto contienen es que fueron escritas por hombres incapaces de mentir, por lo que, en consecuencia, señalaron exactamente lo que ocurrió en esos tiempos. Si fuera verdad todo cuanto nos enseñan, las estrellas se habrían multiplicado en dos terceras partes, el Sol habría aumentado de tamaño y la Luna habría disminuido, el mar habría cambiado de posición, y otras miles de cosas semejantes, y en todo punto inverosímiles.

Datan nuestro comienzo después de cinco mil revoluciones, relatándolo en unos términos absolutamente ridículos. Se dice en sus escritos que una serpiente de naturaleza anfibia y de enorme tamaño llamada *Ams* se lanzó sobre un hombre mientras dormía, y, después de gozar de él sin causarle ningún daño, el hombre se despertó una vez concluida la acción, sintiéndose tan afligido que se precipitó en el mar. La serpiente, al contemplar semejante desesperación, se lanzó tras él al agua, para cuidarlo y aliviarlo, hasta que lo llevó a una isla vecina que ya no existe. Una vez allí, conmovió su corazón mediante caricias y dándole muestras de amistad, y se ocupó de alimentarlo. Pasados unos meses, la serpiente redobló sus cuidados al descubrir que el hombre llevaba su fruto en su interior. Cuando parió, dio a luz a dos hijos con los dos sexos, lo que hizo que la serpiente se viera obligada a brindarle cuidados especiales al recién parido, con un incesante ir y venir en busca de lo necesario para mantenerlo. Cuando escaseaban los frutos comunes, capturaba peces y pequeños animales, y se los llevaba y hacía comérselos a las dos criaturas. A medida que iban creciendo, los niños empezaron a dar signos de malicia y de una gran brutalidad, lo cual causó tanto dolor y tristeza al hombre que se sintió desconsolado. La serpiente se dio cuenta de su desdicha, y después de hacer todo lo posible por animarlo sin éxito, pensó que él añoraba su país, por lo que le dio a entender mediante signos que, caso de que quisiera volver con los suyos, estaba dispuesta a ayudarlo en su regreso, lo mismo que lo había asistido en su venida. El hombre se lanzó al agua, más para poner a prueba la voluntad de la serpiente que por cualquier otra consideración. Pero la serpiente se echó a nadar, colocándose bajo su estómago, y lo devolvió en pocas horas a su país. Hecho esto, volvió recoger a sus dos hijos, que ya eran mayores, habían copulado y se habían multiplicado en gran cantidad, alimentándose sólo de la caza y de la pesca, como bestias carnívoras. La isla se había poblado demasiado como para mantenerlos a todos, por lo que habían encontrado los medios para trasladarse a otras tierras, llenándolas con su progenie y con todos los desórdenes que conocemos. Y este es el origen que nos dan.

Cuando llegan a la edad de treinta años pueden ya discurrir sobre todo tipo de temas salvo sobre el Haab y los *Habes*, es decir, sobre la divinidad y sus anales. Cuando tienen alrededor de treinta y cinco años, pueden convertirse en tenientes de los Hebs y formar un grupo familiar con los demás hermanos de su departamento. Antes, pasados los veinticinco años, pueden volver al Heb para ocuparse de la instrucción de la juventud. Pero normalmente conservan el rango de la antigüedad a estos efectos, a no ser que algún anciano se lo ceda voluntariamente a otro.

Capítulo X. De los animales de la Tierra Austral

No hay nadie, por poco versado que esté en el conocimiento de un país, que no sepa que los animales son tan diferentes como las tierras que los acogen. Inglaterra no tiene lobos, y ejerce su dominio en muchas islas en las que no pueden sobrevivir las serpientes, que mueren si se las transporta a otras tierras. Los árboles de los bosques de Irlanda no toleran los gusanos ni las arañas. En las islas Orcadas no hay moscas, y el Trondenus de Noruega no conoce lo que son los gusanos. En La Candie no hay ningún animal venenoso; y el mismo veneno, transportado a las Islas Trinidad, deja de ser mortal.

Es algo bien cierto que los grandes animales no son siempre los más perjudiciales. Las diminutas pulgas, que son algo que los australianos no llegan a comprender, aunque lo único extraordinario para ellos es que se trate de seres vivos, producen tales estragos en muchos rincones de Europa que a menudo son la causa de esterilidades, enfermedades y mortandad universal, como lo prueban infinidad de experiencias. Es por esto por lo que considero que una de las mayores dichas de los australianos es el verse libres de todos estos insectos, hasta el punto de que rechazan como cuentos divertidos todo lo que se les cuenta sobre ellos, porque están persuadidos de que la vida precisa necesariamente de órganos proporcionados que posean su justa capacidad. No se encuentra, en toda la extensión de sus territorios, ninguna bestia inmunda, ni venenosa ni dañina, y estoy convencido de que la solidez de los frutos que allí se encuentran proviene de la ausencia de sus excrementos. Es por ello por lo que los cuerpos están siempre sanos, vigorosos y menos sometidos a la putrefacción, y no producen esas exhalaciones hediondas e insoportables que sufrimos en Europa. Ésta es la razón de que se acuesten y duerman sin dificultad sobre la tierra desnuda, sin ningún tipo de incomodidad e incluso de forma sana y placentera.

Durante mucho tiempo mantuvieron con ellos a cuatro tipos de cuadrúpedos, y aún los conservan en muchos asentamientos. Los más pequeños podríamos compararlos con nuestros monos, salvo que no tienen el rostro velludo, tienen los ojos despejados, las orejas muy largas, la boca y la nariz de apariencia humana, y las patas más largas, con cinco dedos con los que sujetan y transportan todo lo que quieren con la misma facilidad que los hombres. Son muy activos y manifiestan ciertos gestos amables que causan gran asombro y admiración. Es tal la amistad que demuestran hacia los hombres, que pueden morir de hambre y de pena cuando se ven obligados a alejarse de ellos. Cuando están en presencia de alguien, no pueden contenerse sin ofrecerle diversión con sus saltos, sus giros y contorsiones, y otras miles de piruetas. Está comprobado que viven más de la compañía del hombre que de cualquier otro alimento, y no comen más que cuando están junto a él. Los han echado de algunos asentamientos porque eran demasiado revoltosos, especialmente en el Hab. Aunque que no podían impedirles acudir, y si los mantenían encerrados los encontraban moribundos al regreso, tampoco pueden dejarlos ir y venir ni permitirles la entrada sin exponerse a una distracción continua, que profanaría ese santo lugar.

Hay un segundo tipo de animales que tienen algún parecido con cerdos de mediano tamaño. Pero sus pelos son suaves como la seda, y tienen el hocico más alargado. Los llaman *Lums*. Tienen la habilidad de escarbar y remover la tierra en línea recta, con tan grande y aun mayor artificio que nuestros mejores labradores con sus carros, sus caballos y bueyes. Pero lo que tienen de más ventajoso es que no necesitan que nadie los dirija para trabajar sus surcos, desde el principio hasta el final. Sin embargo, los han exterminado en la mayoría de los asentamientos a causa de la suciedad que producen, y porque no resultan útiles más que siete u ocho días al año. Tienen que mantenerlos encerrados el resto del tiempo si no quieren sufrir los molestos destrozos que ocasionan, tanto para su supervivencia como por simple diversión.

Un tercer tipo de animales se asemeja a los dromedarios, salvo que su cabeza es más parecida a la de los caballos. En su lomo, el espinazo está completamente hundido, y las costillas, que se elevan hacia arriba, forman una especie de hueco, y en la parte más hundida pueden acomodarse perfectamente dos hombres. Los llaman *fuefs* y cargan con los hombres de dos formas: la primera es la más simple y sin aparejos, sin silla ni montura. Pueden cargar así hasta ocho hombres sin dificultad, lo que equivale al peso de doce europeos como mínimo. La segunda, que es la más cómoda, consiste en una especie de montura redonda que da cabida a cuatro hombres. La forma de conducirlos consiste en dirigirlos con una pequeña fusta, para advertirles cuando tienen que girar. Se decidió prescindir de ellos en nuestro asentamiento, porque los pájaros carnívoros los acosan con avidez, y además porque hay que emplear mucho tiempo en mantenerlos, alojarlos y conducirlos, tareas que se consideran indignas para un hombre, que sólo debe ocuparse de asuntos conformes a su naturaleza.

Aparte de estos animales, se ven cuatro tipos de pájaros que merecen nuestra atención. Los primeros, llamados *effs*, revolotean como nuestras gallinas domésticas, tienen aproximadamente su mismo tamaño y son de un llamativo color encarnado. Habían empezado a expulsarlas de los asentamientos, porque causan grandes desperfectos en los jardines. De los otros dos tipos, unos son parecidos a nuestros verderones y los segundos a los carboneros, pero un poco más grandes en ambos casos. Son tan dóciles que muchas veces hay que echarlos, porque se cuelan entre los pies. Su canto es tan dulce que supera en justicia a nuestros conciertos de música. Revolotean junto a los hermanos y los siguen por todas partes. Penetran incluso en el Hab, y producen en el espíritu un estado de dulzura gracias a sus trinos, al que llaman *pacd*, es decir, distracción de la beatitud. Sólo se alimentan junto a los hermanos, y no descansan hasta que se posan sobre ellos. Tienen la capacidad de percibir a los pájaros carnívoros desde muy lejos, picoteando a los hermanos para advertirles de su presencia. Son, en una palabra, uno de los entretenimientos más útiles y agradables de este pueblo.

Los pájaros del cuarto tipo tienen el tamaño de un buey, con una cabeza alargada y terminada en punta, y con un pico del tamaño de un pie, más duro y agudo que el acero afilado. Tienen auténticos ojos de buey que sobresalen de su cabeza, dos grandes orejas con plumas rojizas y blancas, un cuello fino pero muy largo, el cuerpo de 12 pies de largo y 4 de ancho, con una cola de plumas grandes y retorcidas, bajo las cuales se oculta un estómago a prueba de golpes y duro como el hierro. Tienen las patas más bien cortas y terminadas en cinco espantosas garras, capaces de levantar un peso de trescientas libras. Estas horribles bestias se llaman *urgs*, y viven sólo de la rapiña del mar y de la tierra. Algunas veces entablan una guerra tan cruel con los Australianos, que han llegado a matar a diez, doce y hasta quince en un solo día. Desde el momento en que prueban la carne humana su avidez por devorarla va en aumento, y son capaces de inventar todo tipo de estratagemas y tretas para obtenerla: tan pronto reposan emboscadas como se quedan suspendidas a media altura doce o quince juntas para lanzarse en picado, y no se marchan hasta que consiguen atrapar a un hombre como mínimo.

A decir verdad, son los únicos enemigos que tienen que soportar los australianos, los únicos que impiden que su estado natural de beatitud alcance la perfección. Y ciertamente han hecho y siguen haciendo lo impensable para destruirlos. Para echarlos, han llegado a arrasar islas enteras de hasta treinta y cinco leguas de diámetro, y montañas de una legua de altura. Pero por más que lo han intentado y continúan haciéndolo, no veo que sea posible que consigan su propósito. Hay tal cantidad de islas en estos contornos, a distancias que van desde las tres hasta las diez leguas, y aún más allá, y con rocas tan altas, que resulta imposible arrasarlas todas. Y aunque pudieran destruir las más próximas, hay muchas otras más alejadas, y querer destruir todos los lugares donde pueden habitar esos pájaros sería como proponerse aplanar toda la tierra, tal como ellos la conciben. Pero hablaremos con más extensión de estos animales en el siguiente capítulo.

Aparte de los animales mencionados, los australianos poseen miles de secretos para producirlos de muchos tipos, pero tienen una corta vida, porque no pueden alimentarse.

No puedo dejar en silencio que los australianos, no sólo no prueban la carne, sino que no pueden ni siquiera imaginarse que un hombre pueda comerla. Éstas son sus razones: 1º, este alimento no es compatible con el hombre, que es ajeno a todo tipo de crueldad; 2º, el alimento de los animales tiene mucho en común con el de los seres humanos, por lo que alguien que comiera la carne de un animal estaría fácilmente comiéndose su propia carne humana; 3º, piensan que su digestión es muy peligrosa, y que no se puede comer la carne de un animal sin adquirir sus inclinaciones; 4º, están convencidos de que la carne de un bruto está tan adaptada a él que no puede servir para la composición de otro diferente, y que uno mismo se convierte en bruto en la medida en que se une a la carne de la bestia; 5º, sienten tanto rechazo ante la misma palabra 'bestia', que preferirían dejar de existir antes que tener cualquier tipo de relación con ellas; 6º, no saben lo que es encender el fuego para cocinar; 7º, en fin, es tanta la antipatía que tienen por las bestias, que si un australiano se comiese la carne de una de ellas pensaría que acabaría convirtiéndose en bestia.

Igual que sienten horror por la carne de los animales terrestres, detestan la de los peces. Cierto es que éstos son escasos en esa zona, ya que las aves de presa de que he hablado les hacen una guerra sin cuartel. En treinta y dos años, no recuerdo haber visto más que algunos tipos de anguilas de tres o cuatro varas de longitud y ciertos atunes gruesos y de pequeño tamaño, parecidos a nuestros puercoespines y de un color negro resplandeciente como el ébano.

Capítulo XI. De las rarezas útiles para Europa que se encuentran en el país Austral

Los que se imaginan que Europa es un país que se basta a sí mismo y no tiene necesidad de sus vecinos se comportan como ciegos sin experiencia. Las nuevas comodidades que el comercio con América y Asia ha descubierto desde hace cien años, son la prueba fehaciente de este error. Si Europa pudiera entrar en contacto con los Australianos, no cabe duda de que sería muy diferente a como es en la actualidad. No hablaré de la naturaleza de este pueblo, ni de las virtudes morales que manifiestan sus individuos, algo que debe considerarse como un tesoro incomparable, que serviría de ejemplo y de modelo para todos ésos que, después de treinta y cuarenta años de mortificaciones, no sacan ningún provecho de su perfeccionamiento. Sólo mencionaré cuatro beneficios admirables, que sin duda servirían de mucho provecho.

Entre los animales de los que he hablado, los *hums* prestarían un servicio increíble, puesto que librarían a los hombres de todos esos esfuerzos añadidos que hay que realizar para labrar la tierra. Pero mayor sería el beneficio que obtendríamos de los *suefs*. Se trata de bestias

tan mansas, que superan a los bueyes más domesticados, y son tan fáciles de mantener que dos libras de forraje les bastan para alimentarse más de tres días. Es más, pasan días enteros sin comer, por lo que, cuando se los lleva de viaje, no hay que detenerse antes de diez o doce horas de camino para que se repongan. Y a cambio, sus pasos son largos y rápidos, pudiendo recorrer hasta dieciocho o veinte leguas sin problema. Es inconcebible el fruto que sacarían de ellos mercaderes y Señores: no emplearían ni la décima parte de los gastos a que están obligados para viajar y transportar las mercancías. Sólo dos de esos animales pueden transportar una carga para la que nosotros necesitamos un gran carro tirado por seis caballos. Es normal que los Australianos, que no ejercen ningún tipo de comercio, puedan pasar sin ellos. Pero los europeos deberían arriesgarse a buscarlos por las increíbles ventajas que podrían obtener de ellos.

Pero la utilidad que se puede obtener de los pájaros carnívoros que mencioné antes, es lo que realmente supera cualquier beneficio que los europeos hayan podido nunca imaginar. Estos animales, que son muy crueles en estado salvaje, se capturan fácilmente y, una vez en cautividad, se vuelven tan domésticos y amigos del hombre, que ni siquiera nuestros perros pueden comparárseles. Los que mantenían aún en el asentamiento de Burd cuando llegué a la tierra Austral, cargaban a un hombre con más facilidad que un caballo español. Puede uno montarlos en el hueco de sus alas, y su lomo resulta un confortable capacho. No hay más que sujetarles un pequeño cordel en el pico para dirigirlos, como y a donde uno quiera, y se pueden hacer hasta quince o dieciséis horas de una vez y sin cansancio. Se pueden recorrer treinta y cinco leguas sin problema, sin temor ni peligro alguno, y en línea recta, sin tener que preocuparse por toparnos con obstáculos imprevistos como arroyos, ríos, bosques y montañas. En pocas palabras, nos ofrecen increíbles comodidades y un indescriptible y placentero medio de viajar. Las dos razones que han hecho que los australianos prescindan de ellos no han lugar en Europa: una es que son extremadamente fogosos en sus cópulas, lo que puede provocar que un macho se lleve a su jinete a cualquier isla donde olfatee una hembra, y en Australia más de uno acabó así devorado por los pájaros salvajes. La segunda es que los australianos se convencieron de que los pájaros domesticados atraían a los demás carnívoros a su tierra, provocando las grandes catástrofes que tuvieron que soportar. Estas precauciones no son dignas de tenerse en cuenta en los países septentrionales, ya que sólo se tendrían pájaros domésticos, de los que sólo se obtendrían beneficios. Es cierto que son carnívoros, pero no son antropófagos a no ser que se los atraiga y seduzca para serlo, como ya he explicado.

Esto en cuanto a lo que considero más interesante en lo referente a los animales de Australia. En cuanto a los frutos que se dan allí, superan todo lo imaginable en belleza y delicadeza, y las mesas de los Reyes se verían enriquecidas con su consumo. Aparte de su belleza y delicado sabor, el fruto del reposo tiene propiedades que pasarían por milagrosas entre nosotros. El sueño reparador que produce, siempre que queramos dormir sin ninguna dificultad, y todas las heridas que se curan con su jugo en muy poco tiempo, me hacen creer que serviría de remedio seguro para cualquier enfermedad en Europa. He sabido que éste fue el único medio de que se sirvieron para curar mis heridas a mi llegada. Y después, siempre que recibí diversos golpes en los numerosos combates, produciéndome contusiones, heridas y fracturas, me encontré completamente restablecido en tres días. Siendo así, podríamos curar muchos males prescindiendo de una gran cantidad de drogas y remedios y sin gastos, viviendo sin el peligro de sufrir todos esos tipos graves de invalidez que afectan a muchas personas en nuestros pagos. Me vi sometido a muchas debilidades durante mi estancia en Portugal, y las espantosas sacudidas que sufrí en el mar tuvieron por fuerza que debilitarme más aún. En cambio, desde que estoy en este país, viviendo de los frutos que les sirven de alimento, he de decir que no he sufrido ninguna incapacidad corporal del tipo que sea; y aunque mis propios defectos me hayan causado muchos contratiempos muy considerables, y que la lejanía de mi país, unida a las

costumbres del todo extraordinarias que me he visto obligado a seguir, me han producido muchos males, tan pronto como me como un fruto del reposo, mis afecciones se alivian, se alegra mi corazón, y vuelvo a encontrarme de muy buen humor. Todo esto se estimaría a precio de oro en los países septentrionales, en los que mucha gente acaba muriendo de tristeza, y las penas producen un sentimiento de abandono peor que la muerte.

¿Podemos imaginarnos algo más deseable que vivir de manera espléndida y confortable, sin gastos y sin precisar de cocina ni cocineros, sin todos los enredos que se siguen de ello? ¿Podemos pensar en algo más delicioso que disfrutar de una bebida cordial, más alimenticia y fortificante que todas las bebidas tanto naturales como artificiales de Europa, gozando de ella sin trabajo ni esfuerzos? ¡Qué tranquilidad de espíritu para las almas religiosas, poder vivir casi sin comer ni beber, es decir, con naturalidad y sin verse obligadas a perder su tiempo y su dinero! Además, no necesitaríamos más que dos o tres trozos de un fruto más apetitoso que nuestras comidas más sustanciosas y elaboradas, bebiendo esa especie de néctar natural, de una exquisitez desconocida en nuestras tierras, sin más esfuerzo que recibirla de la naturaleza tras un mediano cultivo.

Aparte de esto, dado que los europeos son extremadamente ávidos de novedades, podrían realizar con el jugo del fruto del reposo, añadiéndole en diversas mezclas algunas cocciones de agua salada, todo tipo de invenciones útiles, necesarias y admirables. Se puede producir cualquier color que se desee; se puede transformar algo blando en una materia más dura que el acero, sin necesidad de fundido ni golpes de martillo. Se puede cambiar lo que es duro en materia maleable y trabajable como la cera fundida. En fin, no hay ni habrá mago alguno ni embaucador de triquitraque que se haya aproximado siquiera a los encantos y maravillas que se obtienen de estas mezclas, que se fabrican tan fácilmente que no hay nadie, por poco experimentado que sea, que no pueda descubrirnos efectos que tendríamos por milagrosos.

He comprobado con admiración cientos de veces que en este país la naturaleza nos regala en abundancia, y como si se tratara de un juego, todo aquello para lo que se muestra avara en nuestra tierra. Todo lo que nosotros consideramos singular, llamativo y excitante, es por aquí algo tan común que se ve sin que llame la atención. Y en fin, todo lo que los europeos no alcanzan si no es tras largos y penosos trabajos, no precisa en estas tierras más que de un ligero esfuerzo momentáneo. No puedo pasar por alto la abundancia que poseen del más fino cristal, que ellos saben muy bien cómo labrar y encajar uno sobre otro, con tanta precisión y artificio que resulta imposible distinguir la juntura. Este cristal es tan transparente, que no podríamos descubrir las puertas fabricadas con él si la naturaleza no lo hubiera enriquecido con figuras de diversos colores entrelazados que nos permiten distinguirlo. Considero una prueba infalible de que este país ha sido allanado el que veamos, en el asentamiento de Huff, un Hab que está hecho probablemente de una sola pieza, algo imposible si no es a fuerza de picar y tallar una roca de esta naturaleza. Es una pieza inimaginable, tan rica y prodigiosa que supera milagrosamente a cualquiera otra, tanto en altura como en grosor: unos cien pies de alto por dos mil de largo. Las figuras entremezcladas con el cristal son más singulares de lo común, y puede distinguirse bien que son de todos los tamaños sin ningún corte. Me aseguraron que se había propuesto muchas veces en las asambleas si acaso no sería mejor destruirla que conservarla, en primer lugar, porque llama demasiado la atención; en segundo lugar, porque es motivo de distracción; y por último, porque se trata de una rareza excesiva. No sé a qué conclusión habrán llegado. Los cristianos europeos, que buscan con tanto ahínco el enriquecimiento y la decoración de sus iglesias, encontrarían aquí todo lo que pudieran desear para hacer admirar y producir asombro ante sus santos lugares.

La mayor dificultad radica en encontrar el medio de poder comunicarse con este pueblo. Tras haber realizado todas las reflexiones posibles, considero que existe un obstáculo

insuperable. Dado que ellos no precisan de nada, no parece probable que se les pueda atraer con promesa de ganancias, recompensas o placeres. Por otro lado, la inexplicable aversión que mantienen y alimentan por nuestra nación, es causa de que no puedan vernos sin sentir horror. Sienten más odio hacia nosotros del que nosotros podamos tener frente a los lobos o las serpientes. No pueden ni siquiera oír hablar de nuestra naturaleza sin dar testimonio de la pasión que tienen por destruirnos. Todo aquello que aportamos a las tierras que consideramos nuevas, y que nos ha facilitado el acceso y el buen recibimiento entre sus habitantes, se considera entre ellos como estupideces o juegos de niños, cosas indignas de la estima de un ser humano. Ven nuestros tejidos como nosotros vemos las telarañas. No saben lo que significan las palabras 'oro' y 'plata'. En una palabra, todo lo que nosotros consideramos precioso, es juzgado por ellos como ridículo y como un empeño de bestias. Pero lo que más me desanima en todas las indagaciones que pueda hacer para dar con el medio de comunicarnos con ellos, es la enorme ventaja que tienen con las aguas tan poco profunda de sus mares, que no pueden dar calado a una nave a dos o tres leguas de sus orillas, ni siquiera a una chalupa a menos de quinientos o seiscientos pasos, si no es por algunos contornos específicos que no se pueden intentar sin mucha experiencia. Además, montan una guardia tan escrupulosa en sus orillas, que resulta imposible cogerlos desprevenidos ni atacarlos con alguna esperanza de éxito, como veremos a continuación.

Capítulo XII. Sobre las guerras frecuentes entre los australianos

Es una regla inviolable de este mundo que el hombre no pueda poseer un bien sin esfuerzo, ni mantenerlo sin dificultad. Los australianos, que serían felices en sus territorios, repletos de todos los dones de que la naturaleza es capaz, no dejan de tener enemigos con los que se ven obligados a enfrentarse y a declararles la guerra para defenderse de ellos. Las guerras más habituales son, en primer lugar, contra los Fondinos; en segundo lugar, contra los monstruos marinos; y en tercer lugar, contra los pájaros salvajes y carnívoros. Las dos primeras los obligan a mantener a miles de hombres continuamente de guardia en las estribaciones de los montes Iuads, y muchos más en las costas: a saber, un total de unos veinte mil hombres a lo largo de sesenta leguas del país. La tercera guerra los fuerza a no alejarse unos de otros algunas veces, tomándose grandes y muy molestas precauciones.

La forma en que se regula el envío de los guardianes no supone ninguna dificultad. Ha estado desde siempre tan bien ordenada, tanto en lo que se refiere a su envío como a la permanencia y el sustento de los guardianes, que todo se realiza sin siquiera hablar de ello. Se eligen alrededor de seis millones de personas de todo el país para la guardia de las avenidas. Se disponen de tal manera que haya alrededor de trescientos treinta hombres por cada legua, más de cien mil por cada trescientas leguas.

Los que descubren alguna presencia del enemigo, lanzan una señal que estalla como una brillante llama, produciendo además un ruido como el de una tromba de agua impetuosa, que se escucha fácilmente a una distancia de dos leguas. Enseguida, los otros, a derecha e izquierda, lanzan la misma señal, de modo que en 24 horas toda la costa está advertida. La mitad de los guardias corren al lugar de la alarma, con tanta prontitud que en seis horas hay en el lugar tres o cuatro mil hombres. Cuando consideran que hay suficiente gente para enfrentarse y destruir al enemigo, se anula la primera señal, y a continuación todas las siguientes, para que no aumenten los refuerzos.

Lo que resulta más admirable es observar cómo saben comportarse con tanta exactitud y destreza, sin nadie que los dirija, sin más advertencia e incluso sin hablarse: jamás se ha visto a un soldado, por bien dirigido e instruido que esté, mejor adiestrado ni más escrupuloso en su cometido que estos hombres. Los que están en vanguardia, avanzan de frente según lo consideren necesario. Todos y cada uno de ellos llevan la razón como guía y a la misma razón se someten todos, con tal empeño que se diría que no forman sino un solo hombre, o que todos ellos son admirables dirigentes, con el mismo objetivo y los mismos medios para ejecutarlo.

He sido testigo de dos incursiones de los Fondinos en el país. La primera tuvo lugar unos diecisiete años después de mi llegada, y la otra ocurrió el año pasado. Alrededor de cien mil Fondinos se habían aglomerado para abrirse camino por un pasaje donde no se les esperaba. Más de treinta mil se habían apostado en un recodo, desde el cual sólo había que descender cincuenta pasos para introducirse en el país. Iban desfilando aprovechando la noche, y si no hubiese sido por el ruido de algunos descuidados, habrían entrado más de diez mil antes de poder lanzarse la señal. Cuando se vio que se trataba de un gran peligro inminente se repitió la señal, aviso incuestionable de que todos los asentamientos debían apresurarse para ponerse en marcha.

Los Fondinos, que entraron en masa, no se toparon al principio con más de trescientos australianos, que se mantenían firmes con tanta fuerza que detuvieron su paso. Pero después, los que ya habían conseguido entrar los rodearon, no dejando a nadie con vida. Sin embargo, la vendieron bien cara, combatiendo durante más de dos horas, de modo que los dos asentamientos vecinos tuvieron tiempo de acudir y, mientras los otros combatían, se fue formando un grupo de unos mil quinientos hombres. Pasando sobre los cadáveres de los primeros, los Fondinos avanzaron más de sesenta millas gritando *ham, ham*, '¡victoria, victoria!'. Los quinientos hombres les hicieron frente como una sólida roca, oponiéndoles resistencia por todos lados. Pero los Fondinos los rodearon fácilmente, causando una carnicería.

Al rayar el alba, una parte de los Fondinos que se obcecaban en mantener el combate contra los mil quinientos, prendieron fuego por todos lados, bien sea para abrasarlos o bien para impedir su huida. Los australianos se reunieron en un grupo de alrededor de dos mil quinientos hombres, entre los cuales me encontraba yo. Formaron tres cuerpos, y el menos numeroso pequeño, que contaba con unos cinco o seis mil hombres, intentó ganar el pasaje por el que habían entrado los Fondinos. Éstos, prevenidos de su proceder, habían dejado a veinte mil de los suyos emboscados para defender los accesos, y chocaron tan brutalmente con los australianos durante cinco horas seguidas, que habrían acabado con todos ellos si no hubiera sido por la llegada de un refuerzo de tres mil hombres, que mantuvieron el combate otras cinco horas más, produciéndose una matanza en ambos bandos difícil de describir. Los dos cuerpos de australianos combatieron con el mismo coraje y consiguieron aplastar por entero a los Fondinos. La carnicería fue tan grande que el escenario del combate se convirtió en un mortero repleto de sangre y cadáveres, por el que caminábamos hundiéndonos hasta las rodillas. Ya comenzaban los Fondinos a replegarse cuando acudió otro refuerzo de veinte mil australianos que, tras acabar con los Fondinos sin dificultad, vinieron hasta nosotros para traernos alimento. Hecho esto, se destacaron diez mil hombres para ir a socorrer a los hermanos que se encontraban en el pasaje y que lo estaban pasando realmente mal, porque los Fondinos, con sus continuas emboscadas, no les permitían defenderse. Se redobló el combate contra los que habían quedado en el interior, pero estaban tan agotados que comenzaron a abandonar el terreno dispuestos a emprender la huida. En cuanto vieron que las vías de escape estaban cerradas y que su derrota era inevitable, defendiéndose a la desesperada, se volvieron contra los australianos que les seguían los talones, consiguiendo pasar a cuchillo a más de veinte mil que no pudieron defenderse. Los Fondinos, encontrando vía libre para hacerse con el terreno, se dispersaron por

todos sitios. El combate continuó hasta la medianoche, sin que dejaran de acudir australianos de todas partes para socorrernos. Cada vez que encontraban a Fondinos fugitivos, no dejaban escapar a ninguno con vida. Corrimos después al pasaje, donde los Fondinos se defendían aún con mucha fuerza. Pero cuando vieron acudir a tantos refuerzos, pusieron pies en polvorosa e intentaron emprender la retirada. Concluido el combate, los australianos que habían participado recogieron las enseñas y se entregaron a refrescarse y descansar, mientras que iban llegando otros que se dedicaron a buscar a todos los hermanos caídos en la batalla. Encontraron en el escenario a más de diecinueve mil australianos muertos, y se contaron doce mil heridos, entre los cuales me encontraba yo, que tenía un brazo fracturado y un muslo desgarrado. Fueron reconociendo uno a uno a todos sus caídos, y de los combatientes de los asentamientos más cercanos a la batalla no quedaron más que veintisiete con vida. Se dieron las órdenes oportunas para transportar los cadáveres a sus departamentos y amontonar los cuerpos de los Fondinos en el mismo lugar de su irrupción. Tuvieron que cargar con cerca de noventa mil, que fueron colocando uno sobre otro, en una extensión de casi una legua y media.

Así fue el primer combate con los Fondinos, que he podido describir como testigo ocular y como combatiente. No pude constatar por nuestra parte más que una consigna: la de mantenernos firmes e inquebrantables hasta la muerte. Los de primera línea se ocupan en estos casos de frenar los golpes, mientras que los de retaguardia cargan contra los asaltantes con tal ímpetu y rapidez que cincuenta australianos son capaces de enfrentarse y contener a diez mil hombres. Todos llevan para el combate una pequeña coraza, ligera y fina como nuestro papel, pero tan dura e impenetrable que es preciso un golpe extraordinariamente fuerte para atravesarla. En cuanto al alimento, cada cual lo toma de su departamento con el mayor escrúpulo, para que afecte lo menos posible. Los hermanos lo llevan a su Hab por la mañana, los del Hab vecino lo transportan al suyo, y así los demás, hasta que llegan al lugar destinado para recoger todos los frutos, que son vigilados por los guardianes. Cuando la distancia de los lugares de origen provoca algún deterioro en los frutos, los cambian en un Hab por otros más frescos.

El segundo combate tuvo lugar seis años después. Los Fondinos se habían adueñado de una gran isla a doce leguas del asentamiento de Puls. Estaba a nueve horas de distancia y como era una buena tierra, se habían hecho fuertes y se habían ido multiplicando. Su buen clima y su abundancia atraían a diario a nuevas colonias. Habían encontrado incluso el medio de realizar desde allí incursiones en el continente de los australianos.

Decidieron expulsarlos, pero no se consideró prudente lanzar ningún aviso. Se limitaron a informar por escrito a los quinientos asentamientos vecinos, cada uno de los cuales formó un destacamento de cuatrocientas personas, formándose así un ejército de doscientos mil hombres. Se construyó una especie de plataforma flotante que daba cabida a mil doscientos hombres en orden de batalla: trescientos en su frente y cuatrocientos en cada lado. Los hombres iban por el agua hasta que necesitaban subirse a la plataforma, que llegó a cargar con ciento veinte mil, ordenados en hileras de combate. Equiparon además seiscientas pequeñas embarcaciones, cada una de ellas con cabida para cien hombres junto con todas las provisiones necesarias para ocho horas; otras cuatrocientas cargaban con los víveres de los hombres de la plataforma, más doscientas más que iban y venían, según surgieran las necesidades de todo el ejército. Se prepararon además tres máquinas que se transportaron con doscientas de las seiscientas naves mencionadas. La primera tenía una especie de órganos de mil tubos que efectuaban mil disparos diferentes de una vez. La segunda la formaban por entero unas escaleras mecánicas, y la tercera unas ruedas artificiales con puntas que se introducían en los muros y, una vez dentro, se alargaban en forma de gancho; después, al girar las ruedas, tiraban de los muros hasta echarlos abajo. Yo me encontraba sobre la plataforma cuando este prodigioso armatoste empezó a

dirigirse contra los Fondinos, que se habían preparado desde hacía tres meses para defenderse con gran coraje. Por lo que recuerdo, era ésta la primera vez que los australianos iban al encuentro de los Fondinos, quienes no los consideraban capaces de salir de su territorio, ni siquiera de defenderse fuera de él. Se habían guarnecido con todo tipo de precauciones, construyendo grandes fosas a alrededor de toda la isla, así como una doble muralla. Y en fin, contaban con más de trescientos mil combatientes, dejando fuera las mujeres y los niños, que los doblaban en número: todos dispuestos a vencer o a morir. Una vez llegadas las máquinas a las puertas de los Fondinos, los australianos se detuvieron mucho tiempo para deliberar de qué manera podían forzarlos. Tras una seria deliberación, se llegó a la conclusión de que, durante la noche, diez mil hombres bajarían desde la plataforma a las pequeñas embarcaciones para rodear la isla y provocar a los Fondinos, mientras que otros diez mil se dirigirían a nado con los instrumentos necesarios para atravesar las murallas. Todo se ejecutó con una diligencia extrema, sin que los Fondinos tuvieran tiempo para precaverse, ni siquiera para advertirlo. Los diez mil treparon sin desfallecer por la primera muralla y, tras perforarla, dos mil de ellos cruzaron el foso a nado, encaramándose al segundo muro. Nada más comenzar a abrirle una brecha, los centinelas Fondinos oyeron el ruido e hicieron todo lo posible por localizarlos. Pero, dado que la noche era de las más oscuras, y que los australianos se movían por el agua con mayor agilidad de la que podamos tener nosotros para correr, consiguieron pasar desapercibidos sin peligro de sus vidas. Habían entrado más de veinticinco mil en los fosos, guardando un absoluto silencio mientras que los Fondinos se dedicaban a tapar los dos agujeros. Mientras, otros australianos comenzaban a acosar a los Fondinos por diez o doce lugares distintos, y otros muchos escalaban ya el muro, exponiendo su vida a merced de los enemigos, que habían descubierto por fin, aunque demasiado tarde, el gran número de australianos preparados tanto para atacar como para defenderse. Los australianos que estaban en el foso, tras respirar unos segundos, empezaron a escalar la segunda muralla. Unos quinientos saltaron al interior en forma compacta para resistir firmes y ayudar a los demás, que escalaban con tal ímpetu, que en una hora veinte mil de ellos se unieron a la avanzadilla, pese a todos los esfuerzos que hacían los Fondinos por contenerlos. El Rey de los Fondinos, informado en su momento de que los australianos estaban ocupando la isla, sacó a sesenta mil hombres de un cuerpo de reservistas y acudió al frente para comprobarlo y sorprenderlos.

Los australianos empezaron a lanzar sus gritos habituales para asegurar a los demás que se hallaban en el interior, y enseguida se entabló una batalla tan enconada por ambos bandos, que los muertos y heridos caían como los frutos de un árbol con una fuerte sacudida. Conociendo los hermanos el coraje de sus enemigos y el peligro inevitable que corrían los de la avanzadilla, saltaban de todas partes, y a pesar de la resistencia de los Fondinos, que se entregaban de forma indescriptible, más de cincuenta mil consiguieron escalar, en parte para socorrer a sus hermanos, y en parte para apoderarse de la isla. Al rayar el alba, comenzaron a aliviar a sus compañeros, que ya empezaban a sucumbir. Redoblaron sus gritos, y tras apoderarse de un lado de la muralla, las embarcaciones la alcanzaron enseguida, y gracias a sus escaleras, en dos horas consiguieron subir más de veinte mil hombres. Por su parte, los Fondinos organizaron otro cuerpo del ejército, dispuestos a arriesgar el todo por el todo, y embistiendo con tanta fuerza contra cincuenta mil hombres, que los habrían aniquilado si no hubiera sido por otro cuerpo de australianos que acudió a reforzarlos, tras haber derribado más de doscientos paños de muralla. Se trataba de un destacamento de sesenta mil hombres de refresco de la plataforma, bien ordenados y que consiguieron pisarles los talones a los Fondinos, realizando tal masacre que apenas dejaron vivos a dos mil, que huyeron para refugiarse en una fortaleza cercana. Hacia las tres de la tarde la isla había sido por fin ganada, y antes de destruir todos los fuertes, que eran unos dieciocho en toda la isla, los australianos se apoderaron del exterior y de todas las embarcaciones que los rodeaban. Su objetivo era impedir por todos los medios que los

Fondinos pudieran huir y escapárseles. Se dieron como plazo dos días para llevarlo a cabo, y otros tantos para identificar los cuerpos de los hermanos muertos, que se contaban en más de cuarenta y dos mil. Los cargaron en la plataforma y los llevaron a tierra para darles sepultura. Se contaron también los Fondinos caídos, que se elevaban a sesenta mil. Acudió después un refuerzo de cincuenta mil hombres procedentes del continente. Hecho esto, recorrimos todas las villas y ciudadelas de la isla, irrumpiendo en cinco de ellas y ocasionando una terrible carnicería con todos los que encontrábamos. Es difícil imaginar criaturas tan bellas como las que me encontré entonces. No podía presenciar cómo las degollaban sin sentir compasión, aunque no era éste un sentimiento desconocido para muchos australianos. Entré en una casa que parecía ser mayor que las otras, y me encontré con una venerable matrona, con dos hijas de unos veinticinco o veintiséis años que se lanzaron enseguida a mis pies. En ese momento me sentí conmovido de amor, y los encantos de sus rostros y sus senos desnudos me hicieron perder la razón y el juicio. Las levanté y, tras abrazarlas, tomé conmigo a una que consintió en ello. Pero justo en ese momento entraron dos australianos, pillándome desprevenido. Pude entender por su gesto que me encontraba perdido. Se contentaron de momento con degollar a las damas en mi presencia. Yo no sabía qué iba a ser de mí, ni qué decidir, no pudiendo a partir de ese instante mirar a ningún australiano sin sentir vergüenza. Cuando se me acercaban la turbación me obligaba a bajar la cabeza. Volví a una de las embarcaciones, dando pruebas de estar herido y fuera de combate: en efecto, me sentía tan hundido, abatido y derrotado por la tristeza, que apenas si podía mantenerme en pie.

Una vez saqueadas toda la extensión de la isla y sus ciudades, se resolvió atacar sus plazas fuertes. Se rodearon tres de golpe. Su asedio consistió en primer lugar en remover la tierra de los alrededores. Treinta mil hombres se encargaban de cavar alrededor de un fuerte, mientras los demás los protegían. En tres días alcanzaron las murallas, y a pesar de las contraminas de los Fondinos y de las diversas escapadas que hacían, tanto por tierra como por el subsuelo, consiguieron socavar todos sus muros, desmantelando las ciudadelas ante el espanto y la profunda consternación de sus habitantes. Se lanzaron de inmediato al asalto general, y todo el ardor de los Fondinos, que se defendieron con total entrega, no pudo impedir que se tomaran las tres plazas en sólo cuatro horas. Si fuera capaz de describir la masacre que se hizo, haría temblar al más resuelto. Podían contemplarse a los padres, las madres y cinco o seis hijos degollados y amontonados unos sobre otros, y ríos de sangre que corrían en medio de las calles. Y en fin, no tuvieron compasión por nadie, de cualquier edad y condición.

Los otros fuertes, prevenidos del asedio de los australianos, los evacuaron la noche antes de que los invadiesen. Pudimos ver a más de cincuenta mil personas de todo tipo al borde del mar: unas se precipitaron al agua, otras se entregaron a merced de sus enemigos, y aún hubo muchas que aguardaron, mientras elevaban las manos al cielo, una muerte que ya sabían que era inevitable.

Y así fue como fue despoblada esta hermosa isla. Una vez hecho el recuento de muertos, resultaron ser trescientos noventa y ocho mil novecientos cincuenta y seis, de todas las condiciones, que los australianos amontonaron en cuatro pilas al borde del mar, dejándolos a merced de los pájaros carnívoros. Aparte de los australianos muertos durante el asalto, de los que ya hemos hablado, encontramos dieciocho mil más, que fueron transportados a su tierra en diversas embarcaciones. Los heridos de los dos ataques sumaban más de treinta mil, que fueron de igual modo transportados.

Hay que señalar que los australianos celebran las asambleas del Hab y del Heb tanto dentro como fuera de su territorio, con la única diferencia de que en este último caso no se respeta tan escrupulosamente el horario. Así que, una vez en paz y en posesión de la isla, se reunieron para dar alabanzas a Dios, así como para deliberar sobre los acontecimientos, entre

los cuales estaban, como asuntos principales, cómo iban a disponer de mi persona y cómo se iba a proceder para arrasar por completo la isla. Fui acusado por cinco jefes, todos los cuales consideraban que merecía la muerte. Me devolvieron a mi asentamiento tras ser escuchado, y decidieron destruir la isla entre dos tropas, cada una formada por cincuenta mil hombres: toda esa prodigiosa masa de tierra fue arrasada hasta quedar cubierta de agua en sólo diez de sus meses. Semejante obra no sólo resultaría imposible de realizar en diez años en Europa, sino que se consideraría como algo inconcebible y desmesurado. Y hasta aquí lo referente a los combates de los australianos con los Fondinos, de los que fui testigo.

Los segundos enemigos que los australianos tienen que combatir son los monstruos marinos. Y por lo que pude comprobar, se trata de europeos, a los que sólo distinguen de los Fondinos porque conocen el territorio de donde proceden estos últimos, mientras que no saben de dónde vienen los otros, y se refieren a ello con conocimientos muy inexactos. No pueden negar que sean también semi-hombres. Pero por sus diversas formas de hablar y de vestir, que son completamente diferentes entre sí, y no pudiendo así distinguir de dónde vienen en cada caso, los llaman en general monstruos marinos, monstruos desconocidos, o semi-hombres marinos. Antes de que mi buen amigo decidiera abandonar este mundo, me preguntó muchas veces sobre nuestros países, y aunque no me otorgaba todo el crédito que yo le brindaba, vi con claridad que le agradaba especialmente informarse sobre el tema. Me describió a personas semejantes a aquéllas de las que yo le hablaba, y que no dejaba de a admirar por la construcción de sus naves y la buena fábrica de ciertos objetos, de los que me mostró algunos fragmentos. Añadió que siempre había deseado alguna aclaración sobre los países de estos semi-hombres, y que encontraba mucho parecido entre lo que yo le contaba y sus propias experiencias. Me dijo que los había encontrado muy valientes a unos y a otros. Me contó que en cierta ocasión los australianos habían tenido que habérselas con poderosos guerreros, que se encontraban a bordo de siete grandes naves que se defendieron durante tres días enteros. Pude ver estas naves y otras quinientas más, que están en la arena desde tiempo inmemorial, ya que nunca las destruyen. Cuando yo llegué, hacía menos de seis meses que habían deshecho una flota, y todavía estaban colgados los cadáveres de los mástiles de las naves. Descubrí fácilmente que se trataba de una flota, o más bien de dos flotas juntas, de portugueses y franceses. La nave capitana francesa tenía una divisa de color uniforme, con el escudo de armas de Francia rodeado de lambrequines. La flota de Portugal, más grande, llevaba el escudo de armas de la Casa de Portugal, enmarcado por las de Braganza. Mi anciano, que había sido testigo del combate, me aseguró sin embargo que no había sido nada comparado con mi pelea con los pájaros. La destreza del piloto, que había reconocido los canales entre los bancos de arena, les permitió fondear a media hora de la costa. Como había medio pie de profundidad, enviaron a mil hombres a tierra a reconocer el país. Lo abordaron con una audacia extraordinaria, forzando fácilmente a los guardianes del mar. Se ordenó enarbolar la señal, y después de que los recién llegados arremetieran con violencia contra el primer barrio de un asentamiento de la región de Puls, los australianos se juntaron en tal número, que antes de que los europeos consiguieran hacerse con el botín que buscaban, aparecieron más de ocho mil al borde del mar. El cañón de las naves tronó terriblemente, pero la distancia era demasiado grande como para acertar el tiro. Rodearon a unos mil europeos que habían ocupado una casa, desde la cual se defendían como podían. Pero al fin tuvieron que sucumbir al gran número de australianos, que los asaltaban por todas partes, hasta tal punto que ninguno pudo volver a informar a las naves. A continuación, los australianos efectuaron un largo rodeo para obstaculizar el paso a la flota, algo que saben hacer muy bien: amontonando tierra con la que taponan los canales, de forma que no hay manera de romper el bloqueo. Hecho esto, se prepararon para abordarlos. Pero la matanza que sufrieron sorprendió realmente a toda esta gente, que se considera incapaz de sentir temor. De ocho mil que se acercaron, seis mil fueron derribados por una sola descarga de todas las naves al unísono, y el

anciano me reconoció que nunca habían visto nada semejante. Pero acudieron refuerzos de todas partes, suficientes para sustituir e incluso sobrepasar a los caídos, emprendiéndose un segundo ataque con doce mil hombres, que fueron tratados con mucha rudeza, aunque sin sufrir tantas pérdidas como en el primer ataque. Alcanzaron las naves con coraje, a la desesperada. Y cuando iban escalándolas, a pesar de la espantosa carnicería que los europeos hacían con ellos, los atacaron a quemarropa, por así decirlo, matando a más de siete mil. Este ataque duró casi dos horas, y enseguida acudieron veinte mil australianos más, que se encontraron con unos enemigos agotados por una increíble fatiga, e incluso sin municiones por lo que pude entender, lo que los forzó a sucumbir. Había tres mil soldados en las naves, y otros tantos marineros, y los australianos los degollaron a todos y los colgaron de sus embarcaciones. Al hacer el recuento de los australianos caídos, se contaron diez mil seiscientos quince muertos y seis mil heridos.

Mucho más les preocupan los combates habituales que emprenden contra los pájaros de los que hemos hablado, dado que, como van y vienen por el aire, no hay modo alguno de destruirlos ni de enfrentarlos.

Se combate a estas espantosas bestias de tres maneras: las dos primeras cuando son ellas las que atacan, y la tercera cuando son los hombres los que emprenden el ataque. El primer ataque es por sorpresa: unas veces, los pájaros se esconden al resguardo de los árboles; otras, se elevan por el aire hasta perderse de vista, y después se lanzan en picado en un instante sobre sus víctimas. Los pequeños pájaros a los que antes me referí, los perciben desde muy lejos, y se ponen a gritar en un tono triste y acuciante, dándoles incluso fuertes picotazos a los australianos, para obligarlos a ponerse en guardia. Sin embargo, y pese a todas las precauciones, estos enemigos son tan diestros y mañosos, que apenas se les puede prevenir. Un día en que acudí al Hab en compañía de mi filósofo y de otros tres hombres, portando nuestras armas habituales, es decir, nuestras alabardas, nuestros cascos y corazas, apenas hecha la mitad de camino, nuestros pajarillos comenzaron a gritar desaforadamente, dando mil volteretas inesperadas, para avisarnos del peligro que nos acechaba. Y de repente, allí estaban seis de esas bestias, que nos atacaron con furia. Nos agrupamos juntando las espaldas, cubriéndonos con nuestras armas y disponiéndonos a parar las embestidas de las bestias. Una de ellas se apoderó de mi alabarda, arrancándomela de las manos por el mango de manera asombrosa. Los otros obstaculizaban de tal modo a mis compañeros, que apenas si les daban lugar a defenderse. No hice más que volver la cabeza por ver si podía ayudarles, cuando me vi agarrado hacia arriba, y me habría perdido seguramente si no hubieran corrido mis hermanos a socorrerme, hasta que consiguieron arrancarme de las garras. Tan grande es su destreza que, cuando los hombres son poco numerosos, apenas si sufren daño alguno sin que consigan llevarse por los aires al menos a uno de ellos. En estos casos, los más sensatos no hacen nada por enfrentarlos, ya que significa ponerse en un peligro evidente sin sacar provecho alguno, entre otras cosas porque el estómago de las bestias es como una coraza, a prueba de golpes.

Aparte de estos ataques por sorpresa, algunas veces aparecen en número de cuatrocientas y hasta quinientas juntas, formando un ruido que espanta al más valiente. Se puede juzgar fácilmente que ésa es la conducta más habitual entre ellas, que forman así una especie de cuerpo armado para asaltar a los australianos. Campan sin respeto por todas partes donde puedan encontrar con qué alimentarse, destrozando para dos o tres meses los jardines que eligen para instalarse. En esos casos, los australianos del barrio invadido se acantonan en sus casas, y nadie se atreve a salir. Se lanza la señal para que los demás sepan de la presencia del enemigo, y desde los asentamientos vecinos reúnen a cinco o seis mil hombres para socorrer a sus hermanos. El orden que guardan para combatirlos es mucho más estricto si cabe que el que mantienen con los Fondinos. Se presentan en grupos bien apretados, formando un cuadrado bastante regular, que ofrece sus frentes por todos sus lados, con la ayuda de los órganos o cañones a los que hice

referencia. Y en fin, portan también sus alabardas y machetes. Desde el momento en que los pájaros perciben al ejército que acude contra ellos, se separan con una destreza que podría pasar por una estrategia meditada. Unos tiran por un lado, otros por otro, y la mayoría se eleva hasta perderse de vista. Pero lo hacen sólo para reunirse enseguida y caer todos a la vez sobre los australianos, quienes, a pesar de todas sus precauciones y defensas, acaban perdiendo siempre a alguno de su grupo. Yo mismo me he visto en medio de estos combates en tres ocasiones. Perdimos en el primero a seis hombres, en el segundo a ocho, y a tres en el último; y en todos ellos no conseguimos matar más que a siete pájaros. Resulta difícil dar una idea del ímpetu con que se lanzan en medio de los golpes, de la violencia y la fuerza de los movimientos con que los devuelven. Durante el último de los combates que presencié, fui testigo de una acción que bien merece la pena relatarse. Un Urg le arrancó la alabarda a mi compañero, y a continuación otro Urg lo agarró para llevárselo por los aires. Quise defenderlo con mi alabarda, pero un tercer Urg me la arrebató. Mi compañero se agarró como pudo al segundo pájaro, que se esforzaba por subirlos a los dos, cuando un tercero llegó para apoderarse también de él. Y aún acudió otro más, que consiguió arrebatárselo a los otros. Cuando lo elevaba, me agarré a él para retenerlo, y ya estábamos irremisiblemente perdidos si no la hubiésemos emprendido a golpes. Conseguimos estrangular al primero y dejarlo por muerto

El combate con los demás continuó hasta la noche, con tanta violencia que no tuvimos ni un momento de respiro, y no podíamos quitarles el ojo de encima ni un momento so pena de vernos atacados. Una pequeña distracción significaba la muerte segura. No sé si lo que los impulsa es el hambre, el amor o la rabia, pero lo cierto es que se muestran desesperados en estos encontronazos, y si este humor les durase mucho tiempo, todo el país resultaría destrozado e inhabitable. Según dicen, cuando la mar se mantiene tormentosa cinco o seis días seguidos es cuando muestran esta conducta, bien sea porque no pueden pescar lo necesario para alimentarse, bien porque el mal estado de la mar perturba sus cerebros.

Como ya he dicho, los australianos han hecho y siguen haciendo todos los años grandes esfuerzos por destruir a estos espantosos enemigos. En treinta años llegaron a allanar tres grandes islas de dos leguas de largo, y en la actualidad trabajan en la destrucción de otra, a seis horas de distancia del país. Ahora son ellos los atacantes, y el orden que observan para este efecto consiste en elegir el momento apropiado y transportarse allí en número de treinta mil hombres, a los que suplen cuatro mil cada mes. La época más apropiada para esto es el trópico de Capricornio, porque en esta estación los pájaros se muestran algo tímidos, lo que hace que se retiren sin mucha resistencia tras realizar tres o cuatro rodeos en torno a la isla. Nada más llegar a la isla, los australianos ponen en marcha unas máquinas que producen un gran ruido, que da la señal de alarma a los enemigos. A continuación, prenden fuego por todas partes, lo cual infunde gran temor a estos animales. Después se ocupan con tranquilidad en la demolición de la isla, hasta la llegada del equinoccio de Marzo, época en que los pájaros comienzan a entrar en calor y suponen una gran amenaza, aunque no resulte plenamente efectiva hasta que el Sol entra en el signo de Tauro. Es entonces cuando acuden en tropel a atacar a los australianos, con tanto ímpetu y tanta rabia que, por más que hagan para resistírseles, tienen que resignarse a perder a muchos de sus hombres y gran cantidad de útiles. El ardor de este terrible combate dura a veces hasta diez horas seguidas, y no se calma en treinta días. Pasado este tiempo, van retirándose poco a poco hasta el mes de Octubre, cuando vuelven a combatir con la misma energía que en Abril.

Capítulo XIII. Del retorno de Sadeur a la isla de Madagascar

Lo que sigue lo escribo desde la isla de Madagascar, y empiezo a sentirme satisfecho porque esta historia pueda servir de provecho a mi país.

Resulta fácil juzgar que mi propia naturaleza, así como la educación contraria que he recibido, tan opuesta a la suya, me hacían incompatible con los australianos. Es seguro también que no debo la conservación de mi vida más que a la proeza que les mostré a mi llegada, que en realidad no era más que fruto de la desesperación y del azar. También a la violencia ejercida continuamente sobre mí mismo para conformarme a su modo de actuar, tras las advertencias del anciano que me sirvió de protector. Sin embargo, como no podemos destruir nuestra propia naturaleza, me vi siempre forzado, a pesar de todas mis precauciones, a manifestarme tal como soy realmente. Mientras vivió mi anciano filósofo, recurrió a cientos de arengas para frenar las intenciones de los hermanos de deshacerse de mí. Describía mi combate como un prodigio inaudito, que tenía que congraciarme con ellos pese a todos mis defectos. Les decía que, toda vez que me habían concedido la vida, aun a sabiendas de que yo no era de su naturaleza, no debían quitármela en justicia a causa de los defectos que provenían de la mía propia. Después de todo, añadía, al ser yo extranjero, no podían condenarme sin haber estado yo antes advertido, ni sin antes estar seguros de que mi carácter era incorregible. Cuando quiso retirarse de esta vida, dobló sus ruegos y razones para obligarlos a que me conservaran. Tras una exhortación auténticamente paternal, me nombró para que ocupara su puesto, y todos mis hermanos lo aceptaron de común acuerdo. Y en fin, me toleraron hasta que tuvo lugar la guerra contra los Fondinos de que he hablado: fue entonces cuando se decidió mi muerte.

Las claves de la acusación que se hizo contra mí pueden reducirse a las cinco principales: 1º, que no había combatido, prueba de lo cual era que no había aportado ninguna oreja de los Fondinos; 2º, que había dado testimonio de dolor por la destrucción de los enemigos; 3º, que me había unido a una Fondina; 4º, que había comido alimentos de los Fondinos; 5º, que había actuado maliciosamente. Para comprender todas estas quejas, hay que saber que es costumbre entre los australianos cortar las orejas de aquéllos que matan en combate, haciéndose con ellas un cinturón. Aquél que aporta más orejas es considerado como el más generoso: ése fue el caso de uno que, tras la toma de la isla, entregó casi doscientas. Lejos de haber matado, yo había dado pruebas de rechazo ante la sangrienta carnicería de esos desdichados. He hablado de mi concupiscencia en el Capítulo IV. La unión carnal con los Fondinos la consideran los australianos como algo equivalente a lo que en Europa significa el crimen de bestialismo. Nada más conocido este hecho, no volvieron a dignarse a mirarme ni a dirigirme la palabra. Detestan asimismo los aprestos de los Fondinos para vivir, de modo que consideran que comer sus alimentos significa rebajarse. Las cuestiones de las que me acusaban eran, entre otras, que yo había dicho que se podían preservar al menos a ciertos Fondinos, aunque fuera para tenerlos como esclavos, y que habría preferido vivir junto a uno de ellos a todo lo demás.

Una vez escuchadas las quejas, se me propuso tomar el fruto del reposo con palabras nada corteses, así que lo acepté libremente. Dado que se mantuvo un gran silencio, según costumbre, a la espera de que yo acudiese a la mesa para comerme el fruto, aproveché para decir que me sentía muy agradecido a los hermanos, que sentía abandonarlos sin antes comunicarles un medio secreto que conocía para destruir fácilmente a los Urgs. No obtuve respuesta: añadí que me consideraba efectivamente culpable de todo lo que se me había acusado, pero que como el origen de todos esos crímenes no era otro que mi propia naturaleza, que todos ellos conocían como igual a la de los Fondinos; que ponía a prueba sus razones si, habiéndome conservado con ellos aun siendo Fondino, consideraban que no debían tolerar unos defectos que estaban

inseparablemente unidos a mi propia naturaleza. Es cierto, añadí, que he dado muestras de ternura debido a mi naturaleza, así como que no pude decidirme a degollar a mis semejantes. Es por ello por lo que he dado pruebas de compasión por los otros, por considerarlos como a mí mismo. Si no hubiera actuado así habría pasado por desnaturalizado, y vuestra razón clarividente me habría considerado justamente cruel. Si por desgracia un australiano se viera reducido a vivir entre los Fondinos, sé bien que se me dirá que se destruiría a sí mismo; pero suponiendo que no lo hiciese, no tendría excusas si, declarada una guerra contra su propia nación, no se comportase como un ser humano, manteniendo cierta inclinación hacia sus hermanos. No es que implore por prolongar mi vida: estoy deseoso de abandonarla. Pero para dejaros un buen recuerdo de este pobre extranjero que habéis querido mantener entre vosotros, os suplico una breve demora.

Salimos del Hab según lo habitual, sin haber recibido ninguna respuesta; así que enseguida todo mi pensamiento se centró en arriesgarme a buscar alguna forma de regresar. Todas las aventuras de mi llegada ocuparon de golpe mi mente, y tomar el camino de vuelta por el mar me pareció mucho más fácil que peligroso. Tenía ante mis ojos la plancha, y me dije a mí mismo que la mano de Dios no había menguado, y que Aquél que me había conducido hasta allí, podía igualmente guiarme en mi regreso. Rogué, supliqué, recé desde lo más profundo de mi alma para que iluminara mi razón para poder escapar. Pensé que si conseguía ocultarme de la vista de los australianos estaba asegurado mi retorno. Tras mucho pensar y darle vueltas a miles de proyectos que sólo me servían para atormentarme, ésta fue finalmente la resolución que tomé y que llevé a cabo. Me fabriqué una cuerda con la corteza del árbol del Schueb, y la froté con jugo del fruto del reposo mezclado con un poco de agua de mar, de forma que se endureció como si fuera de hierro. La froté con otro jugo y se volvió flexible, y la anudé formando un gran lazo, extendiéndola después sobre un árbol al que acuden habitualmente a posarse los Urgs. Ante la impaciencia de que surtiese el efecto esperado, no dejaba de ir y venir, cuando los pajarillos me avisaron para que me apartase: dos pájaros vinieron a posarse sobre el árbol, y a uno de ellos se le enredó una de las patas.

Los hermanos, que descubrieron la argucia, corrieron a cargarse al prisionero, pero yo les rogué que tuvieran paciencia, asegurándoles que muy pronto comprobarían unos mejores resultados dignos de su aprobación. La bestia, atrapada durante dos días, dio pruebas de toda su maldad cada vez que intentábamos aproximarnos a ella. Pero finalmente, cuando el hambre la acució, y comprobando que no tenía forma de soltarse, comenzó a calmarse, permitiéndonos que nos acercásemos a ofrecerle comida. Y como yo era el único que se la presentaba, no tardó en darme muestras de agradecimiento. Conseguí sujetarla y me subí a su lomo. Le levanté las dos gruesas patas, observé sus garras, e incluso le abrí el pico, hasta que por fin me sentí libre y sin miedo en su compañía. Me repetí varias veces mientras la manejaba: "¿No podría ocurrir que, del mismo modo que llegué a este país por la crueldad de estos animales, pudiera escapar gracias a su amistad?" Lo esperaba todo, y mi esperanza se fortalecía a medida que aumentaba la docilidad del animal.

Se habló en el Hab de mi conducta, y yo respondí afirmando que me consideraba ya al borde de la muerte, siendo costumbre en mi país que alguien a punto de morir se comportase con resignación. Así que no podía plantearme seguir siendo el mismo, cuando ya casi no me quedaba tiempo, por lo que quería ocupar los pocos momentos que me quedaban en meditar una nueva acción que apreciarían mucho más que la última. Mis razones convencieron por completo a la asamblea, y determinaron dejarme acabar mis días como a mí me placiera, dejando de hablar de mí ni de mis actos, como si se me considerase ya entre los muertos. Se eligió incluso a mi sustituto y empezaron a verme poco más que como a un moribundo, libre tan sólo para acabar sus días según su deseo. Tanto me consoló esta orden, que estuve seguro

de que significaba el paso a mi liberación. Pasaba casi todo el tiempo junto a mi pájaro, haciendo todo lo posible por darle muestras de mi benevolencia. Un día me di cuenta de que casi no podía mantenerse en pie, y advertí que la cuerda que lo sujetaba le apretaba tanto que le había desgarrado la piel, comenzando a penetrarle la carne. La herida era profunda y estuve bastante tiempo buscando el medio de aliviársela. Le apliqué un ungüento y se la vendé adecuadamente, con tal acierto que en ocho horas estaba curada por completo. Tanto aumentó su inclinación hacia mí, que no podía soportar que me alejase sin quejarse, y yo mismo no estaba tranquilo más que cuando estaba a su lado. Poco a poco fui dejándolo libre de moverse solo. Pero, en lugar de plantearse la huida, ponía todo su empeño en seguirme por todas partes. Intenté comprobar si podría cargarme volando, y observé que, no sólo lo hacía con gusto, sino con una docilidad que me produjo gran admiración. Me preparé entonces un cinturón de hojas, que froté con jugo del fruto del reposo para volverlas impermeables. Me hice también una especie de bolsa, que llené con frutos de diversos tipos de entre los más alimenticios del país, así como con frascos llenos de sus licores, y entre todo ello coloqué este manuscrito. Tapé después la entrada de la bolsa y me la ceñí al cinturón ajustadamente. Preparé también otra pequeña valija, que llené con alimento para mi animal, atándosela a su lomo, y me dispuse a salir la noche siguiente, que era el día 15 del Solsticio de Capricornio, es decir, treinta y cinco años y algunos meses desde mi llegada, y cumplidos mis cincuenta y siete años de edad. Todos los espantosos peligros a los que me había expuesto en mi primer viaje, lejos de amilanarme, aumentaban mi esperanza.

Para que mi montura pudiera emprender el vuelo más fácilmente, la hice subirse a la copa de un árbol y, tras ajustarme y sujetarla bien por debajo de las alas, emprendí mi largo viaje de retorno, lleno de deseos y de esperanza. Por temor a ser descubierto por los guardianes del mar, me elevé muy alto en el aire, pero el frío de esa zona intermedia me obligó pronto a descender. Cuando llevábamos cerca de seis horas de camino, me di cuenta de que mi bestia, bien sea que la herida todavía se le resintiese, bien porque su prolongada inmovilidad la hubiera vuelto pesada, empezó a mostrarse cansada en extremo, hasta no poder más. Así que la conduje a que se posara sobre el agua, y como se hundía demasiado, la desmonté para aliviarla, confiando en que mi cinturón me sujetaría sin peligro. El animal empezó a contonearse, dando gritos y quejidos, temiendo por mi vida o porque yo intentase abandonarlo, acercándoseme para acariciarme. Yo apoyé mi cabeza contra sus plumas, y después de darle unos frutos de la bolsa para reponerlo, me venció el sueño. Cuando me desperté, el día era claro y luminoso. Le di otra vez de comer, y tras tomar mi tentempié, trepé suavemente sobre su espalda con la intención de reemprender el camino. Pero por desgracia no fue capaz de remontar el vuelo, ya que el peso de mi cuerpo hizo que se sumergiera aún más. Por más que hice y él mismo se esforzó, no pudo moverse del mismo sitio pese a su buena voluntad, lo que me causó gran preocupación. Pasado un rato, me di cuenta de que mi bestia se movía con facilidad y rapidez por el agua, así que me agarré a su cola, dejándome arrastrar por ella un buen trecho, hasta que atisbé una isla que me pareció muy lejana. Como se acercaba la noche y mi pájaro estaba muy fatigado, me detuve para reponer sus fuerzas, haciendo yo lo propio. Hecho esto, bien porque no quería abandonar su reposo, bien porque empezaba a notar el cambio de aire al que estaba aclimatado, o por sentirse afectado al verme en ese estado, lo cierto es que no quiso ya moverse si no es para volver a toda costa, llegando a empujarme con su pico para obligarme a seguirlo. Al darse cuenta de que yo no consentía en ello, empezó a dar señales de cólera, no calmándose más que cuando yo di señales de regresar. Por fin llegó la noche y cayó rendido en un profundo sueño. Persuadido de que Dios no quería que dependiese más que de su providencia para mi regreso, lo mismo que lo había querido para mi llegada, solté con cuidado mi saco del lomo del animal, y me alejé de él con la intención de abandonarlo para siempre, aunque con gran pesar. “Señor”, dije desde lo más profundo de mi alma, “queréis que dependa por entero de Vos, y que me

someta por entero a los designios de vuestra providencia. Así lo quiero, y acato vuestra voluntad como única guía de mi vida. Me siento humillado y perplejo ante el gran empeño que parece que os dignáis poner en un sujeto tan miserable como yo. Es excesivo, Padre misericordioso: vuestros esfuerzos resultan excesivos para un miserable aborto como yo. Me habría gustado volver para anunciar vuestras maravillas y grandezas a un pueblo que habéis elegido particularmente frente a otros, para daros a conocer, bendeciros y gozar de vuestra gloria; pero ante el temor de pedir demasiado, me abandono y someto a vuestra voluntad. Moriré al menos con la satisfacción de no haber sido mi propio homicida contra vuestra voluntad." Estos son, aproximadamente, los términos de que me serví, y que inundé con mis lágrimas. Después de esto, viendo que mi cinturón y mi bolsa me servían para mantenerme a flote, y ésta última para sujetarme y empujar haciendo camino, empecé a alejarme poco a poco de mi bestia, movido a favor de un viento austral que me ayudaba sin problema. Llegué por fin al rayar el día a un cabo de la isla que había divisado de lejos, y conseguí poner pie en tierra sin apenas dificultad. Me comí algunos frutos, con un gozo interior que me hizo lanzar muchos suspiros de acción de gracias a un Dios que tan bondadoso se mostraba conmigo. El sueño me venció de inmediato, y dormí durante unas seis horas. Cuando desperté, decidí emprender camino, tirando más bien hacia el nordeste antes que hacia el norte, por temor al peligro de continuar en el vasto mar que separa el viejo mundo del nuevo. Mientras avanzaba por el agua, empecé a escuchar el ruido del vuelo de los grandes pájaros, que revolvieron mis entrañas, sintiéndome perdido. Pero mi miedo se cambió pronto en alegría cuando me di cuenta de que era mi bestia la que me buscaba, y que vino a lanzarse a mis pies, haciéndome tantas caricias y dándome tantas pruebas de dolor por haberla abandonado, que me sentí apiadado. Comprobé que estaba exhausta, ya que tenía que haber hecho un largo viaje para buscarme, así que empleé el día y la noche en la isla en hacerle descansar y alimentarla. No hacía más de hora y media que estábamos juntos, cuando aparecieron de golpe diez bestias del tamaño y el color aproximado de nuestros lobos de Europa, que se aproximaron a nosotros. Mi pájaro los advirtió antes que yo, y se lanzó desde lo alto sobre ellos, con tal rapidez y tanto ímpetu que los obligó a emprender la huida. Atrapó a uno de ellos y lo elevó a mediana altura, lanzándolo sobre otro que descubrió. Mientras tanto, los otros corrían a esconderse en sus agujeros, de modo que salió volando y capturó un tercero, que devoró en parte antes de volver a mi lado. Llegada la noche, seguía inquieto hasta que me coloqué junto a él, de forma que no podía moverme sin despertarlo. Dormí en su compañía unas seis o siete horas. Cuando me vio despertar, se lanzó sobre una de las bestias que había matado e hizo de ella su desayuno. Yo me comí también algunos de mis frutos, e inmediatamente lo conduje a una pequeña roca, desde donde me subí sobre él como siempre y emprendimos el vuelo como de costumbre. Avanzaba a una considerable velocidad, y ya habíamos recorrido una gran distancia cuando dos pájaros de su mismo tamaño vinieron a nuestro encuentro y se lanzaron contra nosotros, dándonos grandes golpes con sus picos y garras. Mi pobre bestia tuvo que sucumbir, atacada por dos a la vez e indefensa debido a mi carga. Yo había recibido ya varios golpes que me habían dejado ensangrentado cuando me bajé de su lomo, y pasé algún tiempo presenciando su combate. Mi bestia no podía hacer otra cosa que presentar sus garras y su pico para lanzar todos los golpes que la ocasión le presentara. Hasta que cayó una espesa niebla, con gran preocupación por mi parte, ya que me impidió seguir contemplando la pelea. Fue entonces cuando caí en un profundo estado de tristeza, que me obligó a llevar a mi memoria la situación miserable a la que me encontraba reducido por mi culpa. Acudió a mi mente la Tierra Austral con todas sus ventajas: la isla que acababa de abandonar junto con mi pájaro me pareció infinitamente agradable. "Pude haberme quedado allí", me dije a mí mismo, "para el resto de mis días, sin correr peligro, sin temor e incluso con placer; mi pájaro habría sido mi guardián más seguro. No he podido precipitarme de tal modo si no es tentando la bondad de Dios, e incluso abusando de ella. He caído yo mismo en el peligro que tanto temía, que era

verme morir; y mi falta es aún mayor, ya que, a cambio de excusarme observando necesariamente las leyes del país, ahora parece que no me comporto más que movido por la desesperación." Para colmo de desgracias, no sabía qué camino tomar, ya que no veía nada a treinta pasos; y dado que no tenía nada en que apoyarme, no podía avanzar sin realizar grandes esfuerzos. Mientras estos pensamientos agitaban mi espíritu, escuché un gran ruido que parecía el de un barco navegando. Apenas tuve que esforzarme en decidir si gritar o no, cuando fui visto por los navegantes, que me dispararon varios tiros, hiriéndome en varias partes de mi cuerpo. La nave se acercó, y al reconocer por mi voz y mis gestos que parecía ser un ser humano, me abordaron y me sacaron de allí con señas de compasión. Llevaban un tipo de vestimenta, que les cubría las piernas y el pecho, y que no se parecía a ninguna de las que había visto en los barcos embarrancados en las costas de la Tierra Austral, pero que les dejaba al descubierto las partes que llamamos vergonzosas. Me untaron con bondad las heridas y me dieron de comer y de beber un licor que me dio fuerzas y vigor. Tras de haberme examinado y observado cuidadosamente, concluyeron, pese a todas las pruebas que yo me forcé en ofrecerles, que yo era un australiano. Les ofrecí mis frutos, y aunque habían ya perdido su dulzor natural, los comieron con gran admiración, no dejándome en paz hasta que mi bandolera estuvo vacía. Mis pequeñas botellas los deleitaron de tal manera, que no se saciaban de degustarlas, ni de dedicar elogios a la tierra que las había producido. En ocho horas arribamos a su isla, donde se extendió enseguida el rumor de que habían apresado a un australiano. Se reunían en grandes grupos para observarme, y todos los días me rodeaban hasta tres mil de ellos. Tras haber deliberado qué iba a ser de mí, llegaron a la conclusión de que debían tratarme como los australianos hacen con los demás. Dado que nunca se había escuchado que sorprendiesen o atrapasen a un australiano, prepararon una fiesta para el día destinado a mi sacrificio. Yo no tenía conmigo más que mi cinturón, de un pie de largo y medio de ancho, así que se esforzaron por arrebatármelo. Pero como se dieron cuenta de que estaba demasiado bien sujeto y tuvieron miedo de romperlo, decidieron esperar a mi ejecución para arrebatármelo por completo. Tanta gente se reunió para la solemnidad, que llenaba una gran plaza, en medio de la cual estaba yo, amarrado a una especie de cadalso de treinta pies de altura. Sólo escuchaba voces confusas de alegría y aclamación, cuando se acercaron cuatro de los principales con unos punzones y me pincharon ligeramente. Vertieron mi sangre en pequeñas vasijas, volvieron al pueblo y, tras realizar unos gestos mezclados con palabras, se bebieron con señas de gozo hasta la última gota de sangre que me habían sacado. Dos de los más fuertes me cargaron a continuación a sus espaldas, cada uno por una pierna y precedidos de dos jóvenes con los cuatro punzones y los cuatro vasos que habían usado los primeros. Pensé que su intención era hacerme pinchar por todos los individuos, haciéndoles degustar mi sangre o mi carne hasta que quedase algo de ella. Pero fueron interrumpidos por un ruido de disparos de cañón, que se descargaron contra los guardianes del puerto, los cuales vinieron a dar la alarma a toda la población. Toda esa masa de gente desapareció con la velocidad de un rayo, y mis porteadores me descargaron dejándome abandonado. No puedo decir cómo me sentía yo en ese momento, ya que parecía más un ser inerte que uno vivo. Me encontraba en un estado de aturdimiento que me impedía ver y escuchar, reduciéndome a una oscura tristeza que me agobiaba con diferentes pensamientos, dejándome como fuera de mí. Esta catástrofe inesperada me hizo respirar y revivir de algún modo. Cuando por fin me vi solo probé a levantarme, pero me encontraba tan débil, que me fue imposible sostenerme sobre mis piernas. Sin embargo, la pasión extrema que me empujaba a no morir todavía, hizo que sacara fuerzas para arrastrarme a cuatro patas, sin saber adónde iba, tan sólo que me alejaba del lado por donde habían huido mis enemigos. Tragué saliva, y tras tirar de un trozo de mi cinturón, le hice un agujero, cogí tres de mis frutos y me encontré con dos de mis botellitas que, aunque se hubieran deteriorado, tenían aún la suficiente fuerza como para alimentarme y darme el coraje necesario para avanzar. Apenas había recorrido cien pasos

cuando vi a unos hombres vestidos a la europea que corrían hacia mí. Me puse de rodillas y les rogué en lengua latina, con las manos juntadas, que tuvieran compasión por su propio hermano, a quien muchas desgracias habían llevado a estos parajes desde hace años, y que estaba destinado a un horrible fin si no hubiera sido por su feliz llegada. De los doce que había, dos me entendieron y, tras reconocer lo que era yo, me condujeron a las naves. Supe enseguida que se trataba de tres navíos que habían partido de Madagascar en busca de botín y fortuna. No encontraron nada en esta isla, porque la población se había refugiado en la caverna de una roca inaccesible. Volvían a sus naves tras haber realizado algunos esfuerzos infructuosos por encontrar algo. El primer capitán, que era hombre de buena condición y probidad, me trató con mucha humanidad y, tras conocer que yo era europeo, me dio una de sus ropas para que me cubriese, me tomó en su compañía, y quiso que comiera a su mesa. La primera charla que mantuve con él duró más de tres horas. Le hice el relato de mi nacimiento, de mi educación, de mis naufragios y de mi llegada a la Tierra Austral. Él me escuchaba con gran compasión, asombrándose de que alguien hubiera podido pasar por tantos sufrimientos y tantos peligros sin perecer. Me di cuenta de que le contaba al resto de los reunidos en francés lo que yo le contaba en latín, y que todos levantaban las espaldas, admirados de que pudiera seguir con vida. Después, tuvo la amabilidad de dejarme comer sin hacerme más preguntas. Pero como yo había perdido el gusto por los alimentos y su preparación a la europea, no me produjeron ningún placer y mi estómago pudo difícilmente digerirlos. Cogí mis frutos, que ya empezaban a caducar y a perder el sabor, y mis botellitas que ya se empezaban a secarse. Le ofrecí una al capitán, que la degustó y manifestó que no había bebido nunca nada más delicioso. Me pidió una segunda, que dio a beber al piloto; quiso una tercera y una cuarta, y no dejó de pedirme hasta que mi faja estuvo vacía. Ninguno dejó de admirar el color y la delicadeza de los frutos, sin acabar de convencerse de que eran naturales. Una vez terminada la comida, me vi obligado a retomar mi historia, y a contar lo mejor posible las peculiaridades del país Austral, de sus habitantes y sus formas de actuar. Le di tantos detalles al capitán sobre lo que le iba relatando, que no pudo dudar de ello, y me repitió muchas veces que habría puesto en peligro su vida y todo lo que poseía en este mundo por haber disfrutado de semejante felicidad. Sacó además muchas conclusiones de todo lo que yo le decía de la Tierra Austral, considerando inevitable la pérdida de sus amigos en esas tierras a juzgar por las dificultades que existían para abordarlas, según se las describí.

Tras ocho horas de una navegación tranquila en su mayor parte, llegamos al puerto de Tombolo, que está en la parte austral de Madagascar, es decir, al Sudoeste. El capitán continuó a mi lado con la misma benevolencia, y no me dejó más que porque el Gobernador de Tombolo quiso tenerme consigo. Supe que la isla donde me habían atrapado es una de las llamadas Australes, que los naturales llaman *Ausicamt* u *Oscamt*. Los franceses tienen mucho empeño en apoderarse de ellas, porque el pasaje sería más fácil y menos peligroso que el del cabo de Buena Esperanza. Pero se trata de una empresa que exige más tiempo y más gente de los que el Gobernador podía ofrecer en estos momentos.

Capítulo XIV. De la estancia de Sadeur en la Isla de Madagascar

Este puerto de Tombolo al que arribamos se continúa en una pequeña ciudad medianamente fortificada, poblada por unos quinientos o seiscientos habitantes, de los que la mayoría son franceses, unos cuantos portugueses e ingleses y algunos pocos holandeses. Quedan algunos naturales del país, que trabajan con esfuerzo para aprovisionarlos. Se encuentra en el Trópico de Capricornio, en el meridiano 65 según la geografía de Ptolomeo.

Por lo que pude juzgar, la tierra en esta zona es, no sólo ingrata, sino muy malsana. Sólo sobreviven de los víveres que les llegan de afuera, y los naturales, que no son en absoluto precavidos, no se asientan en ningún lugar determinado. No hacen ninguna provisión y no siguen otras órdenes que las de sus pasiones. Después de muchas conversaciones con el Gobernador, le rogué que me concediera algunos hombres con los que remontar un río que llaman Sidem, para descubrir el país. Lo que excitó en mí ese deseo fue la majestuosidad con la que el río se vierte en el mar, que parece demostrar de manera tácita que el país del que procede merece ser investigado. Él me aseguró que había tenido la misma intención, pero que sus habitantes eran realmente salvajes y no perdonan la vida a nadie. Añadió que habían capturado a dos de sus soldados hacía alrededor de dos meses, y que había sabido por un salvaje al que había enviado a ese territorio que, tras amarrarlos aún con vida por los pies, los colgaron de los árboles a cinco o seis pasos entre sí, y se dedicaron a lanzarlos uno contra el otro, haciéndolos chocar hasta que expiraron a fuerza de contusiones. Muchos niños esperaban a que la sangre y el cerebro de los desdichados se derramasen para recogerlos y comérselos. Con sus cuerpos totalmente contusionados y negros de golpes, los devoraron sin ninguna preparación, como los perros se comen la carroña. Lamentando la muerte de estos dos hombres, me dijo que había elegido a treinta caballeros que atacaron con ímpetu al grupo de los que estaban descuartizando los cuerpos, e hizo con ellos una gran matanza antes de que se dieran cuenta. Pero cuando se retiraban, se vieron rodeados por un gran número de esos salvajes, que los amedrentaron más con sus gritos que con sus golpes, aunque éstos resultasen certeros y abundantes. Pusieron entonces todo su empeño en aniquilarlos, vendiendo caras sus vidas en la medida de lo posible. Consiguieron matar a muchos de ellos, y en fin, habiendo dado rienda suelta a todo el odio que albergaban, pudieron escapar, perdiendo a quince caballeros. Esto es lo que pude saber de labios de los franceses sobre la naturaleza de los habitantes de este país, y no me cupo la menor duda de que eran descendientes de los cafres de África. Su constitución, unida a su forma de vida y de actuar, son una prueba incontestable.

No cabía en mí de mi asombro al contemplar una tierra tan extensa además de bien situada, y en cambio tan mal poblada y cultivada. Cuanto más pensaba en ello, más me sorprendía y menos me resolvía sobre el porqué. Hasta que una nave francesa largó al puerto una especie de chalupa muy bien construida, de forma más redonda que ovalada y con dos picos de pájaro en sus extremos. Había sido capturada en el trayecto hacia una isla austral, e iba cargada sólo con un venerable anciano, sin otra compañía que seis remeros que le servían de ayudantes en todo momento. Se acercaba la talla del hombre a la de los australianos, con la frente y el mentón más cuadrados que largos, su cabello y todo el vello negros, un cuerpo tostado, y completamente desnudo salvo sus partes pudendas, que cubría con un velo muy delicado de un pie de largo. Reconozco que en cuanto lo vi me sentí conmovido e impulsado por un gran deseo de hablar con él. El Gobernador, que no puso ninguna dificultad en darme plena libertad de visitarlo, deseaba que yo pudiera sacarle información sobre las características del país, aunque no confiaba en que pudiera conseguirlo. Lo abordé, y tras testimoniarle con muchos signos que yo estaba reducido a la misma condición miserable que la suya, aparentó sentir cierto consuelo. Después de tres o cuatro entrevistas, encontré el siguiente medio de comunicarnos. Mediante signos, convinimos en ciertas palabras para expresar nuestros pensamientos, y yo formé cerca de doscientas en una noche, que él comprendió fácilmente. En dos meses, habíamos creado una forma de hablar lo suficientemente exacta como para entendernos y comprender mutuamente nuestros pensamientos. Le di a conocer mis accidentes, mi permanencia en la Tierra Austral y mi regreso. Tras recibir muchas pruebas de mi sinceridad, no puso más dificultades en descubrirme muchos detalles importantes de su país. Me dio a entender que ocupaba la mitad de la isla, que tenía una temperatura muy saludable, con una tierra muy fértil, y que estaba poblada por una nación muy civilizada. Me explicó que tenían

dos grandes límites periféricos que los separaban a oriente y occidente de otros tantos pueblos bárbaros y salvajes: se trata de dos montañas prodigiosas, la de occidente llamada Canor y la de oriente Harnor. Me aseguró que en las dos costas la naturaleza los había protegido con grandes bancos de arena que se adentraban hasta alta mar, siendo casi imposible arribar a la orilla sin una gran pericia de muchos años. Me hizo saber que su territorio tenía alrededor de cien leguas de diámetro y que tenían un gobierno aristocrático, eligiéndose cada tres años a los poderosos Gobernadores: el primero para el mar del Norte; el segundo para el austral, el tercero para el monte Canor, el cuarto para el Harnor, y el quinto y el sexto para el resto del país. Los Gobernadores dividen el territorio en seis partes, y hay que obedecerlos de manera humillante a riesgo de perder la vida. Por lo que pude saber, cultivan la tierra casi a la manera europea: siembran y siegan, pero la recolección es diferente. Los animales de que se sirven para trabajar la tierra son del tamaño de nuestros elefantes. Tienen que soportar a unos grandes pájaros que llaman Ruch, que son capaces de levantar fácilmente un Orbus, es decir, una bestia grande como un buey. Me reconoció, aunque con cierto recelo, que su pueblo anteponía la libertad a la propia vida, que él era uno de esos Gobernadores de los que me había hablado, y que el origen de su desgracia fue una tempestad que se había desatado fuera de lo normal, mientras él había acudido a inspeccionar unos bancos de arena que habían crecido tanto como para poder albergar gente. La tempestad lo había empujado muy lejos de su país, y la debilidad o la curiosidad lo habían forzado a diferir darse la muerte, por lo que había caído en manos extranjeras. Me dijo que el conocerme le había producido en verdad mucha satisfacción, y que se alegraba ahora de haber sobrevivido a su desgracia.

En fin, tras cuatro meses de un trato muy familiar con él, llegaron dos naves italianas desde Mogol, con la intención de zarpar en dos días hacia Licourgne. Me dio pena perder una conversación tan agradable, pero por miedo a desperdiciar una ocasión favorable, le informé de mis intenciones y de mi partida. Él le suplicó al Gobernador que le permitiera acompañarme en el viaje, pero fue en vano, ya que esperaba conseguir un valioso rescate por él. Fui a su encuentro para despedirme y separarme de él. Pero me respondió fríamente que él se iría antes, rogándome que me ocupara de que lanzasen su cuerpo inerte al mar, ya que era costumbre en su país que los cuerpos retornasen a su tierra. De inmediato se lanzó a mis pies para testimoniarme la alta estima en que me tenía, y tras lamentarse varias veces en su lengua, acudieron dos servidores y lo estrangularon. A continuación, entrechocaron sus cabezas con fuerza hasta rompérselas y caer muertos en el suelo. Los otros cuatro, aunque estaban alejados, hicieron lo mismo al mismo tiempo que los dos primeros. De manera que los encontraron a todos muertos, para asombro del Gobernador y su compañía. Yo conté la historia de la muerte del principal y los últimos ruegos que me había hecho antes de morir. El Gobernador, dando crédito a mis palabras, hizo lanzar al mar los siete cuerpos juntos. La mar estaba entonces en calma, sin ninguna agitación. Sin embargo, todo el mundo vio con admiración que los cuerpos se alinearon de suerte que el del Señor se dirigió hacia el oriente, como si se marchara paso a paso; los otros seis lo siguieron a dos pasos de distancia. Cuando habían avanzado alrededor de una legua, el Gobernador mandó que los retirasen y los separasen muy lejos unos de otros. El cuerpo del Señor fue empujado hacia el noroeste, y los otros al suroeste, a una legua de distancia. Pero el primero continuó avanzando en el mismo sentido, y los otros permanecieron inmóviles hasta que aquél estuvo a cierta distancia y, situándose al frente, los atrajo hacia sí para que lo siguieran como antes. Éramos más de cien los que contemplábamos el espectáculo, y cada cual lo explicaba de un modo u otro, cuando yo dije que, sin duda, ocurría con esos cuerpos como con muchas piezas imantadas, que se buscan entre sí cuando están a cierta distancia, de forma que la más imantada tira con más fuerza de las otras. Añadí que sin duda el cuerpo del primero era el más imantado, bien fuese por razón de una alimentación diferente y más delicada, bien a causa de su nacimiento, al ser de familia más noble. Y en fin, afirmé que lo que atraía a todos esos cuerpos

hacia el oriente era que su país actuaba como un auténtico imán para todo lo que salía de él, causa segura de esa atracción que parecía milagrosa. A unas tres leguas de distancia, había un cabo que se adentraba más de dos mil en el mar. El Gobernador mandó a tres barqueros que los siguieran hasta ese lugar, y éstos informaron que habían hecho el recorrido con tanta exactitud como si se tratasen de un experto patrón.

Aquí termina la historia del Señor Sadeur. Cabe pensar con mucha probabilidad que, tras embarcarse poco después, no tuvo el tiempo ni la tranquilidad suficientes para escribir las aventuras de su regreso.

Post-Scriptum del traductor.

We cannot be satisfied with a segment of existence, no matter how safely we may be adjusted to it, when with a little effort we can trace the complete circle.

Lewis Mumford[17]

1. INTRODUCCIÓN

Ofrecemos aquí la traducción de la versión original de *La Terre australe connue*[18] de Gabriel Foigny, publicada en Ginebra en 1676 con falso pie de imprenta, con sólo las dos iniciales de su autor en portada, y que fue secuestrada de inmediato por las autoridades calvinistas. Nos hemos limitado a actualizar algunos topónimos, aún no fijados en francés ni en español a finales del s. XVII, así como a corregir los nombres propios de algunos de los descubridores que aparecen en la dedicatoria *Al lector*. En 1692 apareció una nueva edición retocada con el título de *Les Avantures de Jacques Sadeur*[19]. Frédéric Lachèvre, quien se sirvió igualmente de la primera[20], afirma que esta segunda *«...se realizó a instancias de l'abbé Raguenet, el mismo año de la muerte de Foigny en 1692, con el Privilegio correcto (...) y, probablemente, a partir de un manuscrito de la obra del antiguo franciscano, debidamente amputada y reescrita en cierto modo por él mismo, sin modificarle, sin embargo, ni el fondo ni las tendencias.»*[21]

La llamada *amputación* se limita a la dedicatoria y a algunas expresiones del capítulo III, especialmente, las plegarias angustiosas del náufrago, completamente ortodoxas desde el punto de vista doctrinal: justo lo que menos merecía ser suprimido de todo el texto primitivo, teniendo en cuenta que esta reedición se imprimió en la católica capital del Reino de Francia. En un escolio a lápiz del ejemplar de 1692 de la Bibliothéque Nationale de France, procedente de la biblioteca de Falconet, leemos que François Raguenet[22], preceptor por entonces de la

---

[17] Lewis MUMFORD, *The Story of Utopias*. New York, Bony and Liveright, [s.d.: 1928]; p. 17.

[18] *La Terre australe connue: c'est a dire, la description de ce pays inconnu jusqu'ici, de ses moeurs & de ses coûtumes. Par Mr. Sadeur. Avec les avantures qui le conduisirent en ce Continent, & les particularitez du sejour qu'il y fit durant trente-cinq ans & plus, & de son retour. Reduites & mises en lumiere par les soins & la conduite de G. de F.*; Vannes [Ginebra], Iaques Verneuil, 1676.

[19] *Les Avantures de Jacques Sadeur dans la découverte et le voiage de la Terre Australe. Contenant Les Coûtumes et les Moeurs des Australiens, leur Religion, leurs Excercises, leurs Études, leurs Guerres, les Animaux particuliers à ce Païs, et toutes les Raretez curieuses qui s'y trouvent.* París, Claude Barbin, 1692.

[20] Frédéric LACHÈVRE (ed.), *Les successeurs de Cyrano de Bergerac.* Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1922. Se incluye una biografía de Foigny y un comentario de la novela. El texto de Foigny ocupa las pp. 63-163.

[21] Ib., p. ix.

[22] Un año antes, el mismo Claude Barbin había publicado la *Histoire d'Olivier Cromwell* de Raguenet.

familia Bouillon, preparó la nueva edición a partir de un ejemplar del libro confiscado en Ginebra, que fue entregado por *Mmlle*. de Bouillon a Camille Falconet. De ser así, difícilmente habría participado Foigny en la reescritura del texto que, de manera hipotética, podríamos atribuir a Raguenet o al propio editor, Claude Barbin. En cuanto al "fondo y las tendencias" de la novela, que son los que la hicieron digna de ser incluida por Lachèvre entre los textos libertinos, se mantienen intactos, tanto en boca del anciano mentor como en el pensamiento no expresado en voz alta del protagonista. El grueso de los acontecimientos permanece idéntico, omitiéndose tan sólo, sin motivo aparente, la escena inicial del retorno y la muerte de Sadeur de quien perdemos la pista, tras su arribada a la isla magnética, en esta segunda edición,.

En cualquier caso, el cambio de la dedicatoria *Al lector* de la primera edición, por un escueto *Prefacio* en la segunda, no carece de consecuencias. Ese *lector* es uno más de todos los sujetos que intervienen en cualquier novela de ficción en la que el escritor se escinde y esconde detrás de sus varios personajes entre los cuales, el propio lector, pretende reconocerlo inútilmente, más aún en un caso como éste, en el que el creador real se ha convertido en un desconocido. Esto favorece un primer engaño: no nos queda más remedio que creer en la existencia de ese segundo autor que se dirige a nosotros y que es ya, sin que tengamos derecho siquiera a suponerlo, un personaje. En otra vuelta de tuerca, el autor fingido se nos presenta como transcriptor de las palabras de otro, Jacques Sadeur, protagonista de los hechos que se nos van a narrar y que, a su vez, se ve obligado a disfrazarse y a disimular literalmente, durante casi todo el transcurso de los acontecimientos, frente a sus huéspedes a la vez que antagonistas. También éstos han permanecido ocultos a lo largo de toda su historia y, gracias a ello, han sobrevivido indemnes a los ataques de los *septentrionales*, es decir, los compatriotas y connaturales de ese primer lector que descubre algo más que la fabulosa Tierra Austral: se entera de que él mismo es un *monstruo*. El círculo se cierra: el destinatario descubridor, el lector real, sin pretenderlo, se convierte, junto a los conquistadores o el propio Sadeur, en un semihombre, enemigo de los pueblos vírgenes y cómplice de la violación de un secreto mantenido por ellos a duras penas.

El uso de la primera persona, recurso casi obligatorio del género, endosaba al leyente, más o menos ingenuo o razonable, la carga de decidir sobre la veracidad de los acontecimientos narrados. Para hacerlos verosímiles se recurre, retocándolas a veces, a frecuentes referencias geográficas o de autoridad. Pero el elemento antropológico, el más llamativo y peligroso en este caso, debía a la vez resultar digno de fe y llamar suficientemente la atención, si bien la notoriedad de los nuevos mundos descubiertos hiciese necesariamente difícil esto último. Para que las *Aventures de Jacques Sadeur* pasen finalmente de ser pretendidas, aunque escasamente creíbles, a encuadrarse sin más dentro de lo que hoy llamaríamos género fantástico, tenemos que esperar a la edición de 1788[23] que la incluye en el volumen 80 de la colección "Voyages imaginaires, songes, visions, et romans cabalistiques"[24], dentro de la sección de "Voyages imaginaires *merveilleux*", y la cual, de paso, nos da una pista sobre la escasa repercusión que

[23] *Les Aventures de Jacques Sadeur dans la découverte & le voyage de la Terre-Australe*. Amsterdam [Paris], [s.e.: Rue et Hôtel Serpente], 1788. Como vemos, aunque el texto corresponde al de la segunda edición, se han fundido en uno solo los dos títulos, añadiéndosele así la alusión a la Tierra Austral, lo más llamativo en su momento, ya que el supuesto continente seguía siendo "incógnito". En el mismo volumen se incluye un texto bien diferente, la novela de Fielding *Juliano el Apóstata*, traducida del inglés por M. Kauffman.

[24] La colección, editada por Garnier entre los años 1787 y 1789, y que ha sido comentada por Marie Goulemot en https://www.persee.fr/authority/231684, incluye 39 títulos enmarcados en diferentes secciones, todas relacionadas con el género fantástico. No debe extrañarnos que en ninguna de las categorías se haga referencia al epíteto de utópico que se generalizó mucho después y que resulta tanto o más difuso y ambiguo que lo meramente *imaginario*. La lista completa de títulos la encontramos en la página de Gallica 65991-la-collection-des-voyages-imaginaires-songes-visions-et-romans-cabalistiques-1787-1789-par-charles-georges-thomas-garnier.

tuvo la novela. En efecto, lo más llamativo de esta nueva impresión es que en ella se siga considerando a Foigny únicamente como el "supuesto autor" de la obra, sin que merezca siquiera aparecer en portada. Así, y sólo al final de la "Advertencia del editor", se afirma:

> *«No conocemos al autor de los Viajes de Sadeur. Algunos los han atribuido a Gabriel Coigny [sic], franciscano de Lorrain, quien, caso de ser su autor, no es conocido más que por esta obra, imprimida por primera vez en 1692.»*[25]

El elemento puramente imaginario o fantástico, salvo el proveniente de la literatura sacra y, aunque en mucho menor medida, de la respetada tradición clásica pagana, era ya reconocible por cualquier lector de la época; pero no hay más que acudir a D. Alonso Quijana, o Quijano, cuyas miserables aventuras fueron traducidas y leídas casi de inmediato por las minorías cultas europeas, para escuchar toda una lección magistral sobre la difícil distinción entre la evidencia certera de lo fabuloso y la dudosa incertidumbre de la realidad. Las numerosas relaciones de viajeros y descubridores, por muy verídicas que fueran, nos dejaban casi siempre alguna noticia de avistamientos de tierras, animales, plantas o incluso seres humanos que hoy tomamos por ficticios. Y a la inversa, las obras que incluimos en la categoría de lo fantástico procuraban copiar formalmente las primeras para adornarse de verosimilitud. Sin embargo, el mismo encono sobre la existencia de la Tierra Austral, sumada a otras muchas fabulaciones geográficas que aún permanecían indemnes al trabajo de criba del pensamiento racionalista y de los cosmógrafos, cada vez más realistas y escrupulosos a la hora de dibujarnos sus versiones resumidas del mundo conocido, hacen que nos resulte difícil decidir hasta qué punto, tanto los consumidores sedentarios de todo tipo de narraciones de viajes, como los propios viajeros y cronistas, en algunos casos gente poco culta o incluso iletrada, tenían bien claro y delimitado su criterio de realidad. Si incluso las relaciones declaradamente fantásticas podían incidir en la concepción del mundo y resultar peligrosas cuando sus descripciones de tierras y pueblos exóticos chocaban, de manera intencionada o casual, con la imagen del mundo consagrada por la ortodoxia dogmática, es porque incluían algún residuo, por leve que fuese, de credibilidad. A cambio, todas las sociedades remotas, como la de los andróginos australes que nos presenta el libro, pero igualmente las descritas en las crónicas de viajes, debían incluir, de manera más o menos elaborada, algún aspecto insólito cuya sola mención, aunque explícitamente imaginaria, se enfrentaba al poder inquebrantable del relato del mundo sostenido por la jerarquía y la ideología religiosas.

Ya a partir de la publicación de *El Reino de Antangil*[26], la "primera utopía en lengua francesa", se dedicó Lachèvre a utilizar etiquetas que provocaron polémicas y que quedarían fijadas de ahí en adelante. De todas ellas, comencemos por el calificativo del que dotó el editor francés a los textos incluidos en su volumen dedicado a "los sucesores de Cyrano de Bergerac": utopías libertinas".Y entre ellos se encuentra *La terre australe connue*. En cuanto al adjetivo 'libertino', podemos aplicárselo, esta vez con propiedad aparte del contenido ideológico de la obra, añadiéndole la restricción de 'mundano' para el caso de la personalidad de Foigny, aunque sea sólo a partir de unas pocas anécdotas de un periodo de la vida del autor que el mismo Lachèvre se ocupó de confirmar aportando sus pesquisas sobre su biografía. Por lo que se refiere al género utópico - en el que *El Reino de Antangil* se inserta con pleno derecho -, siempre remontándonos al hilo conductor que nos lleva a la *Utopía* por antonomasia, habrá lugar para debatir su idoneidad a la hora de encuadrar en él nuestra novela. Más interesante será indagar

[25] Ib., p. 6.

[26] Moncy, Jean de: *Histoire du grand et admirable royaume d'Antangil*. Incogneu jusques a present à tous historiens & cosmographes : compose de six vingts provinces tres belles et tres-fertiles, avec la description d'icelui, & de sa police nompareille, tant civile que militaire... Par I. D. M. G. T. 1616.- Gallica (bnf.fr)

esos “fondo y tendencias” que Lachèvre identificó con el calvinismo para el caso del anónimo *Reino de Antangil*, algo que en este caso estaría tal vez mejor empleado, dada la condición de hugonote y renegado del catolicismo de Foigny.

2. EL MONJE RENEGADO

Aun ubicándose en las mismas coordenadas geográficas, la singular crónica de Foigny se encuentra, en sentido figurado, en las antípodas del *Reino de Antangil*. Han pasado 60 años entre ellas, y (lo que quizás es más importante para la biografía de su autor) más de un siglo desde la muerte de Calvino en 1564, hasta la llegada, en 1666, del libertino fabulador de la *Tierra austral descubierta* a Ginebra, donde permaneció hasta 1684. Ya hemos visto la equivocidad de la expresión ‘libertino’, tal como la utilizó Lachèvre al atribuirla a esa “primera utopía en lengua francesa”, el *Reino de Antangil*. Pero esta vez nos encontramos con un *paillard* de carne y huesos, Gabriel Foigny, una figura que parece incorporar todo el campo semántico del término. Foigny representa, además, en su breve aparición como escritor de ficción, una especie de eje-fractura de la indeterminación moderna entre fantasía y realidad, o entre objetividad y racionalidad[27].

El autor de *La Terre Australe connue*[28] nació en 1630 en Foigny, de donde procede su apellido[29], poblado de la jurisdicción de Rethel (lugar de procedencia de los padres de su personaje). Miembro posiblemente de una familia de impresores de Reims, recibió su formación en Humanidades y Teología, antes de ingresar en un convento de franciscanos observantes. Después de sufrir varias amonestaciones por parte de la Orden (se ignoran los motivos), decide abandonar, no sólo el convento, sino el Reino de Francia para trasladarse a la Suiza reformada. Ya en Ginebra, se apresura a firmar el documento de abjuración de la fe romana, lo que le concede el derecho de instalarse como vecino de la ciudad y obtener el alojamiento y los medios económicos que la Venerable Compañía[30] otorgaba a los protestantes extranjeros hasta que encontraban la ocupación necesaria para subsistir por su trabajo. Tras fracasar en sus empleos como corrector de imprenta y profesor de música y habérsele denegado la ayuda que la *Bourse*

[27]Él mismo Foigny dudó en su momento en estampar su nombre al publicar su única novela, aunque fuera sólo con las dos iniciales, y mantuvo un humilde papel de transcriptor y responsable de la edición de la autobiografía de su propio personaje. De poco le valió ese tímido asomo: el autor se borró, Sadeur ocupó su lugar y continuó navegando, sin rumbo ni meta, mientras que el hombre real acabó volviendo al anonimato, a su patria de origen y al redil de la Iglesia católica, ejemplificando así el fracaso inevitable de la escapatoria utópica.

[28] Seguimos en lo fundamental la biografía de Fréderic Lachèvre, (loc. cit. pp. 1-60), que sigue siendo la más completa y documentada hasta la fecha.

[29] Dados el uso y las costumbres de su época, nutridas y aprisionadas por el peor de los yugos, el religioso, las escuálidas dos iniciales con que deslizó su nombre en su único trabajo literario se convierten en una osadía que tal vez no tendríamos derecho a trasladar a la aparente petulancia de la interpolación de ese *de*, que podría también ser patronímico.

[30] La Venerable Compañía y el Consistorio, ambas instituciones creadas por Calvino, ejercían el poder religioso de Ginebra, así como el control moral de sus ciudadanos.

française[31] concedía a sus compatriotas exiliados, Foigny decide casarse con una ginebrina, para así conseguir la plena ciudadanía. Comienza a cortejar a una viuda, *Mme*. Ducrest, pero se enamora de Léa de La Maison, también viuda, hija de la directora del Hospital General y de pésima reputación. Temiendo una denuncia de la primera por haberla rechazado y a falta del dinero necesario para firmar los papeles exigidos para la boda con su nueva amante, se dirige de nuevo a la *Bourse*, que esta vez consiente en ayudarle. Pero la viuda despechada empieza a hacer públicas sus quejas y su anterior relación con Foigny, hasta que el tema llega a oídos de los pastores y el Consistorio decide intervenir y hacerse cargo del caso.

Los informes del Consistorio, que vieron la luz gracias al trabajo de Frédéric Lachèvre[32], son los únicos que nos aportan algunas anécdotas concretas de la mala conducta de Foigny durante ese periodo de su vida. Las noticias aportadas por los pastores van, desde los devaneos eróticos con algunas sirvientas, hasta las trampas en el juego, pasando por la acusación más grave que pone en duda la sinceridad de su abjuración, haciéndolo sospechoso de recibir dinero de las autoridades eclesiásticas católicas. El Consistorio, después de conseguir que los Síndicos de Ginebra invitaran a la viuda Ducrest a abandonar la ciudad, deja en manos del Consejo municipal la decisión sobre la permanencia de Foigny. Tras un complicado proceso en el que intervienen todas las instituciones de la república ginebrina y durante el cual nuestro autor sigue manteniendo relaciones con Ducrest, finalmente, en 1666, Foigny debe abandonar Ginebra para establecerse en Lausanne. Ocupa más tarde el puesto de cantor en una iglesia reformada de Morges[33], de donde es expulsado de nuevo por su conducta escandalosa por haber acudido a cumplir con su trabajo (¡en plena celebración dominical de la Cena!) después de una francachela[34]. Ello nos da que pensar en la relajación de la disciplina teocrática desde los tiempos de Calvino, debida en parte a la llegada de los numerosos fugitivos de la persecución

[31] En 1563 se crea en París una "place commune des marchands". Precursora de lo que sería la Bolsa de París, era la cuarta más antigua de Francia, siendo la más antigua la de Lyon, fundada en 1540. La primera bolsa de París se creó en 1639. Fue a partir de esta fecha cuando los corredores de cambio, de efectivo y de materias primas, tomaron el nombre de corredores de bolsa, que el rey Carlos IX creó por edicto en 1572. El estatuto de corredor de bolsa se confirmó definitivamente tres siglos más tarde, en 1816, por orden del rey Luis XVIII. Las sociedades anónimas existen en Francia desde hace mucho tiempo. En 1716, la Compagnie des Indes Occidentales, fundada en 1664, la "Compagnie d'Afrique " y el banco general de John Law fueron objeto de una especulación desenfrenada. Poco después, una resolución del Consejo de Estado del Rey de 24 de septiembre de 1724 dio origen a la Bolsa de París.

[32] Frédéric LACHÈVRE, *Les successeurs de Cyrano de Cergerac.* Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1922.

[33] À l'extérieur des murs de la cité, au sud de la ville, s'élevait le monastère franciscain des Frères mineurs de l'Observance, bâti dès 1500 et dirigé par Annable d'Antioche, premier supérieur de ce nouveau couvent. Il fut dévasté en 1530 par les troupes bernoises, puis une nouvelle fois en 1536, avant d'être démoli dans les années 1540 et remplacé par un cimetière

[34] "*... après avoir fait la débauche.*" *(Sadeur*, nota (G), p. 13) en: Bayle, Pierre (1647- 1706), *Dictionnaire historique et critique*, Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1695-1697; 2ª éd., Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1702; 5ª ed. aumentada de la "Vie de Mr. Bayle" por Pierre Desmaizeaux, 4 vols., Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1740.

religiosa y, sobre todo, de franceses hugonotes que acabarán constituyendo la clase social más numerosa y económicamente poderosa de la república.

Ya comentamos, hablando sobre Antangil, del posible matiz teológico y milenarista que tuvo en sus orígenes el calificativo de libertino, tal como lo utilizó Calvino para referirlo a los anabaptistas. Medio siglo después, gracias al progreso del racionalismo, convertido en moda entre las élites cultivadas y sancionado filosóficamente por la obra de Descartes, el libertino ha pasado a ser simplemente aquél que piensa por sí mismo, apartándose de los dogmas y de cualquier imposición que no pase por su racionalidad y cuya moral emana directamente de su "naturaleza". Pero sigue tratándose de una naturaleza caída, de una razón mermada por el pecado, y de ahí que, a la vez y aunque resulte paradójico, seguir los dictados de la naturaleza equivalga a dejarse llevar por las pasiones, sin otra regla que el principio del placer, al modo del epicureísmo mundano. Y así, con este significado, esa mala imagen de "inmoral" de Foigny se contaminó su novela y, con ella, a sus personajes. No obstante, como hemos visto, la "moral natural" de los aborígenes de Foigny, opuesta a una ley revelada que ahora se considera histórica, artificial y relativa, resulta tan restrictiva o más que la religiosa, desde el momento en que se identifica la naturaleza del hombre con su estricta racionalidad que, en el caso de los australianos, no se ha visto afectada por el pecado original. Los andróginos de Foigny son, por tanto, la antítesis de los *débauchées* que veremos florecer en la literatura y en la vida cotidiana del siglo por venir.

Si poca es la información que tenemos sobre su autor, menos aún puede parecer la que resulte significativa a la hora de interpretar su única novela[35]. Podemos, no obstante, resumir los datos más significativos: un franciscano renegado que no dudó en marrar un viaje de ida y vuelta, un auténtico libertino en el sentido (incluso hacia su confesión de adopción) de inmoral y un ciudadano sospechoso de la ciudad de Ginebra de aquella época, polifacético por necesidad, medianamente cultivado... Aunque sea forzándola, veremos que la novela contiene elementos que, insertándola en la concepción del mundo atribuible a Foigny, podrían referirse a su autor: Como Sadeur, Foigny muere también justo cuando su memoria iba a ser publicada, esta vez legalmente.

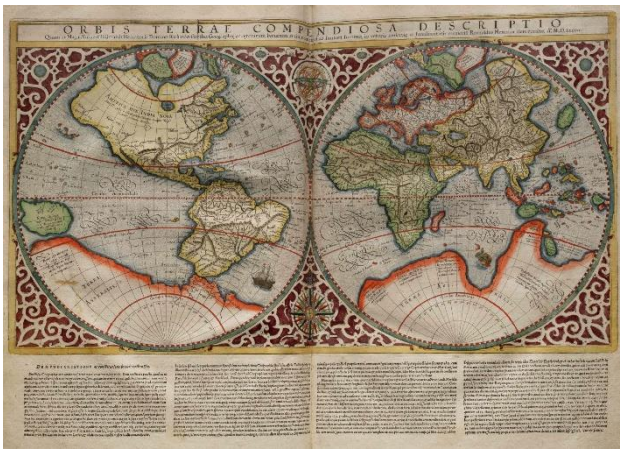
3. REGRESO AL CONTINENTE AUSTRAL

Circunnavegada la Tierra, revelados muchos de sus reinos y rincones remotos, ahora traducidos en objetos reales y al alcance de su conquista, tanto material como espiritual (la evangelización universal), el continente austral, aun manteniéndose la certeza de su existencia, seguía sin salir a la luz: continuaba siendo la *Terra australis incognita*, lo cual lo convertía en el espacio privilegiado donde instalar el imposible "sin lugar" o "en ningún sitio" de la utopía. Y a semejanza de las utopías a las que sirve de refugio, condenadas al fracaso por su propia perfección, pero, quizás debido a ello, persistentes y obligadas a reaparecer una y otra vez, la Tierra Austral se va alejando a medida que sus descubridores rozan apenas sus costas - aunque resulten ser siempre otra cosa - sin resignarse, sin embargo, a desaparecer. Nos centraremos en

[35] Además de la novela, se conoce otro trabajo suyo: *Jeu royal de la langue latine avec la facilité & l'élégance des langues latine & Françoise*, editada en Lyon en 1676.

la escasa información que el mentido transcriptor nos ofrece en la dedicatoria y que se limita, aparte de la referencia a Gonneville y la obligada alusión a Marco Polo, a citarnos sólo a dos, Magallanes y Fernández de Quirós, de entre los múltiples navegantes del siglo anterior. Pero lo importante es que todos los hallazgos mencionados en esta introducción, aunque no tuvieran como objetivo la localización de ese quinto continente, se remiten a él, bien que sea para evidenciar el fracaso de sus pretendidos descubridores y dejar así los derechos de su conquista en manos del Monarca francés.

Marco Polo es el único que se nombra con la expresa intención de convencernos de algo que, ya desde hacía tanto tiempo, se tomaba por un hecho incuestionable: la existencia de esta Tierra Austral que figuraba, en cualquier caso, en casi todas las cosmografías de la época, si bien con un dibujo más imaginario que empírico, y que limitaba al perfil de sus costas y, más allá, en su interior, a una tierra firme en blanco, plana y vacía, sin ningún accidente geográfico, ni ríos ni montañas[36], contrastando con la abigarrada representación orográfica y geopolítica del resto de los territorios conocidos y plasmados lo más escrupulosamente posible en las cartas y guías de mareantes: un *non plus ultra* más bien para la navegación, emergiendo esta inmensa tierra de los dos grandes océanos hasta ocuparlos casi por completo; aunque, realmente, no tenía utilidad alguna excepto a la hora de servir de guía para potenciales viajeros y geógrafos y motivarlos, a más de un acicate, a emprender su exploración, tomando como base al humilde cura que pudo demostrar gráficamente que el tamaño de lo ignorado, la Tierra *Ignota*, era igual o mayor que el de lo conocido. Otra lección de humildad, ahora con apoyo factual es la que, en la misma dedicatoria, van a ir dando los holandeses a todos los descubridores, desde Marco Polo hasta los más recientes hispano-lusos: ilusos, todos ellos, por confundir simples islas con todo un quinto continente que debía poseer, como mínimo, las mismas dimensiones que el conjunto de los cuatro continentes restantes, de reconocida existencia como tales, pero que se seguían ubicando en su mayor parte en el hemisferio Norte, alimentando aún más la necesidad de su equivalente (esta vez de existencia imaginaria y simple y erróneamente inducida) del macrocontinente austral[37].



Aparte de Marco Polo, no obstante, se nombran a otros descubridores. Siguiendo el orden de aparición en la dedicatoria *Al lector*, el primero en citarse es Magallanes, sólo para arrebatarle de inmediato la gloria por su presunto descubrimiento de la Tierra Austral. En

[36] Aunque justificadas de otra forma, las mismas características que vamos a encontrarnos en el continente descubierto por Sadeur.

[37] Mercator World Map - Terra Australis - Wikipedia, la enciclopedia libre. Visto el 26.06.2023

verdad, el motivo que había llevado al navegante a alcanzar lo que él mismo bautizó con el nombre de Tierra del Fuego no era otro que el de encontrar el hasta entonces igualmente ignoto paso desde el Atlántico hasta el inmenso océano que, también a partir de su viaje, comenzaría a llamarse Pacífico.

Pasamos de puntillas sobre el libro de Gonneville[38] que desaparece sin más en *Les Avantures de Jacques Sadeur* y al que, en nuestra primera versión original, el propio Foigny, pero por boca del narrador anónimo, se va a ocupar de cubrir con la sombra de una sospecha aún más grave, la del fraude intencionado, que lo acompañaría durante casi tres siglos[39] antes de convertirse en certeza.

Sin embargo, según afirma Gabriel Chinard, "fue sólo a partir de 1663 cuando empezó a llamar la atención del público francés el pretendido continente austral."[40] Aunque Chinard no explicite el motivo para este súbito interés, es muy posible que se deba a que, en esta fecha, trece años antes de *La Terre australe connue*, apareció el primer volumen de la colección de viajes de Thévenot[41] que alcanzó una enorme popularidad entre los lectores franceses y europeos de este género literario. Al igual que Foigny, en su papel de transmisor ficticio de las aventuras de Sadeur, Thévenot justifica su publicación animando a su nación a competir con los países europeos que, hasta entonces, más se habían empeñado en los viajes de descubrimientos: España, Portugal, Holanda e Inglaterra. Esta invitación, que se convierte pronto en un tópico más de toda la literatura francesa sobre el continente austral, es la que se vierte en nuestra novela convertida en una disputa sobre el dominio de un territorio "ya descubierto" por Jacques Sadeur, y que el autoexiliado Foigny dirime, fallando a favor del "Temible y Triunfante" Luis XIV. En su *Aviso al lector*, Thévenot nos ofrece un preámbulo de lo relativo a ese "quinto continente":

---

[38] Cf. B. P. [Binot Palmier] de Gonneville, *Campagne du navire l'*Espoir *de Honfleur (1503-1505). Relation authentique du voyage du Capitaine de Gonneville ès nouvelles terres des Indies, publiée intégralement pur la première fois, avec une introduction et des éclaircissements par M. D'Avezac.* Slatkine Reprints, Genève, 1971. Réimpression de l'édition de Paris, 1869.

[39] Una sospecha que, aun manteniéndose, no impedirá que la crónica de Gonneville siga contribuyendo durante mucho tiempo a alimentar el sueño con el fabuloso quinto continente. Sirva como ejemplo esta nota que nos deja Maupertuis en su referencia al viaje de exploración (1738-1739) de Lozier-Buvet por el Atlántico Sur: «Poseemos la relación del viaje de un tal Gonneville de Honfleur, quien, en 1503, habiendo sido víctima de una tempestad cerca del Cabo de Buena Esperanza, fue lanzado hasta un continente en el que permanecería durante seis meses, y en el que encontró tierras fértiles y civilizadas, sometidas a un Rey a cuyo hijo, llamado Essomerik, llevó consigo a Francia. Esta relación, verdadera o falsa, contribuyó no poco a que el Capitán Lozier se decidiese a emprender su viaje.» Cfr. *Lettre sur le Progrès des Sciences*, en *Oeuvres de Mr. de Maupertuis*, Nouvelle édition, Lyon, Jean-Marie Bruyset, 1751; Tomo II, p. 347, nota (*a*). Observemos que este único descubrimiento francés, que se insinúa en nuestra novela como falso con la única finalidad de atribuir su inmerecida gloria a otro francés doblemente ficticio, Jacques Sadeur, es el único de los citados que incluye el episodio del naufragio, uno de los elementos característicos que debe figurar en todo texto merecidamente utópico.

[40] Gilbert CHINARD, *L'Amérique et le rêve exotique dans la Littérature française au XVIIe et au XVIIIe siècle.* Paris, Librairie Hachette et Cie., 1913; pág.194.

[41] Melchisédech THÉVENOT (1620-1692), *Relation de divers voyages curieux, qui n'ont point esté publiées ou qui ont esté traduites d'Hacluyt, de Purchas et d'autres voyageurs anglois, hollandois, portugais, allemands, espagnols et de quelques persans, arabes et autres auteurs orientaux...* París, Jacques Langlois; 4 vol.: 1663, 1664, 1666, 1672.

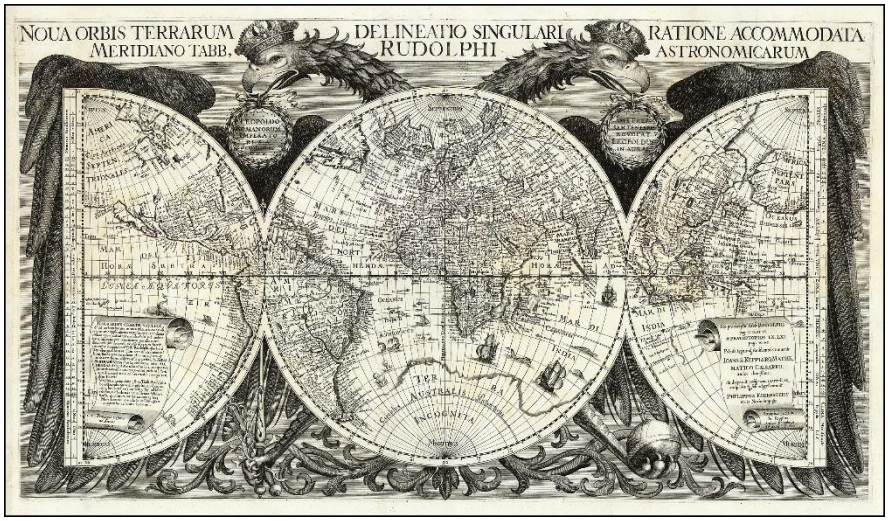
‹‹ La Tierra Austral, que es considerada ya como una quinta parte del Mundo, ha sido descubierta en numerosas ocasiones: el territorio llamado de Vvitlandt [sic], en 1628; la costa que los holandeses conocen como la Tierra de P[ieter]. Nuyt, el 16 de Enero de 1627; la Tierra de Diemen, el 24 de Noviembre de 1642; la que han llamado la Nueva Holanda, en 1644. Los chinos la han conocido desde hace mucho tiempo, pues vemos que Marco Polo señala dos grandes islas al Sudeste de Java, de lo cual había sido informado, junto a lo que nos dice sobre la isla de Madagascar, probablemente por los propios chinos, pues este pueblo hizo en otro tiempo lo que ahora hacen las naciones de Europa, y recorrió todos los mares, desde las Indias hasta el Cabo de Buena Esperanza, para comerciar y efectuar nuevos descubrimientos. Pelsart, cuya relación hemos insertado aquí, más que descubrirla, fue arrojado a ella; pero ofrecemos a continuación los viajes de Charpentier y de Diemen, a quien debemos el honor principal de este descubrimiento. Diemen trajo de allí oro, porcelana y miles de otras riquezas, que hicieron creer al principio que el país producía todas estas cosas. Se ha sabido después que lo que trajo provenía de una carraca que había encallado en aquellas costas. El misterio con que lo rodean los holandeses, así como las dificultades que ponen para hacer público el conocimiento que se tiene de él, obligan a creer en la riqueza de ese país, ya que, de no ser así, ¿cómo iban a poner tanto empeño en un país que no produjese nada que mereciese la pena acudir tan lejos en su busca? Por otro lado, es bien sabido que los holandeses enviaron tropas a establecerse en él, topándose en las orillas donde debían desembarcar con pueblos muy dispuestos a enfrentarse con ellos, yendo a su encuentro por el agua, donde los atacaron desde sus bateles, a pesar de la inferioridad de sus armas. Los holandeses afirman que dieron con hombres de ocho pies de altura. Pelsart no hace referencia a este extraordinario tamaño, y tal vez fue el miedo que provocaron a los holandeses, el mismo que los obligó a retirarse, el que hizo que les parecieran más altos de lo que eran en realidad. Sea como fuere, casi todas las costas de aquel país han sido descubiertas, y la Carta que reproducimos aquí tiene su origen en la que se ha hecho tallar, con piezas transportadas, sobre el pavimento del nuevo Ayuntamiento de Ámsterdam. ››[42]

En efecto, esta primera entrega, en medio de las más heterogéneas narraciones en diversos idiomas, es la que nos ofrece *La Tierra Austral descubierta por el Capitán Pelsart, que naufragó allí.*[43] François Pelsaert, o Pelsart, dirigía la nave *Batavia* que, junto con otras diez, formaba parte de una flota de la holandesa Compañía de las Indias Orientales, zarpando de Texel a finales de Octubre de 1628. Algunos elementos de este informe verídico pueden sonarnos a la aventura de Sadeur, sobre todo a la descripción de sus primeras impresiones del continente austral y a la de su último naufragio. El mes de Junio siguiente a su partida, una tempestad separó el *Batavia* del resto de la flota, empujándolo hasta hacerlo encallar en los arrecifes coralinos del archipiélago de los Abrolhos ("conocido también por los flamencos

[42] *Relations de divers voyages curieux qui n'ont point este publiées : et qu'on a traduit ou tiré des originaux des voyageurs françois, espagnols, allemands, portugais, anglois, hollandois, persans, arabes & autres orientaux, données au public, le tout enrichi de figures, de plantes non décrites, d'animaux inconnus à l'Europe, & de cartes géographiques, qui n'ont point encore été publiées,....* Tome premier / par les soins de feu M. Melchisedec Thevenot | Gallica (bnf.fr)

[43] *La Terre Australe descouverte par le Capitain Pelsart, qui y fait naufrage.* Ib., vol. I, tomo 8, p. 50. En esta relación se basaría más tarde Armand-Léon de Madaillan de Lesparre, marqués de LASSAY, para su utopía libertina *Relation du royaume des Feliciens*; Lausanne, Marc-Mic. Bousquet, 1756, 2 vol.

como rocas de Frederic Houtman”[44]), al Noroeste de Australia y descubierto igualmente por los holandeses en 1619. [Comp. con naufragio de Sadeur: p. 17: la nave encalla y pierden de vista a la flota] La historia que siguió al naufragio del *Batavia* es bastante conocida: después de trasladar en dos chalupas a la mayor parte de los pasajeros, dejándolos en el único islote cercano, y tener que dejar a bordo a una gran parte de la tripulación. En la *Advertencia*, Thévenot cita diversos “descubrimientos” anteriores, empezando por los chinos y Marco Polo. El compilador concede finalmente el honor del descubrimiento a Charpentier y Diemen, cuyos viajes se incluyen a continuación en el mismo volumen. Pero ninguno de ellos coincide con el inmenso continente que continuaba apareciendo, aunque cada vez más mermado, en los mapas de la época.



Représentation de la *Terra australis* par Johannes Kepler en 1627[45]

4. PIERRE BAYLE[46] Y EL ANDRÓGINO

Por mérito propio, y por tratarse de la primera referencia crítica a *La Tierra Austral descubierta*, dedicaremos un gran trecho de nuestro recorrido a la entrada *Sadeur*, del *Diccionario Crítico* de Pierre Bayle[47]. Aunque encontremos en ella los primeros y escasos datos de la biografía de Foigny, puede sorprendernos que no se le dedique la entrada a éste, sino al protagonista de las aventuras al que se da aparentemente por real, al menos al comienzo del

[44]El nombre de Outman se debe a Frederick de Houtman (1571-1627) que fue un marino y explorador neerlandés que navegó a lo largo de la costa occidental de Australia en 1619 en ruta hacia Batavia (la actual Yakarta).

[45] Kepler-world - Terra Australis - Wikipedia, la enciclopedia libre.//Visto el 27.06.2023

[46] Pierre Bayle (1647- 1706) fue un filósofo y escritor francés y gran figura de la primera Ilustración. Una de sus principales obras fue el *Dictionnaire historique et critique*, editado en Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1695-1697; 2ª éd., Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1702; 5ª ed. aumentada de la "Vie de Mr. Bayle" por Pierre Desmaizeaux, 4 vols., Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1740

[47] Pierre BAYLE, loc. cit., pp. 6-14.

artículo. A pesar de que el propio Bayle resuelve el malentendido más adelante, identificando al verdadero Foigny como autor y dejando a Sadeur en su papel de personaje ficticio, persistirá durante un tiempo la consideración de *Les Avantures de Jacques Sadeur* (siempre según el título y el texto de la segunda edición de 1692) como novela autobiográfica, manteniéndose la identidad autor-personaje. Un ejemplo de esto, así como de la escasa repercusión que tuvo la novela, lo comprobamos aún en la edición de 1788[48] que la incluye en el volumen 80 de la colección "Voyages imaginaires, songes, visions, et romans cabalistiques", dentro de la sección de "Voyages imaginaires *merveilleux*". En primer lugar, señalemos cómo, en menos de un siglo, el relato ha pasado de ser relativamente creíble a encuadrarse dentro de lo *maravilloso*. Pero lo más significativo es que se siga considerando a Foigny, del que se ignoran sus otras publicaciones ya conocidas por Bayle, únicamente como el "supuesto autor" de la obra, que se atribuye en el título al propio Sadeur. Así, y sólo al final de la "Advertencia del editor", se afirma:

> *‹‹ No conocemos al autor de los Viajes de Sadeur. Algunos los han atribuido a Gabriel Coigny [sic], franciscano de Lorrain, quien, caso de ser su autor, no es conocido más que por esta obra, imprimida por primera vez en 1692. ››*[49]

Siguiendo con Pierre Bayle, el escéptico redactor de las *Cartas sobre el cometa* parece haber caído en la trampa que le tiende Foigny con su anonimato y, si seguimos la lectura de *Sadeur* al pie de la letra (del mismo modo que se pretende que haga el lector con el relato), podríamos tomar su contenido como una relación cronológica cierta de su propio error y posterior desengaño. En el artículo comienza Bayle por ofrecernos una biografía del mentido aventurero, la cual no es sino un resumen del primer capítulo del libro. Tras hacer incluso una referencia erudita a la Marquesa de Villafranca[50], protectora y madre adoptiva de Sadeur, la duda se topa con cuestiones nimias, como lo son la lucha con los pájaros gigantescos al comienzo de la llegada del náufrago al continente austral y la noticia de su larga permanencia junto a los aborígenes, para acabar desdeñando el libro por su carácter fantasioso (algo que, en boca de un pirrónico, equivale a llamarlo lisa y llanamente mentiroso), asombrándose Bayle porque el libro se haya publicado con el Privilegio Real, a pesar de hacerse referencia en él a la "peligrosa doctrina" preadamita a la que, finalmente, dedicará la mayor parte de las notas y llamadas de su artículo.

La referencia es, por tanto, a la edición de 1692, la única que se publicó con Privilegio. Bayle afirma, no obstante, conocer la primera de 1676, sin dicho Privilegio, con falso pie de imprenta y que fue secuestrada de inmediato por las autoridades ginebrinas. De paso, aprovecha para reprochar a Pierre Cousin, editor en esa época del *Journal des Sçavans*, el haberse servido de esta segunda edición para su recensión del libro[51] sin hacer referencia a la primera. Por cierto, Cousin tampoco menciona en su artículo a Foigny, lo que nos da que pensar que, como parece

---

[48] *Les Aventures de Jacques Sadeur dans la découverte & le voyage de la Terre-Australe.* Amsterdam, s.e. [Paris, Rue et Hôtel Serpente], 1788. En el mismo volumen se incluye la novela de Fielding *Juliano el Apóstata*, traducida del inglés por M. Kauffman.

[49] Íb., p. 6.

[50] Por la fecha en que nos la sitúa Foigny, debe de tratarse de Elvira de Mendoza, esposa de Pedro Álvarez de Toledo y madre de García Álvarez de Toledo y Mendoza (1579-1649) y de Fadrique Álvarez de Toledo y Mendoza (1580-1634). Pero ninguno de éstos dos coincide cronológicamente con el hijo literario de la Marquesa y compañero de estudios de Sadeur.

[51] *Le Journal des Sçavans,* Agosto, 1692, pp. 353-358.

que le ocurrió al principio al propio Bayle, da el relato por verídico y autobiográfico, al menos de intención. Bayle sólo asegura "conocer" la edición original en la que, precisamente, aparecen en portada al menos las iniciales del autor, insinuado sólo como mero "transcriptor"[52] de la relación que se supone siempre debida a Jacques Sadeur, mientras que en la segunda desaparecen incluso esas iniciales. El reproche, meramente pedante a primera vista, nos envía, sin embargo, a ese juego de disfraces típico de la época, fruto sin duda de la censura, pero que se articula muy bien con el espíritu barroco y que resultará especialmente sugerente en el caso de la novela de Foigny: encubrimiento, simulación, falsas atribuciones, trampantojos en suma, que, aunque justificables como autodefensa del "librepensador", acabarán por convertirse, no sólo en moda, sino en "representación de la representación" del mundo real. Siguiendo con las ediciones, en la de 1692, que fue responsabilidad exclusiva de Claude Barbin[53] y con ese Privilegio Real que tanto sorprende a Bayle[54], el creador real, muerto ese mismo año, desaparece por completo, cediendo todo el protagonismo a su criatura literaria. El cambio de título, debido probablemente al propio Barbin, dota a Sadeur y a sus aventuras (o desventuras) de un rango superior de realismo. En cualquier caso, el (re)descubrimiento de la personalidad escandalosa del autor por parte de Bayle llega demasiado tarde ya que en ese intervalo es seguro que muchos de los ávidos compradores de las novedades que les ofrecía el prestigioso editor de Molière se hubieran tragado el anzuelo. Así pues, la autoría de Sadeur se mantuvo incluso cuando, muchos años después, sus viajes habían caído ya irremediablemente en el terreno de lo fantástico.

Pero dejemos hablar al propio Bayle extrayendo una encrucijada de esa inmensa telaraña que es su *Diccionario*:

> *‹‹ ...poco importa que no creamos lo que Jacques Sadeur, sea quien sea, pretende insinuarnos: que aquellas gentes [el pueblo austral] no descienden de Adán, sino de un andrógino que no pasó como aquel por la caída desde el estado de inocencia. El ardid está en cualquier caso bien pensado para burlar la vigilancia de los censores de libros, así como para saltarse las dificultades de la obtención del privilegio. Si La Peyrère[55] hubiera hecho uso de esta estratagema, se habría ahorrado muchos problemas. Cyrano de Bergerac se sirvió en parte de ella en sus*

---

[52] [*Les Avantures...*], *Reduites & mises en lumiere par les soins & la conduite de G. de F* ["...resumidas y dadas a la luz gracias al trabajo de G. de F."]. Algo así como un "encargado de la edición", en términos actuales.

[53] Según Lachèvre (op. cit., p. ix), aunque sin citar la fuente de su información, la reimpresión de *La Terre Australe connue* se realizó: " *...gracias a los esfuerzos de l'abbé Raguenet, el mismo año de la muerte de Foigny (1692), con el Privilegio correcto, bajo el título Les Avantures de Jacques Sadeur, probablemente a partir de un manuscrito de la obra del ex-franciscano, debidamente amputada y escrita de nuevo en cierto modo por él mismo, sin modificarle, sin embargo, ni el fondo ni las tendencias... "* En un escolio a lápiz del ejemplar de la Bibliothéque Nationale de France, procedente de la biblioteca de Falconet, leemos que François Raguenet, preceptor entonces de la familia Bouillon, preparó esta nueva edición a partir de un ejemplar del libro confiscado en Ginebra que fue entregado por *Mmlle*. de Bouillon a Camille Falconet. De ser así, Foigny no habría participado en la reescritura del texto.

[54] O acaso se trate también de otra descarada estrategia de autodefensa: la "peligrosa doctrina" (y no la novela) resulta ser el verdadero centro de interés de todos los textos y paratextos que giran alrededor de la entrada en cuestión.

[55] Isaac La Peyrère (1596-1676), autor de *Systema theologicum ex prae Adamitarum hypothesi* y *Præadamitæ...*, ambas publicadas en 1655, y en las que defiende, basándose en los textos bíblicos, la existencia de una raza de hombres anterior a Adán y, por lo tanto, limpia del pecado original.

Viajes a la Luna y al Sol[56]*. El autor de la Historia de los Sevarambos*[57] *tampoco desaprovechó esta sutileza. Digamos de paso que el autor de la Religio medici*[58] *parece compartir cierto gusto por la opinión de los Australes. En su momento, explicaré aquí, con más exactitud de lo que lo he hecho hasta ahora, lo relativo a los andróginos de Platón. ››*[59]

Aunque, a primera vista, parece que Bayle responsabilice a los inmaculados hermafroditas de la obtención del permiso, de todos los autores citados, el único que se dedica a los preadamitas es justamente La Peyrère. Así que resulta evidente cuál es el "ardid" de Foigny para burlar la censura. La Peyrère se hizo responsable de su propia hipótesis. En cambio, lo mismo que para el caso de Cyrano y de Veiras, se trata de ubicar a los protagonistas en un "afuera absoluto" que constituye el núcleo esencial de la naturaleza utópica de sus escritos y que es lo que permite a los personajes emitir libremente sus opiniones heterodoxas. En cuanto a Sir Thomas Browne, aunque hable de los andróginos en su *Religio Medici*, lo hace para negar la hipótesis del Adán hermafrodita[60]. Pero en la llamada (F), Bayle nos da la cita que contiene esa "opinión común", según él, a la de los australianos de Foigny:

‹‹ Me gustaría que pudiéramos procrear como los árboles, sin necesidad de coyunda, o que existiese algún medio de perpetuar el mundo de otra manera que no fuese ésa tan trivial y vulgar, tal es el coito. ››[61]

Ya veremos el alcance que posee esta sobrevaloración de la reproducción vegetal. En cualquier caso, y haciendo un paréntesis, Bayle sobrevalora tal vez la fuerza de la censura francesa en la época en que fue editado el libro[62], muy diferente a la que ejercía en España la omnipotente Inquisición. La obligación de incluir el nombre del autor y el del impresor se remonta a un edicto de Henri II de 1547, y ya hemos visto que el libro de Foigny se salta lo segundo, ofreciendo un lugar falso de edición – que era una práctica habitual en la época - e incumple lo primero en la segunda edición, dando lugar así a la posible interpretación literal de la obra. Desde el reinado de Henri III, la Universidad, que había sido siempre la encargada de vigilar y condenar los libros considerados peligrosos, vio limitados sus privilegios a las obras

---

[56] *L'autre Monde ou les États et Empires de la Lune et du Soleil*. La edición original data de 1657.

[57] Denis VAIRASSE [o VEIRAS] (163....-169....). *L'histoire des Sevarambes : peuples qui habitent une partie du troisième continent, communément appelé la Terre australe...* ; 4 Vol., 1677-1679.

[58] Sir Thomas Browne (1605-1682). La primera edición de *Religio medici*, no autorizada, apareció en 1642. Volvió a publicarse en 1643, también en latín, pero corregida y expurgada de algunas de las opiniones teológicas que habían provocado más controversia. Dos años más tarde se públicó la versión íntegra traducida al inglés: *A true and full copy of that wich was most unperfectly and Surreptitiously printed before under the name of:* Religio Medici; [s.l.: Londres], Andrew Crooke, 1645. Aquí seguimos ésta última, en su formato digital de James Eason, j-eason@uchicago.edu, 2001.

[59] BAYLE, *loc. cit.*, p. 8.

[60] Thomas BROWNE, op. cit., pp. 46-47.

[61] La cita de Bayle (loc. cit., p. 11) está en latín, pero no especifica a cuál de las dos versiones primeras se refiere. Traducimos el fragmento de la versión inglesa de *Religio medici*, loc. cit. pp. 154-155.

[62] El propio Lachèvre insiste en ello: "La liberté d'exprimer sa pensée n'était pas si jugulée dans la France de Louis XIV qu'on le suppose généralement." (Op. cit, p. X). Para lo que sigue, sobre la historia de la censura en Francia, cfr. Pierre LAROUSSE, *Gramd dictionnaire universel du XIXe Siècle*. Paris, Administration du Grand dictionnaire universel, 1867; tome III; entrada *Censure*, p. 710.

de carácter religioso. En 1629, bajo el reinado de Louis XIII, se publicó un edicto que dejaba en manos del canciller la elección de los profesores de teología encargados de la tarea y de la concesión del *approbatur* o Privilegio Real. Los criterios que se utilizaban para rechazar este privilegio eran lo suficientemente vagos como para dejar la decisión en manos del censor de turno: todo aquello que resultase en detrimento de la religión, la autoridad real o las buenas costumbres, sin especificar más. Por otro lado, los censores, escogidos entre hombres de letras de categoría intelectual, no ostentaban este cargo que no se hizo oficial hasta 1741 y que se les llamó "censores reales", sino que eran nombrados *ad hoc* para cada ocasión. Era fácil burlar la censura: a la falsa atribución, tanto de autor como de lugar de edición, se añadió el recurso a hacer imprimir los libros en Holanda, Inglaterra o Suiza. Compitiendo con la imprenta autóctona, "estos libros, que entraban clandestinamente en Francia, tenían además el atractivo añadido del fruto prohibido."[63] En palabras de H.-J. Martin,

> *‹‹ ... los libreros e impresores parisinos [...] parecían no dar a la luz nada que no fuera estrictamente ortodoxo. Si nos limitamos al examen de sus publicaciones, se podría pensar que el espíritu de la Contrarreforma y el absolutismo triunfaban por completo en París en la época de la revocación del Edicto de Nantes. Sin embargo, no ocurría así de ningún modo. Los censores quisquillosos podían muy bien rechazar la autorización para imprimir cualquier obra que les pareciese peligrosa; pero eran innumerables [...] las imprentas que, tanto en provincias como en los Países Bajos, se habían especializado en la edición de falsificaciones o libros perniciosos. Y abundan los testimonios que prueban que una parte notable de esta producción estaba destinada a los propios parisinos. Basta para darse cuenta de ello con recorrer las listas de obras retenidas tras entrar en París. ››*[64]

Siguiendo con *Sadeur*, la desilusión le llega a Bayle a través de una memoria que le envía un amigo de Ginebra en la que se descubre la verdadera identidad del autor del libro, sobre todo, su fama de libertino que parece ser lo que realmente hace mella en él, dado el descrédito con que lo trata en adelante. A esta confidencia se añaden esos escasos datos biográficos, muchos menos de los que había dedicado a Sadeur y que son, prácticamente, los únicos que se conservaban de Gabriel Foigny. Y Bayle nos deja, en fin, la impresión de que se arrepintiera de haberle otorgado una entrada de su *Diccionario* a un personaje que ya se reconoce como ficticio, fruto de la imaginación desordenada de semejante *personaje* real; y de que sólo es para excusarse por haberlo incluido por lo que aduce el motivo aparente de su referencia a esta obra: el hermafroditismo de sus protagonistas[65]. Sin embargo, ni la extensión paratextual, aunque se trate de una característica del *Dictionnaire*, ni la singularidad de una entrada dedicada a una figura declaradamente imaginaria, permiten llevarnos a engaño.

La errancia tortuosa de Bayle, rasgo típico del lenguaje escéptico[66], se asemeja mucho al deambular aventurero de Sadeur, con la reserva de que éste intuía detrás de su odisea,

---

[63] Íb., p.

[64] Henri-Jean MARTIN, *Livre, pouvoir et société à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)*, Paris, Droz, 1969, T. II, p. 889.

[65] Bayle nos ofrece el único caso "histórico" de hermafroditismo que conoce, aunque no le otorga mucho crédito: el del "monje preñado".

[66] Nos referimos al estilo intencionadamente caótico de Montaigne, no al de su sistematizador Charron, ni a la fuente clásica de Sexto Empírico. Los capítulos de los *Essais* del primero llevan por lo común un título que sirve sólo de pretexto para divagar sobre multitud de temas dispares. Del mismo modo, las entradas del *Dictionnaire* de

aparentemente azarosa, el timonel inflexible de su propio destino. Y el destino de todos estos rodeos y recovecos, que no consiguen desviar nuestra atención, no es otro que la doctrina preadamita. Efectivamente, a partir de aquí, el rumbo del *Diccionario* nos envía a la entrada *Adam* de su primer volumen[67]. Cuando acudimos a ésta, comprobamos cómo se repasan las cualidades del primer hombre del *Génesis*, atribuidas por diversos autores y tradiciones. Entre ellas, su sabiduría que, se discute, igualaba o incluso superaba a la de Salomón, así como su extrema belleza. Salvo estos dos atributos, Bayle rebaja el resto de noticias sobre Adán a la categoría de "cuentos": las diversas elaboraciones legendarias sobre la localización de su tumba, su resurrección, su talla gigantesca, su relación con la primera mujer, etcétera, a todas las cuales dedica Bayle una de sus largas notas, o más bien "metanotas", llenas a su vez de referencias, citas, etcétera... hasta arribar en fin al tema de la androginia del hombre primordial[68].

Los andróginos poseen una larga historia, tanto mítica como positiva. Desde la antigüedad, la androginia se enfoca desde diversos registros. La leyenda griega recogida por Ovidio[69], la de la náyade Salmacis, enamorada de Hermafrodito, hijo de Hermes y Afrodita y fundida con él por obra de los dioses, aunque pueda tener antecedentes orientales legendarios, aparece ya, para la cultura clásica, degradada a cuento literario. Mucho más peso simbólico poseen los andróginos reales, sacrificados al nacer por su carácter anómalo, que los convertía en portadores de mal agüero junto a cualquier tipo de deformidad congénita. La actitud ante ellos como simples monstruos está, por tanto, muy lejos de la riqueza de sentido que adquirirá el mito reconstruido del andrógino prototípico. De forma similar, entre los judíos, los andróginos reales sólo se citan en el contexto de la discusión sobre la pureza cultual. Así, el Talmud se refiere a los mismos para determinar su estado de (im)pureza a la hora de entrar en el templo[70], o el tiempo que la mujer permanece impura tras haber parido a uno de ellos[71]. A medio camino nos encontramos con las alusiones, dadas en su momento por reales, a los pueblos andróginos, ubicados por los historiadores en los márgenes de la Ecumene civilizada[72], pero para los que no cuenta la consideración peyorativa contenida en los conceptos de impureza o monstruosidad. Llegamos por fin al verdadero *mito*, elaborado artificialmente y de forma paralela entre las dos culturas, griega y judía, que le otorgarán toda su densidad simbólica. Sus referentes son dos autores (más o menos) históricos: Platón y Moisés. Como vamos a ver para este último, más bien la lectura dudosa de un versículo del *Génesis*; y en cuanto al primero, una interpretación,

---

Bayle, con su multitud de referencias, auto- y meta-referencias, suelen ocupar mucho menos espacio que las propias notas, que se disparan a veces en los sentidos más insospechados.

[67] *Dictionnaire...*, Tomo I, pp. 198-207.

[68] Íb., p. 198. Bayle distingue tres tipos de proposiciones: las "que no son contrarias a la analogía de la fe ni a la probabilidad", aquéllas que son meramente discutibles y, en fin, las que resultan ser simplemente falsas. Por cierto, el gigantismo de Adán obtendrá carta de naturaleza en el mismo contexto de la discusión sobre su androginia sugerida en el *Génesis*.

[69] OVIDIO, *Metamorfosis*, IV, 285-388. Hagamos notar que el término 'hermafrodita', que pasó a designar cualquier individuo dotado de los dos sexos, proviene en la leyenda únicamente de la genealogía del personaje: *Hermafrodito* sólo se volvió *hermafrodita* tras ser fundido con la ninfa por obra de los dioses.

[70] Cfr. *Talmud de Jérusalem*, trad. de Moïse SCHWAB; París, Maisonneuve et Ch. Leclerc, 1889; T. XI, *Schebouoth*, § XII, pp. 112-113; *Nidah*, § I, p. 283.

[71] Íb., *Nidah*, § III, p. 302.

[72] V. Introducción...

errónea por privilegiada, del discurso ficticio de uno de sus personajes[73]. De modo que un fragmento literario (el discurso de Aristófanes en el *Banquete*), como lo era la leyenda de Ovidio, se entrelazará posteriormente con la interpretación, sobrecargada por la exégesis, de un detalle de la antropogonía revelada, que es su verdadero *locus classicus*. Se forma este último a partir de las dos versiones de la creación del hombre que encontramos en el *Génesis*, insertadas a su vez en los dos relatos cosmogónicos, difícilmente conciliables, pero forzada su articulación si tenemos en cuenta que todo el Pentateuco se seguía considerando, tanto entre los teólogos católicos como para los reformados, como la obra de un único autor, Moisés[74], toda ella dictada por Dios, y, por tanto, inapelable. La crítica actual[75] admite hasta cuatro manos, procedentes de otras tantas tradiciones, en la redacción de la Torah. En la más antigua de ellas, la *yahvista*, y dentro del "segundo relato de la Creación"[76], Yahveh, humilde artesano, modela con barro a un único y solitario hombre y, sólo después, forma, a partir del costado o costilla del ser humano prototípico, a la hembra originaria, resaltándose que se trata de la mitad separada del único material primitivo: "carne de mi carne". Por su parte, en la cosmogénesis *elohísta*[77]que, aunque posterior cronológicamente, se colocó a la cabeza del *Génesis*, desparece la materia preexistente para dar paso a la imagen del Dios creador. Y así, como ocurre con los demás elementos cosmogónicos, Elohim no se limita a modelar, sino que da el ser *ex nihilo* al hombre, en un único acto creador, a la vez macho y hembra. Sin quererlo, la versión artesanal, la de la costilla, confirma la androginia del relato creacionista: si Dios sacó a la hembra de una porción del hombre, es porque ya estaba en él desde el principio.

No nos hemos olvidado de *Sadeur* en este largo rodeo. Resumiendo, todas las fuentes clásicas que aporta Bayle para la androginia de los australianos de Foigny provienen, en última instancia, de esta polémica traducción del texto bíblico, a la que se suma lo que no fue más que una simple coincidencia con los andróginos platónicos, aunque asimilados ya desde Filón[78] y el neoplatonismo, a la tradición hebrea. Tanto la famosa hipótesis del "robo", a la que nos referimos más abajo, como la más matizada del simple préstamo, surgen sólo en el encuentro de religiones y culturas del período alejandrino. Si bien Bayle no lo tiene en cuenta, como dato curioso, localizamos este mismo debate claramente expuesto, aunque en la terminología de la Escuela, en la primera versión francesa (1579) del *Poimandres* hermético, debida a François de Foix[79]. *Monsieur* de Foix nos lo expresa así, en su traducción y comentario del cap. 18:

---

[73] PLATÓN, *Banquete*, 189d-193d

[74] La tradición sólo excusa la escena final, referente a la muerte del patriarca, como obra de Josué.

[75] Estas icríticas o afrimaciones se encuentran en la obra de Jean Bottéro (1914 – 2007) que fue un dominico e historiador francés y uno de los más renombrados asiriólogos y expertos en la Biblia y el Antiguo Oriente Próximo. También fue famoso por haber sido uno de los primeros traductores del Código de Hammurabi.

[76] *Génesis* 2:4-23. Dios crea al hombre macho y hembra (2:21-23) . En hebreo, por provenir ambos términos de una misma raíz, resulta más clara la identidad entre el varón, *Ish*, y la hembra, *Ishsshas*, 'Varona' en la traducción literal de Reyna-Valera.

[77] *Génesis*, 1-2:3.

[78] Cfr. Louis MÉNARD, *Hermès Trismégiste*, París, Didier et Cie., 1866; p. LIII.

[79]*Le Pimandre de Mercure Trismégiste , de la philosophie chrestienne, cognoissance du verbe divin et de l'excellence des oeuvres de Dieu, traduit de l'exemplaire grec, avec collation de très amples commentaires, par François, Monsieur de Foix...* Bourdeaux, S. Millanges,1579.

‹‹ Pues todos los animales (que, en aquel entonces, como dice Mercurio, eran hechos de los dos sexos), fueron escindidos, de forma que resultaron, una parte machos, y otra parte hembras, e igualmente el hombre como ellos. Se puede entender este pasaje en dos sentidos, a saber: o bien entiende Mercurio que todos los animales fueron creados con ese nudo, macho y hembra en el mismo cuerpo, como está escrito del hombre antes del pecado, y antes de que Dios sacase y separase la mujer del hombre a partir de su costilla, "Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, a la imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó". Toda esta creación resulta singular, ya que en ella se habla de dos en uno, a saber, macho y hembra. Y es así como Mercurio considera al hombre y a todos los animales, macho y hembra en un mismo cuerpo, del cual fue separada después la mujer, como se hizo Eva a partir de Adán, al ver Dios que el hombre no tenía aún un semejante que le sirviera de compañía. O bien, si entendemos que todos los animales, desde su creación, estaban divididos en machos y hembras, y que mediante su anudación se produjo su acción y su potencia para reproducirse, esto resulta más tolerable para su inteligencia, si bien lo primero es más conforme a las Escrituras. ››[80]

El texto original del *Poimandres* resulta aún más explícito, aunque no se alude en él al pecado como causa de la división de sexos:

‹‹ Una vez cumplido este periodo, el lazo universal fue desatado por la voluntad de Dios; pues todos los animales, que eran andróginos [ἀρρενοθήλεα] en un principio, fueron divididos a la vez que el hombre, y se formaron así, por un lado machos, y por otro hembras. ››[81]

Por último, como ya nos había anunciado, se refiere Bayle, en la llamada (F) de *Sadeur*, a los andróginos de Platón Pero sólo lo hace para describirnos su estructura corporal comparándola con la de otros andróginos (reales), descritos, sobre todo, en la "literatura rabínica". No tiene en cuenta en este caso la autoría ficticia de Aristófanes, a quien Platón hace responsable del discurso sobre esos dobles seres, ignorando así el carácter intencionadamente *mítico* (en el sentido platónico del término) y burlesco del discurso; como tampoco deja entrever una diferencia fundamental entre los humanos prototípicos del *Banquete* y los andróginos de Foigny: los primeros no lo eran propiamente, ya que se trataba de dos individuos unidos por el tronco, pero formados por la pareja amado-amante, en perpetua conjunción e intercambio, y cubriendo las tres posibilidades de combinación de los dos sexos (mujer-hombre, hombre-hombre y mujer-mujer). El discurso no plantea siquiera el tema de su forma de reproducción. Es, precisamente, la pasión erótica continuamente satisfecha la que los hace *unos* y no dos (de ahí su forma esférica), permitiéndoles alcanzar una felicidad completa sin necesidad de atender a otra cosa que no sea a sí mismos (el *uno* al *otro* y viceversa) y, por tanto, ignorar a los dioses[82]. En cambio, los habitantes de la *Tierra Austral* se sienten, lo mismo que los platónicos[83],

[80] Íb., p. 68. Damos en cursiva las citas originales del *Poimandres,* en letra versal en la tipografía de Mr. de Foix y sin solución de continuidad con los comentarios. Añadimos el entrecomillado al versículo del *Génesis*, referido en el libro en nota al margen.

[81] τῆς περιόδου πεπληρωμένης ἐλύθη ὁ πάντων σύνδεσμος ἐκ βουλῆς θεοῦ· πάντα γὰρ ζῷα ἀρρενοθήλεα ὄντα διελύετο ἅμα τῷ ἀνθρώπῳ καὶ ἐγένετο τὰ μὲν ἀρρενικὰ ἐν μέρει, τὰ δὲ θηλυκὰ ὁμοίως.

[82] La esfera, como el círculo en la geometría plana, era el volumen perfecto para Platón, el que poseía el Universo autocontenido, sin ningún *otro* fuera de sí..

[83] La división por los dioses de los andróginos en el *Banquete* es objeto de una lectura dudosa por parte de Bayle, al atribuirla a un castigo por su soberbia.

orgullosos de su perfección, pero no frente a su desdibujado Dios, sino cuando se comparan con lo que ellos consideran la prueba de la naturaleza defectuosa de los *Septentrionales*, los medio-hombres, que viven continuamente con esa inquietud que los empuja a buscar su mitad perdida. No se puede decir que los nativos australes vivan con su pasión erótica satisfecha, sino que simplemente carecen de ella, como de otras muchas.

No sabremos nunca si Foigny era consciente de toda esa masa de información que escondían sus andróginos y que la inmensa erudición de Bayle nos aporta. En cualquier caso, y dejando las fuentes arcaicas, éste acaba reduciendo su origen a dos citas textuales de las visiones de Antoinette Bourignon (1616-1680) a quien ha considerado antes la inspiradora directa, y mucho más cercana, de las fantasías de Foigny[84]. Las citas nos describen los órganos genitales del desobediente padre de la humanidad, de manera mucho más detallada de lo que se hace en *La Tierra Austral* con los aborígenes. Merecen la pena leerse, dado que los nativos australes, que muestran sin pudor sus desnudeces, manifiestan en cambio cierto temor a la hora de referirse a su forma de reproducción. Al menos en este aspecto, los fragmentos seleccionados por Bayle parecen ser, por su extrema semejanza, la fuente de la descripción de los australianos de Foigny[85].

> *‹‹ Los hombres =escribe la visionaria de Lille= creen que fueron creados por Dios tal como son ahora: pero eso no es cierto, ya que el pecado ha desfigurado en ellos la obra de Dios, y en lugar del hombre que deberían ser, se han convertido en monstruos de la naturaleza, divididos en dos sexos imperfectos, impotentes para producir a un semejante por sí solos tal como lo hacen los árboles y las plantas, que en este aspecto poseen más perfección que los hombres y las mujeres, incapaces de reproducirse si no es mediante la conjunción de otro, lo cual es causa de mucho dolor y miseria. ››*

Y así nos describe su visión del Adán arquetípico:

> *‹‹ Su cuerpo era más puro y transparente que el cristal, ligero y volátil, por así decirlo. En él y a su través se podían ver canales y arroyos de luz que lo recorrían de dentro afuera por todos sus poros, fluyendo en estos vasos todo tipo de licores, muy vivos y diáfanos y de*

---

[84] BAYLE, op. cit, Vol. XIII, p. 8.

[85] Sobre la reformadora católica, v. la entrada *Bourignon (Antoinette)*, íb., T. 4, p. 84. El primer fragmento sobre el Adán hermafrodita aparece repetido en las dos entradas: *Adam* (íb., T. I, nota (G), p. 203), y *Sadeur* (íb., T. XIII, nota (B), p. 9); y en esta última, Bayle nos remite a la primera: "J'ai rapporté ailleurs un passage d'Antoinette Bourignon... ". El segundo fragmento sólo se incluye en *Adam*, si bien en la nota (G) (¿escrita antes del informe de Ginebra?) se nos sugiere ya la relación entre Sadeur y Bourignon (íb., T. I, p. 199 y nota (H), pp. 204-205). Aparte del título de las obras, Bayle nos da la fecha (1679) y el lugar de edición (Amsterdam) de la primera. Se trata en ambos casos de la edición de las *Oeuvres de Mlle. Bourignon* en diecinueve volúmenes, Amsterdam, Riewerts & Arents, 1679-1684, y que son accesibles en http://www.prdl.org/author_view.php?a_id=2158. La consideración sobre la división de sexos en el hombre caído está en el "Aviso al lector" de *Le nouvel Ciel et la nouvelle Terre* [s.p.: 12-13]. En él, Bourignon se justifica por no haber publicado hasta ahora ‹‹las maravillas que Dios me ha revelado, habiéndolas dejado por escrito desde hace ya diez años, en diversas cartas dirigidas a uno de mis Amigos confidentes... ››, Pierre Poiret, a quien *‹‹ Dios mismo en persona le aconsejó que no las hiciera públicas: "No sigas adelante en este asunto, ya que los hombres no son dignos, ni se ven dispuestos a hacer buen uso de luces tan brillantes. Pensarán que se encuentran en ese estado glorioso, o en la gracia que les di cuando los creé, mientras que ahora viven en el estado miserable al que se han visto reducidos por el pecado, dejándose regir y gobernar por el Espíritu del Diablo y el de la naturaleza corrompida... "››* Y aquel "estado glorioso" del hombre, anterior al pecado, era el del Adán andrógino. El carácter autorreferencial de todo el *Dictionnaire*, algo que lo convierte casi en una obra circular, hace difícil distinguir cualquier huella de linealidad, discursiva o temporal, entre sus partes. En este caso, ¿en qué intervalos se escribieron ambas entradas que se remiten la una a la otra? A falta de una datación real de la redacción del *Dictionnaire*, plantearemos una articulación "lógica" entre ambas, como hemos hecho con la redacción de la biografía de Foigny.

todos los colores: no sólo de agua y leche, sino también de fuego, de aire y de otros [elementos]. Sus movimientos componían admirables armonías; todos ellos le obedecían, y ninguno se le resistía ni podía dañarlo. Era de una estatura mayor que la de los hombres actuales; los cabellos cortos, ensortijados y tirando a negros; el labio superior cubierto de un fino bozo; y en lugar de poseer las partes animales que no debemos nombrar, estaba hecho como lo estarán nuestros cuerpos una vez restablecidos en la vida eterna, y que no me atrevo a expresar. Tenía esa región la estructura de una nariz, con la misma forma que la de la cara, y en ella una fuente de aromas y perfumes admirables; de allí debían de salir también los hombres, cuyo principio poseía por entero en sí mismo ya que tenía en el vientre un canal en el que nacían pequeños huevos y otro lleno de un licor que fertilizaba esos huevos. Y cuando el hombre se enardecía en el amor de Dios, lo inundaba el deseo de que hubiera otras criaturas, además de él, para loar, amar y adorar esta gran Majestad, haciendo que se derramase este licor, gracias al fuego del amor de Dios, sobre uno o varios de esos huevos en medio de inconcebibles delicias. Y una vez fecundado ese huevo, salía poco tiempo después por el canal, con su misma forma de huevo, para eclosionar después en forma de un hombre perfecto. ››[86]

Recordemos que Bourignon, que sentía horror ante la simple idea de matrimonio y del que escapó *in extremis* en más de una ocasión, aseguraba, no obstante, sentir la experiencia completa y los dolores del parto cada vez que reclutaba a un nuevo "hijo" (así los llamaba ella) para su misión salvadora[87]. Los australianos dan pruebas de no sufrir en el parto[88], pero, en cambio, no sabemos si experimentaban el supremo placer del Adán de Bourignon. Bayle, que nos da el párrafo completo, se disculpa de ello afirmando: *«Aunque el pasaje sea un poco largo, no dejo de darlo por entero para que nos demos cuenta de la amplitud de desvaríos de los que es capaz nuestro espíritu.»* Pero en verdad, el pasaje no termina aquí, como tampoco la preñez

[86] *La vie continuée de Damlle. Antoinette Bourignon,* [s.l.: Amsterdam], [s.e.: Riewerts & Arents,], [s.d.: 1684], pp. 315-316. Es ésta una tercera parte, escrita por el mismo Pierre Poiret, como continuación de los dos textos autobiográficos de Bourignon, *La Parole de Dieu, Sa Vie Intérieure, par elle-même* (escrito en Malines, en 1663) y *Sa Vie Extérieure, par elle-même* (escrito en Amsterdam, en 1668). La visión es transcrita por Poiret, quien la recibió por escrito de ella (v. la nota anterior). La descripción extática concluye con uno de los frutos de esos huevos autofecundados: el propio Jesucristo, Dios hecho carne en el vientre de Adán. Bayle, que nos da el párrafo completo, se excusa de ello afirmando: "*Quoique le passage soit un peu long, je ne laisse pas de le rapporter tout entier, afin qu'on découvre mieux l'étendue des égaremens dont notre esprit est capable.*"

[87] Sobre esta circunstancia, localizamos esta divertida anécdota: "*En un viaje que hizo a Malines, [Bourignon] conoció a un tal Señor de Cort que se convirtió en su fiel amigo, un amigo a la medida de sus votos extáticos. Se trató, por así decirlo, de su primer parto espiritual y, cosa asombrosa, le causó tantos dolores y desgarros como un parto real. Ella misma se jactaba de este singular efecto que sentía cada vez que realizaba una nueva conversión a su doctrina. Sus seguidores los sufrieron también alguna vez. Se cuenta que un día, conversando con el Señor de Cort y su archidiácono sobre sus pensamientos cristianos y sus nuevos y felices proyectos, el primero señaló que le había causado a su madre espiritual mayores dolores que el segundo, en el momento en que ambos nacieron a la vida según Dios. El archidiácono, al ver a Mr. de Cort grande y obeso, mientras que él mismo era pequeño y delgado, le dijo riéndose: ‹‹ No resulta maravilla que nuestra madre haya tenido más trabajo con vos que conmigo; vos sois un niño bien gordo, mientras que yo soy muy menudito. ››*"
Archives historiques et littéraires du Nord de la France et du Midi de la Belgique, Valenciennes, 1854; Tomo 4, p. 331.

[88] El parto sin dolor es un atributo privilegiado y un lugar común en la literatura moderna sobre los pueblos salvajes.

del primer hombre. En el original, la descripción extática concluye con uno de los frutos de esos huevos autofecundados: el propio Jesucristo[89].

Invirtiendo la escala axiológica tradicional, Bourignon compara esa especie de partenogénesis con la que realizan las plantas, como había expresado Browne[90]. Y el mismo Foigny manifiesta esta sobrevaloración del reino vegetal en su novela. Aclaremos tan sólo que la "opinión" se debe más bien a Sadeur, dado el misterio que mantienen los australianos sobre su forma de multiplicarse que, aunque no necesite del vulgar coito ni de ninguna pasión que lo provoque, sigue siendo animal, y de ahí el silencioso tabú que imponen sobre ella. Cabe subrayar que la pulsión erótica, la misma que perdió a Sadeur a la vista escandalizada de sus hermanos australes, se sustituye aquí por esa especie de inflamación mística, que no sabemos si coincide con la contemplación del *Haab*, inspirada por las "madres" a sus retoños y mantenida periódicamente por los australianos en sus reuniones silenciosas; y en cuanto a la reproducción de nuevas criaturas, que Bourignon deja exclusivamente en manos de Adán, se explica y justifica por la vía de la emanación, producto a su vez del desbordamiento de perfección, al modo de los neoplatónicos clásicos y no de ningún tipo de creación.

Veamos ahora las otras dos tradiciones a las que alude Bayle, directa o indirectamente, con ocasión de los andróginos de *La Tierra Austral descubierta*. En primer lugar, la exégesis judía del Talmud, es decir, la colección de comentarios conocida genéricamente como *Hagadá*[91]. En *Adam*, Bayle acude, aunque de segunda mano, a dos escritores judíos que se refieren al Adán andrógino: Maimónides y Menasseh ben Israel; mientras que en *Sadeur*, vuelve a nombrar la literatura rabínica, pero sin concretar más. Sin embargo, en este caso, de nuevo la llamada (F), la dedicada a la explicación de los andróginos platónicos, nos envía, en la nota (25), a la traducción francesa del *Banquete* realizada por Loys Le Roy (*Regius*)[92], a quien se

[89] Se entiende que Bayle omita este nuevo *égarement* del espíritu de Antoinette Bourignon, para el que no hay excusa que valga: el Verbo, la Palabra hecha carne, consustancial al Padre y coeterno a Él, según nos asegura el IV Evangelio... ¡engendrado en el ovario de Adán! Por mucho menos envió Calvino a la hoguera a Servet. Pero, dicho sea de paso, el estilo oblicuo, característico del pirrónico tolerante, obliga a Bayle a justificar a *Mlle*. Bourignon, valga como ejemplo, en el Art. IX de sus *Nouvelles de la république des lettres* de abril de 1685.

[90] Entiéndase que, si bien la ausencia de cópula se extiende a todo el reino vegetal, la reproducción *hermafrodita* modélica es la que hoy atribuimos exclusivamente a las plantas monoicas.

[91] En la *Histoire de la littérature juive* de Isaac BLOCH y Émile LÉVY (París, Ernest Leroux, 1901), los autores, al proponer su propia periodización, critican la denominación genérica de "literatura rabínica" como sinónimo de toda la literatura judía, atribuyéndola a "los teólogos cristianos, que le han impuesto este nombre, no viendo en los escritores judíos más que a los adversarios de la ley abolida de los rabinos." (p. 2). El género que se corresponde con la exégesis escriturística de la Ley es el de *Halachá*, más acertadamente que el mucho más amplio y rico literariamente de *Hagadá* (ib., p. 114). Con todo, los escritores aquí citados lo son exclusivamente en su papel "menor" de comentaristas. Encontramos las leyendas judías sobre Adán, incluida su androginia o "doble cuerpo", en la recopilación de Bartolucci que, sin duda, pudo consultar Bayle. Cfr. Giulio BARTOLUCCI, *Bibliotheca magna rabbinica de scriptoribus, et scriptis hebraicis, ordine alphabetico hebraicè, et latine digestis*, Roma, Ex Typographia Sacrae Congregationis Propaganda Fide, 1675, entrada *Adam*, pp. 64-81. En lo relativo al Adán hermafrodita, v. id., pp. 66-68.

[92] *Le Sympose de Platon, ou de l'amour et de beauté, traduit de Grec en François... par Loys le Roy, dit Regius,* Paris, Iehan Longis & Robert le Mangnyer, 1558.

invoca como autoridad para criticar, tanto la versión de Ficino[93] del diálogo, como la mentada hipótesis del "robo" de la sabiduría hebrea por parte los filósofos griegos que se remonta a los orígenes del cristianismo y a la filosofía alejandrina y que, esta vez, lo habría sido del andrógino originario por parte de Platón a Moisés[94]. Pero lo importante es que Le Roy nos da los nombres propios de los escritores judíos que ofrecieron la recurrente lectura del pasaje, aunque fuera para rebatirla: el rabí Salomón, más conocido como Rachi[95] (*ca.*1040-1105), uno de los primeros escritores en lengua francesa y cuyos comentarios al Talmud sirvieron a Lutero para su traducción de la Biblia; el gran sabio andalusí Abraham Ibn Ezra (*ca.*1092-*ca.*1167); y, por último, Tobiah ben Eliezer. Resumiendo, y en palabras del propio *Regius*:

> *«Así, según la exposición de estos hebreos, Adán fue creado como dos personas unidas, a saber, con una parte macho y otra hembra, que estaban de tal manera juntadas por los costados que parecían un cuerpo continuo, y que fueron después separadas por divina virtud.»*[96]

Tanto el Adán andrógino judío como los andróginos de Aristófanes son dobles, frente al autosuficiente e individual de Bourignon[97]; los australianos son del mismo modo seres completos cada uno por separado, y de ahí proceden su individualismo y el carácter forzado de su vida en común.

Por otra parte, aunque volvamos a ello más adelante, habremos de referirnos aquí al núcleo en torno al que gravitan, en la lectura de Bayle, todas las doctrinas relacionadas con la androginia primordial. Se trata de una larga serie de herejías[98], muchas de ellas surgidas casi de forma simultánea al nacimiento de esa otra herejía que fue en su momento el cristianismo, y en algunos casos con raíces anteriores. Aunque todas estas desviaciones confluirán en la corriente anabaptista, coetánea de Foigny y de Pierre Bayle, brotan, se disipan y reaparecen a lo largo de la Edad Media, en ocasiones, en los lugares más dispares del ámbito de la cristiandad. Nos limitaremos de momento a citar aquéllas que descubrimos, aquí o allá, en las diversas referencias del *Dictionnaire*, localizando en ellas la alusión, más o menos explícita, al tema del Andrógino, tanto arquetípico como renacido o regenerado en forma de "hombre nuevo". Salvo algunas excepciones, todas coinciden en algo muy querido y buscado por los pirrónicos modernos, católicos o reformados: más bien que sectarios, "herejes" ellos mismos, pero

---

[93]*Hermes Trismegistos, Pimander seu De postate et sapienta Dei...* Edición de Marsilio Ficino, [s.l.], [s.e.], [s.d: 149?].

[94] Cfr. EUSEBIO de Cesarea, *Praeparatio Evangelica*, XII, cap. xii (585). Eusebio compara aquí *Génesis* 2:22 (en la versión de la Vulgata) con *Banquete* 189d-193d. Creemos que Bayle repite el error de Le Roy (ib., p. 42), al remitirnos en la nota (24) al cap. vii (en lugar del xii) del Libro XII de Eusebio.

[95] "He aquí lo que enseña el *midrash* (...): comenzó por crear [Dios al hombre] con dos rostros, y después lo dividió en dos." Cfr. los comentarios de Rachi sobre el *Génesis* en la página http://www.sefarim.fr.

[96] LE ROY, *op. cit.*, p. 43.

[97] Ambos modelos aparecen claramente representados, uno junto al otro, en un grabado del capítulo XII, "Des Hermaphrodites, ou androgynes; c'est à dire, qu'en un mesme corps est trouué deux sexes", del *Livre des Monstres & Prodiges* de Ambroise Paré. Cfr. *Les oeuvres de M. Ambroise Paré*, Paris, Gabriel Buon, 1575, p. 812.

[98] Sobre el concepto de herejía en Bayle, v. el artículo de Pierre Rétat "Libertinage et hétérodoxie: Pierre Bayle", en *XVIIe siècle*, Avril/Juin 1980, nº 127, 32e année, nº 2, pp. 197-211.

disfrazados de simuladores, indecisos y fluctuantes[99], según el punto de vista de donde proceda su descripción, pretendidamente neutral y objetiva. Todas ellas condenadas y silenciadas por la ortodoxia, la información sobre sus puntos doctrinales nos llega siempre de rumores, a veces de puras invenciones y por boca de sus enemigos, lo cual nos obliga a interpretarlas con la sombra de la sospecha. Esto hace también que, según el informador que elijamos, la ambigüedad llegue a veces a la flagrante contradicción. El ejemplo más llamativo es la atribución a estas sectas, por parte de sus condenadores, de conductas opuestas en lo referente a su práctica del sexo: desde la promiscuidad más absoluta a un ascetismo extremo que las acerca al encratismo (otra herejía), y que incluye la prohibición del matrimonio. Pero el enclave que nos pilla más *cerca*, sólo unas doce páginas más del *Dictionnaire*, es el del propio *Adamismo*[100]. En su tratamiento de las herejías, Bayle bascula, desde la condena tajante, pasando por la incisión de la duda o la mordedura de la controversia, hasta llegar a la plena justificación[101]. Un ejemplo de lo último, sin polémica alguna, lo tenemos en el artículo reservado al priscilianismo[102]. A medio camino, incluyendo el debate declaradamente "nominalista" sobre los atributos 'madre de Dios' y/o 'madre de Jesucristo' que dieron lugar a la condena de su fundador, nos encontramos con el nestorianismo[103], que Bayle, como buen reformado, consigue recuperar a costa de dejar en muy mal lugar a un santo católico, Cirilo; al concilio de Éfeso, amañado por el obispo con el único fin de condenar a Nestorio; y mediante una sutil logomaquia teológica sobre ambas expresiones marianas[104]. En cambio, en el caso de los Adamitas, es la refutación la que lleva la voz cantante:

> *«Secta ridícula que, según algunos autores, era una rama de los carpocráticos y los valentinianos. (...) Esos miserables imitaban la desnudez en la que vivieron nuestros*

---

[99] αἱρετικός. Nos gustaría tomar partido (αἵρεσις) por otra etimología más que dudosa, declaradamente falsa: ἀέριος, 'nebuloso', 'flotante', según de donde sople el viento (ἀήρ).

[100] *Dictionnaire...*, t. I, *Adamites*; pp. 219-223.

[101] Cargando más o menos el tono en uno de ellos, los tres tratamientos pueden conjugarse. Con su habitual perspicacia, Bayle acostumbra dejar el más brutal para la definición que abre la entrada de la herejía, relegando el matiz exculpatorio a las notas, citas y referencias, que son las que echamos de menos en sus equivalentes del Diccionario del católico Moréri.

[102] Ib., *Priscillien*; t. XII, p. 339 ss.

[103] Ib., *Nestorius*; t. XI, p. 109 ss. Los dos títulos mariológicos enfrentados implicaban otras tantas concepciones sobre Jesús: como hombre carnal ungido y/o divinizado posteriormente por Dios (Χριστοτοκός), o como ser divino por naturaleza (Θεοτοκός). La hibridación de dos sustancias tan dispares deja en nada la de los cafres de Foigny.

[104] La disputa cristológica de fondo giraba en torno a la naturaleza doble (difisismo) o simple de Jesús. A partir del concilio de Éfeso, el cristianismo occidental mantuvo el monofisismo como dogma, conjugándolo mejor que peor con la doctrina trinitaria. En cambio, las iglesias orientales se sometieron al dualismo de Nestorio. Refiriéndose al título de "Madre de Dios" otorgado a María, Isaac de Beausobre (1659-1738), admirador crítico de Pierre Bayle, nos recuerda que «*... en una época en que los cristianos combatían el paganismo y ridiculizaban a todos esos dioses nacidos de mujeres, se guardaban bien de imitar su lenguaje...*» (*Histoire critique de Manichée et du manichéisme*, Amsterdam, Frédéric Bernard, 1734; vol. 1, p. 111). Bayle concluye resignado reconociendo la superfluidad de la polémica, dada la imposibilidad de deshacerse del culto a la Virgen María, tan fuertemente enraizado en "el fondo de la naturaleza humana" (*Dictionnaire*… t. XI, p. 110, nota (N) y pp. 126-130). Una apreciación que resulta premonitoria a dos siglos de distancia de la bula *Ineffabilis Deus*.

primeros padres durante su estado de inocencia, y condenaban el matrimonio porque Adán no conoció a Eva más que después del pecado y su salida del Paraíso.»[105]

Dejaremos para otro estudio lo referente a los presuntos fundadores gnósticos de esta también supuesta herejía, así como las reapariciones históricas de la doctrina. Por lo pronto, la entrada ofrecida específicamente a los Adamitas nos empuja en el tiempo hasta los *Picards* del s. XV[106]. Y a su vez, los seguidores de ese legendario Picard[107] nos hacen retroceder un siglo para darnos a conocer a los *Turlupins*[108]. Durante el trayecto, aparte de los citados nestorianos, nos vamos dejando atrás a marcionitas, maniqueístas, arrianos, arminianos, etcétera, por nombrar a los más conocidos, en grupo o identificados individualmente por sus líderes heresiarcas. Pero detengámonos tan sólo en dos paradas que son las que, de momento, nos interesan y vienen al caso para poder seguir nuestro viaje por la *Tierra Austral*. La primera nos insinúa la pervivencia de los adamitas:

> *«Observo que los católicos y los protestantes se reprochan unos a otros por tener a esos adamitas en sus países: tal vez ni los unos ni los otros tengan razones para hacerse semejante reproche. Si yo no contase con otro garante que Lindanus*[109] *no creería que en 1535 se veían adamitas en Ámsterdam, ricos y de buena familia, corriendo completamente desnudos; y que los había lo suficientemente fanáticos como para subirse a los árboles*[110]*, donde esperaban en vano a que el pan les cayese del cielo, hasta que se caían medio muertos al suelo.»*[111]

También según algunos, se los ha visto contemporizar en la Inglaterra reformada e incluso en la católica Italia[112] sin provocar ningún disturbio. Por último, en un vagón de segunda clase, la llamada (A) de la misma entrada dedicada a los *Turlupins*, Bayle nos reconoce:

> *«No podemos dejar de admirarnos de que semejante fantasía [desnudarse] haya sido renovada tan a menudo entre los cristianos. (...) No nos resultará [sin embargo] asombroso cuando tengamos en cuenta un principio, del que se puede abusar poniendo como pretexto el Evangelio y del cual los paganos no se hacían idea alguna. Este principio es que el segundo Adán ha de venir a reparar el mal que el primero había introducido en el mundo. A partir de esto, un fanático puede arriesgarse a concluir que aquéllos que participan ya de la ley de la gracia se encuentran por completo rehabilitados en el estado*

---

[105] *Dictionnaire*..., t. I, *Adamites*, ib., p. 219.

[106] Ib., t. X, p. 48 ss.

[107] Ésta es al menos la versión de Bayle sobre el origen del nombre de esta secta: «C'est ainsi qu'on a nommé les sectateurs d'un certain homme qui, vers le commencement du XVe siècle, outra l'erreur des adamites à l'égard de la nudité.» (ib., Tomo XII, *Picards*, p. 44.).

[108] Ib., t. XIV, p. 282 ss.

[109] Wilhelm Damasi Lindanus (1525 -1588) fue un obispo Inquisidor holandés e igualmente, Profesor de Teología.

[110] Este hábito o hábitat arborícola nos recuerda al de los semilegendarios mosinianos de la Antigüedad pagana (*MOSYNIENS ou MOSINOECIENS*, *Dictionnaire*…, op. cit., t. X, pp. 566-568).

[111] *Dictionnaire*..., op. cit., t. XIII., p. 220.

[112] Ib., p. 222, nota (F).

de Adán y Eva. Reconozco que el fanatismo ha de ser exagerado y en muy altas dosis para poder vencer la sensación de pudor que nos procuran la naturaleza y la educación cristiana. Pero, ¿qué no pueden las combinaciones infinitas de nuestras pasiones, nuestra imaginación, nuestros espíritus animales, etcétera?»[113]

Nos despedimos de momento de Pierre Bayle, quedándonos con esta última reflexión, osada pero ambivalente; esto es, bien disfrazada: ¡*arropada*! Para el pensamiento moderno, la *naturaleza* convierte en superflua la educación, hasta el punto de contrariarla. A la inversa, los hábitos adquiridos pueden reforzar la primera y original, consustancial al ser humano; pero nunca suplirla, ni mucho menos contravenirla hasta el extremo de negarla. ¿Qué ocurre entonces con las *partes pudendas*, con la vergüenza por los órganos sexuales, andróginos o no? Como las manchas atigradas de los cafres de que nos habla Sadeur, "las pasiones, la imaginación y los espíritus animales"[114] son la huella indeleble de la animalidad del ser humano, de su cuerpo, la sustancia extensa. Descartes, posiblemente por el mismo pudor (teniendo en cuenta a su destinataria), no le dedica a éste ningún capítulo de sus *Passions de l'âme*[115]. Sin embargo, en su correspondencia con la melancólica Princesa palatina repite al menos dos veces el mismo argumento[116] que reduce la vergüenza a un mecanismo corporal. Ajeno al alma, el pudor puede, sin embargo, originarse en ese hábito añadido (la *educación cristiana*) que hace que nuestra sustancia inextensa, pasiva (e involuntariamente movida a su vez por ellos), ponga en movimiento los socorridos espíritus animales, llevándolos a manifestarse, en circunstancias parecidas o completamente diversas, en el mismo fenómeno corporal, el sonrojo en este caso. Tanto el sentimiento interior (puramente *imaginario*) como sus signos externos provienen en definitiva de la desdichada y difícilmente explicable unión del alma y el cuerpo.

Los australianos de Foigny son monistas, y la pasión por la tristeza que los aqueja tiene en ellos otro origen que habremos de indagar. Pero, eso sí, como ya dijimos, carecen de pasiones (o al menos se jactan de ello), concretamente del pudor. La Culpa primigenia, la misma que inoculó su veneno en el infeliz Sadeur desde su gestación en el Nuevo Mundo o su nacimiento

---

[113] Ib., t. XIV, *Turlupins*, p. 279.

[114] Todos ellos invenciones de los clásicos, pero, en el caso de Bayle, pasados por la relectura cartesiana.

[115] El *Tratado*, redactado en torno a 1646 para el uso privado de Isabel de Bohemia, no se publicó, bastante aumentado, hasta 1650, el año del fallecimiento del filósofo. Sobre el papel que asumió Descartes en su relación con Elizabeth, cfr, Victor de SWARTE, *Descartes directeur spirituel. Correspondance avec la Princesse Palatine et la reine Christine de Suède.* París, Félix Alcan, 1904.

[116] «...ce n'est pas directement par sa volonté qu'elle [*el alma*] conduit les esprits dans les lieux où ils peuvent être utiles ou nuisibles; c'est seulement en voulant ou pensant à quelque autre chose. Car la construction de notre corps est telle, que certains mouvements suivent en lui naturellement de certaines pensées: *comme on voit que la rougeur du visage suit de la honte*, les larmes de la compassion, et le ris de la joie.» «Les mêmes signes extérieurs, qui ont coutume d'accompagner les passions, peuvent bien aussi quelquefois être produits par d'autres causes. *Ainsi la rougeur du visage ne vient pas toujours de la honte*; mais elle peut aussi venir de la chaleur du feu, ou bien de ce qu'on fait de l'exercice.» Cartas a Elizabeth, Princesa palatina, Julio de 1644 y Mayo de 1646, en *Oeuvres de Descartes*, ed. de Victor Cousin, París, F. G. Levrault, 1825. Los subrayados son nuestros.

en alta mar[117] y que, según Bayle, desconocían los paganos, es, en última instancia, la causa de ese desmedido afán por desnudarse. No basta pues con nacer desnudos: hay que despojarse del tapado, marca inequívoca del pudor. Y el recato, como en una nota a pie de página del *Dictionnaire*, nos remite por fin al Pecado, para el que no puede ni debe haber *entrada*... ni salida.

La desnudez de los australianos no es sólo la de sus cuerpos. También sus pensamientos están desprovistos de ropaje; y los ropajes del espíritu son, antes y después del ejercicio libre de la razón, las máscaras del prejuicio y de la hipocresía. La simulación, figurada como protesta de ortodoxia, es un recurso literario más de los diálogos libertinos [dif. con la simulación socrático-platónica:] con todo tipo de personajes venidos de lejos. Los papeles se duplican y se invierten: el anciano disimula ante sus hermanos y obliga a Sadeur a hacer lo mismo; Sadeur, no sólo sigue sus consejos, sino que se cuida de disimular también frente a su protector. Precisamente, invirtiendo los términos, es Sadeur el único que disimula y esconde las creencias y opiniones frente a las que los libertinos eruditos del Norte lanzaban sus dardos encubiertos con diversos disfraces. Su racionalismo no precisa de disfraces y el punto central del engaño, la religión, queda en silencio. Hallamos, incluso, una inversión de la función del diálogo: Los diálogos "secretos" entre Sadeur y el anciano sirven al primero, con la complicidad del mentor, para protegerse de sus hermanos ante las "verdades" contra las que dirigen sus ataques encubiertos los libertinos. Sadeur permanece siempre en estado de alerta, temiendo por su vida, incluso cuando dialoga con Suain. Si los salvajes literarios sirven para sembrar la duda en las verdades dogmáticas de sus interlocutores occidentales, en este caso, el simulador es el europeo, frente al discurso racional y profundamente dogmático del sabio exótico. Esta simulación, que en los libertinos eruditos leemos casi como un rasgo de estilo que nos los representa como autores tolerantes y abiertos, enemigos de cualquier tipo de sistema, se descubre en nuestro personaje con la parte de miedo que, forzosamente, trae consigo.

5. UN MONSTRUO ENTRE SALVAJES

En la literatura cristiana, Agustín de Hipona se refiere a los andróginos[118] incluyéndolos en un selecto muestrario de monstruosidades clásicas, y como ocasión para plantearnos su tesis sobre la Creación, que incluye las anomalías como parte necesaria para componer el todo perfecto[119]. Esta concepción se opone claramente a la de nuestros seres, ya sean dobles o esféricos, el Adán andrógino o los amantes de Aristófanes: los australianos de Foigny, en definitiva. Para Agustín, reducidos a fragmentos, ellos mismos monstruosos por fragmentarios,

[117] Alternativa esta, la de la contaminación intra- o extrauterina del pecado, lo suficientemente compleja y discutida como para dedicarle un *Diccionario* entero.

[118] *De Civitatis Dei*, XVI 8.

[119] Se trata del mismo argumento que emplea Montaigne (*Essais*, II, § 30) para justificar la existencia de monstruos, aunque en este caso, y sin ninguna referencia a Dios, la intención es someter a crítica el mero concepto, derivado de un prejuicio, de lo *antinatural*.

se definen por una carencia frente a esa totalidad que los contiene y rebasa, a la vez que los "justifica": el Universo creado. Por el contrario, según la concepción antropológica de los australianos de Foigny, los auténticos "monstruos" son los Septentrionales, seres imperfectos, tarados, justamente por carecer de ambos sexos. Aquí radica la inversión más importante que se opera en las Antípodas[120], de la que se siguen todas las demás: el horror espontáneo de la nodriza ante la doble genitalidad de Sadeur[121] nos recuerda que la androginia es una monstruosidad más... en el hemisferio Norte. La nodriza no lo dice, sino que se limita a expresarlo de forma implícita, con su gesto espontáneo de rechazo. En cambio, el sabio protector de Sadeur manifiesta lo contrario explícita y razonadamente al señalarlo como tal monstruo, *a pesar* de su androginia, que se contradice con los otros rasgos positivos que se siguen de ella, dado que, en el Sur, es la que identifica a los *verdaderos* humanos. Tal como lo afirma el anciano en su primera conversación con Sadeur del Capítulo V, tanto la extrema racionalidad, como la perfecta convivencia de los australianos que resulta de ella, van ligadas a su condición física. La primera, que bien podría ser la causa de la dificultad para dormir que aqueja a los aborígenes, sirve de pretexto para que sus "hermanos" desconfíen todo el tiempo de la verdadera naturaleza de Sadeur y para que el sabio insista en llamarlo "monstruo", cuando el viajero enuncia (aun con todo tipo de precauciones) las verdades comunes entre los de su nación de origen, que ahora resultan ser meros prejuicios irracionales. Y algo peor: el signo evidente, para el anciano, de que Sadeur, a pesar de todo, sigue siendo un monstruo. Este atributo, que se repite una y otra vez a lo largo del libro, persigue a Sadeur, aunque sea como sospecha, durante toda su permanencia en la Tierra Austral hasta que sale a la luz como certeza en la escena de la copulación con la fondina. Gracias a ella, no sólo se descubre ante los australes; también el lector reconoce que el personaje, a pesar de su androginia, había mantenido sus pasiones y su naturaleza de origen durante todo este tiempo.

Los australianos duermen sobre el suelo, como ya habíamos visto en el Congo. Además lo hacen desnudos, en contacto directo con la tierra, ¡como sus despreciados animales! Pero todo ello queda justificado racionalmente. Comparada con la singularidad de su androginia, la desnudez de los aborígenes de Foigny queda en un segundo plano. Sin embargo, en su momento fue la piedra de toque que dio que pensar sobre la universalidad del pecado original, y así leemos su justificación (para el caso de los Tupinambos antillanos) por boca del misionero capuchino Claude d'Abbeville[122]:

> *‹‹ ¿De dónde viene pues que nuestros Tupinambos, partícipes de la culpa de Adán y herederos de su pecado, no hayan heredado también el pudor y la vergüenza (que son un efecto del pecado), como les ha ocurrido a todas las demás naciones del mundo? Se podría argumentar por respuesta la costumbre muy antigua de estos pueblos, los cuales desde siempre han estado desnudos como lo están ahora, y que por este motivo no sienten pudor ni vergüenza de su desnudez, no asombrándose más de ver sus cuerpos completamente al descubierto de lo que nosotros hacemos al ver la mano o el rostro de una persona. Pero yo añadiría que nuestros Primeros Padres no ocultaron su desnudez ni sintieron pudor ni vergüenza de ella hasta que fueron abiertos sus ojos, es decir, hasta que tuvieron*

---

[120] Como muy bien supo ver Bayle, según hemos apuntado antes.

[121] Cap. I, pág. 10.

[122] Claude d'ABBEVILLE, *Histoire de la mission des Pères capucins en l'isle de Maragnan et terres circonvoisines*... París, Impr. de François Huey, 1614; fol. 270.

conocimiento de su pecado, viéndose desnudos y despojados de ese bello manto de la Justicia original. Y así es que la vergüenza no proviene sino del conocimiento de la naturaleza defectuosa del vicio o del pecado, y que el conocimiento del pecado proviene únicamente del conocimiento de la ley. San Pablo dice: peccatum non cognovi nisi per legem[123]*. Dado que los Marañones no tuvieron nunca el conocimiento de la ley, no pueden por ello conocer el carácter defectuoso del vicio y del pecado, teniendo siempre los ojos cerrados por las más profundas tinieblas del paganismo. Y de aquí que no sientan pudor ni vergüenza de ir todos desnudos, sin ningún tipo de ropa ni tapado que esconda siquiera su desnudez. ››*

Lo más llamativo de esta argumentación es que sea un hábito añadido (que para los pirrónicos modernos estaba en el origen de todas las conductas artificiales que nos apartaban del estado de naturaleza), lo que se invoque esta vez para explicar justamente lo contrario: la pérdida del sentimiento *natural* de pudor, algo que en los occidentales (los Septentrionales de nuestro relato) parece manifestarse como espontáneo[124]. Es la misma reflexión que Sadeur realiza en un momento dado.

En la recuperación de las relaciones misioneras, que Gabriel Chinard[125] desplegó para demostrarnos el hilo "subterráneo" de pensamiento que culmina en el buen salvaje de Rousseau, el autor comienza con el informe de d'Abbeville, pero remonta la historia de la idea a lo *Ensayos* de Montaigne y, más concretamente, a los dedicados a los *Caníbales* (I, § xxx) y a los *Coches* (III, § vi)[126]. No tiene en cuenta en cambio el que aquí más viene al caso, el dedicado a *la costumbre de vestirse*, (I, § vi), que Charron repite y resume, con ligeras variaciones, para ofrecernos, en su estilo escueto y asertivo (dogmático), las consideraciones escépticas de su maestro:

‹‹ A juzgar por las apariencias, la costumbre de ir completamente desnudos, mantenida aún en muchas partes del mundo, es la original de los hombres; mientras que la de vestirse resulta artificial, inventada para prolongar la naturaleza, del mismo modo que aquellos que quieren prolongar la luz del día mediante la luz artificial. Puesto que, habiendo provisto la naturaleza a todas las demás criaturas de la cobertura necesaria, no es creíble que haya tratado peor al hombre, dejándolo sólo a él en la indigencia y en un estado en que no pueda mantenerse sin servirse de un recurso exterior.(...) Y no hay que alegar que ello se haga para ocultar las partes vergonzosas, (...) ya que la naturaleza no nos ha enseñado a tener partes vergonzosas: somos nosotros mismos los que, debido a nuestra falta, las llamamos así. Quis indicavit tibi quod nudus esses, nisi quod ex ligno quod praeceperam tibi ne comederes, comedisti?[127] *Y la naturaleza las ha cubierto ya suficientemente, poniéndolas apartadas de la vista y a cubierto. ››*[128]

---

[123] "Yo no habría conocido el pecado si no hubiera sido por la ley." PABLO DE TARSO, *Romanos* 7:7.

[124] En nuestra novela (v. Cap. V, pp. 31-33), la argumentación del sabio, que parece convencer al protagonista repite la de Montaigne y Charron casi al pie de la letra. El propio Sadeur reconoce que el nuevo hábito adquirido entre los australianos puede haber invertido su sentido original del pudor, que se manifiesta ahora como fruto de la costumbre. Y aunque no se cite, la misma referencia al versículo de Pablo de Tarso resulta inequívoca.

[125] Gilbert CHINARD, op. cit.

[126] Íbid., p. v.

[127] "¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?" *Génesis*, 3:11.

Recordamos que el recurso a las inclemencias climáticas es el mismo que utiliza Sadeur, aunque de manera reticente. Y ya conocemos la respuesta burlesca del anciano. Chinard nos hace ver que los atributos del "buen salvaje" americano han podido realizar, al menos en sus inicios, un viaje de ida y vuelta. Pueden haber sido las consideraciones escépticas de intelectuales que, como Montaigne, no habían viajado ni observarían jamás por experiencia propia a los nativos reales, las que hayan dictado, o al menos, dado el tono a gran parte de las relaciones de los misioneros, hombres cultivados en su mayoría. De no ser así, resultaría asombroso este otro ejemplo posterior, debido al dominico Jean-Baptiste Du Tertre (1610-1687), en su informe publicado entre los años 1667 y 1671[129]. El peso otorgado al ornamento literario en las descripciones de los pueblos no civilizados hace que Du Tertre se excuse por no presentar a unos salvajes *"... tan refinados como los ha descrito el Señor de Rochefort en algunos pasajes de su obra... ".* Se trata evidentemente de una argucia retórica para convencer al lector de la veracidad de su propia imagen de los salvajes. Pero resulta que el propio Rochefort (1605-1683) había echado mano de una prevención parecida en el Prefacio de su libro, con una advertencia casi idéntica a la que encontramos en boca de Sadeur[130]:

> *‹‹ Por desgracia, las Relaciones que se nos ofrecen de países lejanos están escritas a menudo por personas interesadas que, por los motivos que sean y otras diversas consideraciones, disfrazan la realidad y nos representan las cosas con otro aspecto y de un color distinto a como son efectivamente. Encontramos igualmente a muchos escritores que, aun con sangre fría y corazón alegre, nos las hacen creer, disfrutando al imponerlas a nuestra credulidad. Unos y otros están convencidos de que mienten, y creen que pueden hacerlo impunemente sólo porque vienen de lejos. ››*[131]

Siguiendo con Du Tertre, antes de enumerar las bondades del salvaje antillano, el dominico se ocupa en desmontar la imagen, aún persistente entre las minorías cultas, tanto de la conocida "zona tórrida"[132] de la Tierra que vimos en la Introducción, y que se revela ahora (en el continente americano) como un "pequeño Paraíso" por su clima templado y la ausencia de estaciones extremas, como del propio término 'salvaje' otorgado a sus habitantes, al que de paso le aplica la típica transvaloración pirrónica:

> *‹‹ ... ante esta simple palabra, 'salvaje', la mayoría de la gente se representa en su imaginación una especie de hombres bárbaros, crueles, inhumanos, sin uso de razón, contrahechos, grandes como gigantes, velludos como los osos; en fin, más bien monstruos que hombres razonables; aunque, en verdad, nuestros salvajes no lo son más que de nombre, el mismo que damos a las plantas y los frutos que la naturaleza produce sin ningún tipo de cultivo en bosques y desiertos, plantas y frutos que, aunque los llamemos salvajes, mantienen sin embargo las auténticas virtudes y propiedades en su entera fuerza y vigor,*

---

[128] Pierre CHARRON, *De la Sagesse*; Seconde Edition Reveuë et Augmentée. Paris, Chez David Douceur, 1604. Livre I, § VI; pp. 74-75.

[129] R. P. DU TERTRE, *Histoire Generale des Antilles*. París, Chez Thomas Iolly, 1667-1671. 4 Tomos.

[130] Cap. II, pp. 15 y 16.

[131] Charles de ROCHEFORT, *Histoire naturelle et morale des Îles Antilles de l'Amerique.* Roterdam, Arnould Leers, 1658; s.p.

[132] La naturaleza inhabitable e infranqueable de la zona tórrida se ve ya cuestionada por Mocquet, op. cit., pp. 13, 29. Entre otros países habitados del hemisferio Sur, pero cercanos a la zona tórrida y descubiertos gracias a la navegación, el autor cita "los países sometidos al Rey Monomotapa", personaje en el que podría inspirarse el Rey Jassaller de Foigny (Cap. II, p. 15).

que muy a menudo corrompemos mediante nuestros artificios, alterándolos en exceso, cuando los trasplantamos en nuestros jardines. ››[133]

Du Tertre relativiza las "verdades comunes"[134] mediante una concepción antitética: la naturaleza virgen de las plantas se "corrompe" al ser cultivada, y lo mismo va a ocurrirles a los seres humanos, debilitados por la civilización. El vigor y las propiedades de los vegetales silvestres se corresponden con la salud y la longevidad de los salvajes, que ignoran todas las carencias artificiales y las preocupaciones añadidas por la cultura: que están "desnudos", en definitiva. Tanto el extremo occidental descubierto, como el imaginado extremo sur, colaboran por tanto en la formación de la misma idea: la superioridad del hombre natural sobre el "cultivado" o civilizado. Foigny no utiliza ni una sola vez el término "salvaje" para referirse a los australianos, reservándolo para algunos animales, los antropófagos del Cap. XIV, los cafres africanos (híbridos de hombre y bestia), y, por último, para los pueblos crueles de la "isla magnética" del capítulo final. Este mismo sentido negativo, sin utilizar el término, es el que poseen, tanto los africanos indolentes del Congo, como los nativos de Madagascar, que viven de forma parecida a los pueblos semi-humanos de Pomponio Mela (Blemios, los Ganfasantes y los Sátiros): sin residencia fija y sin vida social, errantes y aislados. Pero estas características son igualmente las que poseían los andróginos australes antes del establecimiento de su peculiar pacto social, con la importante diferencia de que a la "buena naturaleza", tanto de su propio cuerpo como del paisaje que los rodea, el hombre austral añade la extrema racionalidad igualmente natural, es decir, no adquirida: los australianos son racionales "por naturaleza", y así lo ponen de relieve tanto su proceso de educación como su propio lenguaje.

Como ya ocurrió en la Antigüedad con los pueblos "bárbaros", las naciones exóticas recién descubiertas sirven ahora para poner en cuestión los valores de la, hasta ahora, única Civilización posible, europea y cristiana. La corrección semántica del concepto del salvaje se realizó casi de inmediato, y no podemos admitir que se hiciera, como se dijo antes, de manera subterránea, a la espera de su consagración por Jean-Jacques. Adamitas o preadamitas, simplemente hombres puros y libres, ajenos al complejo enrejado de intereses y falsedades de la sociedad política del barroco, los nuevos salvajes tuvieron incluso su himno.[135]

A todas estas buenas cualidades de los aborígenes, comunes en cualquier caso a los salvajes antillanos de las relaciones misioneras y a los australianos de nuestro relato, Foigny añade algunos elementos que podrían provenir más bien de la imaginería medieval, tales son los seis dedos, tanto de las manos como de los pies, o el tercer brazo, que sólo observa en alguno de ellos, cuidándose en elogiar su funcionalidad y utilidad para evitar que se lo considere como una desviación teratológica. Chinard sostiene que la primera parte de las aventuras de Sadeur entran dentro de lo creíble, mientras que con la llegada al continente austral entramos en el

---

[133] DU TERTRE, Íb, Tomo II, pp. 356-357. Lo mismo les ocurre a los frutos y animales del Manicongo de Foigny (Cap. II, p. 14).

[134] Cfr. frase griega en Brochard Sceptiques X N0094236_PDF_1_-1

[135] Sólo X años después de [Foigny] y X antes de la publicación de *Le devin de village* de Rousseau en 1752, Jean-Philippe Rameau incluyó, para el restreno de *Les Indes Galantes*, en 1736, una cuarta parte que representaba a los indios "verdaderamente salvajes" (*Les Sauvages*). En esta ópera-ballet, con texto original de Louis Fuzelier, se confrontan dos civilizaciones propiamente dichas, pero extrañas al concepto occidental: la primera, la turca, antigua enemiga de la Europa cristiana que se hallaba entonces a las puertas de Europa; la segunda, el Perú, traída de la[recién descubierta] América; la tercera y más lejana, Persia, y se añade la de los indios verdaderamente "salvajes".

terreno de lo maravilloso, a la vez que pasamos de la novela quimérica a la novela social[136]. Sin embargo, las bestias fabulosas aparecen ya en esa especie de avanzadilla de la Tierra Austral que es el Congo, y vuelven a hacerlo en el regreso a Madagascar. En África, el único animal exótico, pero real y creíble, el cocodrilo, sólo le sirve al autor, una vez más, para contradecir a los viajeros que lo sitúan en esos parajes africanos, subrayando así (como hace con sus correcciones geográficas) la verosimilitud de su expedición. Pero antes de adentrarnos en esa "novela social", es decir, en el capítulo de la *historia moral*[137] de la Tierra Austral, y aunque tengamos que volver a ello, señalemos, siguiendo el orden habitual, algunas curiosidades más de la historia natural (mineral, vegetal y animal) del relato.

En primer lugar, recordar la descripción en las páginas 57 y 58 de ese cristal maravilloso:

> *«No puedo pasar por alto la abundancia que posee del más fino cristal, que ellos saben muy bien cómo labrar y encajar uno sobre otro, con tanta precisión y artificio que resulta imposible distinguir la juntura. Este cristal es tan transparente, que no podríamos descubrir las puertas fabricadas con él si la naturaleza no lo hubiera enriquecido con figuras de diversos colores entrelazados que nos permiten distinguirlo. Considero una prueba infalible de que este país ha sido allanado el que veamos, en el asentamiento de Huff, un Hab que está hecho probablemente de una sola pieza, algo imposible si no es a fuerza de picar y tallar una roca de esta naturaleza. Es una pieza inimaginable, tan rica y prodigiosa que supera milagrosamente a cualquiera otra, tanto en altura como en grosor: unos cien pies de alto por dos mil de largo. Las figuras entremezcladas con el cristal son más singulares de lo común, y puede distinguirse bien que son de todos los tamaños sin ningún corte. Me aseguraron que se había propuesto muchas veces en las asambleas si acaso no sería mejor destruirla que conservarla, en primer lugar porque llama demasiado la atención; en segundo lugar porque es motivo de distracción; y por último, porque se trata de una rareza excesiva.»*

Por otra parte, la utopía austral abunda en plantas [fabulosas], y cabe recordar aquí que la mayoría de los experimentos que los australianos ofrecen a sus conciudadanos se reducen a una especie de alquimia vegetal, que en algunos casos tiene como resultado la producción de un animal.

Para el fruto del reposo tenemos una fuente clásica: las hierbas de la isla de Yambulo[138], con las que se dan la muerte sus habitantes, "voluntariamente" y una vez alcanzado el término de su larga vida (150 años) entrando previamente, sólo con tumbarse sobre ellas, en un agradable sopor. Pero ya hemos visto que el fruto del árbol austral posee muchas más propiedades y utilidades, lo que lo convierte en una especie de piedra filosofal.

Otros elementos naturales son los híbridos y los que ellos mismos llaman monstruos:

Entre los híbridos se encuentran los *Cafres*, semihumanos como lo serán los fondinos, su naturaleza híbrida, frente a la de estos últimos, queda plenamente justificada: son realmente herederos del cruce de un animal (el tigre) y un hombre.
En cuanto a la expresión 'Monstruo' es la expresión recurrente empleada por el anciano austral para referirse a septentrionales y fondinos y al propio Sadeur. El descubrimiento de los

[136] CHINARD, op. cit. pág 197. En la nota a pie, el autor añade algunos posibles precedentes tomados del elenco de monstruos medievales: el *Kraken* noruego, el pájaro *Rok*... y el *Phisétère* de Rabelais.

[137] En el sentido que tiene esta expresión, por ejemplo en la obra de Rochefort, común a la mayoría de las relaciones de viajes de la época: el elemento *antropológico*, diríamos ahora, que suele seguir a la *historia natural* (geográfica, mineral, vegetal y animal) del territorio.

[138] DIODORO SICULO, *Biblioteca Historica*, II 31.

"salvajes" americanos planteó un problema irresoluble a la catolicidad del mensaje evangélico. Por su parte, los monstruos sólo habían encontrado su encaje y derecho de naturaleza en el atomismo clásico, constituyendo una parte inevitable del universo acósmico y azaroso, no teleológico. En el plano moral y estrictamente humano, lo salvaje no sólo cuestiona y relativiza la universalidad de la Salvación, sino la de la noción misma de los valores y fundamentos políticos terrenos. Pero el salvaje es sólo "algo menos" que el ser humano, potencialmente recuperable, mientras que el monstruo es lo absolutamente otro. Sin embargo, el escepticismo consigue, en su empeño por desfundamentar la noción de naturaleza humana, asimilarlo a ésta. Volviendo a Montaigne, localizamos esa utilización radical de esta expresión en su ensayo "De un niño monstruoso"[139], en donde, tras utilizar la misma justificación cosmológica de los monstruos que vimos en Agustín, el autor va más allá al afirmar:

> *‹‹ Llamamos contranatura aquello que ocurre contra la costumbre: sea lo que sea, nada hay más que según ella. Que esta razón universal y natural expulse de nosotros el error y el asombro que nos produce la novedad. ››*

En nuestra novela, el verdadero monstruo es el mismo Sadeur. La oferta de protección del recién llegado por parte del anciano resulta ser interesada. Bajo el pretexto de responder a sus incógnitas sin que los hermanos sospechen de él, lo que persigue en realidad es averiguar él mismo y para sí mismo la naturaleza y costumbres de este singular especimen de andrógino, con apariencia "humana", pero que, y de ello está convencido el mentor desde el principio, es en verdad un "monstruo". El silencio exigido a Sadeur es el mismo que el propio e intrigante mentor debe mantener ante sus hermanos, no sólo en lo referente a sus averiguaciones sobre el recién llegado, sino a sus propias afirmaciones que resultarían, en particular las referentes al Haab, extremadamente peligrosas. La sola curiosidad del anciano es el verdadero motivo de su, de otro modo, inexplicable oferta de protección. Las escasas respuestas de Sadeur en los diálogos con su protector no pasarán nunca a integrarse en los *Anales* científicos de los australes, dado que el horror de éstos ante los semihombres excluye cualquier tipo de investigación sobre ellos: la única respuesta frente a los monstruos (ya sean fondinos o septentrionales arribados a sus costas) es la inmediata aniquilación. Lo mismo ocurre con los pájaros gigantescos, sobre los que Sadeur les ofrece un digno experimento de domesticación, con la diferencia de que los australianos son víctimas de sus esporádicos ataques, mientras que el simple establecimiento pacífico de los fondinos en un islote, que ni siquiera se encuentra dentro del territorio simbólico de los australes, provoca de inmediato su matanza. La isla es completamente arrasada, sin que quede ningún vestigio de sus efímeros pobladores, y lo mismo ocurre con las embarcaciones abandonadas, toda vez muertos sus navegantes, sin que ofrezcan el menor atisbo de curiosidad para los aborígenes.

6. ***DEUS INEFFABILIS***

Inevitablemente, los pueblos exóticos, utópicos o no, debían poseer su propia y particular religión. Durante los siglos XVI y XVII, se trataba del capítulo más peligroso de todas las narraciones de viajes: si lo referente a las costumbres o la organización social, más o menos extravagantes, sirve para confrontarlas con las europeas, humillándolas y reduciéndolas a un simple hábito inveterado sin más fundamento que su antigüedad, no ocurre lo mismo con la

[139] *D'un enfant monstrueux*. *Essais*, Livre II, §xxx.

descripción de las religiones. La religión "verdadera", ya sea de obediencia romana o reformada, no tolera su relativización. Como vimos en el caso del *Reino de Antangil*, cuya inclusión en un volumen dedicado a los utopistas libertinos se justificó por parte de Lachèvre situando en la Reforma el origen de toda desviación político-moral, el sistema político perfecto era anterior a la instauración del Cristianismo: la fe cristiana, completamente ortodoxa y revelada desde sus orígenes por el apóstol Tomás, era independiente de los valores en los que se fundamentó la paz social en el continente austral cuando aún reinaba en el país el paganismo. Algo parecido había inventado ya Bacon, esta vez atribuyendo la cristianización de *Nova Atlantis* a otro apóstol, Bartolomé, pero haciendo descansar el bienestar de sus habitantes en el dominio técnico de la naturaleza. En cambio, en la *Utopía*, More hacía solidarias la religión natural precristiana y la organización político-social de la isla:

> *‹‹ A ojos de un hombre del s. XVI, este lazo se da por sobrentendido. Sólo que, entre los utopistas, se establece en un sentido inverso del que exige la ortodoxia: la fe no es la fuente del régimen social y político, sino su consagración a posteriori. ››"*[140]

En cualquier caso, antes o después de su constitución, todas las utopías renacentistas acababan por ser bautizadas. La *Ciudad del Sol* de Campanella[141] es, en este sentido, la que más pone de manifiesto las coincidencias y contradicciones entre una moral social natural y cualquier tipo de mandato o dogma, divino o revelado. La búsqueda de la felicidad en este mundo por medios estrictamente humanos y racionales choca inevitablemente con la naturaleza caída del hombre, que la reserva para el otro mundo más allá de la muerte y la deja en manos de un Dios trascendente al que sólo se accede por vías puramente religiosas. Pero la dicotomía entre Utopía y Salvación, que es la que se manifiesta en la oposición entre la moral eudemonista terrena y la soteriológica trascendente, se plantea incluso en el terreno religioso. Como aclara Crahay:

> *‹‹ Es imposible separar lo profano de lo sobrenatural para hacer de Campanella un precursor del deísmo funcional de Locke y del Siglo de las Luces. (...) [Campanella] ...opone continuamente religio innata, indita [religión innata, inefable] a religio addita, superaddita [religión añadida, sobreañadida], siendo esta última fruto de la oportunidad social y política. Y como corolario: Religio, quae naturali politiae contradictit, retineri non debet... Deus non dat suis legem contrariam suis [la religión que contradice el orden político natural no debe mantenerse... Dios no otorga leyes contrarias a sí mismo]. ››*[142]

Dios, Naturaleza, Razón... Medio siglo más tarde, los tres conceptos han ido cambiando su sentido y articulación. Hablamos de una época en la que todos los caminos del pensamiento

---

[140] Roland CRAHAY, "L'utopie religieuse de Campanella." *Hommages à Marie Delcourt*. Bruselas, Latomus. Revue d'Études Latines, vol 114, 1970. Pág. 375.

[141] *"Ciudad del Sol"* (en latín, *Civitas Solis*) es una obra escrita por el fraile dominico italiano Tomás Campanella en 1602 durante su estancia en la cárcel de Nápoles por haber promovido un intento de insurrección en Calabria en 1599 contra la Corona española «prometiendo a los que le siguieran una república comunista fundada en la concordia y en el amor». Junto con la Utopía de Tomás Moro - que influyó en Campanella a través de la utopía *El mundo prudente e insensato* (1552) de Anton Francesco Doni, *Ciudad del Sol* constituye la obra utópica más importante de los inicios de la Edad Moderna, y al igual que *Utopía* se inspira en la *La República* de Platón, pero no toma como referencia el humanismo de Erasmo, como hace Moro, sino el misticismo milenarista medieval. En este sentido, *La Ciudad del Sol*, como ha señalado Jacques Droz, «es a la vez una obra teocrática y comunista». Por otro lado, también se percibe la influencia del filósofo racionalista y naturalista Bernardino Telesio con quien se había educado Campanella.
Civitas Solis fue publicada en Frankfurt en 1623, cuando Campanella todavía seguía en prisión - sería liberado tres años después./ Cita de: Ciudad del Sol (utopía) - Wikipedia, la enciclopedia libre el 1.07.2023

[142] Roland CRAHAY, *loc. cit*., pp. 375 y 378.

(especialmente los desviados de la ortodoxia) conducían (peligrosamente) a Spìnoza. Ateos o deístas, libertinos mundanos o eruditos, todos recibían el estigma del atributo infamante de *spinozistas*. La publicación en 1670 del *Tratado teológico-politico* produce, según Verniére[143], una doble reacción: la primera de rechazo, entre los escrituristas y hermeneutas bíblicos, tanto judíos como cristianos, católicos o protestantes, quienes, aun aceptando la impronta racionalista dejada por Descartes, no supieron o no se atrevieron a dar el paso que Spinoza se atrevió a dar: expulsar del mundo lo maravilloso, todo lo que contradijera las leyes inmutables que la Naturaleza se dicta a sí misma desde la eternidad. En el aspecto teológico, esto hacía mella especialmente en dos aspectos fundamentales de las Escrituras: los milagros y las profecías. Pero al mismo tiempo, y paradójicamente en el terreno fantástico que permitía la literatura de ficción,

> *‹‹ ...distinguimos una influencia positiva [de Spinoza]. Ciertamente, no se trata de profesiones de fe ni de obras dogmáticas. Retomando el antiguo esquema libertino del viaje extraordinario, protegidos por la ficción y el perfume de la aventura, los deístas van a expatriar su doctrina, atribuyéndola a pueblos extraños y consiguiendo de ese modo rechazar su propia paternidad. ››*[144]

Volvemos, en definitiva, a la "treta" de la que hablaba Bayle. Esta vez la mediación es doble: aunque el protagonista, Sadeur, quede convencido en muchas ocasiones por los argumentos de su mentor, se limita a transmitirlos tácitamente, introduciendo de vez en cuando el paliativo (nunca expresado en voz alta) de la posible evangelización de los australianos. Sin embargo, por un lado, ante la profusión y la moda de los relatos de viajes, acrecentadas por el descubrimiento de América y del resto del mundo (en especial, las costas e islas del Pacífico asiático, así como el interior de África), cabe dudar que el lector medio tuviera la suficiente perspicacia para distinguir, al menos en una primera ojeada, entre los relatos de ficción y los informes verídicos; sobre todo, si tenemos en cuenta que los primeros copiaban lo más exactamente posible el esquema formal de los segundos: dedicatorias, abundancia de datos geográficos tomados de viajeros reales, discusión de esos mismos datos a partir de (ficticias) experiencias directas, informes detallados sobre la flora, la fauna y las poblaciones exóticas, etcétera. Y, en segundo lugar, la autoridad (de la que la persistente creencia en el continente austral es buena prueba) de que aún gozaban la geografía y la historia clásicas, que introducían subrepticiamente elementos fabulosos o fantásticos, hace que sólo algunos estudiosos especialmente escrupulosos o críticos se vayan decidiendo a desdeñar su parte falsa, contrastándola con el nuevo conocimiento empírico y racional del mundo. Para la gran mayoría (y no sólo la iletrada), el Sol seguía girando alrededor de la Tierra, que seguía siendo plana, incluso para muchos de los marineros y aventureros que se embarcaban y atravesaban los océanos siguiendo las coordenadas de Ptolomeo, como hace el propio Sadeur[145]. En cuanto a la población culta, que apenas comenzaba a entregarse a la lectura directa de la Biblia, o (en el bando católico) de las numerosas hagiografías y martirologios, no cabe otorgarles el *racionalismo* de los griegos clásicos con sus propios mitos, ni el humor con el que el mismo Diodoro se enfrentaba a las novelas de aventuras helenísticas.

Aunque fuera tan sólo entre una minoría, la revolución copernicana, junto con la corrección de la imagen y las dimensiones del mundo que aportaron los descubrimientos, iban

---

[143] Paul VERNIÈRE, *Spinoza et la pensée française avant la Révolution*. [s.l.: Paris], P.U.F., [s.d.: 1954]. Págs.. 214-215.

[144] Íb., p. 215. Vernière da como ejemplos de este "spinozismo literario" al propio Foigny y *Los Sevarambos* de Veirás, minimizando esta vez, frente a la lectura de Lachèvre, la influencia de Cyrano de Bergerac.

[145] V. Cap. IV, pág. 21 y Cap. XIV, pág. 73.

sin embargo minando poco a poco los modelos geográficos clásicos. Pero esto mismo estaba ocurriendo con la otra gran fuente de la cosmología y la historia occidentales: la literatura bíblica. Sólo que esta vez la autoridad no la otorgaba solamente su prestigiosa antigüedad. La Autoridad, con mayúsculas e incluyendo su sentido literal de 'autoría', provenía de Dios, que no sólo era el garante absoluto del devenir y el mapa del mundo, sino el fundamento ético-político actual del orden social. Es difícil de aceptar y precisar hasta qué punto, en el siglo cartesiano por excelencia, estaban aún mezcladas la ficción y la realidad, junto con sus correspondientes epistemológicos, la imaginación y la experiencia. La Europa de las guerras de religión estaba aún llena de brujas y demonios, de posesiones y milagros, es decir: de temas utópicos que se practicaban en la vida diaria bajo un sentido teocrático. Es, pues lógico que las Utopías buscaran otros derroteros, si bien utópicos, que sirvieran de contrario a las religiones impuestas.

7. **CADUCIDAD Y PESIMISMO**

Destino ciego, sin sentido, pero funesto: "fatal", haciendo honor, tanto a su origen, como al uso derivado y habitual, negativo, del término. La creencia en el destino se repite hasta la obsesión / machaconamente en la novela[146]. Como en los castigos titánicos, Sadeur está forzado a morir, una y otra vez, a la vez que a salvarse en el último instante, sin que en ninguno de ambos casos intervenga para nada su voluntad. Su indiferencia por la vida no se parece en nada al desprecio que sienten hacia ella los aborígenes: está condenado a seguir vivo, aunque sea a costa de la muerte de los otros, del mismo modo que lo está a verse acechado de continuo por la muerte; y ni puede ni quiere hacer nada para favorecer ni evitar una cosa ni la otra. Como en todas las novelas de aventuras, los elementos se le enfrentan amenazadores, pero a esto se añade el abandono a ese destino, que hace que Sadeur aparezca siempre movido desde fuera, pasivo como una marioneta, sin apenas decisiones propias. Las pocas veces que parece elegir[147] lo hace enfrentándose a los que lo rodean y ocultando sus razones que, probablemente, no sabría explicar. Salva su vida varias veces, pero ni él mismo sabe qué lo impulsa en esos casos a actuar, a no ser "... más por un esfuerzo instintivo y natural que por razonamiento o deliberación."[148] Tan convencido está de su fatalidad que no resulta sorprendente, valga la redundancia, que no se sorprenda ante las razones de los australianos para anhelar la muerte. Además de la androginia, Sadeur parece compartir con ellos ese "melancólico" desapego por la vida[149].

Cabe aquí recordar la afirmación del P. Garasse (1584-1631), según la cual, la creencia en el destino es a la vez la consecuencia y la madre de todas las demás proposiciones libertinas[150]. Garasse, aprovechando la ocasión para identificarla con la idea calvinista de predestinación, nos da la clave inmoralista de esta formulación de la clásica *ananké*:

> *‹‹ Dado que el destino gobierna todas las cosas, o bien yo mismo estoy predestinado [a la salvación], o bien estoy condenado. Si estoy predestinado, no importa cómo viva,*

[146] V. pp. 9, 11, 12, 17, 20, 30...

[147] El viaje por tierra para acompañar al ...., la huída de la Tierra Austral)

[148] Cap. III, p. 16.

[149] Entre otros ejemplos, cfr. Cap. II, pp. 12, 16, 18 y 20; Cap. IV, p. [primer párrafo]

[150] François GARASSE, *Doctrine curieuse des beaux esprits de ce temps, ou prétendus tels, contenant plusieurs maximes pernicieuses à la religion, à l'Estat et aux bonnes mœurs, combattue et renversée par le père F. Garassus.* S. Chappelet, Paris 1623. Gregg International, Farnborough 1971. Pag. 381. Y otras

bien o mal, ya que seré salvado necesariamente. Si estoy condenado, es necesario que muera, por muchas buenas obras que lleve a cabo. Por tanto, se sigue de aquí esta consecuencia: que me entregue a todos los placeres, sin preocuparme de ninguna otra cosa. ››[151]

Una versión particular de esta doctrina "de esos filosofos cortesanos y los nuevos académicos de la taberna", en palabras del mismo Garasse[152], es la que hace depender todo el curso de nuestra vida del momento de nuestro nacimiento.

La novela comienza y termina con la muerte: la de los padres de Sadeur, al principio, y más tarde, los tripulantes de las naves que van recogiendo a Sadeur también acaban ahogándose o desapareciendo poco a poco, cumpliéndose así la *maldición* que Sadeur previó desde que conoció la noticia de su primer naufragio: estaba condenado a hacer morir a los otros a cambio de salvar su vida. Entre tantas muertes, el suicidio previsto del mentor de Sadeur provoca, gracias a la ingesta voluntaria del fruto del reposo, el único momento en que los aborígenes australes se permiten entregarse a esa única pasión que detiene y desborda su estricta racionalidad: la risa (danzas de los australianos; risa del árbol del reposo y ausencia de cantos y de bailes...). Aparte de la androginia y la obsesión por el destino, la caducidad y el carácter efímero de los seres vivos es un tercer *Leitmotiv* que da ese tono de tristeza característico a todo el relato. En el Congo, Sadeur descubre frutos exquisitos en estado de madurez, pero que se corrompen a poco de recogerlos, lo que hace imposible almacenarlos [impidiendo esa otra obsesión del personaje, que le sirve para justificar, de la única manera racional, sus descubrimientos: el aprovechamiento por sus compatriotas septentrionales; su aprovechamiento como mercancía en este caso, un concepto este último "monstruoso" o incluso incomprensible para los australianos; es por esto por lo que, siempre que se le viene a la mente, lo mantiene en silencio..]. Lo mismo les ocurre a los corderos multicolores, que pierden todo su colorido una vez muertos. En cuanto a los australianos, ya hemos visto que su deseo de morir proviene paradójicamente del hecho de saberse mortales, algo que, por cierto, los distingue una vez más de la primera pareja del *Génesis*, que no degustó del fruto del árbol de la vida, pero que no se supo mortal hasta después del pecado y la expulsión del Paraíso. Además, los extravagantes experimentos de los australes tampoco duran... ni vuelven a repetirse, aunque sus procedimientos se conserven cuidadosamente.

El desprecio de los australianos por la vida animal, se transforma en horror cuando se trata de esos animales aparentemente humanos que son los fondinos y, en vergüenza, cuando ellos mismos realizan algunas actividades que, inevitablemente, los acerca a la animalidad (comer, defecar, dormir, e incluso engendrar). Aunque su completa humanidad, o racionalidad, los llena de orgullo cuando se comparan con los semi-hombres, no es suficiente para evitar esa continua melancolía, debida al carácter pasajero de su propia existencia. La brevedad de la vida sólo tiene sentido en comparación con la inmortalidad; pero ésta a su vez se desvaloriza frente a la eternidad, un privilegio que sólo corresponde (en esto están de acuerdo maestro y discípulo) al Haab. Aunque no se pueda hablar de él, al anciano se le escapan unas palabras de reproche al Ser supremo que, premonitoriamente y salvando las distancias, nos recuerdan las de Guyau:

‹‹ ...esta eternidad, que nos resulta envidiable, constituiría tal vez la mayor de las tristezas, ya que la oposición entre nosotros y lo que nos rodea sería mayor y el

---

[151] Íb., p. 355.

[152] Íb., p. 371.

desgarramiento sería perpetuo. El dios de las religiones que, siendo eterno, se representa a los otros seres movidos por el tiempo, no podría consistir más que en la suprema indiferencia o la suprema desesperación, en la consumación de la monstruosidad moral o de la desdicha. ››[153]

Algo de ambas encontramos en los "adoradores" del Haab, anudadas con su temporalidad. La primera, la "monstruosidad moral", la descargan en los otros, los verdaderos monstruos; a la vez que la proyectan en ellos, alcanzando así esa "suprema indiferencia" que mantienen en sus luchas contra los semi-hombres. Pero su ensimismamiento no los libra de la segunda, la desdicha, precisamente porque los australianos, a diferencia de su Dios, son y se saben efímeros. A falta de datos, y aunque pueda resultar tan arriesgada e incierta como la fuente que Bayle nos da para los andróginos de Foigny, la que se refiere al pesimismo de éstos podría tener relación con la publicación en 1675 (un año antes que *La Terre Australe connue*), de la que sería la última obra científica del gran entomólogo Jan Swammerdam: la dedicada a la historia natural y la anatomía de la mosca *Efímera*[154]. En el Continente Austral no hay insectos, y los indígenas sonríen y no acaban de creer en su existencia, aunque el motivo de la burla sea su extrema pequeñez[155]: ¡Cómo habrían reaccionado ante su corta vida! El autor de la *Historia de los insectos*[156] abandonó su *indigno* objeto de estudio para dedicarse a la contemplación de su extremo opuesto: la divinidad. Un Dios inmenso y más que inmortal, eterno, ocupó el lugar de una criatura diminuta, insignificante y efímera como una mosca. Y este cambio radical del objeto de sus meditaciones le fue aconsejado, precisamente, por la misma Antoinette Bourignon[157], con quien inició su relación epistolar en 1673 y a la que conoció personalmente un año después en Schleswig. En esas fechas, Bourignon se había establecido en Hamburgo, redactando siempre de manera incansable y siempre con la amenaza de los censores, esta vez reformados, y de las propias autoridades de la ciudad libre, lo que la forzó, tras haber desaparecido durante unos meses ante el acoso de los magistrados que la acusaban de herejía, a trasladarse en 1677 a Ostfriesland, bajo la protección de un noble y seguidor de sus doctrinas[158]. En cuanto a Swammerdam, que era amigo de Sténo y de Thévenot a quien dedicó su trabajo de doctorado sobre la respiración, estableció la homología entre los diferentes estadios de la metamorfosis de los insectos, siguiendo la teoría preformista. El *preformismo* y, por consiguiente, Swammerdam, considera el desarrollo del embrión a partir de un homúnculo, tesis que se impone por encima del epigenetismo de Descartes al comenzar a utilizarse el microscopio. Este aparato reveló la existencia de espermatozoides, llamados *animálculos,* cuyo crecimiento daría lugar al desarrollo completo del organismo. Unido a la aplicación del cálculo integral, se pudo suponer que la materia era divisible hasta el infinito y,

---

[153] Jean-Marie GUYAU, *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction.* París, Librairie Félix Alcan, 1928; 6ª ed., p. 28.

[154] Para la versión en holandés:... Sólo X años más tarde se publicó la traducción al inglés:... En ésta, se suprimen...

[155] Cap. IV, p. 25; X, p. 53.

[156] Jan SWAMMERDAM, *Biblia naturae, sive historia insectorum in classes certas redacta;* Leyden, Severinus & Vander, 1738.

[157] Cfr, Alex R. MACEWEN, *Antoinette Bourignon, quietist*. Londres, Hodder and Stoughton, 1910; pp. 170-172.

[158] Alex R. MACEWEN, *loc. cit.*, p. 171. Por cierto, la errabunda reformadora católica fue también en cierto modo un monstruo: vio la luz afectada por un caso grave de labio leporino, lo cual hizo que sus padres dudaran hasta el último momento entre mantenerla con vida o dejarla morir (íb., p. 26).

por tanto, las estructuras orgánicas divisibles más pequeñas (como los insectos) eran estructuras orgánicas infinitas.

8. LA PELIGROSA DOCTRINA

Si damos fe a Escoto Erígena[159], Adán no habría pasado ni un segundo en el Paraíso: no tuvo tiempo de disfrutarlo. En caso contrario, no se habría producido la caída, que fue casi inmediata, una necesidad lógica más que una desviación moral libremente elegida. Los australianos, en cambio, tienen mucho tiempo, más del que dispondrían los septentrionales, para contemplar y detenerse a pensar en ese país perfecto que les ha tocado en suerte. Sin enfermedades, con el alimento al alcance de la mano, y con un único motivo de preocupación, sus guerras, que más bien les sirven de entretenimiento, no tienen en cambio la opción de pecar: no pueden renunciar a su paraíso. Tampoco había distinción de sexos en el Hombre primordial, según el irlandés[160]. Reducido o [extendido] a una categoría metafísica, no tenía necesidad de "crecer y multiplicarse", hasta que, en el mismo momento en que lo puso en práctica, conoció el mal, ese inoportuno elemento que descompone todos los sistemas filosóficos.

9. UNA UTOPÍA TRUNCADA

A pesar de su larga convivencia con el pueblo austral (es decir, de esa "fuerza de la costumbre", que explicaba la ausencia de pudor entre los Tupinambos), de las bondades de la tierra y de la óptima organización de sus habitantes, Sadeur no llega a ser feliz en la Tierra Austral.[161] Aunque no acuda durante toda esa parte central del relato a sus habituales angustias, consustanciales a su personalidad, se mantiene continuamente atenazado por el miedo a ser descubierto en su naturaleza monstruosa. Ni siquiera las enseñanzas racionales del anciano han servido para insertarlo como uno más entre sus hermanos. Sigue siendo algo peor que un extraño: un monstruo. Los australianos no dejan de desconfiar de él, aunque viva en un continuo disimulo, siguiendo el consejo que le da desde el principio su protector que está convencido, hasta la hora de su muerte, de la monstruosidad de Sadeur. Pero los australianos tampoco son felices. Lachèvre nos ofrece, como resumen final de su Introducción a Gabriel de Foigny[162], esta triste metáfora de su utopía austral, debida al mismo Gabriel Chinard:

> *"Este monje renegado, convertido al protestantismo, con la cabeza llena de las leyendas sobre los Hiperbóreos de las distintas Imágenes del Mundo, de extrañas ensoñaciones científicas, prestadas sin duda por la Nova Atlantis de Bacon, así como de teorías materialistas, no ha conseguido, a pesar de todos sus esfuerzos, más que presentarnos la*

[159] *De divisione naturae*, II,25; IV, 15.

[160] Íb., ¿V, 20; II, 6; IV, 7; II, 9?

[161] Por un lado, la naturaleza apátrida del viajero se opone a la fijación a la tierra de los aborígenes: ver: La Mothe, Opúscules, *De la Patrie & des Estrangers...*: escepticismo: rechazo por los hábitos, las tradiciones, etc...cita p. 152

[162] Frèderick Lachèvre, op. cit, pp.18-19.

imagen de una sociedad comunista de filósofos epicureístas, que no es otra cosa que un convento del que habría desaparecido la religión." [163]

Aunque resulte ingeniosa, esta analogía está repleta de equívocos, empezando por la conversión de Foigny, quien ya vimos que no tuvo ningún problema en marrar de una confesión a otra para sobrevivir: la imagen que nos deja la magra biografía del autor es más bien la de un consumado *afranchi* de la religión, un "libertino" de pies a cabeza. Por otro lado, es cierto que la vida cotidiana de los australianos, ordenada hasta el último detalle, nos recuerda a la de un claustro. La metáfora del claustro resulta sugerente, pero ¿de filósofos "epicureístas"? El anciano, sin negarla del todo, condena la hipótesis corpuscular, aunque sea más por razones religiosas que estrictamente metafísicas[164]. Si pasamos a la parte moral de la doctrina de Epicuro, carentes de pasiones, tanto particulares (la glotonería [*gourmandisse*] o el deseo erótico) como sociales (la envidia o el ansia de poder), los australianos han perdido cualquier motivo para seguir viviendo. El argumento que aducen para no morir y seguir reproduciéndose, que equivale al pacto social que debe aparecer en toda utopía como su propio momento fundacional, no deja de ser un razonamiento circular y viciado, poco o nada convincente: *hay que seguir vivos* individualmente *para seguir vivos* como grupo; y lo segundo, sólo por los mismos motivos que el sabio mentor acaba de desmontar con su discurso y que no poseen la fuerza suficiente como para hacerles desear la vida: *[Y tanto es así, que nuestro país comenzó a estar desierto, por lo que se buscaron razones para convencer a los que aún sobrevivían de que permanecieran con vida durante algún tiempo. Los convencieron de que una tierra tan hermosa y grande no debía convertirse en algo inútil. Que constituíamos un ornato de este universo y que debíamos complacer al primer Soberano de todas las maneras posibles*.(p. 43)].

Las perfecciones de la sociedad austral de Foigny, similares a las que soñaban los misioneros para los indios antillanos (la extrema bondad de su geografía, la salud perfecta de sus cuerpos, o la limitada manifestación de una violencia siempre necesaria, pero volcada al exterior), no bastan para constituirla en utopía.

En cuanto al "comunismo", entendido en el sentido ingenuo, a la vez que cristiano, que tenía para un hombre del s. XVII, es decir, como simple reparto de los bienes materiales y una posterior comunidad de bienes, los australianos no lo necesitan. Todos y cada uno de ellos poseen todo lo que precisan, no tienen que producir nada para su subsistencia y no entienden siquiera lo que significa la acumulación[165]. En contra, la propiedad de los hijos, así como la subordinación de la mujer al hombre, otros dos elementos cuestionables por una sociedad comunista, son simplemente algo ininteligible, y ello está ligado a su propia naturaleza biológica. En lo referente a la educación común y universal, resulta de la identidad racional de los individuos australianos. No posee, por tanto, la novela de Foigny ninguna propuesta de reorganización, partiendo desde cero, que supla un estado anterior de desorden social, como es

---

[163] [204:205] Gilbert CHINARD, op. cit., p. 205. Citado por LACHÈVRE, íb., p. No resulta casual que Chinard utilice, para referirse a Foigny, un apelativo similar, *moine défroqué* ('monje renegado') al que usa Bayle cuando descubre la identidad del denigrado autor, en la memoria enviada desde Ginebra: "*On y trouvera qu'un cordelier défroqué est l'auteur de ce prétendu voyage de la Terre Australe*" ('nos encontramos con que un franciscano renegado resulta ser el autor de este presunto viaje a la Tierra Austral', *loc. cit.*, p. 8). A partir de la descripción de Bayle, se repetirán inseparablemente estos dos epítetos, *moine defroqué* y *libertin*, como definiciones proverbiales de la personalidad de Foigny.

[164] Cap. VI, p. 36.

[165] La "avaricia" de la que se habla en la pág. 33. En cuanto a la superfluidad de la "producción", basta observar el carácter inútil de la mayor parte de sus descubrimientos .

el caso de la *República* platónica. La generosa naturaleza de sus tierras está en el origen de su modo de alimentación, el cual, unido a la ausencia de pasiones, es la causa de su salud perfecta, evitando a la vez la necesidad de organizar el trabajo productivo. Las actividades de los australianos se agotarían en su carácter lúdico[166], si no fuera por su naturaleza forzada y el origen funesto de su insttituón como imperativo. El autor habría sin duda oído hablar de la herejía anabaptista o valdense, que provocó la matanza de campesinos de Münster y que se basaba en dos postulados: la comunidad de bienes y de mujeres. La primera no es necesaria entre los australianos: la naturaleza les otorga por igual todos los bienes que puedan necesitar para su subsistencia, la única posible desde el momento que la Razón les hace conocer la superfluidad de los "bienes" superfluos. Y la segunda no tiene sentido, debido a su androginia... No hay nada que compartir (ni posesiones sexuales ni bienes materiales). Los australianos son idénticos unos a otros: no cabe la envidia, ni la jerarquía social, etc. El único "deber" (aunque pueda venir acompañado por el beneficio del placer) se fundamenta en ese pacto de reparticipon por igual. [167]

¿Se trata acaso de su contrario, de una utopía negativa? Más bien, siguiendo la clasificación que nos da Mumford del género[168], su enfrentamiento con la sociedad real (la de

---

[166] Aunque sea por los pelos, podríamos encontrar una expresión de este "aprender jugando" en el otro libro de Foigny: *Jeu royal de la langue latine..., par* Gabriel de Foigny, Lyon, [s.e.: Chez la veſve Coral & Th. Amavlry], 1676.

[167] La doctrina cristiana también hace hincapié en el reparto de los bienes materiales: a lo largo de los siglos, la noción de una sociedad igualitaria en la que no exista la propiedad privada, supuesta fuente de todos los vicios, se ha repetido tanto en la obra de los reformadores cristianos como en ciertas herejías, en particular durante el Renacimiento en las corrientes del anabaptismo. Las comunidades establecidas en Moravia, siguiendo los pasos de los Hermanos Moravos, practicaban la fraternidad comunitaria y no poseían nada propio. Durante la guerra de los campesinos alemanes, el sacerdote itinerante Thomas Münzer, ideólogo milenarista, levantó un ejército de campesinos y propugnó la creación de "comunidades de santos" donde todo se compartiría. Derrotado militarmente, fue ejecutado en 1525. El milenarismo igualitario reapareció en la década siguiente, con el movimiento anabaptista liderado por Jan Matthijs y luego por su discípulo Juan de Leiden. Inspirados por las ideas de Münzer, los anabaptistas dirigieron un régimen teocrático e igualitario en Münster desde 1534 hasta su aplastamiento en 1536, basado en la comunidad universal de bienes y personas y que incluía la práctica de la poligamia.

Desde el punto de vista de las ideas, la escuela utópica de pensamiento, que se desarrolló a partir del Renacimiento, expresaba la crítica social mediante la descripción de sociedades ficticias, ideales y armoniosas, en las que la igualdad perfecta se habría alcanzado generalmente mediante la desaparición de la noción de propiedad. En 1516, el filósofo y teólogo Tomás Moro escribió el libro Utopía, modelo en su género, en el que describía una isla donde reinarían la armonía social y el reparto de los bienes materiales. En 1602, el monje Tommaso Campanella publicó La Ciudad del Sol, que describe una ciudad ideal basada en la igualdad universal, donde no existiría la propiedad y la familia sería sustituida por un sistema educativo comunitario. Las obras de Moro y Campanella, fundadores del movimiento utópico, estaban claramente inspiradas en La República de Platón. Posteriormente, el imaginario utópico siguió alimentando una crítica radical de la propiedad privada, presente en diversos grados en las obras de los autores de la Ilustración: en Francia, el cura Meslier, Morelly y Dom Deschamps expusieron algunos de los principios e ideales de igualdad y armonía social, retomados más tarde por el socialismo y el comunismo. En Gran Bretaña, William Godwin, cuyas ideas estaban impregnadas de un ascetismo a la vez puritano e individualista, sentó las bases de una forma de "comunismo anarquista" al preconizar una organización social sin Estado ni gobierno.

[168] Lewis Mumford (1895 - 1990), nacido en Nueva York, fue un sociólogo, historiador, filósofo de la tecnociencia, filólogo y urbanista. Se ocupó, con una visión histórica y regionalista, de la técnica, la ciudad y el territorio. Destacan en particular sus análisis sobre utopía y ciudad Jardín, aunque tienen mayor resonancia sus obras interdisciplinares, así *El mito de la máquina*. En su libro, *The Story of Utopias* de1922, Mumford distingue

los septentrionales y los fondinos, la del propio Sadeur) no sirve para convertirla en una "utopía de deconstrucción"... pero tampoco en una "de escape".

Ausencia de pasiones, motivo puramente negativo para seguir viviendo, etc. ... La utopía austral se declara como imposible desde el principio, simplemente por la dependencia de sus cualidades del factor biológico de la androginia. Y volviendo a Mumford, este no tiene en cuenta, a la hora de clasificar las utopías (según el tipo antropológico y social en el que nacen), una tercera función: las utopías que podemos llamar "de reflejo"; son utopías "negativas" que describen la sociedad real (tal como la viven los hombres "de escape", los que creen que viven en el único mundo posible) que, a su vez, resultan serlo (negativas) por oponérseles otra utopía, positiva o simplemente diferente que no sólo relativiza la primera, sino que la desmonta para reconstruirla, a partir su confrontación con el contramodelo pensado expresamente para ello, destacando su partes más frágiles y contrarias a la Razón o a la Naturaleza. Funcionan las segundas, simplemente imaginadas, como la *epojé* de los fundamentos teóricos de la sociedad real, a los que desnudan de su pátina de credibilidad. Este tipo de utopía puede desembocar o no, a la hora de la práctica, en una "utopía de reconstrucción"; pero en todo caso, e independientemente de la intención original de su autor (que puede tratarla como una simple burla literaria o un ejercicio de retórica escéptica), contribuye a la primera fase de esta última, la meramente "deconstructiva".

Y he aquí que Foigny incluye una segunda utopía haciendo viajar a Sadeur a ese segundo lugar misterioso, que se nos presenta como una nueva utopía en ciernes, tal vez más feliz que la austral. Desde un punto de vista literario, una vez más, esa extraña interrupción "estropea" la linealidad del relato. El único lazo con la experiencia vivida por nuestro viajero entre los australianos, forzando mucho la relación, radica en la inesperada alusión al magnetismo[169]: ¿Es ésta la misma doctrina que el *mentor* austral le explica a Sadeur al final de la obra?

Los que se embarcan hacia las utopías van lejos, sin saber hacia dónde, pero terminan por volver a su lugar de origen y no regresan a ellas. A Ulises fueron los dioses los que le tendieron la trampa - contra la que no pudo su proverbial astucia - de hacerlo recalar en Feacia después de haber renunciado a la verdadera utopía. Aislado del mundo, Odiseo habría alcanzado junto a Calipso la felicidad de los andróginos de Platón, esta vez adornada con el beneficio de la inmortalidad. Nausicaa lo acoge sin pasado aparente, sin historias: desnudo, como los salvajes antillanos o los australianos de Foigny que acogieron a Sadeur a su llegada al continente austral. Los feacios le ofrecen a Ulises la única utopía posible... en esta tierra. Pero el empeño en regresar a su punto de partida, a cambio tan sólo de esa versión espuria de la inmortalidad (tal es la fama), no se justifica con su primera noche junto a Penélope tras su aventura, aunque los dioses la alargasen prodigiosamente, no obstante, sin llegar a hacerla inmortal y mucho menos eterna: ¿tal vez fue ésta la última trampa de los *Inmortales*? Al cabo amaneció, y el héroe tuvo que limitarse, como los *cuentistas* de nuestros relatos utópicos, a contar su odisea, más o menos retocada o incluso inventada para hacerla más interesante a su auditorio. La matanza de los pretendientes, como las guerras esporádicas de los australianos, sirve quizás para introducir, en la monótona vida cotidiana que espera a Ulises tras su regreso, un elemento heroico que, sin embargo, no alcanza a situarse al mismo nivel que su odisea

---

entre utopías de evasión y utopías de reconstrucción. Las utopías de evasión atienden a la necesidad de regresar a nuestros orígenes, a la isla maravillosa, cuando la sociedad que nos rodea nos atosiga y no podemos adaptarnos a ella. Como contrapuesto, están las utopías de reconstrucción que, aunque suponen también una huida, pero no para ocultarse o fugarse del entorno real, sino para acondicionarlo. Son, por tanto, positivas porque suponen un avance tanto tecnológico como social.

[169] Se trata del magnetismo espiritual que se puso de moda ya con Paracelsus y que busca la curación de la persona a través de campos magnéticos espirituales, atracción personal o territorial.

semifabulosa: sus enemigos ya no son monstruos, sino simples mortales. [Los enemigos de los australianos son siempre inferiores a ellos, y de ahí que sus batallas carezcan de la grandeza suficiente para convertirse en proeza.]

Jacques Sadeur no tiene adónde regresar ni con quien compartir, aunque sólo sea el resumen de sus memorias: *"Y aunque no tenga medio alguno de enviarlo a mi país, y no veo probable que pueda regresar a él, pienso sin embargo que no puedo hacer nada mejor que dejarlo por escrito, rememorándolo así más a menudo para mi propia satisfacción particular."*

Por eso, lo que podría resultar en principio un fallo literario adquiere significado: sus viajes se interrumpen con un relato marginal que carece de conclusión, y su protagonista regresa, o más bien permanece en ese "no-lugar", el Océano, que fue el de su nacimiento. En palabras del propio Sadeur, *"... presagio demasiado certero de las desdichas que me perturbarían durante el resto de mi vida":* que seguirán perturbando, a falta de sus memorias truncadas, la imaginación de sus lectores.

La **circularidad** narcisista del deseo andrógino culmina, en su versión más corporal, con una *simple* masturbación[170]: a falta del erotismo *compuesto*, el autoerotismo se ve condenado a impedir cualquier tipo de generación y descendencia. Lo mismo ocurre con los "hombres Gloriosos" de Bourignon, espejo de los hombres inspirados en esta vida, célibes y refractarios siempre al matrimonio como la propia visionaria. El círculo completo de la utopía, que significaría el retorno a la utopía vivida - y abusando de la metáfora geométrica - es más que un segmento de la esfera que formaban los dobles seres, andróginos o no, del discurso de Aristófanes: lo podemos rodear siguiendo la circunferencia, en cuyo caso cualquier punto es indistintamente el de salida y el de retorno; o si lo atravesamos en segmento, como parece sugerirnos la geometría curva, siempre alcanzaremos sus bordes, el límite monótono de nuestro viaje: Ulises regresa solo, habiendo perdido a todos sus tripulantes; su felicidad junto a la ninfa lo habría separado de esa otra compañía que es la vida del grupo, la vida en sociedad. Lo mismo le sucede a Jacques Sadeur que va perdiendo a sus compañeros de viaje en sus sucesivos naufragios. [Rechazo de los otros, en este caso sus semejantes septentrionales, ante su rareza genital primero y, más tarde, ante su obsesión y sus miedos irracionales...]. Lo mismo les ocurre tanto a los australianos como a los seres esféricos de Platón: su perfección los hace ensimismados [podemos establecer otra analogía, aunque resulte algo forzada: los australes necesitan a los semihumanos como Ulises necesita a todos los seres monstruosos con los que se topa durante su regreso a Ítaca, así como a los pretendientes de Penélope, aunque sea, en ambos casos, para aniquilarlos]. Es decir, incluso dentro de la utopía necesitamos a los absolutamente "otros" para aniquilarlos, del otro.

La única pasión que mantienen los australianos es el orgullo. Se muestran reacios a mostrar sus (escasas) dependencias del cuerpo (la comida o el engendramiento) y siempre reticentes a hablar de ellas, ante la insaciable curiosidad de Sadeur. Su desprecio por las obligaciones corporales se traduce en el desprecio por su propia vida que se manifiesta en la sobrevaloración de sus acciones heroicas, manifestación a su vez de ese desprecio por la vida corporal… o, más bien, por la parte animal de sus cuerpos. Las dos únicas "debilidades" de Sadeur, que son de tipo erótico, se manifiestan como una prueba más (con peligro de su vida) de su carácter "incompleto" o monstruoso. Aparte de estos dos descuidos de Sadeur, la única manifestación de afecto vivida por el personaje, dejando atrás la que le manifestaron los nobles de Villafranca, es la que le ofrece el Urg. Una vez librado de los australianos, parece que el pájaro gigantesco le recordara a Sadeur, o recordara al lector, la mitad animal de su naturaleza

[170] [Bayle Dct. 1 Aaron-Amphytrion X N0050433_PDF_1_-1DM], p. 209; [Bibliotheca_magna_rabbinica_de_scriptoribus// Bartolocci_Giulio_bpt6k51176r], p. [319] (cit. Bayle), [319 ss.]

híbrida, “monstruosa” en palabras de aquéllos: [frente a la doblez de la androginia, signo de perfección, la de los septentrionales o fondinos, la de su carácter híbrido de hombre-animal lo rebaja en un doble sentido: no sólo es inferior por carencia de una perfección (uno de los dos sexos), sino por su mezcla con una naturaleza inferior.]

No podemos saber en qué ni en qué objeto pensaban los australianos durante sus reuniones en el Haab. Si admitimos la influencia spinozista, según la versión más temprana del Dios de Spinoza [panteísmo], sus secretos pensamientos servirían para justificar una vida sin deseos ni pasiones. El Haab es universal, pero no es comunicable. Su experiencia es siempre individual; sus mensajes inefables van dirigidos a cada “auditor”, como en el caso del Dios de Bourignon, y el único imperativo moral es seguir vivos y dejar descendencia.

Las construcciones, que ya están hechas (se supone que desde el mismo momento en que se decidió su “contrato social” para no extinguirse) no precisan más ocupaciones: de aquí el carácter superfluo, impuesto, de sus actividades y expresan toda la (escasa) complejidad de su organización social. Foigny vuelve con sus mismas convicciones religiosas y sus certezas confirmadas e incluso extendidas al límite, pues Sadeur es un monstruo, tanto para los septentrionales como para los australianos, andróginos como él.

Si comparamos el viaje de Sadeur con otros predecesores del siglo XVI, encontramos dos predecesores bien conocidos[171]: la *Utopía* de Thomas More y el *Pantagruel* de Rabelais (en particular el Libro V). Nadie estaba llamado a creer, mediante una introducción de detalles circunstanciales convincentes, que la deliciosa fantasía de More era la descripción de un verdadero país. La *Isle Sonante* y el *Pays de Lanternois* deben haber parecido probablemente creaciones fantásticas de Rabelais para sus contemporáneos. En ambos casos encontramos ciertamente una reminiscencia de los recientes descubrimientos de ultramar, pero lejos del realismo detallado y cuidadosamente convincente puesto que no pretenden hacer creer al lector su veracidad; pero ambos recurren a los datos de viajes para afectar cierto “realismo [de manera filosófica y mediante el humor respectivo]: Y es que, la diferencia principal entre un *viaje extraordinario*, como género, y, por ejemplo, la *Utopía* de More o los *Voyages* de Cyrano de Bergerac, radica en el tratamiento realista de los *viajes extraordinarios*.

La falta de conclusión de la novela puede ser interpretada de varias formas: como un fallo literario, dentro de las categorías del género en su momento; en sentido inverso, como un rasgo de modernidad; como un accidente motivado por razones extraliterarias; o, finalmente, como un elemento significativo para interpretar el sentido global del texto.

[171] Atkinson Voyages XVIIcoo1.ark__13960_t65438z2b-1495733874], p. [34 ss.

Bibliografía utilizada (Parte de ella)

d'ABBEVILLE, Claude (1590-1632), *Histoire de la mission des Pères capucins en l'isle de Maragnan et terres circonvoisines*... París, Impr. de François Huey, 1614. (Histoire de la mission des pères capucins en l'isle de Marignan et terres circonvoisines où est traicté des singularitez admirables & des moeurs merveilleuses des indiens habitans de ce pais ([Reprod.]) / par le R. P. Claude d'Abbeville, prédicateur capucin | Gallica (bnf.fr))

AGUSTÍN DE HIPONA (354-430), *De civitatis Dei* XVI 8, Microsoft Word - La Ciudad De Dios.doc (historicodigital.com)

ALTMEYER, Jean Jacques, (1804-1877) *Les précurseurs de la réforme aux Pays-Bas*, en: Les précurseurs de la réforme aux Pays-Bas : Altmeyer, J. J. (Jean Jacques), 1804-1877 : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

AMALRIC, (Amalarico, Amalrico, Amaury o Almeric) Arnaldo (1160 -1225) https://fr.wikipedia.org/wiki/Arnaud_Amaury

Archives historiques et littéraires du Nord de la France et du Midi de la Belgique, Valenciennes, 1854; Tomo 4, p. 331. Archives historiques et littéraires du nord de la France, et du midi de la Belgique / par MM. Aimé Leroy, le docteur Le Glay et Arthur Dinaux - 16 Jahre verfügbar - Gallica (bnf.fr)

ARISTÓTLES, (384- 322 a.C.)*Metafísica*, Wayback Machine (archive.org) y

> *De Caelo* Sobre el cielo (De Caelo) · Aristóteles · Español - [PDF] [ePub] [Kindle] (onemorelibrary.com)
>
> *Metereologica*, Works. Translated into English under the editorship of W.D. Ross : Aristotle : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

ATKINSON, Geoffroy (1892-1960), *Les relations de voyages du XVIIe siècle et l'évolution des idées : contribution à l'étude de la formation de l'esprit du XVIIIe siècle.*
En: Atkinson Voyages XVIIcoo1.ark__13960_t65438z2b-1495733874], p. [34 ss.]. Publicación de 1971.

BAYLE, Pierre (1647- 1706), *Dictionnaire historique et critique*, editado en Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1695-1697; 2ª éd., Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1702; 5ª ed. aumentada de la "Vie de Mr. Bayle" por Pierre Desmaizeaux, 4 vols., Rotterdam, chez Reiniers Leers, 1740.

BARTOLUCCI, Giulio (1613-1687), *Bibliotheca magna rabbinica de scriptoribus, et scriptis hebraicis, ordine alphabetico hebraicè, et latine digestis*, Roma, Ex Typographia Sacrae Congregationis Propaganda Fide, 1675.

BERGERAC, Cyrano de (1619-1655), *L'Autre Monde ou les États et Empires de la Lune et du Soleil*. Texte établi par Frédéric Lachèvre, Garnier, 1932 (p. T-325). L'Autre monde (Cyrano de Bergerac)/Texte entier - Wikisource

BLOCH, Isaac y LÉVY, Émile la *Histoire de la littérature juive* de (París, Ernest Leroux, 1901)

BOURIGNON, Antoinette (1616-1680) *Toutes les oeuvres de Mlle Antoinette Bourignon contenues en dix-neuf volumes*, H. Wetstein, Amsterdam 1686. Accesibles en http://www.prdl.org/author_view.php?a_id=2158

BROCHARD, Victor, (1848-1907) *Les sceptiques grecs*, Les sceptiques grecs : Brochard, Victor, 1848-1907 : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

BROWNE, Sir Thomas (1605-1682), *Religio medici*, (1642/1643, ambas en latín)). Publicación de1645 en inglés: *A true and full copy of that wich was most unperfectly and Surreptitiously printed before under the name of:* Religio Medici; [s.l.: Londres], Andrew Crooke, 1645. Formato digital de James Eason: j-eason@uchicago.edu, 2001.

CAMPANELLA, Tomasso (1568-1639), La ciudad del sol (*Civitas Solis)* 1623/ Ciudad del Sol (utopía) - Wikipedia, la enciclopedia libre el 1.07.2023

CHARRON, Pierre, (1541-1603), *De la Sagesse*; Seconde Edition Reveuë et Augmentée. Paris, Chez David Douceur, 1604. Neo-Stoicism | Internet Encyclopedia of Philosophy (utm.edu)

CHINARD, Gilbert (1881-1972**),** *L'Amérique et le rêve exotique dans la Littérature française au XVIIe et au XVIIIe siècle.* Paris, Librairie Hachette et Cie., 1913.

CICERÓN, Marco Tulio Cicerón (106 - 43 a .C.) *Republica* Biblioteca Digital Hispánica (bne.es)

COUSIN, Victor (1792-1867), *Oeuvres de Descartes*, ed. de, París, F. G. Levrault, 1825.

CRAHAY, Roland,(1915-1992) *"L'utopie religieuse de Campanella." Hommages à Marie Delcourt*. Bruselas, Latomus. Revue d'Études Latines, vol 114, 1970.

CRATES DE MALOS (180 a. C.-145 a. C.) Crates de Malos - Wikipedia, la enciclopedia libre/ 15.6.2023

DESCARTES, René (1596-1650), *Discurso del Método*, Discurso del método - Wikisource

Cartas a Elizabeth, Princesa palatina, Julio de 1644 y Mayo de 1646, en *Oeuvres de Descartes*, ed. de Victor Cousin, París, F. G. Levrault, 1825. En: Descartes- Correspondance avec Elisabeth (archive.org)

DINANT, David (1165-1214) en Bréchilet-Jourdain *Travaux littéraires et historiques de Charles-Marie-Gabriel Bréchillet-Jourdain* | Gallica (bnf.fr)

DIODORO SICULO (ca. 90 a ca. 30 a.C.), *Biblioteca Historica* . "Diodore de Sicile (0090?-0020? av. J.-C.)" | BnF Catalogue général - Bibliothèque nationale de France

ERIÚGENA (o ERÍGENA), Juan Escoto (c. 810-c. 877) en: *Histoire du panthéisme populaire au moyen âge et au XVIe siècle.. : thèse présentée à la Faculté de théologie protestante de Montauban…* / par Auguste Jundt,... | Gallica (bnf.fr)

De divisione naturae, De divisione naturae libri quinque : Erigena, Johannes Scotus, approximately 810-approximately 877 : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

EUSEBIO de Cesarea, (c. 263-30 / 339) *Praeparatio Evangelica, XII*, en: Mras, Karl. *Band 8, Teil 2 Die Praeparatio Evangelica, Teil 2: Die Bücher XI bis XV, Register*, Berlin, Boston: De Gruyter, 1956. https://doi.org/10.1515/9783112479681

FICINO, Marsilio (editor) (1433.1499), *Hermes Trismegistos, Pimander seu De postate et sapienta Dei.* Edición de Marsilio Ficino. Pimander, seu De postate et sapienta Dei ([Reprod.]) / [Hermès Trismégiste] ; [éd. Marsilio Ficino] | Gallica (bnf.fr) // Hermès Trismégiste - Wikisource

FOIGNY, Gabriel de, (1630.1692) *La Terre Australe connue. 1676*. La Terre australe connue (bnf.fr)

Jeu royal de la langue latine avec la facilité & l'élégance des langues latine & françoise. Veuve Coral et Th. Amaulry, Lyon 1676. Jeu royal de la langue latine avec la facilité & l'élégance des langues latine & françoise... / par Gabriel de Foigny | Gallica (bnf.fr)

GARASSE, François (1584-1631) *Doctrine curieuse des beaux esprits de ce temps, ou prétendus tels, contenant plusieurs maximes pernicieuses à la religion, à l'Estat et aux bonnes mœurs, combattue et renversée par le père F. Garassus.* S. Chappelet, Paris 1623. Gregg International, Farnborough 1971.

GARNIER, Charles Georges Thomas (1746-1795) *Voyages imaginaires, songes, visions et romans cabalistiques* (1787-1789) en .https://www.persee.fr/authority/231684.Iincluye 39 títulos enmarcados en diferentes secciones, todas relacionadas con el género fantástico. La lista completa de títulos la encontramos en la página de Gallica 65991-la-collection-des-voyages-imaginaires- Gallica Utopie (bnf.fr)

GONNEVILLE, Binot Palmier de (Siglo XV a XVI), *Campagne du navire l'*Espoir *de Honfleur (1503-1505). Relation authentique du voyage du Capitaine de Gonneville ès nouvelles terres des Indies, publiée intégralement pur la première fois, avec une introduction et des éclaircissements par M. D'Avezac.* Slatkine Reprints, Genève, 1971. Réimpression de l'édition de Paris, 1869.

GUYAU, Jean-Marie, (1854-1888) *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction.* París, Librairie Félix Alcan, 1928; 6ª ed., Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction - Wikisource

HAZARD, Paul (1878—1944), *La Crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, de 1935. http://classiques.uqac.ca/classiques/hazard_paul/crise_conscience_europe/hazard_crise.pdf

HERODOTO DE HALICARNASO (484-425 a.VC.), *Historiae*, Los nueve libros de la historia - Wikisource

Journal des Sçavans, Agosto, 1692, pp. 353-358. Le Journal des sçavans - 264 Jahre verfügbar - Gallica (bnf.fr)

LACHÈVRE, Frédéric (ed.) (1855-1943), *Les successeurs de Cyrano de Bergerac.* Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1922.

LA MOTHE LE VAYER, François de (1588-1672), *De la patrie et des étrangers et autres petits traités sceptiques*, ed. de Philippe-Joseph Salazar, Desjonquères, 2003.

LAROUSSE, Pierre (1817-1875), *Gramd dictionnaire universel du XIXe Siècle.* Paris, Administration du Grand dictionnaire universel, 1867; tome III; entrada *Censure*, p. 710.

LA PEYRÈRE, Isaac (1596-1676), *Systema theologicum ex prae Adamitarum hypothesi* y *Præadamitæ.* En: Dictionnaire de Théologie Catholique édition numérique gratuite (free.fr)

LE ROY, Louis, *Le Sympose de Platon, ou de l'amour et de beauté, traduit de Grec en François... par Loys le Roy, dit Regius*, Paris, Iehan Longis & Robert le Mangnyer, 1558. Le Sympose de Platon, ou de l'Amour et de beauté, traduit de grec en françois, avec trois livres de commentaires extraictz de toute philosophie et recueillis des meilleurs autheurs tant grecz que latins et autres, par Loys Le Roy, dit Regius... Plusieurs passages des meilleurs poëtes grecs et latins, citez aux commentaires, mis en vers françois par J. Du Bellay,... | Gallica (bnf.fr)

LUCIANO DE SAMÓSATA (siglo II d. C) *Historia verdadera* Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico > Obras completas de Luciano (mcu.es)

MACEWEN, Alex R. (1851-1916), *Antoinette Bourignon, quietist*. Londres, Hodder and Stoughton, 1910. Antoinette Bourignon, Quietist : MacEwen, Alexander Robertson, 1851-1916 : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

MADAILLAN DE LESPARRE, Armand de, MARQUIS DE LASSAY, (1652 - 1738), *Relation du royaume des Feliciens*; Lausanne, Marc-Mic. Bousquet, 1756, 2 vol. Armand-Léon de Madaillan de Lesparre Lassay (marquis de, 1652-1738) (bnf.fr)

MARTIN, Henri-Jean (1924-2007), *Livre, pouvoir et société à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)*, Paris, Droz, 1969, T. II.

MELA, Pomponio, (siclo I) *De situ orbis*
[Naturaleza_policia_sagrada_i_profana_[...]Sandoval_Alonso_bpt6k73763z],

MONTAIGNE, Michel Eyquem de (1533-1592), *Ensayos.*
https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcqz259

MONCY, Jean de (1754-1842): *Histoire du grand et admirable royaume d'Antangil*. Incogneu jusques a present à tous historiens & cosmographes : compose de six vingts provinces tres belles et tres-fertiles, avec la description d'icelui, & de sa police nompareille, tant civile que militaire... Par I. D. M. G. T. 1616.- Gallica (bnf.fr)

MORO (More) Tomás, (1478-1535), *Utopía* C:\temarios\libros\tmoro\utopia.PDF (biblioteca.org.ar)

MUMFORD, Lewis (1895-1990), *The Story of Utopias*. New York, Bony and Liveright, [s.d.: 1928]

PABLO DE TARSOS, (siglo V d.C.) Romanos Nuevo Testamento | Biblia Online (bibliaenlinea.org)

PARÉ, M. Ambroise (1510-1590), *Les oeuvres de*, Paris, Gabriel Buon, 1575. Les Oeuvres d'Ambroise Paré,... divisées en 29 livres... reveuës et augmentées par l'autheur peu avant son décès. 5e édition | Gallica (bnf.fr)

Livre des Monstres & Prodiges. En*:* https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k53757m/f4.image

PLATÓN, (427 a.C.-347 a.V.).*La República* La República|Platón| Descargar Libro|PDF EPUB|Freeditorial

RACHI, Sefarim (Comentarios sobre el Génesis) en la página http://www.sefarim.fr.

REINA, Casiodoro de (1520-1594) *La Santa Biblia,* La Santa Biblia (versión De Casiodoro De Reina, Año 1.569) Biblia Del Oso : Casiodoro de Reina : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

RÉTAT, Pierre (1932-2018)*, "Libertinage et hétérodoxie: Pierre Bayle", en XVII*e *siècle*, Avril/Juin 1980, nº 127, 32e année, nº 2, pp. 197-211. Libertinage et hétérodoxie[Texte imprimé]: Pierre Bayle | Base patrimoine | Catalogue collectif de France (CCFr) (bnf.fr)

ROCHEFORT, Charles de (1887-1952), *Histoire naturelle et morale des Îles Antilles de l'Amerique.* Roterdam, Arnould Leers, 1658. Histoire naturelle et morale des iles Antilles de l'Amerique. Enrichie d'un grand nombre de belles figures en taille douce, des places & des raretez les plus considerables, qui y sont décrites. Avec un vocabulaire caraïbe : Rochefort, Charles de, 1605-1683 : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

SWAMMERDAM, Jan (1637-1680), *Biblia naturae, sive historia insectorum in classes certas redacta;* Leyden, Severinus & Vander, 1738. Biblia naturae sive Historia insectorum, in classes certas redacta : Jan Swammerdam : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive

SWARTE, Victor de (1848-1917), *Descartes directeur spirituel. Correspondance avec la Princesse Palatine et la reine Christine de Suède.* París, Félix Alcan, 1904.

TERTRE, Jean-Baptiste du ((1610-1687), *Histoire Generale des Antilles*. París, Chez Thomas Iolly, 1667-1671. 4 Tomos.

THÉVENOT, Melchisédech (1620-1692), *Relations de divers voyages curieux qui n'ont point este publiées : et qu'on a traduit ou tiré des originaux des voyageurs françois, espagnols, allemands, portugais, anglois, hollandois, persans, arabes & autres orientaux, données au public, le tout enrichi de figures, de plantes non décrites, d'animaux inconnus à l'Europe, & de cartes géographiques, qui n'ont point encore été publiées,....* Tome premier / par les soins de feu M. Melchisedec Thevenot | Gallica (bnf.fr)

VAIRASSE [o VEIRAS] Denis (163....-169....). *L'histoire des Sevarambes : peuples qui habitent une partie du troisième continent, communément appelé la Terre australe...* ; 4 Vol., 1677-1679. En: Denis Vairasse L'Histoire des Sevarambes (bnf.fr)

VERNIÈRE, Paul (1916.1997), *Spinoza et la pensée française avant la Révolution*. [s.l.: Paris], P.U.F., [s.d.: 1954] Paul Vernière, Spinoza et la pensée française avant la Révolution. Paris, P.U.F., 1954 - Persée (persee.fr)

ÍNDICE

Introducción de la editora

Sobre las utopías

Resumen del libro

La Tierra Austral descubierta de Gabreil Foigny:

Al lector

Capítulo I. Sobre el nacimiento y la educación de Sadeur

Capítulo II. El viaje de Sadeur al Reino del Congo

Capítulo III. Los accidentes que condujeron a Sadeur a la Tierra Austral

Capítulo IV. Descripción y carta geográfica de la Tierra Austral

Capítulo V. De la complexión de los australianos y sus costumbres

Capítulo VI. Sobre la religión de los australianos

Capítulo VII. Se refieren las opiniones de los australianos sobre esta vida

Capítulo VIII. Sobre las actividades de los australianos

Capítulo IX. Sobre la lengua y los conocimientos de los australianos

Capítulo X. Los animales de la Tierra Austral

Capítulo XI. Las rarezas útiles a Europa que se encuentran en la Tierra Austral

Capítulo XII. Sobre las guerras frecuentes entre los australianos

Capítulo XIII. Sobre el retorno de Sadeur a la Isla de Madagascar

Capítulo XIV. De la estancia de Sadeur en la Isla de Madagascar

Post-Scriptum del traductor:

1. Introducción

2. El monje renegado

3. Regreso al continente Austral

4. Pierre Bayle y el andrógino

5. Un monstruo entre salvajes

6. Deus ineffabilis

7. Caducidad y pesimismo

8. La peligrosa doctrina

9. Una utopía truncada

Bibliografía utilizada